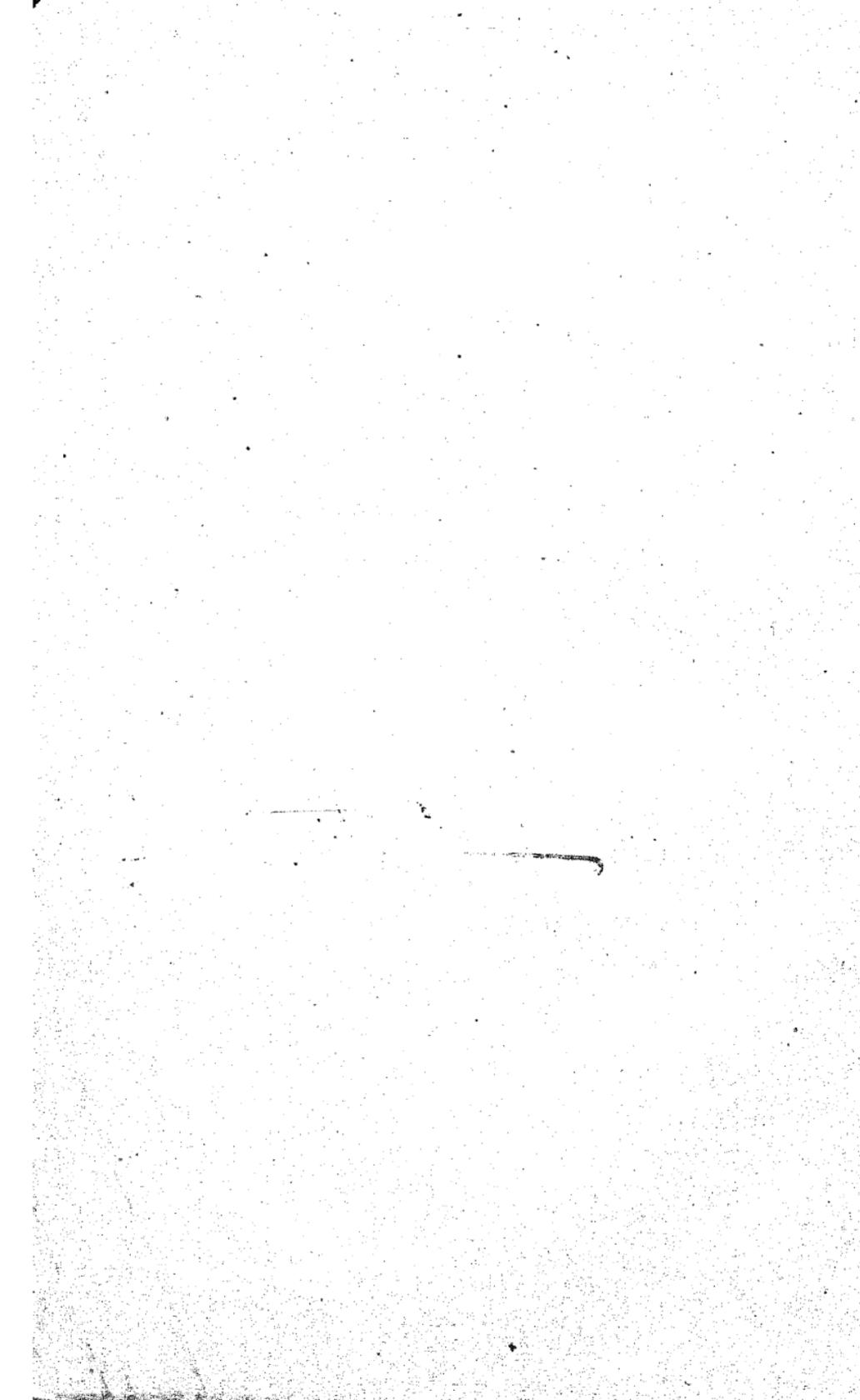




# FANTASÍAS DEL AÑO



R-15751



1  
ACA  
986

**BENITO MAS Y PRAT**

# FANTASÍAS

DEL

**AÑO**

*Nosce-te-ysum*

*Jose' Monge y Bernal*

MADRID

**LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ**

*Carrera de S. Gerónimo 2.*

1892

*Quedan reservados todos los derechos.*

---



## AL QUE LEYERE

---

Estas *Fantasías*, que he encontrado recorriendo las efemérides de los almanaques ó arrancando las hojas del de mi estudio, como si arrancara las del árbol de mi vida, son, por lo tanto, producto de varias impresiones con fechas distintas; mas escritas con el intento de que no pasen como ciertos juguetes de ocasion perdidos en esas hojas modernas llamadas *diarios* y que se arrojan, casi siempre, cuotidianamente al espoliario.

Sus titulos se acomodan á distintas fiestas, temporadas y estaciones, pero sus asuntos se separan, á veces por completo, de aquellas tendencias y entran en el dominio de la *miscelánea literaria*; por eso creo haber hecho en ellas algo que puede traspasar el escaso límite de los conocidos dias anuales,

y que deleite á los lectores, cada vez que me hagan el honor de abrir ó recorrer estas páginas.

Al buscar el título he tenido en cuenta que en los sucesos á que me refiero hay algo siempre de imaginacion como demanda el relato hecho con intuicion suficiente; pero creo deber consignar tambien, que la realidad puede palpar y mostrarse en algunas particularidades que son para mí personalísimas. No sería posible otra cosa dados los asuntos que se han de tocar en libros que tienen que adaptarse á fechas determinadas; el autor debe dar á conocer que esas fechas pertenecen á lapsos de tiempo que han logrado levantar en su ánimo intimas y naturales impresiones.

Mi deseo será complacer á los lectores y procurar que estas *Fantásias* no mueran con el último sol del año próximo, sino que renazcan para mis lectores, cuando fáustas horas señalen con sus rosados dedos, las de otros muchos años nuevos.

MAS Y PRAT.

---



## COMO NACE UN AÑO

---

Cuando nace un año, las horas se desnudan, es decir se visten de ligeras gasas como si fueran damas en traje de baile, y esperan al recién nacido, que viene al mundo reclinado en un rayo de luna de Enero.

¡Como latén los corazones de los hombres al verle llegar tan fresco, tan rozagante y tan hermoso!

Un año nuevo es un presente misterioso del tiempo, un jirón del porvenir que se muestra poco á poco á nuestros ojos; una caja misteriosa como la de Pandora, que no siempre suele contener plagas ó pájaros.

Por eso los habitantes de la isla de Java remontan, al morir Diciembre, sus cometas, símbolo de la ilusion que pende de un hilo, y los japoneses arrojan de sus casas á los

malos espíritus, apedreándolos con las habas negras durante la última noche; por eso nosotros admitimos los plácemes y las felicitaciones con ceremoniosa sonrisa y damos la última peseta de aguinaldo al primer adulator que nos sale al paso.

Con el año nuevo sueñan el bachiller en ser doctor, el cadete en ser general, la viuda en un nuevo consorte que *le saldrá* pasados los trescientos sesenta y cinco días de luto; el Tenorio en una nueva serie de conquistas amorosas y el hombre público en una victoriosa etapa parlamentaria.

La virgen de rostro pálido y ojos azules, *la bella creatura de blanco vestita*, espera *la vitta nuova*, la florida juventud del año, la estación de los sueños color de rosa con fimbrias de oro; sin embargo, podrá acontecerle lo que á aquella poetisa que se le pasó un año sin mayo conversando con los tiestos de flores de su ventana.

Podrá escapársele la primavera.

¡Cómo se van los años  
y tras ellos los días  
y las alegres horas  
de nuestra pobre vida!

decía Melendez Valdés, dejando correr la pluma melancólicamente.

¡Malditos treinta años,  
funesta edad de amargos desengaños!  
exclamaba Espronceda, pasándose la mano por su melena romántica, y recordando cómo

Lope lloraba la vejez de su sotana en un soneto lleno de Plutarcos, Platones y Jenofontes.

Uno y otro se quejaban sin razon; ni el tiempo se vá, ni tiene nada de maldito; nosotros somos los pasajeros y los maldicientes.

El tiempo no es más que la sucesion de las cosas, dicen unos; el tiempo es lo que las acaba, dicen otros; el tiempo no es más que el complemento del espacio, digo yo para acabar de involucrar el asunto.

Al finalizar el año se borran todas las fechas. Las efemérides, sin embargo, vuelven con notable pertinacia otra vez; no hay memoria, por rebelde que sea, que logre escapar al incesante martilleo del calendario.

La viuda reincidente, por ejemplo, duerme mal la noche de difuntos, come peor el día del santo de su muerto, y se levanta al amanecer la mañana que lleva la fecha de su primer día de matrimonio.

El asesino recuerda la hora del día ó de la noche en que hirió á su víctima, y suele ver su restro al resonar las inflexibles campanadas. Si fué en octubre, las hojas secas están como sus mejillas, si fué en abril, las amapolas parecen empapadas en su sangre.

No ocurre lo propio al que hace víctimas amorosas.

El asesino de honras suele recordar las circunstancias del crimen con fruicion ú olvidarlas completamente.

La razon de este fenomeno la halló Becquer en esta admirable frase:

¡Como el muerto está en pié!...

De un año á otro adquieren las cosas, para nosotros, ciertos lineamientos especiales de que no podemos darnos cuenta.

Es que la fantasía se encarga de pintarlo todo; hasta lo que no hace sombra.

Yo tuve un amigo que vivia en una preciosa casita semejante á las que encantaban á Juan Jacobo Rousseau; con su precioso jardin, su templado hogar y sus puertas ventanas verdes; pues bien, solo conoció lo que valia aquel nido de santos placeres viviendo en un espléndido hotel lejos de España.

No conoció esto solo. Conoció además lo que valia su esposa, joven, bella y honrada, á quien abandonó villanamente escapando bajo el corpiño de una bailarina italiana que cantaba en la mano como las alondras.

Corriendo los años pasan cosas estupendas. He visto á los hombres cambiar de pelo, de fisonomía y de conciencia.

No son así los árboles, que ofrecen todos los años los mismos frutos y las mismas hojas, picadas por los silfos.

Sé que hay quien pide peras al olmo, constancia á la *cocotte* y adhesión perpétua á los parásitos y á los cortesanos; pero aunque me presenten el ingerto del olmo de Jauja, la *cocotte* inmortalizada por Dumas y los ministros del rey que rabió, no lograrán con-

vencerme de que piden lo que puede dar la naturaleza.

Hay una razón en pró de los que tal creen: Las aficiones que se inician en la primera edad se acentúan en la plenitud de la existencia.

Domiciano atravesaba moscas con alfileres y las perseguía aun con su estilete ciñendo la corona del imperio. Casi todos los jóvenes comienzan persiguiendo mariposas multicolores en la campiña y acaban por perseguir mujeres hermosas en los salones y en las alamedas.

Hay algunos que se entretienen en clavar hombres como si fueran insectos y en poner trampas á sus semejantes como si se las pusieran á los pájaros.

De esa madera salen los duelistas, los diplomáticos y los conquistadores.

El inventor del reloj dejó tamañito á Falaris, aquel tirano que tostaba á sus súbditos metiéndolos en un toro de bronce ardiendo.

Esas agujas puntiagudas destinadas á señalar con imperturbable calma las horas que pasan para no volver, son áspides que nos complacemos en abrigar en el bolsillo de nuestro chaleco.

Los tomadores nos hacen un gran favor cuando logran librarnos de uno de esos vampiros mecánicos, encerrados en cajas de plata y oro y destinados á chupar las horas de nuestra existencia.

Hay hasta quien les suelta un agente de policía.

Esto no hubiera pasado en Esparta, donde era permitido robarlo todo menos los relojes.

Para los que gozan no existe el tiempo. Recuérdese la piadosa leyenda del monje que pasó su vida oyendo el canto del ave del paraíso.

Que el tiempo no existe puede probarse metafísicamente, siempre que hagamos abstracción del que empleamos en probar este aserto.

¿Qué es el pasado? lo que no pasa ya.  
¿Qué es el presente? lo que está pasando.  
¿Qué es el porvenir? lo que pasará

Pues si lo que fué no es, lo que es está dejando de ser al propio tiempo, y de lo que será no puede decirse que sea, ¿en dónde está el tiempo presente?

Yo conocí un filósofo que se murió queriendo investigar la causa de la vida: él me contó el cuento de la esfinge plantada en el sendero de las tumbas y abriendo el libro del porvenir á los muertos.

Pero voy á callar antes de que me digan *que estoy metafísico*. No quiero, como Enrique Heine, hacer nido en la peluca de los filósofos.

Suenan las doce. El año nuevo se entra por las puertas ó por las ventanas con su cortejo de ninfas juguetonas. Las unas cu-

biertas con la careta de carnaval, las otras ceñidas con el silicio de la santa semana; estas coronadas con las rosas de Abril, aquellas mostrando las campanillas tristes que han recogido en el cementerio.

Mi vecina Láura, interesante jóven á la que devora una pertinaz calentura, siente el tic-tac del reloj cercano y el repetido golpear de la campana.

¡Qué felicidad! Asoma el año nuevo.

Sobre el guarda joyas brillan sus diamantes; cerca del piano entreabierto se vé su traje de raso blanco y su sombrerillo adornado de plumas y flores; ¡qué de triunfos para cuando luzca el sol! ¡qué de cuidados para cuando amanezca!

Y amanece, y se escabullen los tristes sueños, y mi vecina, que está pálida como los nardos que perfuman su gabinete, se levanta trémula del lecho.

Las músicas que atruenan las calles regalan sus oídos dulcemente; el volteo de las campanas ensancha su pecho destrozado por una tosesita pertinaz y fastidiosa.

La camarera alisa sus rubios cabellos y coloca sobre sus hombros el peinador blanco como el ampo de la nieve. Su novio ha deller aquel día de lejanas tierras y quiere mostrarse engalanada y hermosa.

Aún no ha concluido su tocado cuando el cartero llamó á la puerta.

Presenta su tarjeta con filete de oro en

señal de felicitación cumplida y entrega una carta voluminosa que ha cruzado el océano.

Mi pobre vecina se pone lívida y rompe la nema sollozando.

La misiva es un poema de amor en el que se han apurado todos los matices de la amargura y todas las galas del deseo; el nombre de la jóven está repetido cien veces; la firma parece estar borrada por las lágrimas.

He aquí su última línea: *No puedo verte hasta el año próximo.*

La niña arroja lejos de sí los prendidos y las flores y pide á su camarera una taza de tisana.

Entretanto el sol se remonta, las músicas se acercan cada vez más: á las puertas de las casas resuenan los pífanos y las pande-retas.

Todo parece que grita en torno: *tengan ustedes felices Pascuas.*





## DE ENERO Á ENERO

### MI REJA

A los veinte años estar al pié de una reja es lá suprema de las dichas. El que no ha pasado en Andalucía una noche de claro en claro cerca de alguna Dulcinea de negras trenzas y de seno cubierto con pañuelos de espuma, ni sabe lo que es querer ni lo que son flores, como decimos por esta tierra de María Santísima.

Las noches de Mayo, claras hasta el extremo de poder leer á la luz de la luna las rimas de Becquer en ediciones diamante,— si las hubiera — parecen hechas á propósito para *pelar la pava*. Los andaluces no le dejan ni una pluma en el mes de las flores ni en los demás meses del año; por eso suele durar la operación hasta que apunta el alba.

Todos saben lo que se llama en el medio-

día en España *pelar la pava*, y no he de meterme yo en honduras folklóricas con este motivo: pelar la pava es hablar á solas con una mujer en la reja; y aunque jamás parezcan el ave ni los despojos, es el caso que esta empresa tiene cuatro bemoles.

Yo tambien he pelado la pava ¿por qué no decirlo? Iniciado en los misterios de este sacrificio, propio del culto de Eros, por una morena de ojos como tazas y manecitas como terrones de azúcar, llegué á ser maestro en el oficio, y pude á mi vez dar fructuosas lecciones.

Esto de pelar la pava tiene para el profano dificultad de gran cuenta. La primera y principal consiste en tomar posesión de la tierra prometida, ó lo que es lo mismo de la calle en que habita nuestro adorado tormento.

Hay que clavar como Colón el estandar-se en los linderos del nuevo mundo: llevar, como Nuñez de Balboa, el agua al cuello, y blandir la espada en señal de dominio; levantar cruzadas contra las lenguas de las comadres del barrio, como Pedro el Ermitaño, y quemar las naves, como Hernán Cortés, cuando hay rivales en la acera de enfrente.

Cumplidas estas primeras pruebas materiales de iniciación, comienzan las pruebas de orden moral que son á veces más terribles y dificultosas. Compréndese que Aristides y Foción permanecieran frios é indiferentes ante los tesoros de Grecia; que el caballero

aquel á quien los gnomos del Norte ofrecieron sus montones de piedras preciosas, no osara tocar un solo diamante, ganoso de pasar plaza de incorruptible y desprendido; mas ¿cómo comprender que un amante permanezca horas enteras al lado de su amada, en las soledades de la reja, sin tocar una sola hebra de sus trenzas ni un solo dedo de su mano?

Tal es la prueba suprema. La luna penetrando por los resquicios de la celosía color de esperanza, deja caer atrevidamente sus rayos sobre un cuello de cisne ó sobre una frente nacarada: ¡pícara luna que así puede entrar y salir en el paraíso! El novio que *pela la pava*, ó lo que es lo mismo que suele poner de *ropa de pascuas* á la luna y á las estrellas, bebe, absorbe, aspira los efluvios de aquel tesoro vivo, cuyas piezas de plata cuenta solo en el pensamiento y siente solo el frio contacto de los hierros de la ventana al separar el embozo de las cejas.

—¡Mi vida!....

—¡Mi alma!....

La línea de puntos suspensivos completó este diálogo con ciceroniana elocuencia.

Se han hecho muchas ediciones del *Julietta y Romeo* de Shakespeare, y aun se traduce el drama á todos los idiomas; si así no fuera, buena ocasión aquí, para recordar aquello del prematuro canto del ruiñeñor y de la alondra. Para los novios, siempre son

el alba y los pájaros importunos madrugadores.

Yo he querido atisbar lo que se dicen los amantes en esas interminables conferencias de la reja, y no he podido saberlo más que por experiencia propia. Esto consiste en la duplicidad extraña que distingue á tales diálogos.

Hay novios que no hablan, que se entretienen en deshojar flores, ensartar agujas, ó hacer pájaritas de papel; estos y los que hablan del tiempo, de la música y de los sermones de tres horas, son los que en realidad tienen conversaciones más interesantes con el alma y con los ojos.

Tal duplicidad de diálogos suele dar lugar á *quid pro quos* de mucha gracia. Ejemplo:

Pregunta la novia: Dime, X, ¿qué traje te gusta más, el rojo ó el gualda?

A lo que contesta sin vacilar el novio: — ¡Oh, tu cuello, tus hombros, no lo soñó Fidiás semejantes! Ese esqueleto de Amelia debe de estar comida de envidia.

Pregunta el novio: — Dime, Z, ¿qué platea ocupas en la ópera esta noche?

A lo que replica la novia mirando al cielo: — Estaré siempre mirándote aun cuando viva en la estrella Rigel.

Los interlocutores se distraen frecuentemente; entonces es cuando pelan la pava con todas las reglas el arte. Para ello hay

que enlazar las manos de los operadores, según el testimonio de un Ovidio andaluz á quien procuro seguir en estos detalles. *Su mano entre las mías etc. etc.*, dijo uu poeta, refiriéndose á esas conversaciones sin palabras que tan profunda huella dejan en la memoria.

Los leves rumores de la noche apenas llegan á la enamorada pareja; el canto del grillo recuerda la calma del hogar, cuya primera piedra vá á levantarse; el canto del pájaro, la fábrica del nido, que lo mismo puede hacerse con pobres pajas que con hilachas de terciopelo.

¡La reja, ah, la reja! El pincel puede emplearse en ella cumplidamente. Una graciosa cabeza de mujer que asoma entre los hierros pintados de verde; un torso envuelto en los airosos pliegues de una capa; el tiesto de rosas del tiempo que esparce sus suaves aromas; la hiedra que trepa hasta el dintel dejando en las maderas festones de sombra; el humo del cigarro, en fin, y la chispa de fuego que brilla en la penumbra como para dar á conocer que no hay humo sin fuego ni amores sin humo, forman ese misterioso cuadro de tinieblas y luz que sólo puede copiarse en Andalucía, cuando la tarde cae y se pela la pava.

Basta contemplar una de esas ventanas, remedo del morisco mucharabich, cuyas discretas celosías y cruzados hierros están aca-

riciados por rosales y plantas trepadoras, para adivinar que son aras consagradas al Amor, altares en que se sacrifican á veces blancas palomas. Ante ellas suele desarrollarse el drama de los celos y lucir en ocasiones ese arma terrible que usa el andaluz y que hiere con la celeridad del rayo: la navaja. En lo antiguo, una cruz de madera clavada en la pared indicaba el sitio en que estas terribles luchas se llevaban á término cayendo uno de los combatientes; por e-o no causaba estrañeza ver cerca de la ventana risueña y repleta de flores, el signo de la tristeza y de la muerte.

Hay poblaciones en que las rejas son verdaderos objetos de arte. Existen muchas que por su colocación y estructura llaman la atención de los curiosos; ejemplo de esto las de los jardines de la Casa de Pilatos en Sevilla, que han servido á tantos pintores andaluces para componer sus preciosos cuadros de género.

La impresión que causa en nosotros una reja desierta en la cual hubiéramos visto trascurrir esas horas rápidas que el amor anima y abrillanta, es semejante á la que experimentaríamos al contemplar la alcoba abandonada y la madre al mirar la cuna vacía. Hay siempre en ellas cifras y notas imperceptibles para el profano, pero vivas y palpitantes para el que recuerda; sombras queridas vienen siempre á apoyarse en los

hierros ó á reclinarsse tras las persianas ó los tiestos de flores.

Yo tengo entre mis *Nocturnos* un apunte de esas rejas encantadas á cuyo pié pasé, acaso, las mejores horas de mi existencia. Este apunte puede completar el pensamiento que ha informado estos pobres renglones. Hélo aquí:

Por la reja andaluza  
Donde tuve tan dulces confianzas  
Contigo; aquella reja  
De verdes celosias  
Y delicado alfeizar,  
Pasè envuelto en mi capa  
Una noche de Otoño limpia y bella,  
Cuando el toque de ànimas  
Lanzaba la campana de la Iglesia.  
Estaba solitaria, silenciosa  
Un ataúd clavado eran sus puertas  
Y la luz de la luna penetraba  
Del maderamen por las anchas grietas.  
No me causa rubor el confesarte  
Que se oprimió mi corazón al verla.  
¡Guarda tantos recuerdos de ventura!  
¡Tantas c'fras de amor aquella reja!  
Allí esperabas al caer la tarde  
Mi ramo de violetas,  
Ramo que tú pr miabas con un beso  
Al nacer las estrellas.

Allí alzamos castillos en el aire  
Que el tiempo derribó; y allí .... ¿te acuerdas?  
Con el último adiós, la primer lágrima  
Nos arrancó el placer sobre la tierra.

Pasè de largo, y me subí el embozo,  
Calándome el sombrero hasta la ceja,  
Para ocultar de mi rebelde llanto  
La reluciente prueba;  
Mas, convertido en animado autómata,

A mi pesar volvia la cabeza,  
 Y a dirigirle la postrer mirada  
 Me detuve al doblar la esquina opuesta.

Volvieron á pasar de tus amores  
 Las imágenes trémulas,  
 Y en la fascinación de mis sentidos  
 Vi de las sombras inmóviles en ella.

—¡Oh poder creador de los recuerdos!—  
 Dije al ver la dos sombras en la reja,  
 Hé allí desarrollándose á mi vista  
 De mis pasadas noches las escenas!—

Por esta dulce mágia encadenado  
 Volví sobre mis huellas,  
 Acercándome al cabo lentamente:

Mas, cuál fuè mi sorpresa  
 ¡Al ver una rolliza maritornes,  
 Alegre y descompuesta,  
 Entretendida en plática sabrosa  
 Con un guapo jayan de tez morena!

Retrocedí: mi pálida mejilla  
 Tomò el tinte encendido de la fresa:  
 Y comprendí mejor á aquel romano  
 Que murió de vergüenza

Al ver que los soldados de Alarico  
 Profanaban los pórticos de Vesta.





## SILUETAS DE CARNAVAL

---

### I.

El primer antifáz conocido en la historia del hombre es la hoja de parra, el primer disfráz el de serpiente.

Adan y Eva conocieron el carnaval en el Paraiso: en esto no cabe la menor duda, si hojeamos el Génesis con la paciencia y reflexión propias de tan peliagudo asunto.

Para probar este sencillísimo aserto, bastará recordar que el Edén no era otra cosa que un precioso Jardin bordado de naturales pabellones, y en el que las lianas y las cam-pánulas servían de colgaduras y bambalinas. Iluminábanlo estrellas brilladoras en vez de farolillos venecianos, y tenia por incansable orquesta las aves canoras que habían de repartirse más tarde por toda la redondez de la tierra.

Habremos de confesar, que aun cuando todo pareceria dispuesto, en lugar tan apacible, para la eterna contradanza del amor, no habia pasado por la imaginación de nuestros padres el que abriera la temporada al mal espíritu disfrazado de serpiente; pero este, que tenia la intuición de que las hijas de Eva habian de proporcionarle ratos deliciosos si conseguía vestirlas de máscara, quiso dar á nuestra madre el primer ejemplo, y ocultándose en brillante piel y asomando su careta verde y viscosa por entre las trepadoras flores que abrazaban el árbol de la Ciencia, le dijo en alta voz y enseñándole los dientes: — ¡Eva, hermosa Eva! ¿me conoces?

Frase sacramental fué esta, supuesto que se repite todavía, y á ella va unida, no solo la causa de nuestras fiestas de Carnestolendas, sino tambien el fundamento de nuestra moderna filosofía. Si Eva no conoció el mal espíritu que se recataba en la serpiente, fué porque aun no habia probado la fruta, porque aún no había nacido la escuela socrática, porque no se había conocido á sí misma.

Debió, pues, contestarle: — ¡Máscara, no te conozco! — porque, con este motivo, el espíritu disfrazado entabló con ella uno de esos diálogos que en los salones públicos acaban en el restaurant, y que, en el Paraiso, terminó con una frugal merienda de manzanas que se indijestaron á la humanidad, por permisión divina.

Adán, que por lo visto no había comprendido que pudiera tomar billete en tan encantado lugar un intruso de tan mala intención como el satanás de la leyenda bíblica, buscaba su cara costilla por los bosquecillos de naranjos y limoneros, y ¡cuál no sería su sorpresa al hallar á Eva, próxima á disfrazarse en unión de su infernal pareja!

—¡Ola! ¿qué es eso? — debió decir con voz natural y clara al comprender que la hermosa Eva le ganaba por la mano. — ¡Me vas á abandonar dejándome en beatitud eterna, pero privado de tu hermoso palmito? ¡No en mis días; yo te seguiré por todos los senderos de la tierra!

Y dicho y hecho, probó de la fruta prohibida y buscó su correspondiente careta.

Un prado de amapolas; que muy cerca del río del placer se parecía, prestóles su encendido colorete y les proporcionó un antifáz de pudor, que aunque insuficiente para cubrir sus cuerpos, transformó como por encanto sus mejillas.

Rióse, de verlos tan mal disfrazados el diablo, que llevaba, como he dicho, un verde capuchón de escamas que le cubría desde la cabeza hasta el rabo; y ellos hubieron de reirse también, al pasar cabe el delator espejo de una laguna. Lo propio ocurrió á aquellos cortesanos que asistieron al baile *sin trajes* dado en los buenos tiempos de Roma por la impúdica Mesalina, y algo de esta primi-

tiva carcajada suele resonar en nuestros bailes modernos, en los que solo queda, del disfraz completo de la serpiente del Paraíso, la cola de las damas y las escamas de los concurrentes.

Era preciso completar el traje y como en aquellos benditos tiempos no había modistas ni almacenes de confección, fué preciso recurrir á los de época que colgaban graciosamente de las parras y de las higueras paradisiacas. Las formas de nácar de nuestra madre quedaron veladas por un elegante *deshabillé* que consistía en el manto de oro de sus cabellos y en la fada de hojas naturales que tratan hoy de resucitar nuestras modistas; el atlético pecho de Adán cubrióse con la sedosa barba y sus robustos lomos con el mandil vegetal, que luego ampliaron y completaron sus hijos obligados por las terribles palabras: «*In sudore vultus tui vesceris panem,*» Aún al mismo Hacedor costó trabajo reconocerlos, supuestó que llamó á Adán por su nombre y le preguntó qué había hecho de su inocencia. Desde aquel momento, también, quedaron velados para el primer hombre los encantos y las intenciones de su compañera de infortunio.

A contar desde este punto, Eva, que procuraba aparecer más bella y encantadora de lo que en realidad era, aprendió el arte de cambiar de vestido como su maestra la serpiente, y puso para ello á contribución

árboles, plantas y flores. Es decir, se disfrazó de cien maneras distintas.

Algunos lectores, sutiles y amigos de analizar la espresion de mis pensamientos, me dirán, con razón seguramente, que Eva no tenía necesidad de disfrazarse, toda vez que hallándose sola con Adán, no había de verse en el caso de las Evas de nuestro tiempo. Esto solo tiene una esplicación lógica: debe recordarse que ya entre este matrimonio modelo andaba poniendo asechanzas la serpiente.

El ejemplo fué contagioso; aun hoy existen mucnas Evas, que permiten que las conozcan todos los hombres, menos aquellos con quienes comieron la primer manzana.

Que estos primitivos disfraces dejaron ancho rastro en la tierra, es cosa conocida y probada suficientemente.

Los hebreos, guardadores de la tradición del Génesis, se dieron, más de una vez, á las locuras del disfráz, é iniciaron aquellos banquetes que no pudieron llamarse, por cierto, de carnes tolendas. Los griegos fueron en esto de los disfraces tan consecuentes que cubrieron sus rostros con la hoja de parra de nuestros padres. Durante las vendimias dedicábanse á los mayores excesos con la cara pintarrajada ó cubierta de antifaces, y apuraban las henchidas ánforas danzando al son del crótalo ó de las dobles flautas que soplaban hermosas aulétridas.

Sabida es la gran importancia que la máscara llegó á adquirir en la antigüedad, y no hay riesgo en asegurar que ella fué la precursora de nuestro teatro enseñoreándose de la carreta de Tespis y de los teatros griegos.

No parece sino que desde la infancia del mundo sintieron los hombres la necesidad de velar, lo que son ó lo que creen ser; ora tras un trozo de carton, ora tras las distinciones acomodaticias que mútuamente les diferencian.

La hoja de paria, el mandil, el quitón, el manto de púrpura, el frac, la levita: disfraces que cubren al hombre, todo carne y todo vanidad, dándole, ya en lo antiguo ya en lo moderno, algo que se asimile, por su propia voluntad ó por voluntad ajena: girones que caen sin el menor valor real, cuando se cumplen su días y viene á desnudarlo la muerte.

Antes de morir, el gran Saladino, Emperador de los Turcos, mandó pasear su mortaja por las calles de Damasco precedida de un voceador ó heraldo que repetía al son de destemplados instrumentos: — ¡Ved lo que resta de la magnificencia del gran Saladino! — En efecto, restaron unos cuantos harapos cojidos con broches de diamantes y manchados de sangre y cieno

Hoy vemos en nuestros bailes de máscaras á Almanzor y á Barbarroja y somos muy capaces de mesarles las barbas. Aquellos dis-

fraces los dejó el tiempo sumidos para siempre en la gran ropavejería del pasado, como dejará otros muchos que brillan ostentosos sobre los hombros mortales de sus dueños.

## II.

Pero noto que me estoy distraiendo de filósofo y moralista, y como podría acontecerme como á aquel millonario que dejaba olvidado el portamoneda sobre la dama de noche, para que pagaran los amigos, vuelvo sin vacilar á mi tema, asegurando que no tengo la misión de arreglar el mundo ni de arrancar á la humanidad su tradicional careta.

Nuestro romancero morisco nos recuerda que los árabes, que hallaron acaso establecida en España la costumbre de los carnavales ó fiestas de máscaras, hubieron de aceptarlas al cabo, aún cuando nunca les dieron la preferencia.

Los juegos antiquísimos, que se conservan en las campiñas andaluzas, traen á la memoria la saturnal greco-romana, que encarnó de tal modo entre nosotros, que no pudieron estirparla del todo ni las puras costumbres góticas ni las dominaciones musulmicas. Aquí, como en todo el Occidente de Europa, hemos mostrado siempre gran afición á taparnos la cara.

Dejando aparte los libres divertimientos de la Edad media, que trajeron las prohibiciones de 1523, y pasando por alto aquellas mascaradas de Italia que procuramos copiar alguna vez con menos fortuna, nos hallamos en la época de la más refinada galantería cortesana.

Luis XIV de Francia y Felipe IV de España, son los soberanos que desde el Renacimiento acá, prestaron más decidida protección al disfráz y á la máscara.

No por esto lograron llevar á la tumba sus rostrillos de terciopelo, y conocemos sus flaquezas, que nos hacen sonreír maliciosamente cuando los vemos destacarse en notables lienzos ó levantarse sobre elevados pedestales.

—Tras del grave y altivo semblante del primero, asoman las picarescas cabezas de Madame de Montespan y de sus otras favoritas; tras del capotillo del segundo hace muecas y contorsiones una cohorte de cómicos y literatos. Si al de Francia nos referimos, hay que pensar en aquellas ostentosas fiestas en las que el célebre jardinero *Le Notre* cuidaba de preparar los pabellones de jazmines y madre-selvas cubiertos de tal modo, que eran como trampas de lindas raposas escalonadas en un paraíso de luz y de flores; si del segundo hablamos, vendrán á nuestra memoria las noches del Retiro y la plaza mónstruo construída en 1637, con sus 488 fuentes y sus 7.000

luces, que apenas podía contener las revoltosas mascaradas.

Sin embargo, al que corresponde el honor de haber organizado tan preciados regocijos públicos es á nuestro buen rey Carlos III. Este monarca, que sabía dónde le apretaba el zapato, levantó el anatema, que de ciento modo pesaba sobre el Carnaval desde el tiempo de Felipe V, y permitió que el dios Momo con su corte de ninfas juguetonas penetrase en nuestros corrales de comedias.

Aquí comienza á diseñarse la era moderna del Carnaval en España. Fernando VII quiso en vano circunscribirlo al reducido espacio del hogar doméstico; todo fué en vano: la ola carnavalesca volvió á levantarse con la regencia de Maria Cristina y preparó el reinado de Capellanes.

Estamos en pleno siglo XIX.

Y hé aquí que ya podemos tomar del natural algunos de esos cuadros que palpitan en nuestros días.

Desde el harapiento disfraz, que se confecciona en la casa de vecindad, hasta el brillante traje de época, que ha de servir en los aristocráticos salones, hay un abismo que llenan imaginariamente el vino y la alegría.

Por nuestras calles y plazas pulula el hijo del pueblo, que, envuelto en un raído re-  
dingot y calzadas las espuelas de algun sar-

gento de caballería, cuando se lo permiten los bandos de buen gobierno, se cree un Napoleón Bonaparte ó un Príncipe Ruso. Colgada de su brazo vá su esposa ó su querida, arrastrando la cola sembrada de estrellas de talco y llevando sobre la cabeza una diadema de papel dorado.

El estruendo de la murga callejera que se situó por casualidad á la puerta de su morada, prepara su salida triunfal del mezquino tugurio ó su ruidosa entrada en la taberna. ¡Adios penas del día de trabajo! ¡Adios sombras de la pobreza que quedan tras ellos, plegándose en los ángulos desconchados de la guardilla donde está sin colcha ni sábanas su jergón de paja!

El potentado, que se reclina en su carruaje, les es familiar, porque creen que se disfraza como ellos; ¡quién rayará más alto aquel día, remedo de las antiguas saturnales, en que pueden hablar *de tú* á todos aquellos caballeros y dirigir atrevidas miradas á aquellas damas, que huyen frecuentemente de la mugre de sus chaquetas!

Una máscara no se sabe quien puede ser, y si, como dicen el refran popular, bajo una mala capa suele ocultarse un buen bebedor, bajo un mal disfraz no siempre se oculta un pobre obrero. Hé aquí porqué la máscara callejera os dirige un profundo saludo con su tricornio pegado con migajón de pan y os pregunta si la conoceis. Es claro:

¡apenas hay en los cuentos de vieja, príncipes y generales disfrazados como ella!

Sin embargo, las más de las veces, la máscara de la plaza pública sufre dura pena por entregarse á estos espejismos de carnestolendas.

Recuerdo que me hallaba cierta tarde de carnaval en la Plaza Nueva de Sevilla, donde es costumbre escalonar los carruajes de lujo alrededor de los asientos y bajo las palmeras que la adornan. Las hermosas del gran mundo ostentaban allí sus gracias y sus diamantes.

Los diablejos, los mascarones, los engendros del tugurio, en fin, contemplaban con ávidos ojos aquella pléyade aristocrática y creían ver el cielo abierto.

—¡Mira cómo me miran!—decía á su acompañante un pobre Rigoletto haraposo, que se había detenido estático ante una soberbia carretela.

Le miraban, es verdad; tras de sus hombros se asomaba la perfumada mollera de un gomoso que hacía atalaya del colosal sombrero del arlequin para lanzar sus flechas á mansalva á una beldad arrogante y ostentosa.

En tanto, el arlequín temblaba de placer bajo sus trapos, creyendo haber fijado la atención de aquel prodigio de carne y pie-dras preciosas, y hacia resonar cándidamente sus cascabeles.

Ascendamos en la escala. ¿Quién no baila en los presentes tiempos? Las semillas de Mabile, traídas á España por los vientos traspirenaicos, han fructificado prodijiosamente. Figuraos que nos hallamos en el teatro de la Alhambra de Madrid y que llenan el *clásico* recinto los aires populares de Bocaccio.

¡Qué multitud de hombres y de mujeres! ¡qué turbión de murmullos y de notas! Aquel movimiento arrastra, aquellas carcajadas aturden, aquellas luces ciegan, aquella atmósfera oprime, desvanece y sofoca.

Durante las primeras horas de la noche todo es bello y encantador; los rostros se ocultan bajo las caretas y las formas se pierden en los plieges de los capuchones; la copa llena deja ver, al través del cristal, algo voluptuoso como el placer que pasa, y las insinuantes voces del wals os hacen buscar ávidamente un talle esbelto y una mano pequeña.

¡Guardaos de ese talle y de esa mano al rayar el día! No ocurre lo propio en los salones del gran mundo.

La careta está proscripta y sólo suele llevarse sobre el corazón como los ramos de flores. Un baile de trajes es un sueño retrospectivo que se desvanece casi siempre al amanecer sin dejar la menor huella.

Yo recuerdo una de estas fiestas deliciosas durante la cual pasaron á mi lado,

arrastrando sedas y terciopelos y deslumbrándome con sus galas y sus brillantes, desde Semíramis hasta María Stuart, desde Desdémona hasta Floraia la ramilletera.

Mis aficiones clásicas lleváronme á pedir un rigodón á cierta Elena, cuyo Menelao bailaba entusiasmado con una Lucrecia Borgia deliciosa, y que por esta causa nos dejaba charlar tranquilamente.

Vagando por aquellos encantadores salones en que la moda y la riqueza habian reunido cuanto puede soñar el deseo, teniendo al lado una mujer que sólo vivía, al parecer, en la memoria de los escasos helenistas de Europa, nada tenía de extraño que olvidase mi traje de sacerdote de Júpiter, y creyéndome un París le jurase que la amaba.

¿Qué es lo que pasó entre los dos? Jamás he podido explicármelo: ella fué mi consecuente pareja, hízome tan sólo dos veces *vis á vis* y yo creí néciamente que aquel desdichado amor podría dar asunto á otra *Iliada*.

Pero rayó el día; bailóse el postrer rigodón, y Menelao se despidió de mí, tomando el brazo de Elena para volver á su palacio. Cuando la volví á ver y quise recordarle nuestros coloquios del baile de trajes, me dijo con encantadora sencillez, haciendo resonar el varillaje de concha y nácar de su abanico:

—¡Amigo mio, la Elena á que usted se

refiere murió poco después de la toma de Troya en los brazos de su esposo, aunque no sé si lo consignó así Homero!





## LA MADRUGADA

### DEL MIÉRCOLES DE CENIZA

---

No sé si la historia que os voy á relatar es cierta; pero, de un modo ó de otro, creo que no hay razón para que quède en el olvido.

Hoy que las aficiones realistas llevan al escritor lo mismo al museo que á la sentina, tanto al gabinete saturado de nardo de la *cocotte* como á la galería húmeda y sin rumores donde se custodia la venus de piedra; bien es que hagamos la historia de las obras de arte que pueden desaparecer, ó que señalemos, siquiera sea de pasada, cómo tomaron forma visible despues de pasar por la caída de las realidades mundanas.

Ya hace algunos años que, visitando en Sevilla la colección de cuadros del señor Irureta Goyena, volví á ver un boceto, de gran-

des dimensiones, original de Fortuny, que ya había cautivado mi atención en otra parte.

El lienzo en cuestión, representaba un entierro, pasando al amanecer por la puerta de uno de esos salones de baile de menor cuantía, de cuyo recinto huían deslumbrados por las bengalas de la *galop* infernal, un tropel de desgraciados libertinos, que iban á ocultar á sus respectivos tugurios las náuseas que disimularon en el *restaurant* ó la vergüenza que veló la máscara, durante las primeras horas de la noche.

El pincel, mejor dicho, la espátula de Fortuny—puesto que el cuadro estaba pintado á tachonazos maestros—había sorprendido el más dramático de los contrastes. La verdad y la mentira, el presente y el porvenir, la carne y la ceniza palpitaban en el abirragado grupo de máscaras que salían del salón, y en la reposada fila de clérigos que les cerraba el paso. Las blancas sobrepellices hacían destacar con apropiada dureza, los colorines de los *pierrrots* y de las *odaliscas*: en los trasnochadores dominaba la línea curva, y en los sacerdotes la recta. La horizontal marcábase por el perfil de un beodo en el grupo primero, en el segundo, por el fétetro y por la niña muerta que en él iba.

Tengo presente el fondo de este cuadro, en el que todo era pálido y frío. Nieve y luces matinales, cirios que apenas ardían, y detalles que desaparecían bajo los copos: com-

plemento de la desolación eran aquellos rostros que, en vez de sonreír hacían muecas; aquellas formas femeniles que en vez de enardecer, daban lástima; aquella pobre niña vestida de blanco, que, en vez de ser llevada en triunfo á la primera comunión, era conducida á la tumba en hombros de cuatro jayanes harapientos.

El señor Goyena, que poseía cartas ilustradas del genial pintor, no pudo decirme si aquel boceto había sido inspirado por un suceso efectivo, ó si era pura y simplemente un asunto hallado por contraste entre las varias memorias del autor de *la Vicaria*; dióme, sin embargo, un dato que hube de utilizar despues: el boceto había sido hecho en Granada, durante la estancia de Mariano Fortuny en la pintoresca fonda de *Siete Suelos*, que sombrean las altas alamedas de la Alhambra.

Ya había olvidado el boceto de Fortuny, que, por otra parte, no es más que la intención de un cuadro, cuando me deparó mi buena suerte el conocimiento de una historia que con él se relacionaba, si no es ya que alguna imaginación calenturienta la forjó expresamente, para servir á mi propósito.

Almorzaba yo una deliciosa mañana de junio en el hotel *Washington*—fronterero al de *Siete Suelos*—y en lugar desde el cual se divisa la lápida en que los dueños de este establecimiento han consignado el hecho de

haber pasado allí Fortuny más que regular espacio, y hube de recordar á mis compañeros de mesa el asunto del boceto y su incuestionable rareza.

—¿Sabeis —dijo un caballero de pelo entrecano y ojos estremadamente abiertos, que devoraba á mi derecha una chuleta colosal, —de dónde tomó Fortuny ese asunto extravagante?

—No tal —le respondí; un si és no es curioso y confuso.

—¡Pues, de mí mismo! —repuso el de los grandes ojos sin darme tiempo á replicar una sola palabra.

Aquella extraña y extemporánea revelacion me dejó perplejo, á pesar de saber, como todos los que visitan la Alhambra, que basta andar cuatro pasos por aquellas pintorescas alturas, para tropezar con los modelos de Fortuny y de sus persistentes recuerdos; así es que tuve que mirar de soslayo al que tenía al lado opuesto, para saber si habia ó nó de dar oídos á lo que nuestro compañero afirmaba. La curiosidad se habia también despertado en varios de los comensales, y todos contemplaban al del pelo entrecano con cierta curiosidad no exenta de cuidado.

—Pues, si señor —siguió diciendo nuestro hombre con cierto tono amargo, y demostrando la irritabilidad de su sistema nervioso al acentuar las frases primeras: —en el grupo de

máscaras del boceto de Fortuny debo yo estar dando el brazo á la maldita Enriqueta! Oid la historia, que es por demás curiosa y distraida.

No hay que decir que estas frases acabaron de solicitar la atención de la *mesa*. Dos ingleses imperturbables que devoraban jamón, dejaron de hacer ruido con los platos; una jovencita rubia é idéal, que tragaba tanto como los mofletudos ingleses, clavó sus ojos en el que hablaba y suspendió en el aire el tenedor, cargado de un regular tasajo; una jamona y un viejo verde, que mas allá de la rubia se aparecían, no volvieron á ofrecerse pepinillos ni aceitunas.

El del pelo entrecano habló así:

—A poco de establecerme en Granada, donde me dedicaba al comercio de antigüedades, tan decaído al presente, tuve ocasión de conocer á Enriqueta, hermosa vecina mía, cuyos balcones daban frente á mis depósitos de alcaiceles y almaizares, y cuyas cortinas azules y blancas eran una perpétua tentación á mi curiosidad, cuando se transparentaban por las noches.

La primera tarde que la ví, descolgaba las jaulas de sus canarios, y sus brazos en alto parecían pregonar el lujo de líneas de sus caderas. Un rayo de sol poniente, deteniéndose con delicia sobre el perfecto óvalo de su rostro, adornado por dos hoyuelos seductores, pareció decirme trayéndome sus refle-

jos de rechazo: ¡Hé aquí una joya que vale más que las ajorcas de oro de Zaida y Ahiza, que buscas sin cesar inútilmente, y por las que te ofrecen 20.000 francos.

Yo vivía solo. Mi existencia se deslizaba con la tranquilidad apacible de las ondas del Darro. Ocupado en clasificar azulejos, deletrear leyendas y reconstruir armaduras, había hecho abstracción del presente, y era como una viva parietaria del pasado. Apenas si podía pasear por mi alcoba sin tropezar con cascos, capacetes ó rodelas, y nunca me mortificó la idea de ver mis brazaletes y mis pendientes de oro brillando en todo su esplendor, sobre mórbidos cuellos y menudas orejas color de rosa.

La vista de Enriqueta fué para mí una revelación. Su cortina azul, rizada por el viento de la tarde, tenía algo de misterioso y atractivo que me separaba poco á poco de mis ocupaciones cotidianas: el día que se olvidaba de cuidar sus canarios, no tomaba yo á gusto el chocolate. Inútil es decir, que, muger al fin, y como tal, lista y avisada, comprendió al punto el efecto que en mí producían sus encantos, y procuró multiplicarlos con algunas sonrisas y saludos, que yo creí de buen agüero. Una limpia noche de estío, entablamos de balcón á balcón un corto diálogo, del cual resultó mi felicidad completa. Estábamos en relaciones amorosas.

Entonces supe algunas particularidades

de su vida, que ignoraba por completo. Vivía con una su hermana, jamona, no mal parecida por más señas, y eran ambas huérfanas de padre y madre; cosían y peinaban á domicilio, y aunque nada podía reprochárseles, tenían en la calle ese aire provocativo, que distingue á las modistas de dedal de plata.

Nuestras conversaciones al aire libre, es decir, de balcón á balcón, en las deliciosas noches estivales y durante las melancólicas tardes del Otoño, eran por necesidad candidas y sencillas: así pasaron los meses, hasta que se acercaron las carnes-tolendas.

—¿Iremos al baile mañana, Eduardo? — me dijo la vispera del primer día festivo en que se abría el salón del Liceo, para inaugurar las cuatro solemnidades de careta.

Yo no contesté: jamás había penetrado en esos centros delocura, en los que las luces y las músicas, los perfumes de las flores y los de las esencias de tocador, embriagan los sentidos y entorpecen el entendimiento.

—¡Qué! ¿No me contestas?—repitió Enriqueta, dejando vagar por sus labios una de aquellas sonrisas de infinita voluptuosidad, durante cuya breve duración parecía su boca una granada que se abría, dejando ver perlas en vez de granos rojos.

—¡Como quieras!.... — balbuceé sin atreverme á expresar mis ridículos temores de danzante neófito.

—¡Me divierto mucho en los bailes de

máscaras! —siguió diciendo mi novia y vecina;—tanto es así, que solo me casaré cuando mis años o mis achaques no me permitan bailar una redowa.

Parecióme no haber entendido bien las anteriores frases y quise volver sobre ellas.

—¿Qué has dicho, Enriqueta? ¡Sin duda no recuerdas que te amo y creo ser correspondido! Llegará el día en que nos unamos en eterno lazo, y entonces.....—Bailaré también, aunque te opongas!.... Yo sentí algo extraño al oír aquella respuesta, que daba al traste con todas mis ilusiones. Como linterna que se apaga, desapareció de mi imaginación el hogar tranquilo que yo había querido decorar con aquella estatua sonrosada y bella, el nido de amores para cuya construcción buscaba yo plumas y pajas de oro en Almazares y borcegués de la época de Boabdil. Refrené mi despecho y contesté no sé qué tontería.

A la noche siguiente volteabámos en un *pandemonium* luciente y embriagador: yo no sabía bailar, pero era llevado *en volandas* por mi ágil pareja. Estábamos en el Liceo, ella con el rostro cubierto de seda; y yo con las mejillas rojas de vergüenza y ansiedad.

Hay locuras consajiosas, y la de los bailes de máscaras lo tué desde aquella noche para mí. Aquellos talles que se balanceaban, aquellas parejas que se movían, aquellos alientos que se mezclaban, aquellos talcos y

aquellas sedas que deslumbraban de trecho á trecho, y brillaban suavemente, teníanme oprimido en anillos de oro y sumido en una atmósfera embriagadora y candente. Enriqueta me sostenía entre sus brazos, y parecía comunicarme sus éxtasis y sus alucinaciones. Cómo volaron las horas no puedo decirlo; cómo me hallé en casa de Enriqueta al amanecer, tampoco he podido explicármelo todavía. Comimos, bebimos y bailamos; hé aquí todo: cuando me despedí de Enriqueta, el sol penetraba por las maderas del gabinete.

A la noche siguiente se repitieron los mismos sucesos; pero yó, iniciado ya en los misterios de Terpsícore, me hallaba en el salón como el pez en el agua. Ella loqueaba colgada de mi brazo, y hasta se permitió bailar con otro una redowa; yó tomé la revancha bailando á tropezones una *galop* con su hermana la jamona.

Salimos del baile, y al pasar por detrás de la iglesia de Santa Maria, cuyas ojivas estaban iluminadas débilmente, y cuyo ábside recojía los religiosos ecos de las preces matinales, volví á hablar á Enriqueta de nuestro casamiento; me miró, sonrió, y aceleró el paso para dejar de oír los acordes del órgano, y declaró formalmente que no era aquella la ocasión oportuna para hablar de tan grave asunto, porque tenía mucho sueño. Después nos arrebujaamos, ella en su

abrigo y yo en mi capa andaluza, y no volvimos á cruzar ni una sola palabra.

¡Habíamos hablado tanto!

Pasaron algunos meses: mi confianza con Enriqueta era tal, que la consideraba como de mi familia; ella solía organizar mis capellares arábigos y mis armas moriscas, y yó entraba y salía por su taller como Pedro por su casa.

La vecindad llegó á notar que faltaban nuestros diálogos en los balcones fronteros y que los canarios de mi vecina recibían el alpiste de mis propias manos. En este estado de cosas nos sorprendió el Carnaval próximo.

¡Ojalá nunca hubiera llegado! Enriqueta me notició desde la víspera que debíamos ordenar nuestras veladas de manera que no perjudicaran á su afición favorita. Habiéndome ella iniciado en los misterios del arte de los *battimanes* y de los pasos á dos, claro es que *podía bailar sólo*: así, pues, díjome que si había de conservar su trato y su cariño, era preciso separarnos temporalmente, es decir, distraernos por su lado cada cual, hasta que el melancólico son de las campanas del Miércoles de Ceniza, viniera á unirnos de nuevo en el seno de la tranquilidad de que gozábamos cotidianamente.

Marchitas mis ilusiones con esta última racha de viento, quise probar á Enriqueta que no en vano me había ella lanzado en el

sendero de los placeres fáciles y pecaminosos: fuí al baile, y me reí á carcajadas al verla en brazos de otros, é hice lo posible por pasar ante ella erguido y triunfador, llevando del brazo á una robusta circasiana de hombros estatuarios y ojos de endrina. Enriqueta no se conmovió lo más mínimo, antes bien me dijo con voz reposada, aunque acercando su boca á mi oído todo lo posible:

—¡Eduardo, hay algo entre nosotros que no nos permite separarnos!

La última lección recibida de mi vecina habíame curado por completo de mis aficiones matrimoniales. El baile llegó á ser para mí, lo que debia ser para Enriqueta: un oceano de placeres, en que estorbaban por completo las afecciones únicas, una especie de opio embriagador, con el cual sólo se producen los éxtasis del egoísmo. Bailar con una sólo pareja, me pareció soberanamente insípido; asir un sólo talle lo creí intolerable; aspirar un sólo aliento lo tuve por torpe desarreglo de la pituitaria. La razón que aducía Enriqueta para despreciar á la hiedra, me pareció desde entonces incontrovertible: ¡né-cia planta—decía mi caprichosa vecina—está siempre obscura y triste, porque se contenta con abrazar un sólo tronco!

En este punto las cosas, y antes de que llegase el Domingo de Piñata siguiente, asuntos de familia llamáronme con urgencia

á mi ciudad natal, y tuve que renunciar con pena á mis aficiones.

Me despedí de Enriqueta, á la que no había visto hacia dos noches, y dejamos en suspenso nuestras relaciones hasta mi próxima vuelta. Esta se dilató más de lo que yo esperaba; tuve que pasar á París á vender *de occultis* la espada de Guzman el Bueno, y me detuve en *Mabille y Chateaux de Fleurs*.

Al volver á Granada hallé la casa de Enriqueta cerrada y con cédula; la hermosa danzante había desaparecido, y en mi escritorio se encontraban sin abrir media docena de cartas suyas, pequeñas y ya sin perfume.

Abrí su última carta, y cuál fué mi sorpresa al leer la siguiente:

«Eduardo: la naturaleza se ha vengado de mí cobardemente. Tengo una hija, una hija, que tiene tu mismo rostro, que sonríe como tú: por ella seré buena, por ella daré mi vida. Sé que soy indigna de tí; y nada te exijo, tanto más cuanto que estoy más vieja y más fea. Te escribo ésta únicamente para rogarte, que si muero, veles por este pedazo de mi alma.

«No nos volveremos á ver—«Enriqueta.»—

Algo punzó en mi corazón al leer esta carta: pero la verdad es que durante mi estancia en París, había acabado de prostituirme, y asaltaron mi imaginación varias historias donosas. Créime, pues, en el mismo caso

de Quevedo: y me decidí, como él, *á librar lo que me tocase en el Antecristo*, y á dominar como pudiera, los honrados impulsos que alguna que otra vez me asaltaron. Para llevar á cabo mi propósito guardé en uno de mis contadores de más mérito las cartas de Enriqueta, y puse antiparras ante mis ojos para no ver el balcón de enfrente al acostarme.

En esto giraron las agujas del reloj incansable, y vino el Carnaval como todos los años. Al abrirse de nuevo los salones del baile, claro es que había de asistir á ellos. Las lecciones de Enriqueta tenían algo del refrán escolar *«la letra con sangre entra»*; yo sentía en mi corazón el golpe de la palmeta de mi maestra.

He de declarar, aunque esto parezca incomprendible, que no solo llevaba al baile el hábito adquirido, sino una indecisa esperanza de encontrar á Enriqueta tras de alguna de aquellas caretas recortadas expresamente para dejar ver la barba redonda y rosada, ó bajo de alguno de aquellos capuchones agujereados, que descubren á veces los hombros blanqueados, por la *veloutine* ó el albayalde.

Os decía que fuí al baile, y debo decir que pronto reanudé mis conocimientos, é hice otros nuevos que me divirtieron soberanamente.

La noche del Mártes fué para mí una noche de verdadera locura.

El voltear de aquellas parejas; el ir y ve-

nir de aquellas máscaras, el rebotar de aquellas copas, y los halagos de aquellas improvisadas compañeras de placer, me exaltaron de tal modo, que no me conocía á mí mismo, á pesar de conocer el mandato de Sóc ates. Gritaba, reía, rompía vasos y botellas, y derrochaba locamente lo que hubiera podido hacer la felicidad de algun pobre honrado: aún al recuerdo de aquellas horas siento latir mi corazón con violencia.

Cuando más locuras hacía entre un grupo de moras, ramilleteras y beatas, con las cuales quería valsar al mismo tiempo, una máscara, envuelta en negro capuchón, arrancóme violentamente del círculo cogiéndose á mi brazo, y díjome al oído y con voz temblorosa:

—¡Eduardo, soy Enriquetal! vente conmigo

El eco de aquella voz hízome estremecer, primero de alegría, y luego de rabia.

—¿Qué quieres - le dije:—por qué vienes á turbar mis placeres, y qué derecho tienes á que renuncie lo que tú misma me has brindado?

—Eduardo—me respondió arrastrándome suavemente al salon cercano - no vengo á arrancarte á tus recreos ni á compartirlos contigo como otras veces: vengo—y al decir esto, prorrumpió en ahogados sollozos— ¡á que me des algunos reales para enterrar á nuestra pobre hija!

Si me hubiera hallado libre de la presión alcohólica que embargaba mi cerebro y atrofiaba mi inteligencia, habría corrido á enjugar las lágrimas de aquella pecadora y desdichada madre; pero, en vez de hacer esto, prorrumpí en una estúpida carcajada, y dije fingiendo no conocerla:

—Vamos, máscara, déjame de tonterías. ¿Quieres estafarme? pues te juro que no verás ni moneda hasta que no bailemos una polka íntima y vaciemos esta botella!

Y uniendo la acción á la palabra, hice saltar el tapón de la que tenía delante, y golpeé la mesa con el puño hasta hacer chocar las bandejas.

Enriqueta quiso levantarse, pero no pudo; sus dedos menudos y bellos, aunque un tanto huesosos, crujieron bárbaramente oprimidos entre mis manos, y cayó de nuevo en su asiento lanzando un hondo quejido: yo llené una copa de rón hasta los bordes, y se la hice apurar en un solo trago. La pobre mujer bebió aquella, y otra, y otra.

—¡Gracias á Dios que te reconozco!—dije yo apurando también la mía y arrancándole la careta con osada mano.

Enriqueta no volvió á derramar una lágrima ni á hablar una sola palabra de la niña muerta. Irguióse, ciñó su brazo á mi cuello, y lanzó una carcajada larga, tan larga, que despertó á un beodo que dormía apoyado en el mármol de la mesa cercana, Quiso bailar,

me recordó que había sido mi maestra en las locuras de Terpsícore, y añadió que estaba obligada á no abandonar á su discípulo hasta que se encendieran las bengalas. Sus manos quemaban, su aliento era de llamas, sus pómulos tenían el brillo de las bujías color de rosa, que ardían con roja luz sobre nosotros, hasta incendiar su pié con flecos de papel pintado. A hallarse allí Plácido ó Adolfo Belot, hubieran cumplido sus deseos de abrazar á una mujer de fuego.

Al cabo las horas volaron rápidas y las parejas comenzaron á desfilas, ó á quedarse dormidas sobre los asientos. Un grupo de revoltosos amigos que escapaban de allí, bailando la *galop* final, nos arrolló como una bomba y nos hallamos en la calle.

¡Nevaba y amanecía como en el boceto de Fortuny!

De repente, una triste salmodia llegó á nuestros oídos, y un lúgubre espectáculo surgió ante nuestros ojos, despejados por el viento frío de la mañana.

Larga fila de clérigos nos cerraba el paso y un ataúd entreabierto se detenía ante nosotros. Enriqueta al verlo lanzó un grito horrible y dió con su cuerpo en tierra como herida del rayo.

¡En aquel féretro iba el cadáver de su hijal

---

Tal es el relato que nos contó el hombre

del pelo entrecano, y que nos conmovió profundamente.

Si, como afirmaron después algunos oyentes, el huésped era un ilustrado monomaniaco, que inventaba historias á su capricho, cosa es que para mí tiene escasa importancia.

Sólo sé que esta viene como de perlas, para aplicarla al boceto, *La madrugada del Miércoles de Ceniza*.







## MEMENTO HOMO

---

Todo se hace polvo.

«*Memento homo quia pulvis es et in pulverem reverteris.*» De lo que se deduce que el guardapolvo es la prenda más humana y metafísica que han inventado los sastres franceses.

Todo se hace polvo, y, sin embargo, nuestro empeño en conservar al grosero barro humano su pristina forma, nos impulsa á cometer lamentables extravíos. Cubrimos sus roturas con ricas telas, damos á sus desperfectos costosos barnices: unimos sus trozos con lujosos encintados; hay hasta quien baña la vasija con oro y piedras preciosas.

Yo he contemplado un pecho de político viejo, cubierto de condecoraciones: me hizo el efecto de esos cementerios de aldea, en

cuyos montículos de tierra blanda y vacilante, se unen y chocan cruces de todos tamaños.

El quitón griego, encubridor en otro tiempo de esculturas de carne y hueso, cuyas líneas trasladadas al mármol, encienden aún la sangre en las arterias del sátiro moderno, guardapolvo formado de rosas y espumas; polvo, que amasaron las Gracias con agua salada del Mediterráneo y que esparcieron las Saffos y los Anacreontes á los cuatro vientos del escándalo.

De aquellas partículas de polvo, nacieron las heroínas de Juvenal y las hermosas del Parque de las Ciervas; de aquellas partículas, que salpicaron, de paso, las plumas del pavon y las alas de la mariposa, nacieron también las bellezas reales que Zola recojió del arroyo.

¿Quién podrá acostumbrarse á la idea de que la mujer es solo polvo y ceniza?

Habrá quien diga que hay ánforas griegas que recuerdan las redondas formas de la mujer, y que la airosa voluta jónica tiene su carnal elegancia; que hay algo en ella que se quiebra como el vidrio y la porcelana, y que por algo dijo Byron: *Fragility, thy name is woman*; pero, despues de todo, ¿cuántos no nos han jurado que la mujer es ángel, y cuántas madres no nos han probado el aserto, permaneciendo junto á una cuna?

De esa ánfora de barro, brota el rico ma-

nantial del amor materno; en esa elegante columna jónica se simboliza la virtud, que soporta un mundo.

Que la virtud se hunde; que el amor se vá; que el polvo vuelve al polvo. Eso dicen, Nerón, que ha crucificado á la Virgen desnuda, Psiquis, que ha querido contemplar el amor á la luz de un candil impertinente y vergonzoso; Napoleon, que despues de hacer el vacío en torno suyo, siente la soledad de Santa Elena.

La ceniza es transformación, però no negación; recuérdese el símbolo: el ave Fénix no renace de la nada, sino de sus cenizas.

Los restos de las civilizaciones que pasaron, han hecho nacer estas civilizaciones modernas, que asombran con sus avaricias y poderíos, y en las que aún vive Nerón, alienta Psiquis y se cuentan Napoleones.

Tras la satisfacción, el *memento*; tras la posesión, el hastío; tras el Carnaval, el Miércoles de Ceniza.

La locura es la última nota que alcanza el placer; por eso viene tras ella el ángel de la muerte, escondiendo el rostro entre las alas y con el dedo puesto en la boca.

Cuando he penetrado en un salon de baile en cuyo recinto se mezclan los alientos y los perfumes, los acordes y las carcajadas, los suspiros de placer y los de despecho, me he preguntado si lo que tenía ante mí era realidad tangible ó fantasmagoría caprichosa.

Pensar que todos aquellos cuerpos que se estrechan han de caer en la fosa; que todas aquellas lenguas que murmuran, han de cubrirse de microscópicos merodeadores; que todos aquellos senos redondos y mórbidos han de desaparecer como las burbujas de jabon que suelen hacer los chicos con cañutos de lata, es pensar bien tristemente: preferible es seguir al gran poeta de los Vedas, y confesar que solo existe Brahma que se divierte consigo mismo.

Hay algo que no es ceniza.

Esto es más patente cuando se ven las cosas desde léjos, es decir, cuando se sienten y no se tocan.

Durante la noche serena y estrellada se percibe tras la cortina iluminada por dentro, la sombra más aérea y deliciosa: las notas del piano rompen los cristales del cierro, cual aves invisibles é impalpables, y se desparraman por la atmósfera como suspiros de amorcillos: la línea que produce la sombra sobre la gasa no la hubieran podido trazar los pintores de mádonnas del Renacimiento.

Y aquella sombra, sin embargo, la produce la carne, el barro humano: y aquellas notas saltan de un tronco de árbol seco henchido de groseros hilos de metal y de pulimentados restos de colmillos de elefante. Otro trozo de materia orgánica, inmóvil como el marmolillo de la acera, siente vibrar dentro de sí aquellas notas y reproduce, en

no sé que centro misterioso y lumínico, la sombra y la luz aquellas.

Es decir, que el barro se electriza con el barro: la línea bebe la línea; el ruido brota de una profundidad para caer en otra; y en estas mútuas correspondencias, en estos efluvios y compenetraciones, sólo imaginamos una línea que pasa y un ruido que se desvanece; una retina que se impresiona y un oído que percibe la vibración de los cuerpos.

Por lo menos esto dice la ciencia empírica si la dejamos tomar la palabra.

Hay corazones de oro y de cieno: de pedernal y de mármol de Carrara: ¿de qué materia serán las notas, las ideas y las almas?

No todo es corrupción ni todo lodo, como dijo Arolas, después de recorrer los encantados harenes con la fantasía y de sacudir su hábito perfumado por el pebetero imaginario.

Si al describir aquellas odaliscas, que vencidas por el sueño inclinaban sus cabezas, como el ave cuya gala son las plumas de color, que para dormir mejor pone el cuello bajo el ala,

despertó él mismo al son de la campana que repetía el *memento*; también debió de sentir algo de lo que no acaba ni muere, cuando leyó «el libro con páginas de estrellas» y suspiró por la beatitud, en las solemnes meditaciones de sus noches.

El Segismundo, de Calderón, que se incubó en un cerebro de poeta, no para caer deshecho en polvo como el de Rodas, sino para levantarse eternamente sobre el mar humano, nos dice en uno de sus inmortales momentos:

Sólo á una mujer amaba,  
que fué verdad creo yó,  
pues que todo se acabó  
y esto solo no se acaba.

.....  
Pero descendamos:

Afirmaba yó que el guardapolvo es una prenda metafísica, y quiero afirmar que los disfraces con guardapolvos vergonzantes.

Contaba cierto amigo mio—y no sé si al cabo puso el cuento en letras de molde—que una noche asistió soñando á un baile imposible y estrambótico.

En este baile original, abundaban poco los enguantados y los postizos; se habían relegado al olvido los específicos de las unguentarias de que se burlaron Marcial en Roma, y Argensola en la villa y corte, y solo se permitía el ingreso en el salon, á los que dijeran verdades como templos, y claridades como puños.

Mi amigo topó al entrar con la señora de la casa, y hallándola nariguda, vieja y fea, la saludó como á «la reina de las aves nocturnas.»

Ella, en cambio, le miró de alto abajo,

con sus pupilas redondas y pequeñas, y contestó al piropo, haciendo notar que mi amigo tenía por dientes negros cimarrones y mercenarios puestos en fuga.

En el centro del salón no pudo decir una verdad más, ni escucharlas de labios ajenos; tuvo que taparse las narices, para no soportar el olor de los perfumes; que cerrar los ojos para no sorprender las miradas provocativas que se dirigían las parejas; que ponerse las palmas de las manos en las orejas, para no oír la partitura que destrozaba una bellísima aficionada, y, en fin, que cerrar la boca, para que no le repitieran una y mil veces que tenía los dientes feos.

No hay que decir, que mi amigo despertó sofocado bajo las sábanas y con la almohada por chichonera.

El baile había durado treinta segundos: poco más que si hubiera sido realidad su estrambótico sueño.

Que la humanidad anda disfrazada todo el año, es una verdad de Pero Grullo, que de puro sabida solemos olvidar frecuentemente.

Estamos cansados de ver hacer el oso, el sábio, el pollo y el mameluco. Los disfraces cursis, son aquellos que nos parecen sublimes en la soledad de la alcoba: Beatriche y Dante, Píladés y Orestes, Hamlet y Ofelia, han pasado al estado de guardarropía averiada.

El barro ó el polvo que se oculta, bajo

una toga, es tenido por barro ó polvo docto; el que se tapa con terciopelo, ha de ser mirado con envidia: el que va envuelto en pergaminos y áureas mallas ha de resistir, como el Cid, todos los botes de lanza.

La sociedad ha resuelto disfrazarse todo el año con los figurines que vienen de Paris, y no necesita para nada trajes olvidados ni históricos.

Solo en los días de Carnaval, se permite llevar la ceniza en la frente y arrojar la careta.





## LAS LEYENDAS DEL EQUINOCIO.

(PRIMAVERA)

### I.

No es la leyenda de Otoño, triste como una elegía, la que reina durante esta privilegiada estación en los antiguos pueblos. En el equinoccio de primavera, asiáticos y griegos, fenicios y africanos reciben á la diosa de las flores y al espíritu renovador con cánticos de victoria y gritos de alegría; cuelgan en sus puertas el ramo de mirto, grato á Vénus y á las Gracias, y se preparan á descubrir la Esmeralda del Líbano y á levantar á Adonis de su sepulcro.

Ya las nieves bajan de las montañas convertidas en fecundos riachuelos, que se esplayan en los valles como en gigantescas ánforas con asas de lirios y rosas; la sombra huye á la caverna con Tifón, reinan las brisas propicias, y llegan á las puertas y átrios de

los templos alegres peregrinaciones. Las hijas de Diana han hecho huir de los bosques las fieras alimañas, y han colgado sobre los tilos sus hamacas de lianas y hiedras; en la gruta caracolea la campánula, y forma el musgo blandos y frescos lechos; las aves viajeras llegan cada día en revoltosas bandadas.

El tono gris del suelo quemado por los furoros del asesino de Adonis — la rabiosa canícula — se vuelve poco á poco multicolor y caprichoso, como si le cubriesen paños del Japón ó arábigas alcatifas; las hojas de los árboles se desprenden lentamente, como si tuvieran curiosidad por besar la luz que las rodea; y para hacer un presente á Maya, se visten los almendros y las plantas lunárias con sus cándidos hymationes.

Ha llegado el equinoccio, la época de renovación de la Naturaleza; el Sol ha salido de la caverna austral, y vuelve á acariciar á los seres animados é inanimados. Hé allí la mariposa, cuyas alas pinta y colora con sus rayos. Hé allí la inquieta salamandra, que se despereza en los verdosos agujeros de la encina. El insecto que zumba, el pájaro que entona en el bosque sus melodías de artista, el lebrel que estira las piernas husmeando la caza, y la misma roca cuya oscura silueta era el fantasma del contorno, se visten y se rehabilitan, adquiriendo tonos, vida, sávia, fuerza, movimiento, todos los dones que puede repartir el astro del día.

Las estatuas de Tébas, que hoy están mudas, resonaban en la antigüedad con más dulce voz en el primer equinoccio; la resurrección de Osiris parecía hacer palpar sus arterias de mármol y prestarles invisibles estremecimientos. En Delfos, recordando las correrías primaverales de Dafne y Apolo, devotos y devotas tomaban por asalto los bosques de laureles que cercaban el recinto sagrado, y pasaban las horas en pasatiempos licenciosos. En Byblos, como ya hemos dicho en otro lugar, acudían en montón los adoradores de Myr-Mylitha, y cargados de incensarios y de perfumes, adornadas las hijas de Fenicia con sus más provocativos arreos y luciendo sus joyas más preciadas, se colocaban en las escalinatas del templo de la Diosa con el pretexto de alimentar sus lámparas, pero en realidad con objeto de enaniorar á los recién llegados.

Adón y Baalath vagaban por el Líbano, el cielo azul de Judea sonreía sobre sus frentes; acá y acullá las brisas templadas se perfumaban, no solo con el áloe y la mirra de los braseros escalonados en el atrio, sino con los aromas penetrantes de la soberbia flora asiática. En la falda del monte de los Cedros, como en las faldas del Olimpo y como en la márgen del Eurotas, el equinoccio primaveral desparramaba todos sus encantos y tesoros. En aquel Oriente (tan amado del sol,) Flora, Maya, Vénus y otras dio-

sas propicias, volcaban las cornucopias y las ánforas.

Lo propio acontecía en el Mediodía de Europa, y muy principalmente en Andalucía en nuestras costas mediterráneas.

Deja entender Rodrigo Caro, aunque de un modo velado, que en el Equinoccio de primavera se daban los campesinos la broma del cuco, que consistía en ir dando voces por el campo advirtiendo á los lerdos que no habían podado sus viñas que era ocasión de que lo hicieran. Un voceo semejante á este usaban los sacerdotes de Diana en las encrucijadas de los caminos en las lunas nuevas, y por lo que se desprende de algunos eruditos textos latinos, que no estampamos por no cansar con citas á nuestros lectores, el juego del cu-cu ó del escondite, como puede colegirse, no era mas que una diversión propia de las fiestas del equinoccio, que tenía lugar en los verjeles y laberintos que rodeaban los santuarios, y de cuyas inocentes fruiciones hemos gozado todos en la primavera de la vida.

El cu-cu, pudo, pues, aplicarse á la muchacha escondida que burlaba á su amado, ó al travieso mancebo que robaba la nóvia ajena, como roba el cuclillo el nido que no le pertenece.

Otra nota dá Rodrigo Caro en sus *Dias Geniales y Ludricos*; en la Antigüedad daban el nombre de cuclillos á los maridos infieles.

Ahora no perdono el latinejo:

At etium cubat cuculus amator,  
Y donum:

(*In Asinaria: Plauti.*)

## II.

Pero no divaguemos.

Os decía que el primer equinoccio de primavera ha sido en la antigüedad la época más grata y celebrada, y bien puede decirse que lo es del mismo modo en la edad presente. Las primeras rosas, las flores primeras, los rayos tÍbios del sol nuevo, la resurrección de Adónis, son recibidas, principalmente en las poblaciones meridionales, con verdadero regocijo. En Andalucía parece como que la historia mitológica se revela inconscientemente.

Las poéticas rejas, los hierros cubiertos de limpios cristales, las azoteas y los clásicos patios, que tienen tanto de orientales como de romanos, se cubren de macetas y búcaros henchidos de flores, y se abren de par en par para que entren los efluvios que crea la madre tierra.

Los terrados, que han estado tristes y escuetos, como si fueran tocados por mágicas varitas, empiezan á desbordarse en hiedras y campánulas, y á presentar un ejército de ro-

sales armados de finas armas y vestidos con sobrevesta de púrpura.

Las huertas y cercanías de la población se llenan con sus propietarios, y se convierten en villas y hoteles los molinos aceiteros. Como hemos dicho más de una vez, en nuestras tierras del Mediodía la diferencia entre uno y otro equinoccio es mucho más sensible, por la misma razón de que los veranos son en la Bética más devastadores que en el Norte de España. El perpétuo verdor que por excepción se nota en la vega y campiñas de Granada, no es común en las costas Mediterráneas ni en el centro de Andalucía; si hay árboles que se resisten al rigor de la exposición, en cambio el tono general del paisaje difiere mucho de algunos puntos del Norte, y aun de la misma costa de Levante, como Valencia y Barcelona.

En el primer equinoccio la flora andaluza se desborda locamente, y los asombrados ojos no llegan á abarcar su incomprensible riqueza ni su lujuriosa precocidad. La sávia corre sin tregua, fatigando al árbol, á la rama y á las flores; las hojas se desarrollan con tal fuerza y en tan gran muchedumbre, que envuelven y chupan el brazo que las sostiene; los capullos parecen los cien mil hijos de San Luis, y los botones y renuevos son una verdadera calamidad botánica. Hay que esquilmar los frutos, que cojer las rosas, que podar los árboles: la hierba se siente crecer ha-

jo las plantas; las madreselvas y los jazmines rebosan, por las paredes como la espuma por la ponchera, y las amapolas, rabiosas y emberrinchadas, se esparcen por llanos y alcotes como un ejército encarnado.

Pica ya el sol en Marzo, y se deja caer con todo su peso sobre la mantilla blanca y el mantón de espuma de la andaluza, que previene la falda de randa, y el abanico de sándalo. Los cierros abren sus puertas de cristales, y se agrupan en ellos caritas de rosas que hacen picarescos guiños á los turistas que van á Sevilla á pasar la fèria y la Semana Santa, como en la antigüedad los peregrinantes á los templos de Corinto y á los vergeles de Pafos; y cuando han pasado las cofradías y las ostentosas fiestas sagradas, la fèria es para ellas, como lo era para los habitantes de Ocaz, un medio de lucir sus encantos y sus galas, y aun de proporcionarse un novio rumboso y de su agrado.

Uno de los encantos que tiene la primavera en el Mediodía es su corta duración. Los calores llegan muy pronto á ser sofocantes; Malok, como dirían en Byblos, aparece tan pronto en los valles andaluces, que las rosas de Abril y Mayo pueden llamarse flores de un día. Su misma muchedumbre las ahoga, su mismo vigor las marchita, su mismo fuego las quema. La exuberancia de la vejetación en los primeros meses, á contar

de equinoccio, solo tiene igual en las regiones tropicales.

Desde la época arábica, la casa andaluza necesita el jardín y el pátio como lugar predilecto de Flora. Acostumbrada la mujer de esta zona á las perspectivas primaverales y á la abundancia de esas hermosas hijas del parque y de la campiña, lo primero que compra es el arriate y la maceta, que ha de coronar su terrado ó que ha de escalonarse bajo los arcos de herradura y tras la calada cancela.

El pátio andaluz es un jardín ó un abreviado paraíso cuando en primavera empieza á cubrirse de flores.

Los jazmines y las madreselvas, las campanulas y otras plantas trepadoras, sirven de tapices á aquellos recintos cuadrados y rodeados de airoas arcadas, tras cuyos corredores saltan de limpias y compuestas las habitaciones de la casa. Allí se organizan las fiestas íntimas; allí se canta y se baila; allí se preparan las niñas para las noches de Féria, en las cuales la casilla se convierte en nido de ruiseñores y en tienda de bayaderas.

También para la primavera se preparan las galas características de las andaluzas: el corpiño de raso ajustado, la falda de seda, con alamares y bellotas de seda, el sombrerillo de queso y la chaquetilla jerezana, las zapatillas pequeñas como cáscaras de almendra

y el bordado mantón de Manila, único abrigo que se permite contra las ráfagas pérfidas del viento de Marzo.

Al asomar el equinoccio de primavera se preparan las temporadas taurinas, y en los establecimientos de efectos tauromáquicos se vé á las jóvenes que se dedican á este trabajo ocupadas sabrosamente en el arreglo de tan vistosos arreos. Las taleguillas de punto, las monas del picador, las chupas cargadas de pasamanería y bellotas de oro, las primorosas moñas con mariposas de plata, y muchas y multicolores cintas pasan de mano en mano deslumbrando con sus áureos reflejos, como aquellos trajes hechos por Crimilda y sus doncellas á los borgoñones del poema *Los Nibelungos*. En las veladas se cuentan las hazañas de los diestros, las arrogancias de los matadores, sus amoríos y sus anécdotas, mientras se tuerce el hilo dorado en el carrete, se bordan las coderas ó se salpican de brilladoras lentejuelas aquellas lujosas ropas que tal vez han de empaparse al día siguiente en espumas y en polvo y en sangre.

### III

Hay una poesía esencialmente primaveral; es el idilio y la égloga.

La figura de Dafnis, inventor de la églo-

ga, se parece como una gota de agua á otra, al Adónis griego. Nació en Sicilia en un bosquecillo de laureles; los dioses le colmaron de bienes y de beneficios, y las ninfas de aquellos lugares que cuidaron de su infancia, recabaron para él de Vénus, la belleza de las formas, y de Mercurio, el talento de persuadir á los demás mortales. No contentas sus guardadoras con tantos beneficios, recabaron del diós Pan, que perdía el tiempo haciendo resonar su caramillo por entre los bosques sicilianos, que le enseñase á poner los dedos en la flauta de siete tonos, y cuando supo mover los cañutos, las musas completaron sus dádivas dándole una corte de admiradores que convirtieron en flautas las cañas de la campiña haciendo coro á los ruiseñores.

Lengo, en sus célebres pastorales, hace al tipo más humano, y nos presenta á Dafnis amamantado por una cabra en las profundidades de una gruta; y á su amada Cloe servida en los primeros años de la vida por una oveja; entre el Dafnis siciliano y el de Lengo hay pocas diferencias, supuesto que uno y otro son víctimas del rapáz Cupido, y pasan la vida en idílicos arrobamientos.

Uno y otro se sienten renacer como Adónis en la primavera, y se lanzan á la espesura ávidos de gozar de sus efluvios y deliciosos resplandores en compañía de sus amadas.

«Empezaba entonces—dice Lengo (Tra-

ducción de Valera) – la primavera, y se abrían las flores en nuestras selvas y prados. Oíanse ya por todas partes susurros de abejas y gorjeos de pajarillos. Los recentales balaban, los corderos retozaban en la montaña, las abejas susurraban en el prado; y en umbrías y sotos cantaban las aves. Como en aquella bendita estación todo se regocijaba, Dafnis y Cloe, tan jóvenes y sencillos, se pusieron á remedar cuanto veían y oían. Oían cantar á los pájaros, y cantaban; veían brincar á los corderos, y brincaban gallardamente; y remedando á las abejas, cojían flores, y ya se las ponían en el pecho, ya tejiendo guirnaldas se las ofrecían á las ninfas.»

Dafnis necesitó cantar esa época de renovación y de vida que se inicia con el equinoccio, y ensayando sus dedos en el caramillo que le dió Pan, inventó la égloga, que enseñó á sus compañeros los pastores. Cuantas églogas é idilios célebres se han escrito, la primavera los ha inspirado, y para que no falte esta nota, se halla también en el *Cantar de los Cantares* el idilio de los idilios. Hé aquí lo que dice á la Esposa el Esposo:

«Levántate; apresúrate, aníga mía, paloma mía, hermosa mía, y vente al campo, pues pasó ya el invierno, dispáronse y cesaron las llúvias.

«Despuntan las flores en nuestra tierra; llegó el tiempo de la poda; el arrullo de la tórtola se ha oído ya en nuestros campos.

«La higuera arroja sus brevas, esparcen su olor las florecientes viñas. Levántate, pues, amiga mía, beldad mía, y vente.»

Del mismo modo influye el espectáculo de la renovación de la Naturaleza en otras composiciones más modernas, que aunque están vaciadas en los innumerables idilios griegos, en las pastorales y en las églogas romanas, no afectan, sin embargo, formas tan acabadas. En la *Aminta* del Tasso dice Dafne:

«La nueva primavera alegre, enseña á amar á todo lo creado. ¿No ¿dviertes cómo en este tiempo todos los seres se buscan y se halagan de un modo apacible? Acaricia el palomo á su compañera, canta á su pájara el ruiseñor saltando de rama en rama; hasta la entumecida culebra deja el usado veneno y sigue el tortuoso rastro de su amante...»

Podría citaros cómo Virginia predice á Pablo la vuelta de las estaciones, y de qué modo hace Bernardino de Saint Pierre encerrar su idilio en las alegrías del día y de la noche, que es el cambio más sensible *en aquella soledad matizada de flores*. La vuelta de las cañas de azúcar y el plegarse de las hojas de los tamarindos, son para aquellos solitarios algo que se asemeja á equinoccios, á cambios parciales de tiempos pasados relativamente.

De estas breves observaciones se dedu-

ce que el médio ambiente en que nos movemos influye de modo poderoso en nuestro organismo y en nuestra imaginación, y tiraniza de algun modo nuestro espíritu y nuestra carne. Hay una misteriosa enfermedad llamada nostalgia. La nostalgia de la luz y de las flores ha forjado las tristes leyendas del equinoccio de otoño, y ha matizado con tintas de rosa los mitos y las leyendas primaverales. Anacreonte pide á Hafrasto, en la época de la vendimia, la gran copa de bronce llena de vino de Chío, que le hace recordar las rosas de la primavera, y hallándose en el otoño de la vida, no anhela la corona de Gijes ni sus numerosos ejércitos, sino la rama de mirto y los perdidos favores del amor. Por esta causa, la anacreóntica tiene á veces la tristeza de la elegía y las brumosas tintas del segundo equinoccio.

El pueblo andaluz condensa esta nostalgia con espresivos cantares que no van en zaga á los del anciano de Theos, y saluda la nueva primavera con la misma fuerza que el autor de las Pastorales; el que no vive entre nieblas como el hijo de Albion, se regocija y canta al pasar las tristezas de la estación de los hielos. Oigámosle:

Lucero del mes de Abril,  
Estrella del mes de Mayo,  
Dí como te vá sin mí,  
Porque sin tí no me hallo.

---

El jilguero canta en zarza  
Y el ruiseñor en almendro,  
Yo no sé donde ponerme  
Para siempre estarte viendo.

---

Como tortoliya  
T' estuve buscando  
Compañerita, d' oliva en oliva  
De ramito en ramo.

---

Como borreguillo manso  
Sales al campo á buscarme;  
Eres tú la primavera  
Que vá encendiendo la sangre.

---





## LAS PRIMERAS ROSAS

---

Hablo de las rosas *pur sang*, de las que, según los mitólogos, salieron del talón herido de Vénus; de las verdaderas hijas de la primavera; no de esas florecillas tísicas que crecen criadas en la estufa, como doncellitas entecas, y que se ofrecen en París fuera de tiempo á veinte francos la pareja.

Las flores y los frutos es preciso buscarlos en la época en que la tierra los ofrece vestidos de color, saturados de esencias, henchidos de savia y rodeados de verdura; *cada cosa en su tiempo, y los nabos en adviento*, dice una saludable advertencia hortícola, cuyo realismo zolaico espero dispensarán mis lectores.

Yo me perezco por las primeras golondrinas y por los primeros vasos de leche, jus-

tificando esta última afición el siguiente precepto del doctor Pópulo:

La leche de Abril para mí.  
 La de Mayo para mi hermano.  
 La de Junio para ninguno.

Antes ó despues del veintiuno de Marzo, que no siempre sabe el almanaque cuándo hace su entrada triunfal la primavera, procuro hacer mi primera escursión á los jardines, alamedas y campiñas donde esparce sus heraldos y trompeteros con flores y con alas. Pláceme oír las conversaciones de los pájaros que acaban de llegar de sus viajes de recreo y que han aprendido al vuelo el volapük á juzgar por la facilidad con que se comunican unos con otros sin necesidad de intérpretes, aunque vengan de diversas latitudes y distintas tierras.

Claro es que las rosas no están léjos; ¡como han de estar! flores y aves, son cosas, entidades ó ideas correlativas, seres ó formas que se complementan; ya lo dijo Calderón:

..... Con las galas  
 que le dán belleza suma  
 es el ave flor de pluma  
 ó ramille con alas.

Están las rosas cerca, repito, y voy á ellas con verdadero frenesí de *amateur*, con deseo de apreciar en ellas los efectos de la decantada ley darwiniana, con el ánsia de hallarlas más frescas y más hermosas, con el firme propósito de meter en ellas la nariz,

de profanar sus pétalos, de dar un mal rato á toda larva viviente que haya buscado lecho en el cáliz de la que por mí sea preferida.

A mi llegada tiemblan y se estremecen sobre sus tallos; ¡es claro! el hombre es para las flores un bárbaro, un tirano, un asesino. Si ellas tuvieran lengua, como asegura el Ramayana, se quejarían de nuestros atrevimientos con lágrimas de rocío, cubrirían sus senos suaves y húmedos cuando nos propasásemos con ellas, y nos despedirían á cajas destempladas, al ver que cometíamos, sin el menor reparo, la villanía de poner en sus cálices nuestros lábios.

¡No te vayas, por tu vida:  
que vendrán los osmandinos  
á besar á tu querida!

decía una hermosa del Sahara á su africano, según nos cuenta en sus orientales el malogrado Arolas, añadiendo incontinenti:

Vendrán por los arenales,  
cual tigres de horrendas garras,  
y cortarán mis rosales  
con sus corvas cimitarras.

De lo que se desprende que los osmandinos, bárbaros al fin, tomaban los labios por las rosas y las rosas por los labios, profanando estos y cortando aquellas; como si dijieran para sí—¡ahora veremos lo que son flores!

Y vean mis lectores lo que es el contagio.

Estos truecatintas de los hijos del desierto, parece que se han generalizado por la cultura Europa, y ya no hay coplero, tenorio ni amador que deje de confundir las rosas y los lábios, cuando las primeras son frescas y coloradas, y los segundos rosados, húmedos y suaves.

¡Qué más! yo también me confieso osmandino, y al contemplar las primeras rosas pienso en los primeros besos que he recibido.

Hay otra relación que demuestra que los labios y las rosas se parecen como dos gotas de agua del mismo diámetro. Según afirman los naturalistas que han visitado los poéticos valles de la Rumelia, donde las rosas de Kezanlik se riegan como los trigos en los campos andaluces, se necesitan veintiseis kilogramos de rosas, es decir, 130.000 de estas poéticas hijas de los Balkanes, para producir treinta gramos de esencia; pues bien, muchas más palabras salidas de los labios de cualquiera coqueta, de cualquier charlatán de salón ó de cualquier orador político se necesitarían para extraer un solo gramo de discreción, de verdad y de pensamiento racional y humano.

¡Y cómo huelen las primeras rosas!

Habrán algunos de mis lectores que afirmen que huelen como todas las demás que han de bordar nuestros búcaros y nuestros terrados, pero se equivocan lastimosamente.

Las primeras rosas nacen cuando aún es-

tá humedecida la tierra con los chaparrones de Marzo: cuando todavía montan en sus caballos fantásticos las legiones de la bruma; cuando el humus se orea, cuando la hoja seca se pudre en el surco, cuando las violetas, sus precursoras, modifican con su penetrante perfume esa reunión de olores acres que se elevan del gran pudridero mundano.

Por eso respiramos en gratos éxtasis sus aromas virginales y saludamos en ellos el reinado de la primavera. Rosas nuevas, vida nueva: muy luego necesitamos para espolpear nuestros sentidos cansados, la loca oleada del jazmin, el jacinto y la azucena.

*Huele el campo á flores nuevas*, decía Zenea, el poeta mártir, recordando sus amores con Fidelia. Flores nuevas, tan coloradas y frescas como la boca que le besara, tan airoas y flexibles como el talle que él oprinió, tan fáciles de cojer como las manos menudas que estrechó entre las suyas tantas veces. Sin embargo, aquellas flores no eran las mismas que él cortó para colocarlas en el seno de su adorada, como las golondrinas que volvió á ver Becquer no eran aquellas oscuras avecillas que aprendieron nombres queridos:

¡Mira, mi bien, cuán mustia y deshojada  
Está con el calor aquella rosa"  
Que ayer, brillante, fresca y olorosa,  
Puse en tu blanca mano perfumada!...  
decía Plácido el mulato, recordando tiempos

pasados, *siempre mejores que el presente* á juicio de otro poeta. Y es, que en vano conservareis el mismo búcaro, el mismo jardín, el propio plantel cuidado por la podadera: las flores no son las mismas. ¡Cómo han de ser, si aquellas os dieron todo su aroma y os complacieron hasta deshojarse en vuestras manos!

Los que no hacen versos ni tonterías, se explican lógica y naturalmente la sucesión de las flores; la rosa que dura mucho en nuestro vaso, acaba por cansar la pupila y la pituitaria. Un cocinero decía confuso y cariacontecido á su amo, que era extremadamente aficionado á las perdices:

—Señor, ¿cómo las condimentaré para que no cansen á V. E.?

Y al día siguiente se las sirvió rellenas de carne de perro perdiguero.

La variedad en la unidad, el mudar eterno, el perpétuo *móvil inmóvil*, hé aquí la ley de la vida. Sin los cambios de decoración de las estaciones apenas nos daríamos cuenta de la belleza de los paisajes. Adán y Eva se debieron de aburrir soberanamente en las florestas del Paraíso: a ¡uello era, según Milton, un verdadero empacho de verdura.

Suele acontecer que el afán de formas, perspectivas y sensaciones nuevas, lleve á sensibles extravíos al hombre ó á la naturaleza: *Per troppo variar natura e bella*; mas si reconocemos la escala de los afectos hasta

llegar al egoismo, y la escala zoológica hasta llegar á la víbora y al murciélago, vendremos á convenir, con el cocinero de S. E., en que el afán de la variedad suele degenerar en aberración.

¡Las primeras rosas y los primeros sueños!

Paso á la juventud y á la primavera, que ya sabemos que son una misma cosa.

Muchas veces me he preguntado si es la vista de las rosas tempranas la que produce esos sueños de los primeros años en que las hadas y los silfos tienen principal parte, ó si, por el contrario, son los primeros años los que traen los tempranos sueños de primavera que se transforman en flores, pájaros, luciérnagas y mariposas.

La mitología miente cuando asegura que las rosas nacieron de la herida que los abrojos causaron al talón de Vénus, cuando esta buscaba desolada el cadáver de Adónis por las florestas y campiñas. Las rosas han nacido y nacerán siempre de las heridas que el travieso rapaz causa en los corazones juveniles. Algunas veces no son heridas, sino alfilerazos; si quereis ver nacer un par de rosas, acercaos al oído de la vírgen enamorada y pronunciad esta palabra: Matrimonio.

Hay en las primeras rosas una serie de promesas que rubrican el sol, la luna y las estrellas. Con la primavera, estación que abre la puerta de la más hermosa parte del

año, comienzan los días de eterno azul, de misteriosos rumores, de actividad comporal é imaginativa. Corre la sangre más aprisa por las arterias, y los rayos del sol no se deslizan por la epidérmis, sino que penetran corazón adentro.

En Andalucía, con las primeras rosas aparecen las primeras caras bonitas en las ventanas y en los balcones. Durante el invierno, la llúvia que golpea los cristales de los elegantes cierros sevillanos parece llorar la ausencia de los silfos que duermen el sueño invernal; mas, cuando se acerca el equinoccio, aquellos cristales se iluminan súbitamente con reflejo de iris y *se hace la luz*, es decir, el busto de la andaluza, se dibuja en el fondo del vidrio con todos sus contornos pictóricos y estatuarios.

—Si las viese Rollinat, afirmaría de ellas lo que de las rosas:

*«On dirait de la chaire petrie avec du rêve.»*

Consérvase en el gran ducado de Baden una tierna y sencilla tradición de las primeras rosas.

La castellana de Rosseberg, nido feudal que se halla en una altura cerca de Heidelberg, era asáz caritativa con sus siervas, habiéndose formado su carácter como para contrarrestar el egoismo y mala ralea del de su esposo, que no sólo era avaro hasta el punto más grotesco, sino que pecaba de

cruel y sanguinario, como buen señor de horca y cuchillo.

Hasta tal extremo llegaban los cuidados de la Castellana de Rosseberg con las gentes del contorno, que ella misma cuidaba de llevar al hogar del pobre el pan de su mesa y las piernas de jabalí ahumadas en las chimeneas de su señorial morada; para los necesitados de los alrededores, era el ángel bueno de aquel maldito castillo.

Una desapacible mañana de Marzo, el señor de Rosseberg, que iba de caza seguido de sus jaurías y monteros, alcanzó á ver á su esposa que caminaba al propio tiempo por las estrechas sendas de la montaña, cargada con las pesadas cestas de mimbreras llenas de provisiones para dedicarse á sus caritativas tareas. Montando en cólera, al verla en tan plebeya guisa, sin acompañamiento de damas y pajes como á su elevado rango cumplía, dirigióse á ella, y, sin dejar siquiera el arzón ni hacerle las usadas cortesías, díjole en alta voz y de mal talante:

— ¿Qué llevais en esas endiabladas cestas con las que más parecis torpe villana que señora principal y de valía?

La noble señora tembló conio cervatilla á quien los lebreles cierran el paso, y conociendo la dificultad de dar al avaro señor satisfactoria respuesta, díjole entre temerosa y confusa:

— ¡Señor, son las primeras rosas, que

acabo de cortar en la pendiente para adornar mi reclinatorio!.....

El señor de Rosseberg, que veía aun á su alrededor árboles desnudos y picachos cubiertos de nieve, dudando de aquella respuesta que avisaba al par las desconfianzas de su avaricia, y echando pié á tierra como si se tratara de más sério asunto, mandó á uno de sus monteros que abriese las cestillas que su esposa había colocado á sus plantas. ¡Cuál no sería la sorpresa de ambos al ver rebosar en los mimbres coloradas y odoríferas rosas!

Poco tiempo despues se hizo público el milagro; los tasajos de jabalí y los panes de Rosseberg habian sido trocados en flores por el Angel de la Caridad, y el señor del castillo cambió de carácter y fundó varios monasterios. Sus descendientes colocaron sus estátuas encuadradas á ambos lados de la gran poterna del castillo, donde aun puede verse á la caritativa castellana cargada con su cesta de flores prematuras.





## FLOR DE AZAHAR

---

EN ALCALÁ DE GUADAIRA.

¡Al diablo no se le ocurre otra! El nuevo propietario ha demolido la casita blanca, ha plantado chumberas en todo el circuito, y solo ha dejado un naranjo, el naranjo grande y nudoso, aquel que se erguía entre todos los otros, como un gladiador de gran estatura, que abre las piernas y los brazos para resistir valientemente al rituario que le ataca con malas artes

Ya aquella huerta no es lo que era. El arco apuntado de la fachada que miraba al río, el sencillo ajimez que se abría encima, el terradillo lleno de macetas y adornado de canalones salientes y estrechos como los de las casas judías del barrio de Santa Cruz de Sevilla, han rodado por tierra; parece que se los ha tragado el Guadaira en cuyas aguas se reflejaron tanto tiempo.

Como aquella casita, rodarán muy pronto los torreones del castillo que corona la altura, y bajo cuyos cimientos se arrastra el ferrocarril como un gran dragón empenachado y verdinegro. ¿Resistirá el paisaje? ¿Vendrá de nuevo el barreno á hacer saltar las rocas, á abrir nuevas madrigueras á los mónstrucs del progreso y á poner como la palma de la mano aquellas pintorescas alturas? Es muy posible; pero aún así recordaré yo el naranjal del Guadaira, vestido aún en mi imaginación, de azahares, mirándose en las ondas del río, cerca de la casita morisca con su sencillo ajimez y su arco apuntado.

En lo hondo, más allá de la Aceña, pasando las dos filas de álamos blancos que costean el río por aquella parte, estaba el pradillo bordado de flores donde yo solía pasear todas las tardes. La primera vez que la ví, era la hora del crepúsculo; los vencejos y las golondrinas vadeaban la azuda, mojándose las alas en el agua que caía como una cascada tranquila por el plano inclinado, y volvían al alero del molino burlándose con agudos gritos de las trovas de los ruseñores.

Con las piernas desnudas, la falda azul plegada airosamente, el pañolito de sandía atado atrás con un gracioso nudo, y el pelo recogido en haz sobre su frente limpia y serena, halléla en la senda de los álamos, haciendo provisión de hierbas y florecillas de varias especies y colores.

Díle las buenas noches, y ella me contestó con amabilidad extrema. Miré sus pies delicados y pequeños, como dos hojas de rosa, y al preguntarle por qué andaba descalza, díjome que por tener el gusto de pasear por la azuda sin peligro de caer al agua. Supe que se llamaba María Flor, aunque por *Flor de Azahar* la conocía todo el mundo; que era hija del molinero que vivía al lado en la casita del ajimez y que había cumplido aquel mismo día diez y seis años.

Aún conservo en la memoria las líneas de aquel rostro oval y primoroso, los trazos de aquel cuerpo torneado como una columna salomónica y correcto como el de las estatuas de plata de Benvenuto Cellini. De pequeña estatura, pero de proporcionadas partes, era como esos dijes de marfil que se ofrecen en los templos de la India, como esos costosos juguetes de sándalo y nácar, hechos para entretenimiento de los reyes.

Yo estudiaba entonces Historia Natural, y solía salir á caza de larvas y mariposas todas las tardes. Las huertas de Alcalá de Guadaira eran mi cotidiano campo de operaciones, y aunque algunas veces pasaba la tarde en una de aquellas albarranas ó torres de homenaje que han sido socavadas por el gran túnel y que el ferro-carril se pone diariamente por montera, prefería, sin embargo, el bajo de los molinos y el naranjal de la casita del ajimez que se miraba en el río.

María Flor se había acostumbrado á verme vagar por entre los árboles con el libro abierto y solía atreverse á cerrarme el paso.

— ¿Qué hace usted?— me dijo un día, notando que contemplaba con fijeza el lucero de la tarde, semejante á una pupila de plata que se abría entre los cortinajes del cielo.

Yo le contesté que miraba aquel otro mundo donde la vida podría ser más grata que en la tierra, y ella, que jamás había imaginado tal cosa, me preguntó sonriendo cómo era posible que hubiese más mundos que este en que habitamos y para el cual se habían hecho el sol, la luna y las estrellas.

Recuerdo que llamé á Fontenelle y á Flammarion en mi auxilio, y procuré iniciarla en los misterios de la pluralidad de mundos y existencias del alma.

— ¡Oye, María Flor!--la dije, estrechando entre las mías una de aquellas manos menudas, levemente ásperas por el continuo contacto de la harina polvorienta.— Los que se aman, se buscan, después de la muerte, por la senda de los espíritus, que es esa faja blanquecina que empieza á destacarse en el azul y que los campesinos conocen con el nombre de *El camino de Santiago*. Una vez mecidos en la misma nube, bañados por el mismo éter, y solicitados por el mismo centro, van á renacer en alguno de esos astros brillantes que bordan la bóveda celeste. En el seno de la constelación de Andrómeda,

hay una estrella grata á los amantes; estas florestas comparadas con aquellas son una sombra de verdura y un remedo de luz, porque allí solamente brillan en toda su plenitud la luz y las flores. Las miserias de la vida terrena no existen en aquellos valles, como en estas campiñas; un solo racimo de sus vides ó una sola naranja de sus huertos templan para siempre el hambre y la sed.

— Pues ¿qué se hace allí, si no hay que moler trigo?— díjome María Flor, como encantada por el relato de tales prodigios.

— ¡Amar!—repliqué yo lacónicamente, mientras que buscaba en vano entre las constelaciones, alguna que brillara tanto como aquellos ojos, limpios y grandes, en los que había voluptuosas promesas é incomprensibles claridades.

Mi respuesta la dejó perpleja, y se contentó con entreabrir sus lábios encendidos como guindas y mover la cabeza hacia uno y otro lado expresivamente.

— ¡Qué! ¿No me crees, María Flor?—añadí yo acercando mi boca á su oído, para que el viento indiscreto no se llevase una sola palabra de lo que iba á decirle. — Cuando dos se aman verdaderamente, nacen á nueva vida y no se separan jamás. ¿Ves aquel túnel que pasa por debajo del castillo? Esa es la imagen de la tumba. La tiniebla es la fosa, el vagón es el féretro: cuando se pasa el túnel, el viajero vuelve á ver las márgenes del Gua-

daira; cuando se sale del ataud, las almas vuelven á hallar las encantadas planicies del cielo.

Mientras hablábamos, anochecía. Se vestía de sombras la tierra y de astros el firmamento.— María Flor! ¡María Flor!-- dijo una voz entre los naranjales. Ella huyó como una cervatilla, y yo quedé como clavado en el mismo sitio. Perseo y Andrómeda brillaban sobre mi cabeza.

A la tarde siguiente no la hallé pasando la azuda, cruzando el naranjal, ni asomada al ajimez de la casita del arco apuntado.

—¿Habéis visto á María Flor?—pregunté á un antiguo servidor del molino, cuyo asno hacía resonar acompasadamente la campanilla por el sendero de los álamos.

—¡Está enferma!—respondióme el buen hombre continuando su ruta, á mujeriegas, sobre los costales.

Confieso que me entristeció la noticia. Sin que entre nosotros hubiese habido más correspondencias que las que la casualidad había proporcionado, tenía yo cuidados por aquella niña tierna y melancólica que pasaba la vida cortando flores como Ofelia y viendo correr el agua del molino. Dos tardes la esperé sentado en la misma piedra, y como la esperé en vano, decidíme á penetrar en la huerta con cualquier pretexto. Era mi dulce amiga: ¿qué mal había en ello?

Fuéme proicia la suerte. Cuando yo

daba vista á la huerta, ella venía hacia el molino, más bella y melancólica que nunca, con su falda azul y su delantalillo blanco como la espuma.

-- ¡Adiós, María Flor!--le dije, cerrándole el paso. --¿Qué tienes? ¿Por qué no has salido estos días? ¿Qué enfermedad te aqueja?

No me respondió. Bajó los ojos y quiso seguir su camino; yo cometí la imprudencia de detenerla por la falda y ella se llevó el delantal á los ojos, queriendo ocultarme una lágrima que fué á caer temblando sobre los ramos pintados de su pañuelo.

Insistí y se puso seria, muy seria. -- ¡Déjeme usted, por Dios, caballero! -- dijo volviendo el rostro y enjugando sus lágrimas. -- Todas esas mentiras que me ha contado me han puesto mala y me han quitado el sueño.

Mi sorpresa no tuvo límites con tan enigmáticas respuestas, y procuré que me escuchase tomando á Dios por testigo de la rectitud de mis intenciones. Vino al cabo á mí, como otras tardes, y sentándonos cerca del naranjal, que estaba en flor y perfumaba el ambiente, me contó lo que le había pasado.

Yendo á confesarse al día siguiente de nuestro encuentro, y manifestando al padre cura sus deseos de vagar de mundo en mundo, «*como de flor en flor, vaga la abeja,*» el bueno del eclesiástico, montando en santa cólera, le había «echado el gato», como suele decirse.

—Acuérdate de lo que profetiza San Juan en su misterioso Apocalipsis: «Se abrirá el sexto cielo, y al punto se sentirá una gran tormenta, y el sol se pondrá negro como un saco de cilicio y la luna se volverá toda bermeja como sangre.

«Y las estrellas caerán sobre la tierra á la manera que una higuera sacudida de recio viento deja caer sus brevas.

«Y el cielo desaparecerá como un libro que es arrollado, y todos los montes y las islas serán movidos de sus lugares.»

Yo quise convencer á la apesadumbrada niña de que las visiones apocalípticas eran tan sólo formas simbólicas de intuiciones más ó menos atrevidas, asegurándole que el santo varón que la confesara no había cuidado de armonizar el espíritu bíblico con las conquistas de la Ciencia para que la palabra de vida y verdad hablase á las generaciones presentes como á las que pasaron; pero todo fué en vano.

—Díme, María Flor, —le dije con cierto fuego impropio de tan trascendentales elucubraciones, —¿Crees tú que esos astros que se besan todas las noches, que esos luceros que jamás se separan, que esos cometas que vuelven sin cesar al sol, que esa luna que sigue á la tierra como á eterna compañera, pueden dejar de mezclar sus besos y sus rayos porque así lo traduzca tu confesor el padre Pedro?

María Flor clavó en mí sus grandes ojos brillantes y limpios, como las estrellas del tahalí de Orión, y permaneció silenciosa á mi lado.

Yo proseguí mi discurso, probándole que el espíritu no podía permanecer en la inacción por ser una parte de Dios, mismo, que es todo actividad y vida, haciéndole notar que el concierto de los mundos es el recreo del Creador, quien los sembró en el éter como ejemplo de su poder y rúbricas de su gloria.

—¿Y por qué no me lo dijo así el señor cura?—repuso María Flor, deshojando lentamente una margarita cuyas hojas se llevaba el aire.

—Porque hay algunos señores curas — le dije yo, — que no se ocupan de eso.

Engolfados en estos diálogos, no advertimos que la atmósfera en enrarecía y que el sol se había ocultado tras un montón de nubes pardas y densas; el viento azotaba los álamos del sendero, y el leve zig-zag de los relámpagos rasgaba el último límite del celaje que ya estaba compacto y plumizo.

—¡Hay tormenta...!—díjome María Flor. —Dejemos el abrigo de estos árboles grandes, que llaman al rayo, y vámonos al naranjal á buscar reparo contra la llovizna.

Yo la seguí sin hablar una palabra. La vista del naranjal, tan verde, tan compacto, tan hermoso, semejante á un palacio de cris-

tal verde cuyas bóvedas estaban sembradas de blancas estrellas, me hizo olvidar el color plomizo del horizonte y los relámpagos intempestivos. Nos sentamos sobre la tierra húmeda, al pie de uno de esos árboles llamados de las Hespérides, que producen todavía flores de plata y frutos de oro. Los nublados corrían entretanto sobre nuestras cabezas, y un trueno lejano, semejante á una descarga de fusilería, fué á repercutir de extraño modo en el torreón cuadrado que se asoma sobre la pendiente.

¿Tienes miedo? pregunté á María Flor, que se acercaba á mí, trémula como aquellas florecillas blancas que el viento azotaba con pertináz insistencia.

¡Sí, señor, tengo miedo!... He visto pasar en una nube al ángel de que me hablaba el padre Pedro, en su caballo, pálido, desgrena-do y con la túnica suelta.

— ¡Te engañas!—reliqué yo, ciñendo atrevidamente su talle con mis manos calenturientas;— es el ángel del amor que tiende sus alas de fuego y pasa sobre nuestras cabezas.

¡Oh, no, no!—respondió la niña,— es el ángel del fin del mundo; tiembla la tierra, bailan las estrellas,.. ¡Ten piedad de mí!

Cerró los ojos espantada y volvió á abrirlos temerosamente. Habíase arrancado en un raptó histérico el pañuelo que cubría su cuello de cisne, y dejaba al descubierto el arran-

que del seno, más blanco y más fino que los ramos de azahares que se hallaban colgados sobre nosotros.

Un nuevo relámpago más intenso, más horroroso, rasgó el negro celaje, y un trueno sordo, prolongándose espeluznante, retumbó en mis oídos. María Flor se estremeció convulsivamente entre mis brazos, y al ver caer sobre nuestras cabezas una lluvia de flores de azahar que arrancó el viento y que penetraron por el escote abierto de su justillo bordando su pecho, exclamó, quedando después fría é inmóvil como una estatua:

— ¡Mirad, mirad, ya caen sobre nosotros las estrellas; ya se han cumplido las profecías; ya no despertaremos más!

Yo no pude darme cuenta de lo que pasaba; una chispa eléctrica había descalabrado el torreón gigante que se alzaba á lo lejos, y presa también, á mi pesar, de las extrañas imaginaciones de María Flor, creí por un momento que me envolvía el caos y que cada grupo de aquellas estrellas automáticas que bordaban nuestras ropas eran otras tantas constelaciones que habían rodado hasta la superficie de la tierra, perdiendo en el trayecto sus gigantescos diámetros y quedando reducidas á microscópicas flores de naranjo.

Pronto me repuse de tan extraña alucinación y pude posesionarme de mí mismo. El cielo se serenó poco á poco, las nubes se

separaron dejando sobre el naranjal un gran resquicio azul por donde asomaron los rayos suaves del sol que caminaba al ocaso, y María Flor abrió los ojos dulcemente como si despertara de un sueño.

—¿Dónde estoy?—preguntó cerrando instintivamente los broches de su justillo y sacudiendo las florecillas que se hallaban revueltas en su falda, perfumándola y humedeciéndola con sus hojas.

—¡En mis brazos!—exclamé yo, sellando con un beso aquella boca fresca, roja y entreabierta como una granada.

— ¡Ah, sí!— contestóme sonriendo y abandonándose sin esfuerzo á mis caricias:— ¡tienes razón, hemos nacido á la vida de algún nuevo mundo! ¡No puede haber tanta felicidad sobre la tierra!





## SEMANA SANTA EN SEVILLA

---

### I.

#### EN VÍSPERAS

Ya empiezan á moverse los cofrades; ya están de vela las bordadoras de mantos; ya se celebran los capítulos en casa de los mayordomos; ya se limpian las lanzas y las tajantes espadas romanas que han de servir á las lujosas cohortes.

Sevilla, cuando se acerca la época de sus procesiones, parece que se metamorfosea y adquiere la tendencia hierática que le distingue entre todas las provincias sus hermanas; semejante á la antigua Eleusis, se recoge en sí misma y se agrupa en torno del templo. La gran basílica comienza á sacar de sus depósitos las más hermosas preseas; los suntuosos cortinajes de terciopelo con anchas fajas de oro que han de cubrir sus altos pilares; los juegos de soberbia candelaría de

plata que han de arder bajo sus bóvedas; las miriadas de ricas lámparas que deben iluminar sus sagrarios; los juegos de casullas, dalmáticas y capas pluviales que han de caer sobre los hombros de su clero catedral, dando á las ceremonias de la Pasión y Muerte la severidad y la grandeza dignas de tan elevados misterios.

Los servidores propios del templo, con la agilidad que les caracteriza, extienden las alfombras, cuelgan las pilastras, colocan los siales y preparan los ricos vasos de plata y oro que han de verse el Juéves Santo á los piés de los pobres, como quiso que aconteciera el que no tuvo en la tierra blandas plumas en que reclinar su cabeza, ni ánforas de rico metal para su servicio.

El ir y venir de monaguillos y acólitos, de pertigueros y sacristanes, de operarios y llaveros; la algarabía formada por aquellos jóvenés lampiños que tienen sus nidos en la torre, entre los del vencejo, es de lo más característico que puede darse en estos preliminares de fiesta. Yo los he visto muchas veces encaramados por los ámbitos, colgados de los salientes de los retablos y envueltos, como ángeles ó diablillos alados, en los pliegues del gran velo que cubre el altar mayor, y que ha de romperse con estrépito, según reza la liturgia, en los oficios del Sábado Santo.

Las operaciones más difíciles de las vis-

peras son las de colgar pilares, tender el velo que se ha de romper, como ya hemos dicho, al toque de Gloria, y cubrir las cruces de las capillas; mas hay otra que pide fuerzas hercúleas y barbas mayores, y esta es la colocación del soberbio monumento que ha de servir para las solemnes ceremonias de Juéves y Viérnes en la Santa Semana, y el cual es uno de los mejores ornatos de la celebrada Catedral de Sevilla.

Tiene esta obra de arte cerca de treinta y cuatro metros de elevación, y su último cuerpo, coronado por un gran Calvario, se pierde en las penumbras de la última bóveda, bajo la cual se levanta todos los años. Su vista causa mística arrobación y profundo recojimiento; tiene cuatro frentes ó fachadas, está adornado con esculturas colosales y le alumbran ciento veinte lámparas de plata y más de quinientas candelas. Trazóle el maestro Antonio Florentin el año de 1543, y le terminó en 1554; es de madera y pasta, y sus grandes figuras representan á Abraham, Melquisedech, Moisés, Aarón, la Vida eterna, la Naturaleza humana, la Ley antigua, la Ley de gracia, Salomón, la reina Saba, el Sacerdote del Concilio, el Sayon de la bofetada, San Pedro y San Pablo, el Sacrificio de Isaac y otros pasajes y personajes bíblicos. Las alteraciones y ampliaciones hechas en este monumento original han unido á él los nombres de muchos escultores de los siglos

XVI y XVII: podemos citar entre ellos á Márcos Cabrera, Alonso de Mora, Blás Bermúdez, Melchor de los Reyes, Honorio de Palència, Valbuena y algunos otros.

Este monumento, resplandeciente de luz y enhiesto entre los pilares cubiertos de terciopelo rojo, es de maravilloso efecto, y para los sevillanos tiene siempre novedad encantadora. Desde que salen las grandes piezas que lo componen de los depósitos de la iglesia, siguen con ansiedad infantil las peripecias de su erección, y siempre hay curiosos que presencian la faena.

Durante dos días, el monumento se ofrece á los fieles como una gran torre resplandeciente de luz, iluminando la bóveda y las capillas inmediatas. El sábado toda aquella costosa fábrica desaparece, quedando el templo como de ordinario, alumbrado de día por los rayos del sol que se deslizan por sus notables ojivas, y de noche por las miriadas de lámparas que lucen acá y acullá asomando por entre los pilares como asoman las constelaciones en un bosque de palmeras ó en una selva oscura.

Desgraciadamente, en el momento en que describimos como valioso recuerdo estas espléndides de nuestra Santa Iglesia, el turista, así como el sevillano, no pueden tener el gusto de encontrar en el famoso templo tan ricas preseas colocadas como en los pasados años; el estado de esta joya ojival que ha

sufrido los rigores del gran derrumbamiento que fué deplorado por toda España, priva al Cabildo de celebrar las fiestas de la Santa Semana con la solemnidad de costumbre.

¡Ojalá que pronto la restauración, que se halla algún tanto adelantada, permita de nuevo, no solo la colocación del Monumento citado, sino también el acto solemne de cantar el *Miserere* de Eslava, en el que se emplearon siempre las voces de nuestros más notables cantantes.

## II

### LAS CAMARERAS

No llamarían la atención de los curiosos las ricas preseas que lucen nuestras imágenes en las procesiones de Semana Santa, si supiesen lo que son las Cofradías y las Hermandades.

Tienen cada una de ellas su hermano mayor y su camarera, entidades que cuidan de la imagen titular como de sí propios, y ellos por delegación de los demás cofrades se encargan de engalanar las Vírgenes y Cristos favoritos, que en capillas y con fueros propios conservan, aumentando cada año el caudal de sus ropas y alhajas.

Cuando se acerca el día de la salida de la imagen, la camarera vá á visitar á *la Señora*

ra y á preparar el rico manto y las delicadas vestiduras. Encaramada en el paso y con el respeto y la tierna solicitud que pudiera tener con una reina, la viste y la compone sin olvidar el perfil más pequeño. Si la Cofradía es pobre y no puede disponer de joyas propias, la camarera y el mayordomo se las procuran pidiéndolas á personas piadosas que se honran con ello, y así vemos que, excepto á las Dolorosas y Soledades, á quienes, por su representación de duelo, solo suelen concedérseles puñales de plata que atraviesan sus pechos, á las demás Vírgenes se las prenden innumerables dijes y piedras preciosas, se llenan de anillos sus dedos y de pulseras sus muñecas, se les ponen ricos zarcillos y costosos collares.

No busqueis en estas imágenes propiedades de indumentaria; el traje hebreo sencillo y consistente en la túnica escueta, con manga ancha, y el sencillo cobijo de las Hijas de Sion, no podría complacer las aspiraciones de las camareras ni de los cofrades; es preciso el prolongado manto de terciopelo bordado de oro, las delicadas batistas de la época de los Felipes, y el rico tisú reservado para la alta nobleza por los Reyes Católicos.

La magnificencia de estos vestidos, y el ideal cristiano que los ha conservado no permiten al crítico meter su hoz en este campo de flores; cuando el paso ó las andas ade-

lantan inundadas de luz por las calles de la estación y aparecen nuestros Cristos y nuestras Virgenes entre candelas y guardabrisas de cristal, vestidos y alhajados de esa manera, no hay más que prorrumpir en una exclamación de asombro y de simpatía, porque se presentan tal como las ha concebido la imaginación meridional de nuestro pueblos, hermosos, esplendentes, lanzando los reflejos del iris en una atmósfera de incienso.

La emulación de las camareras es igual á la de los hermanos de cada advocación; su prurito — vamos al decir — consiste en que su titular ó patrona descuelle entre las demás hermandades. Así suelen verse esos derroches de magnificencia que pasman al turista y que no pueden explicarse. Los pasos rivalizan entre sí en gusto y riqueza; si uno tiene pálido de plata, el otro tiene dosel de terciopelo; si uno tiene caídas de raso, el otro las ostenta bordadas y con flecos de oro; si este vá lleno de objetos de arte, aquel luce rica candelaría y caprichos costosos.

La recompensa de los afanes de las camareras consiste en los elojios de los devotos que acuden á la exposición de pasos verificada en la iglesia durante la mañana del día en que hacen su estación las hermandades sus afectas.

Allí las imágenes son objeto de la admiración de todos, y pueden apreciarse en sus más pequeños detalles las preciosidades que

ostentan. Quién admira el magnífico bordado de los mantos que tocan al suelo esponjándose sobre las andas; quién elojia la gracia con que la *Señora* lleva puesto el collar y el rostrillo; quién cuenta la habilidad de la peinadora, la prolijidad de las manos que bordaron el peto, la riqueza de los pendientes y anillos ó el airoso plegado de los trajes. La camarera, que acaso oye todo esto sentada en una banca próxima á aquel lugar, siente dulce fruición de orgullo y se deleita en escuchar una y otra vez estas frases halagadoras.

Acaso se acerca á las andas una hermana de otra advocación, ya entrada en años y en malicias, y se atreve á decir á una su acompañante que los encajes del rostrillo de la Virgen están plegados con mal gusto, ó que la túnica del Cristo amarrado á la columna no cae bien sobre la divina cadera; y entoces la que lo oye frunce las cejas, hace una mueca expresiva, y dirigiéndose al guardián del paso, que casi siempre es un monaguillo, le dice por lo bajo lo siguiente:

— ¡Mira, hijo mio, apaga y vámonos; que ha dado su opinion Doña Anastasia!....

---

## III

## LOS ARMADOS.

Se llaman así, vulgarmente, las centurias romanas que van acompañando á las cofradías.

Estos están reglamentados, y casi siempre obedecen á un *capitán*, el cual se ha gastado buenos cuartos en hacerse un traje que no desdeñarían César ni Nerón, los dos emperadores más peripuestos de la antigua metrópoli romana. Desde los borceguíes recamados de topacios y esmeraldas, hasta el reluciente casco de metal adornado de anchas y rizadas plumas, el capitán va tan acabado y perfecto, que necesita dos adláteres con hachones para que el público admire tal prodigio de indumentaria. Durante la procesión no cesa de marcar el paso; lleva la espada desnuda, presa entre fino y blanco guante, y vuelve de vez en cuando el reposado rostro para ver si se descompone la cohorte, á cuyo frente marchan el águila y el *senatus*.

Todos llevan las espadas cortas que usaron los soldados de Mário y Sila, todos ostentan escudos y rodelas: éstos y aquellos lucen altas cimeras y relucientes cascos; lo que jamás me he podido explicar es el uso de la gola con este traje, que se mixtificó con

la irrupción germánica, á no ser que los romanos de las cofradías sevillanas pertenezcan á aquellas huestes españolas que penetraron en la Ciudad Eterna, acaudilladas por el Condestable de Borbón.

Estas centurias llevan consigo músicas y trompeterías, y se forman poco antes de salir las cofradías en los porches y áticos de los templos. Cuando terminan su cometido, rompen filas, y se va cada cual por su lado, bien á pasear por las calles, bien á visitar á sus amigos y deudos.

No es difícil ver á cualquiera de estos romanos en un portal pelando la pava con una flamenca de buen trapío, ó reclinado en una reja á la luz de la luna, y recordando á los trasnochadores del tiempo de Tiberio. Un turista inglés, extraviado en el clásico barrio de Santa Cruz, y asombrado al ver de guardia en una de sus estrechas puertas hebreas á un fornido hermano armado, de la cofradía de la Macarena, se sobrecojió todo de espanto, creyendo que el fantasma pudiera hacer uso de su pica ó de su espada, y saludándole respetuosamente, le repitió la palabra de sumision de los rituarios en el antiguo Circo romano: *Ave, César, morituri te salutant!*

Nada más pintoresco que la calle de las Sierpes, de Sevilla, en los días de Semana Santa. A más del personal heterogéneo que en estos días toma posesión de hoteles, fondas y casas de huéspedes, y del que forman

parte la atildada *lady* y la robusta aldeana, pasean por la célebre calle, codeándose y robándose la acera, los tipos más encontrados y las entidades más diversas. Véanse allí al pacienzudo *yankée* que todo lo mide con la mirada, al cacique de pueblo que luce su levita nueva, á la flamenca ostentando su pañolón de Manila; al flamenco con su apretada faja y su sombrero de queso, los nazarenos y devotos con sus hábitos, insignias y capirotes, los militares y caballeros cruzados, y, por último, los *armados*, objeto de estas líneas, que, creyéndose los héroes de la jornada, se pavonean con marcial talante, dando al cuadro la nota anacrónica, aunque original, que tanto sorprende al curioso.

La afición á lucir preseas de estos soldados-cofrades no llega, sin embargo, á barrer en lo más mínimo los preceptos de su estricta ordenanza. Al sonar la aguda trompeta, se abandona cuanto se tiene á mano. El que tomaba una docena de cañas y una aceituna, deja el estrecho vaso sobre el mostrador y corre sin pagar hácia el sitio designado; el que decía á su novia algun chicoleo, deja la ventana despidiéndose con más prisa que Romeo de Julieta, y allá vá hácia el templo, sin cuidarse de si lleva ó no en orden la lanza ó la rodela; el que aprovechaba el interregno para jugar á la béciga con su comadre, tira hasta el comodín con que hubiera podido hacer *cuatro cosas*, y deja el

juego al vecino del lado; todos, en fin, están en su puesto al segundo toque de clarín, y dá gusto verlos cómo toman posición y línea; presentando el aspecto más animado é histórico sus escudos, sus cascos, sus cimeras, y sobre todo sus rostros, variados hasta el infinito, y que despues han de dejar en el misterio las cautas celadas.

En esto, un murmullo de admiración y un agudo toque de trompeta anuncian que llega el capitán soportando su enorme y rico airón, su capa recamada de oro, y su túnica de terciopelo. Los de la centuria se clavan en su puesto, el que lleva el asta con el águila, símbolo del imperio, avanza un poco para recibirle dignamente; y entonces el capitán, lleno de orgullo, golpeando el pavimento con sus borceguíes salpicados de piedras deslumbradoras, se aprieta el cinto, se retuerce el mostacho, se enchufa la gola, saca la reluciente espada, y volviéndose cara á cara á su apretada cohorte, dice con entonación soberbia y supremo desden de mando:

—¿A ver? ¡firmes, todos conmigo, una, dos, tres; ¡marchen! ¡Adelante *el senatus* y viva la Virgen de la Esperanza!

---

## IV.

## PENITENTES Y NAZARENOS

Estos tipos son más conocidos, porque se hallan en todas las provincias; pero en Sevilla tienen lineamientos especiales que merecen ser estudiados.

Corriendo parejas con las ricas preesas de que hacen gala las hermandades en su ostentosa indumentaria, el nazareno sevillano usa túnica riquísima de terciopelo, escudo bordado, cestillos de plata y otros aditamentos que constituyen un lujo verdaderamente del siglo y en oposición con las antiguas prácticas.

En los primeros tiempos, estas procesiones puramente penitenciales, no permitían esos derroches; la ostentación estaba divorciada de ellas, y la especie de misterio en que se envolvían alejaba á los curiosos de la carrera.

Los nazarenos iban con pobres túnicas, ceñidos de cilicios ó casi desnudos, y aquellas imágenes rígidas, amarillentas, desprovistas de los encantos de la forma, escuetas y colocadas en humildes parihuelas que casi tocaban al suelo, no podían prestarse á las actuales exhibiciones. Los hermanos de disciplina llevaban la espalda descubierta, ó

con escasos paños, y daban ayes lastimeros que solían asustar durante la noche á las mujeres y á los niños; y cuando se oía el tañer de las campanillas de los demandantes había muchos que entornaban las celosías ó cerraban con pavor las maderas.

Al presente, la fórmula ha variado por completo. El nazareno, con escasas excepciones, viste con lujo, marcha en la procesión con elegante desahogo, y no se permite la disciplina. En vez de aquellas imágenes destañadas, chupadas, comidas por la intemperie y por la polilla, que acusaban el bizantinismo y parecían protestar de la curva suave del Renacimiento, se exhiben las primorosas imágenes debidas al cincel de Cornejo y la Roldada; las parihuelas se han sustituido por lujosas andas cubiertas con paños bordados y adornadas de flores, y las farolas, candelas y guardabrisas, llenan de raudales de luz los anchos doseles y muestran al creyente todos los encantos de la creación artística y todas las imaginaciones del espíritu cristiano.

Hoy, los nazarenos y penitentes no causan lástima, sino delectación; dá gusto verlos en ordenada fila haciendo que se deslicen las colas de sus túnicas por el pavimento ó recojiéndolas con especial gracejo; los curiosos, en vez de huir como antes de los penitentes amigos de la sombra, el silencio y el silencio, se agolpan á su paso y llenan la carre-

ra, celebrando cada misterio que pasa ó cada agrupación que desaparece. Esas andas, conducidas por veintenas de hombres, se elevan como una aparición mística por encima de la multitud absorta y entusiasmada; y los Cristos que muestran sus músculos con el más hermoso realismo, y las Vírgenes y Dolorosas, cuyos rostros irradian vida y color, atraviesan triunfantes por entre apretadas muchedumbres, dejando tras sí irisadas irradiaciones y perfumadas estelas.

Aun suelen verse tras de las andas ó pasos penitentes vestidos con más pobre atalaje, y sustentando sobre los hombros pesadas cruces; pero esta es la nota tradicional, la semilla del pasado, que aun fructifica en los corazones más piadosos. El tono general de las cofradías sevillanas es el de una fiesta severa, sí, pero al propio tiempo magnífica y coruscante.

También han desaparecido los antiguos cobijos y mantos negros usados por las andaluzas en los siglos XVII y XVIII, y de los cuales quedan todavía muestra en algunos pueblos de la provincia. Las sevillanas lucen en Jueves Santo sus mejores galas, y aunque usan el traje negro para las fiestas fúnebres del Viernes, no dejan de mostrar sus talles de avispa ni la curvatura de sus hombros.

## V

## LA PLAZA DE SAN FRANCISCO

Hay en Sevilla una plaza histórica, que recuerda á la vez las fiestas y torneos del tiempo de los Asistentes y los autos de fé del Santo Oficio. En ella se alza el magnífico edificio plateresco, único ejemplar perfecto en España, y en que radican las Casas Capitulares; en ella se ven aun los portales adornados con restos de templos greco-romanos, donde se solazaba el autor del *Ingenioso Hidalgo* estudiando aquellos tipos de la corte de Monipolío que nos describió con tan brillantes pinceladas.

Este es el centro de la buena sociedad en las tardes de cofradía, y allí hemos visto á nuestros reyes ocupando soberbio dosel para presenciar el paso de las procesiones.

En airosos palcos, adosados á la Casa-Ayuntamiento, se reúnen como en valioso *bouquet* las damas de la *high life* sevillana, llenando el resto de la plaza inmenso gentío, al que dan graciosas manchas de color las hijas de San Bernardo y de Triana.

Todo es animación y movimiento; las sillas, los balcones, hasta los portales de la plaza se han tomado por asalto; los que llegaron tarde van engrosando las líneas de curiosos

á quienes detuvo la faja de asientos que corta la carrera, y cierran, por lo tanto, el extenso cuadrilátero.

¡Qué diálogos más picantes! ¡Qué tiroteos de frases más donosos! ¡Qué bullir y rebullir, mientras se asoman por la calle de las Serpes los bastoneros!

—*Señá* Mónica, que aprieta *usté* más que un *doló*—dice una flamenca de colmillo retorcido.

—¡Hija, y si es usted una locomotora!—contesta en estilo cortado doña Mónica

—¡Vamos, no sea usted pesado, ábranos calle!—dice un caballerito á un flamenco que con las manos en jarras, impide el paso de su esposa, jamona entrada en años y en enjundias.

—¿Que le abra calle?—contesta el barbián sin mover los brazos; —pues busque *usté* la de la Amargura, que *pá eso se trae* usted la cruz acuestas.

Estas finezas y otras como estas se cambian entre los que están de pié en la plaza, mientras en palcos y en sillas se ven amartelados grupos y se cuentan historias profanas; pero los farautes ó bastoneros de las hermandades aparecen al fin, y elévase un murmullo de admiración y curiosidad no satisfecha.

Comienza el paso de las procesiones. Unas trás otras han de desfilan por delante de las Casas Capitulares, y detener sus pasos

ante la representación del Municipio; luego siguen su estación á la iglesia catedral, y despues de visitar el santo templo, se esparcen por distintos lados. Desfilan por rigurosa antigüedad, y se defiende á punta de lanza este derecho; más de una vez los hermanos de esta y de aquella advocación se disputaron el paso, recordando los farolazos del Rosario de la Aurora, que ya se han hecho proverbiales.

El aspecto que presenta Sevilla cuando las cofradías marchan á sus respectivas moradas tiene algo de fantástico, y recuerda aquellas antiguas ciudades recojidas en sí mismas durante las horas de los Misterios. Por cualquier calle que os aventureis habreis de encontrar las silenciosas filas de nazarenos, las armadas centurias, los pasos triunfantes y deslumbradores. Empresa difícil es volver al centro de la capital sin tropezar con una cofradía; como su número es tan dilatado, llenan las avenidas en pertinaces madejas de luz, y cierran el paso una y mil veces.

Las llamadas del Silencio salen al mediar la noche, y vuelven á sus iglesias al apuntar el alba ó al salir el sol, en recuerdo sin duda de aquellas procesiones penitenciales á que no hemos referido. Una de ellas, la del célebre barrio de la Macarena, que tiene por patrona á María Santísima de la Esperanza, dilata su entrada hasta que avanza el día, y logra que los primeros rayos del

sol caigan como cascadas de oro sobre el hermoso manto bordado de su Virgen favorita y multiplique las facetas de los diamantes que la adornan. Si aquél no aparece á tiempo en el horizonte, como suele acontecer algún día, los cofrades cierran el puño é increpan duramente al rubicundo astro, que embozado en su capa de nubes trasnochã por las profundidades del cielo; pero cuando se muestra propicio, la Patrona es llevada á bendecir los sembrados, que ya despuntan como felpilla de esmeralda, volviendo á entrar por la histórica puerta de la Muralla, saludada por estas ó parecidas frases, ya citadas por mí en otra ocasión:

— ¡Viva la Virgen, que deja atrás á *toas* las vírgenes!

— ¡Viva la *mare* del pueblo!







# LA FERIA DE SEVILLA

(CARTAS DE UN TURISTA)

## I.

SEVILLA, 18 DE ABRIL

Querida Layly: acabo de llegar á la renombrada capital de la Bética, y me hospedo en un modesto hotel, despues de emplear la influencia de tres cónsules á quienes venía recomendado.

Este Hotel, que debe ser capaz para todos, solo es para mí pequeño y molesto; duermo tras un biomho, y veo á través de una ventana alta el muñeco de bronce de la Giralda. La afluencia de forasteros es tal, que ayer se llenó la mesa tres veces, y al levantarnos sonaba por cuarta vez la campana.

—¿Cómo dormis?—pregunté á un *yankee* conocido mio.

—De ningún modo—me contestó—tengo pared por en medio cuatro ingleses, seis

niños y tres galguitos que pasan la noche la drando á coro.

Esta mañana, antes de almorzar, me asomé á los balcones que dan á la calle de Sierpes. Allí pude ver desfilan los diferentes tipos de este paraiso del Mediodía, del que tantas cosas bonitas dicen los escritores y los poetas. He de confesarte que el tipo andaluz tiene gracia y expresi3n en el rostro, correcci3n en las formas, y viveza en los movimientos; sin embargo, nuestras bellezas esculpidas en alabastros no se ven por estas tierras. Todas las mujeres se balancean como la palma, y dejan ver la sangre bajo la epidermis color de rosa. He esperado durante media hora el paso de una rubia que tenga como tú los ojos azules, y solo he visto pasar asentados bajo su dosel de cejas, negros cimarrones y pupilas color de aceituna. Las morenas y las trigueñas abundan mucho; las blancas escasean, pero las hay de cabello negro como la endrina, y de mejilla sonrosada como la adelfa. Son verdaderos prodigios las extremidades.

El traje actual de la andaluza ha sufrido por lo visto grandes variantes, á juzgar por lo que los pintores nos suelen dar en sus cuadros. La mujer del pueblo no ostenta ya el traje de faralaes, ni la patilla retorcida tras de la oreja; la moda traspirenáica, de la que tanto se abusa en este tiempo, ha influido algo en su peinado, que no es bajo ni de mo-

ño partido, si no alto y coronado por la peineteta de concha. Sin embargo, conservan la airosa mantilla andaluza, y el pañolón de Manila, en el que campean los pajarracos del Japón y los vistosos bordados y hojarascas de mil colores. De la andaluza á la gitana hay ya un abismo; el término de transición es la flamenca de salón cantante,

Recuerdo que vimos en un álbum de Colonia un tipo andaluz que vestía calzón de punto ajustado á la rodilla, botín, faja, marsellés con coderas y sombrero redondo, semejantes á los conos truncados de los volcanes de la luna: esta indumentaria ha desaparecido ya en la capital de la Bética, y solo se ven en los cuadros de los pintores sevillanos. Los botines han pasado ya á la categoría de antigualla, y en cuanto al marsellés con cuello alto y coderas de paño ó pana de color, solo he podido encontrarlo en el estudio del celebrado Garcia Ramcs.

El tipo, sin embargo, sigue siendo el mismo, en lo que se refiere á su manera de ser y á sus propensiones naturales. La exageración, el rumbo, el desparpajo son sus notas constantes, y por ellas puede reconocérsele fácilmente.

Ayer oí al paso el siguiente piropo que un hijo de Triana decía á una operaria de la Cartuja, de hombros curvos y cuello de zurita.

—¡*Mare* de mis ojos, si fueras tu cam-

pana y yo badajo, podíamos echarnos á vuelo, aunque se alborotara el barrio!

—¿De veras, hombre?—le contestó ella prontamente ¿y quién le ha dicho á *usté* que iba á tener *cuierda pa* tanto?

Hoy por la mañana he ido por vez primera á la feria.

Está situada en un extenso prado, á la salida de la Puerta de San Fernando, y largas filas de casillas simétricas se tienden bajo frondosas alamedas, tras las cuales se descubren risueñas lontananzas. Aquí las mañanas de feria se dedican casi siempre á los negocios de compra y venta, y me han hecho asistir á varios *tratos*. Así se llaman entre los ganaderos las compras de bestias y los negocios en que intervienen los corredores de cuatropeas, que casi siempre son gitanos. Estos *tratos* dan origen á episodios verdaderamente cómicos, porque los corredores ó *chalanés* tienen la gracia de Dios para hacer al comprador entrar por el aro.

He visto vender á uno de estos egipcios degenerados un asno de poca alzada, pero en el cual la tijera del esquilador había hecho labores dignas de una alcatifa de Turquía. Al entregar el asno á su nuevo amo, y guardarse en el bolsillo de la faja los pesos duros que le había valido la venta, los ojos del gitano se llenaron de lágrimas, que corrieron por su tez atezada hasta bañar sus patillas de *boca de jacha*, y dando al animal

apretados abrazos y besos en el hocico, dejó escapar las siguientes frases de ternura:

—¡Anda con *Ondivé* (1), *rucho* mio; te crié á mis pechos, y me dejás sólo como un espárrago; líbrete *er mengue* (2) de la vara del *buchi* (3), y ojalá sirvas *pa meté* á Cristo en Jerusalén por Semana Santa!

El aspecto que presenta el mercado de la feria de ganados es por demás pintoresco. Allí se ven revueltos los notables corceles con los novillos bravos; los troncos de poderosas mulas, con los caballos sementales; aquí y acullá piaras de ovejas y de cerdos, cabras triscadoras y nevados corderillos, pesados bueyes, própios para las faenas agrícolas, y ternerillas juguetonas; entre todo este barullo, los ganaderos, pasando y cruzando con sus trajes característicos, ora montando en poderosas cabalgaduras, ora conversando en grupos en medio del llano; en este lado, el corredor que pondera las condiciones de una bestia; en el opuesto, el picador que demuestra el poder de su alazán clavándole la espuela en los hijares y echándolo airosamente sobre las piernas; en todas partes, en fin, el cuchicheo de los que ajustan, el silbido del ganadero, el mugido del toro, los ásperos gruñidos y el suave ba-

---

(1) *Ondivé*, Dios en caló.

(2) *Mengue*, diablo.

(3) *Buchi*, verdugo.

lar de las manadas, y cubriendo todo el paisaje como una gasa irisada de polvo y de sol, que dulcifica las líneas y que presenta las lontananzas del Prado como si se viera á través de menuda llovizna de oro.

Véanse también muy concurridos por las mañanas las exposiciones de terribles focas, mugeres gigantes, enanos y fenómenos, que se escalonan cerca de la casilla del Municipio, y los teatros mecánicos, fantoches, polichinelas, circos ecuestres y caballitos de madera situados en una de las calles fronteras, al terminar las filas de casillas tomadas por los particulares.

Nada más característico de las ferias andaluzas que esos pobres artistas que exhiben sus harapos y sus turbias lentejuelas en los andamios de las barracas. Recuérdanse, al verlos, los episodios de Martín el Expósito y las amarguras de Bamboche. Sus rostros, pintarrajeados con albayalde y bermellón, sus senos macerados por la crápula y por los violentos ejercicios; sus piernas, cubiertas con mallas súcias y jarambelosas; sus bocas desdentadas y sus afilados brazos, recuerdan los personajes de la *Danza de la Muerte*, pintados por Holbein, y parecen despojos mundanos, á los que anima un espíritu próximo á abandonar cuerpos tan averiados. ¡Cuántas historias tristes, cuántos dramas de amor, de placer y de ambición habrá bajo todos esos harapos de colores!

En uno de los teatrillos, entre un *clown* horroroso y hercúleo y un enano, semejante á Cuasimodo por lo deformey giboso, he visto una pobre niña, amarilla como la cera y delgada como una caña.

—¿Y tú qué haces aquí, alma mía?— le pregunté, poniendo en su mano una peseta.

—Yo hago la culebra,— me respondió sonriendo y doblando su delicada espina dorsal, que crujía al movimiento como una vara á quien salta una astilla.

—¡De culebra!— dije yo—¿con ese traje?

—¡Visto de mallas, y saco la cabeza por entre las piernas!—respondió la pobre niña con una sonrisa que era una mueca dolorosa.

\*\*\*

## II

DIA 19 DE ABRIL.

He pasado la noche en una de esas llamadas casillas, cuyos dueños han sido para mí francos y galantes, como lo son generalmente los hijos de esta tierra.

Estas casillas, que están adosadas unas á otras y colocadas en larga fila, bajo la arboleda del Prado, no son otra cosa que preciosos nidos provisionales hechos de lona y de tablas, que cada familia adorna con los muebles reunidos de la parentela, y que las niñas andaluzas embellecen con notables perfiles.

Pianos, espejos, mecedoras y duquesitas, alfombras, cortinajes, todo se trasporta al Prado en esos días, pues hay quien los pasa en huelga perpétua, en esas tiendas que no tienen nada de la tienda árabe, pues, en vez de desiertos arenales, rodéanlas oasis rebosando plantas y flores.

Anoche asistí á una de esas fiestas nocturnas que tanta fama tienen fuera de España: de dos casillas se había formado una sola, y una multitud de jóvenes que lucían en sus pechos y tocados las primeras rosas de Abril, revolvíanse como golondrinas en aquella jaula elegante. Sus trajes eran variadísimos: ora se veía la atildada falda de corte francés, ora el vestido de medio paso que habrás visto lucir á la Nevada en el *Barbero de Sevilla*. La mantilla blanca de caladas y ricas blondas, ó la mantellina corta salpicada de una red de motas de seda que caen graciosamente sobre los hombros; el corpiño ajustado, la manga corta y la media de seda, que deja ver el pié menudo y el estético arranque de la pantorrilla, mezclábanse con los caprichosos atavíos transpirenaicos y formaban el más anacrónico y original contraste. ¡Cosa rara! ese sombrerillo de felpa negra que llaman de queso, y que yo había visto usar á los matadores de toros, también pude contemplarlo sobre la bonita cabeza de una morena que, contoneándose bailando, me recordaba á las bayaderas indias. Tan pronto re-

sonaba el teclado, como se oía el trinar de la guitarra. Este instrumento es preciso oírlo resonar bajo este cielo y con estos cantares. Hay algo en él del bandolín árabe y del laud provenzal; triste como éste, y apasionado como aquel, levanta ecos extraños en el que lo escucha por primera vez.

Los cantares andaluces no se parecen á los de ningún pueblo, como no sea á los napolitanos. Entre las tarantelas y los fandangos hay alguna afinidad; las sevillanas son verdaderamente originales.

Como que en todas las casillas de la feria, con rara excepción, hay los mismos divertimientos, el conjunto que resulta abarcando el extenso Prado es el de una orgía inmensa. Chocan las notas con las notas y los cantares con los cantares; en cada cual de aquellos nidos se entregan á sus bailes y diversiones favoritas, y como todas están adosadas unas á otras, la trepidación se propaga y la chispa eléctrica del entusiasmo parece sacudir la fila entera.

En estos días suelen permitirse ciertas familiaridades. Las jóvenes andaluzas, que jamás salen solas, pasean por las alamedas del Prado *á son aise*, como las doncellas rusas en la feria de los matrimonios. Por la calle central cruzan entre tanto lujosos trenes, y alterna la amazona inglesa con la manola que rige su petro andaluz ó con la gitana que monta á las ancas con su flamenco. En las

grandes tiendas de los Círculos la *high life* establece sus reales y se baila de frac y corbata blanca, para que el contraste sea más completo.

He oído tildar á los bailes populares andaluces de voluptuosos y provocativos; y he de decirte, supuesto que he tenido ocasión de compararlos con los llamados de sociedad separándolos solo una tela de lona en las casillas, que, en general, estos son más incitadores que aquellos. Los bailes más usados, seguidillas, sevillanas, fandango, boleros, etc., tienen siempre á distancia las parejas, y no permiten, como el wals, la danza, la redowa y otros, que se enlacen cuerpos con cuerpos. Bajo este punto de vista el baile nacional español tiene cierto sabor arcádico que no pervierte, ni acerca—vamos al decir—la estopa al fuego. Los movimientos de estas danzas, conocidas por *bailes de palillos*, no son tampoco como el baile de mujer sola ó de hombre solo, conocido por *flamenco*; en este predomina el gusto asiático; abusan de él sobre todo el gitano y la *bailuora* de oficio.

Están en un error los que crean que las andaluzas son bravías y descompuestas. He visto jóvenes tan finas y amables como la lady mejor educada, con la ventaja de ser más oportunas y más graciosas. No abunda, sin embargo, el tipo de carnes de alabastro, como te indico en mi carta anterior. Lorely no habita en esta tierra del sol y de las amapolas.

Uno de los detalles que más han solicitado mi atención en las tardes de feria, es la vuelta al real de los que han asistido. Al caer la tarde empieza á llegar, dando la vuelta por la hermosa y monumental Fábrica de Tabacos, una nube de carruajes de todas clases, en los que arriban como parejas de palomas blancas, las niñas que vuelven de los toros, á los que acuden casi siempre con la clásica mantilla de blondas y la calada peineta. La calle central de vehículos se anima entonces de notable manera, como se animan al par las casillas con los aficionados pedestres que vienen departiendo acaloradamente de los lances de la corrida. Aunque en algunos cuadros de pintores andaluces has visto toreros con taleguilla y capa de paseo intercalados entre los feriantes, ese caso no se dá nunca en la realidad, porque los diestros, según costumbre añeja en todas las capitales de España, se visten en sus domicilios y son llevados al redondel directamente: Es una vestidura oficial que, como la toga del letrado, no se profana fácilmente.

No te hablaré de las corridas, por que es cosa ya tan conocida de todos que han llegado sus pinturas y descripciones á ambos polos; pero sí te diré que la Plaza de Toros de la capital de Andalucía, es la verdadera plaza clásica de la época de Hillo y Costillares, con sus pesados arcos de ladrillos, de estilo románico, con su portada barroca y des-

comunal, con sus toscos balaustres ó galerías que pesan como el plomo.

Desde los centros próximos al balcón presidencial se ven los elegantes pináculos de la Catedral de Sevilla y los tres airosos cuerpos de la Giralda. Este extraño consorcio de perspectiva no choca, teniendo en cuenta que la pátria del pintor de las Concepciones, *La tierra de María Santísima*, perdería su carácter peculiar si un reformista demoledor dejara en pié la histórica torre y mandara derribar la Plaza de Toros.

\*\*\*

### III

DIA 20 DE ABRIL.

Hoy, despues de recorrer el Prado por la mañana, he prolongado mi paseo hasta el afamado barrio de San Bernardo. Me han hecho ver el patio de la casa del espada *Currito*, adornado con sendas cabezas de toro, y la célebre pila bautismal de la parroquiá que ha propinado el agua y la sal á tanta celebridad tauromáquica. Una de las especialidades de este barrio es el *menudo*; lo he probado en una tienda de montañés, que, como todas las de esta tierra, tiene especial carácter. Las pipas ó toneles están colocados en ordenada serie y cubiertos por una especie de armazón,

llamado talanquera. Un pintor, á veces diestro, ha puesto en las cabezas de las botas pájaros, aves y flores; sobre la puerta de la trastienda, y decorando las entradas, se ven arcos de botellas llenas de agua de color, y en diferentes tonelillos de cristal, en fila sobre tablas salientes, el anisado favorito de los andaluces, el *Cazalla* y el *Rute*, cuyos nombres campean en letras rojas sobre los expresados vasos. Las doradas bandejas y las relucientes cañas de cristal completan la perspectiva. Tras el mostrador aparece el montañés, robusto, rechoncho, saludable, como si llevara en las venas el mosto de las bodegas sanluqueñas; en mangas de camisa, mostrando á veces su velludo pecho y sus brazos musculares y propios para luchar con los algaribos devotos de Baco. Estas tiendas abundan tambien en el centro de la capital, y son visitadas por los aficionados á la *olorosa manzanilla*, siendo extraña cosa que siempre esten servidas por los hijos del Norte de España, que hacen en este negocio grandes fortunas, viniendo á Andalucía pobres y malparados y volviendo casi siempre á la montaña en disposición de recobrar sus casas solariegas.

Al volver del clásico barrio al real del Prado, he tenido que atravesar por el punto en que se sitúan las buñoleras.

Es la buñolería una de las notas más características de estas ferias. La gitana buñole-

ra las recorre todas, llevando los indispensables bártulos, que son la sartén, el anafe y el esqueleto de su tienda.

La industrial de que me ocupo no es, como la canastillera ni el herrero zíngaros, un ser greñudo y mal vestido, hosco y desagradable, repulsivo á la vista y al tacto, sino que, por el contrario, se nos muestra ostentando limpias y crujientes faldas, cabellos peinados y relucientes, manos tan lavadas como las de Pilatos, y piés calzados con esmero. Algunas veces luce en sus orejas los zarcillos de oro y esmeraldas, y en sus dedos gruesas sortijas con topacios ó zafiros, siendo de notar que no usan diamantes ni aun las flamencas más ricas.

El pañuelo de Manila con grandes flores abulta su pecho de cierto modo, y deja ver el contorno de su cadera. Parece que está de fiesta y que no se ocupa del negocio sino como de cosa baladí y secundaria. No es así, sin embargo; mientras las unas frien sus buñuelos, las otras se escalonan en el camino y no dejan pasar á nadie sin hacer inauditos esfuerzos para que penetren en sus tiendas.

Estas invitaciones son verdaderos chisporroteos del ingenio gitano, que es preciso oír de sus lábios para que no pierda su carácter propio. Para cada cual tienen su *tímo*, ó lo que es lo mismo, su ocurrencia.

—¡Oiga usted, saleroso, pruebe usted mis buñuelos y se le quitarán las penas!— dice una.

—¡Los tengo esponjaos y calientes! —añade otra.

—¡Como los sienta usted en la boca, se muere é gusto! —afirma la tercera.

Y como cada cual de los transeuntes á quienes detienen por el brazo les contesta lo que les viene en mientes, ellas aguzan su ingenio natural para lograr su objeto.

Tú, que eres tan aficionada á los efectos de luz, gozarias mucho contemplando el aspecto de las buñolerías durante la noche. Los grandes candilones que las alumbran, las brasas rojas del anafe, el humo del aceite y las penumbras de las tiendas, en cuyas mesas entrelargas se agrupan los amigos del *peñascaró* (1) y la masa frita, hubieran inspirado á Rembrandt uno de sus cuadros más fantásticos. En medio de esta mescolanza de reflejos amarillos, grises y rojos, se recortan los graciosos cuerpos de las buñoleras con sus faldas claras, sus lazos y sus flores, y en los interiores de las chozas, adornadas con cintas y banderolas, los más graciosos perfiles y las más extravagantes siluetas.

No quiero cerrar esta carta sin hablarte de una nimiedad, que para mí y para tí, que buscas los orígenes y las estelas de las cosas, tiene sin duda gran trascendencia. Me refiero á las barracas en las que se exhiben los clásicos polichinelas. Estos pequeños moni-

---

(1) En calò, aguardiente.

gotes de palo, que asoman tras una valla de tablas, parecen conservar la tradición del arte dramático primitivo, y lo prueba el afirmar los andaluces que es un antiguo juego campestre, usado en los olivares y en las vendimias.

¿Empezó el arte dramático por estos diálogos de toscos muñecos movidos tras parapetos de hojarasca, ó, por el contrario, los diálogos y juegos de los vendimiadores del Atica vinieron á popularizarse por este medio? Cuestión es esta que dejo á los que deseen dilucidarla, concretándome sólo á llamar la atención de los aficionados á quienes leas esta carta; pero sí añadiré otro dato que merece tenerse en cuenta: el protagonista liliputiense de estos pasillos escénicos, *nuestro muy respetable señor* don Cristóbal Polichinela, es pariente cercano de don Juan Tenorio, por lo enamorado y penden-  
ciero

Nada te he dicho del aspecto general de la población, y esto sería imperdonable. Las calles de Sevilla tienen algo de las del Cairo, y no les faltan ni los toldos para que la semejanza sea completa. Es lástima que el gusto moderno por la línea recta, vaya robándole sus más graciosos accidentes é imprimiéndole la igualdad y la monotonía de nuestras ciudades modernas. A pesar de esto, sentirías al cruzar por sus distintos barrios la más agradable sorpresa.

Ya es una ventana colosal del siglo XVIII, coronada con su gran montera de labores barrocas y su machucha celosía pintada de verde; ya es un precioso y delicado ajiméz, con elegantes parte luces y primorosos adornos mauritanos; ya una portada señorial, en la que campea aún el enorme escudo y el grifo heráldico. Claro es que, en punto á monumentos célebres, si te hubiera de describir todos de un modo somero, necesitaría un tomo de quinientas páginas, porque á más de los que ya conoces, Catedral, Giralda, Alcázar, Torre del Oro, Lonja, Casas Capitulares, etc., etc., tiene otros más desconocidos y curiosos, que como la Torre de don Fadrique, el Convento de Santa Paula, la Casa de las Dueñas y los subterráneos de la calle Abades, merecen especial mención y no debe desconocer ningún turista.

Yo deploro que en sus habitantes haya venido la moda francesa á matar todo lo pintoresco y lo típico. La jóven de la *high life* andaluza ha aceptado el sombrero con delicia, y se suele hacer los trajes en Francia.

Aquellas faldas airosas, aquellas mantillas negras ó blancas que eran llevadas con una gracia *sui generis* que las hacia imposibles fuera de España, van desapareciendo poco á poco, como desapareció á su vez el manto negro del siglo XVII, que hoy con-

servan sólo las mujeres de Marchena para las fiestas de Semana Santa.

Los nuevos vehículos, acortando las distancias y borrando las fronteras, han destruido el sello local que á cada pueblo comprendía, y muy pronto la humanidad entera vestirá de frac y corbata blanca. Aun el hotentote hallará cómodo el estrecho pantalón y la entallada levita; no se conocerá al turco ni al búlgaro, al kalmuco ni al cosaco, y todos seremos unos, con sólo resolver el problema de modificarnos la cara.

¡Adiós entonces los sueños de los poetas y las mentiras de los viajeros; adiós las costumbres buscadas por el pincel y exageradas por la pluma; adiós el interés del libro y del álbum, del cuadro y de la lámina cromo-litográfica! Todo perecerá borrado por el gran rasero de la novísima civilización; la nostalgia será una enfermedad pasada de moda, y cuando veamos á un zulú, á un hotentote ó á un hijo de las nieves polares, nos llegaremos á él con la desenvoltura italiana, la franqueza española y la finura francesa, y tendiéndole la diestra enguantada con pieles de gamo doméstico, le diremos de modo expresivo en culto y purísimo volapük:

—¡Adiós, paisano!

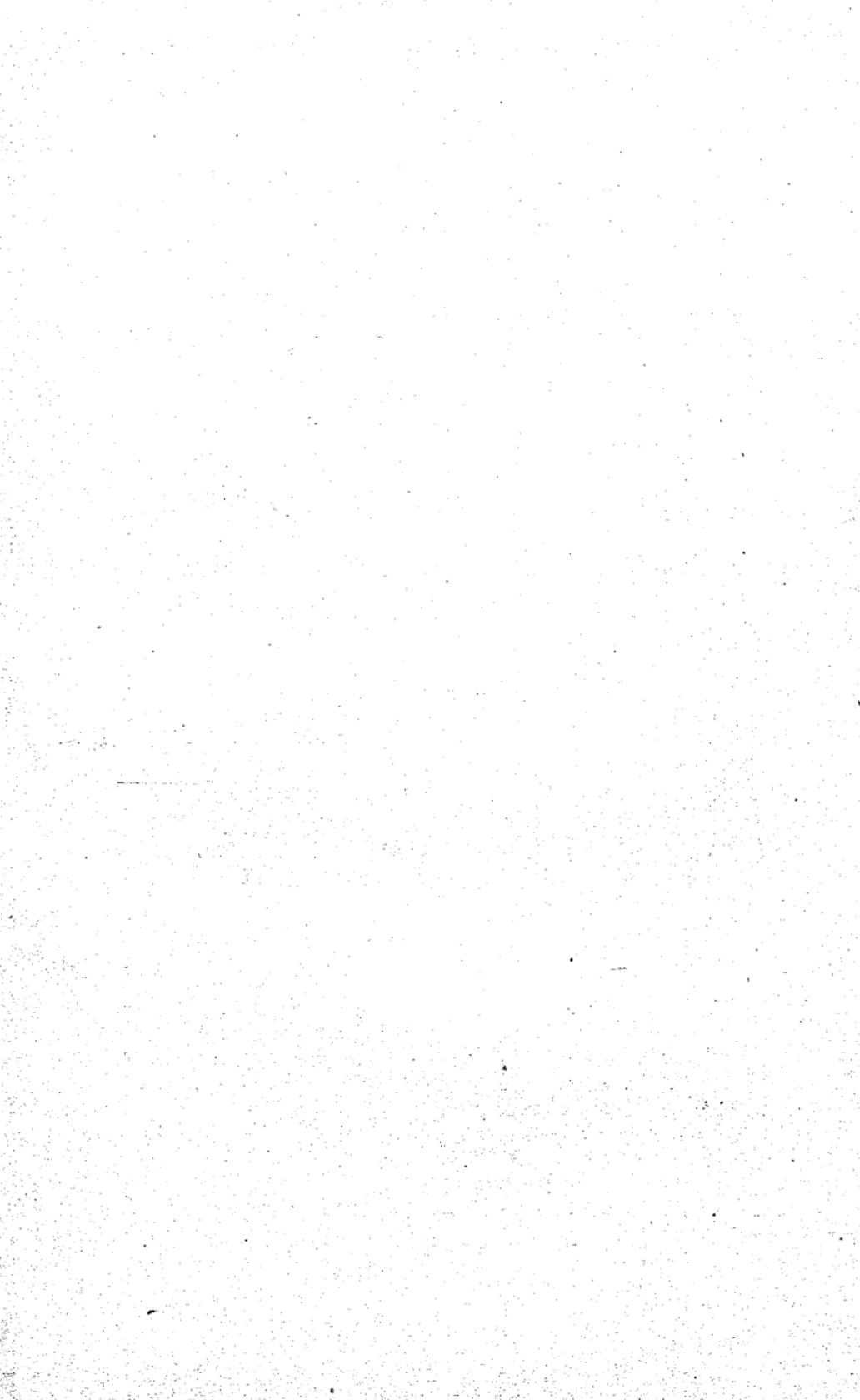
Pero va siendo interminable esta carta, y no quiero, mi querida Layly; que me taches de escritor gongorino. Pronto volveré á las márgenes del Rhin para que soñemos

juntos en las locuras de Heine y en las fantasmagorías de Goethe, con las que te deleitas tanto.

Adiós, pues, y hasta la vista.

\*\*\*







## CRUZ DE MAYO

---

### I

Las cruces son en el mes de Mayo objeto de muy especial culto en Andalucía. Desde el día 3, en que se solemniza la fiesta de la Invención de la Santa Cruz, que instituyó Santa Elena, no hay casa donde no se eleve un pequeño altarillo cubierto de hojarasca y hierbas aromáticas, con lamparillas y vasos de colores, anagramas de María formados de cañas salpicadas de rosas y candelarias de estaño y cristal adornadas de vistosas arandelas.

Ante esos altarillos, de los que cuidan generalmente, como acólitos, los pequeñuelos de la casa, se reúne la familia al toque de Oraciones; con objeto de alzar sus preces á la Reina de los Angeles, haciendo lo que se llama «el mes de María.» En algunas par-

tes, un coro de niñas, acompañado por un armónium ó un piano, amenizan las veladas cantando «las flores á María;» en otras sigue á las oraciones el canto y el baile ante el altar, como se verifica generalmente en la cruz del barrio ó en la casa de vecindad durante los domingos del mes de Mayo.

De la fiesta del hogar á la de la plaza pública hay notable diferencia. En la primera se halla el carácter del culto primitivo de los penates; las oraciones son íntimas, se permite pocas veces que los extraños tomen parte en estas expansiones de familia, y como no se hacen á puerta abierta no se dan escándalos ni surgen conflictos como en las cruces de la plazuela ó de la calle.

En estas se suelen librar terribles batallas, cuando abunda el vino y es del que se sube á la cabeza. Los mozos del pueblo engrosan por intervalos el círculo que se forma en torno de la cruz, y hacen correr los vasos llenos, ó la bota henchida, entre toda aquella comunidad ávida de bulla y de jaleo. Como corre el vino corre la palabra, y convertida algunas veces en chispa eléctrica, toca en el corazón ó en el cerebro de los bebedores.

El aspecto de estas cruces callejeras merece ser conocido. La misma emulación que reina entre las hermandades andaluzas en las procesiones de Sevilla, se ofrece entre los habitantes de los distintos barrios de las ciudades y aldeas, en lo que se refiere al adorno

de estos santuarios al aire libre. Hay barrios en los que se convierte la plazuela donde se alza la cruz en un jardín artificial, atravesando de ventana á ventana guirnaldas de flores y colocando á trechos palos ó mayos vestidos de hojarascas, que se asemejan á las arcadas de una catedral de verdura; en otros se escoge el ángulo de la calle más ancha para elevar el altarillo sobre anchos maderos, que se cubren con las colchas de las camas de los vecinos acomodados, ó con las sábanas llenas de randas y encajes de las recién casadas y de las novias; no hay que decir á estos que su cruz es peor que aquella; ni á unos que su fiesta es menos alegre y rumbosa que la de los otros, porque entonces «hay bronca segura,» como dicen en su expresivo lenguaje. 11.

Memoria de estas fiestas de Mayo guardan casi todas las andaluzas, consignadas en las nomenclaturas antiguas de las calles. Las de la Cruz Verde, las Tres Cruces, la Cruz Blanca, la Cruz del Altillo, y otras muchas que se conservan aún en los callejeros modernos, no nos dejarán mentir.

Hoy para ver una de estas cruces, es preciso ir á las pequeñas localidades, en las que aún pueden encontrarse, con líneas primitivas, hornacinas abiertas en los muros, y cruces pintadas, que se destacan bajo maderas en forma de retablo. Durante todo el año, estas cruces permanecen escuetas, y los chicos suelen romper á pedradas las lamparillas;

pero al llegar el mes de Mayo, la cruz comienza á reverdecer, como reverdece el tronco seco del árbol deshojado por las rachas de Octubre, y el olor de la juncía y de las hierbas aromáticas parece llamar hácia ella los sentidos y pregonar á los cuatro vientos el reinado de Mayo.

## II

Un domingo del mes á que me refiero, pasé yo por el pequeño pueblo del Viso del Alcor, en la línea de Alcalá á Carmona, á tiempo de celebrarse la fiesta de la Cruz.

Este pueblecito, situado cerca de un pintoresco alcor, como indica su nombre, más que pueblo parece una agrupación de pequeñas casitas de constructomanía, adosadas unas á otras; las flores cubren los collados, rodeándolo de un ángulo de hojarasca de vivos matices como los pintados del Japón, y el cielo que se asoma por los suaves alcores es el cielo azul y riente de Andalucía.

Cerca de la iglesia, en una esplanada ancha y despejada, con los muros blanqueados con cal de Morón y las ventanas adornadas con sencillas persianas verdes, se alzaba un bonito altarillo al aire libre. La cruz, que ocupaba una ancha hornacina, tenía cerca de vara y media de alto, estaba pintada de verde

y tenía una particularidad característica, que llamó profundamente mi atención: de sus extendidos y abiertos brazos tenía pendiente, á la manera de esos paños que cubren las de los Descendimientos de nuestras cotradías, un riquísimo mantón de Manila rojo, con grandes y hermosos flecos y soberbios dibujos de colores.

Mariás de cañas llenas de rosas, olorosas manzanillas y romero obscuro y perfumado; vasillos de cristal y de arcilla, y jarras de barro rebosando claveles, completaban el atavío de la cruz, en torno de la cual se escalonaba todo el pueblo. El vino corría en estrechas cañas de cristal por las filas de sillas de pino escalonadas en torno del altarillo, y en medio del ancho corro, dos parejas ataviadas con el traje característico de la tierra bailaban un alegre fandango, que acompañaban los trinos de una guitarra, punteada discretamente por un tocador, y las coplas de una jóven cantaora, que tenía en sus ojos el sol del Africa y en sus mejillas los arreboles de Andalucía.

Aquel detalle del pañolón pendiente de la cruz verde no dejaba de cosquillear mi curiosidad, y quise saber qué capricho ó qué tradición lo había sancionado. En cuantas cruces pude ver en Andalucía, no hallé nunca tan extraña profanación; las sedas y los bordados de aquella prenda sensual se compadecían mal con los trazos severos de un

instrumento de muerte, en el cual se habían reclinado las carnes atarazadas del Cristo; sus flecos, que pendían siempre de la cadera suave y voluptuosa de la mujer, estaban mal en los brazos rígidos y escuetos de la enseña del cristiano; las rosas y los pajarracos de mil colores parecían querer escaparse de las maderas cruzadas y volar como otras veces sobre el seno de la hermosa á quien perteneciera aquella prenda.

Sentándome á la sombra de uno de los muchos mayos, palos adornados de matorrajos y flores que se alzaban en uno de los lados del lugar de la fiesta, en compañía del sacristán del pueblo y de dos labradores, yá entrados en años, que apuraban tranquilamente una botella de pálida y aromática manzanilla, fuí obsequiado por ellos y pude afrontar la conversación con holgura.

Al que me pareció más formal y sesudo, le pregunté si tenía alguna otra significación aquel adorno profano que en la cruz se percibía.

—¿A qué se refiere usted, al mantón que cuelga de la cruz?

—Sí, amigo mío.—le contesté;—me parece un poco profano ese adorno, que despierta más á los sentidos que á la conciencia.

—¡Tiene usted razón, señor!—me dijo el buen hombre, mirándome de alto abajo, como si le picara la curiosidad mi ademán, un

si es no es punzante y severo; — pero ¿qué quiere que le hagamos? ¡Niñerías de pueblo! Ustedes hacen allá las cosas más serias; pero aquí no hay túnicas bordadas de oro, ni mantos de terciopelo, y somos todavía cándidos y pirujosos como chicuelos.

—Perdóneme si he podido herir susceptibilidades de localidad, amigo mio—le contesté todo lo apacible que me fué posible;— no ha sido mi ánimo de burlas, ni hallo ridículo el adorno: lo que lo encuentro es extraño.

—Pues óigame usted un momento, y le explicaré la razón de él — contestó el buen hombre, llenando un bolo que me ofreció con una cortesanía impropia de un palurdo que usaba chaqueta de pieles y pantalones de pana de Gibraltar.—El pañuelo ese—díjome el tío Paco—que se renueva todos los años con el que usa la niña más hermosa del pueblo, trae una historia larga y triste, que voy á referir punto por coma.

Había en el Viso del Alcor, hace algunos años, una moza llamada María de la Cruz, huérfana de padre y madre, y á la que, por su hermosura y su gracia, conocía el pueblo con «el mal nombre» de Cruz de Mayo; y digo con el mal nombre, porque María de la Cruz no merecía que se la conociera con este dictado tan dulce, asegurando muchos de los que la conocían de cerca que tras aquella hermosa cruz estaba siempre el diablo.

¡Pero qué diablo más bonito, señor! Yo,

que la conocí en mis primeros tiempos, puedo decir que no tenía gemela en todo el ruedo de los alcores. Sus ojos eran ganchos de fuego que robaban los corazones; sus labios, cascós de granada á medio abrir; sus orejas, hojas de rosas grandes puestas á la sombra de las alas de un cuervo; su cabello, el cuervo mismo, por su brillante color de endrina con reflejos casi azulados.

—Mucho elogiaís á Cruz de Mayo—dije yo interrumpiendo aquellas elucubraciones, que en el lenguaje andaluz resultaban reminiscencias del Cantar de los Cantares.

—¡Pues me quedo corto, señor mío!—me dijo el discreto labrador, sin turbarse por mis interrupciones;—porque aun no hemos pasado del busto.

Cruz de Mayo, no solo tenía todas las gracias que le he relatado, sino que era además, tan bien hecha que parecía una sultana de esas que pintan en el romance de *La Lámpara para Maravillosa*: cuando los mozos la veían pasar ataviada de fiesta por la calle Mayor del pueblo, se iban detrás de ella como se vá el borrego tras el pan con sal y el cabritillo tras la retama; yo no sé decirle á usted más perfiles, pero era lo que nosotros llamamos una moza completa.

Mi interlocutor volvió á mirarme, comprendiendo que me iba interesando el relato, y recogiendo su pensamiento, siguió así la historia de Cruz de Mayo.

— En todas partes cuecen habas, y en el Viso del Alcor también tiene cada cual su alma en su armario: claro es, que no habían de faltar mozos que al ver tal pedazo de cielo no quisieran llevárselo á la boca. ¡Y vaya si los hubo! Dos labradores ricos y netos como dos onzas de oro, le hicieron la córte, como dicen ustedes, y se propusieron batallar por sus pedazos, hasta ver quién la llevaba á la iglesia.

Este par de mozos de rejo y de salud, que vestían los domingos fajas de seda, chaquetas jerezanas y sombreros de queso, sin que se olvidaran la caña larga de Indias y la cadena de oro de muchos adarnes, buscábanla en las juergas y en las cruces, perseguíanla en las romerías y en las estaciones del pueblo, y hacía mucho tiempo que esperaban en vano que Cruz de Mayo los recibiese en sus brazos, extendidos, al parecer, para todos, como la cruz del lugar, si había de juzgarse por sus miradas provocadoras y expresivas.

Porque, eso sí; María de la Cruz se gozaba en volver tarumba á todos los mozos del pueblo. Solo se hallaba á gusto cuando zumbaban á su oído como un enjambre de avispas que cercan un panal de miel; reía con uno, guiñaba á otro, alargaba la mano á aquel, dirigía una copla á éste, tomaba del de más allá la caña llena de vino, y al cojer las aceitunas, dejaba posar las yemas de sus dedos en las del vecino más lejano.

Los dos amantes á que me he referido se llamaban Juan y Diego; eran hermanos de leche y vivian con una viuda, dueña de un cortijo, en el que ámbos tenían sus sembrados. Hasta la fecha, el pueblo los citaba como modelo de buenos hermanos; cuando á la viuda se le preguntaba por ellos, la *señá* Mónica decía satisfecha:—*Han mamao* la misma leche, y me parece que han *estao* «en el mismo seno.»

Sin embargo, desde que frecuentaban el trato de María de la Cruz y parecían hacerla guiños, habia entre los dos jóvenes ciertas reservas; cuando el uno estaba al lado de nuestra moza, el otro huia frunciendo el entrecejo; y ellos que tenían la costumbre antigua de salir á las faenas del cortijo á la misma hora y por las mismas veredas, hacía algunas semanas que se apartaban al apun'ar el alba, yéndose el uno por la servidumbre y el otro por la trocha.

María de la Cruz, ó Cruz de Mayo, aceptaba los galanteos de ambos, y no pudo decirse á cuál de ellos prefiriese: claro es, los dos eran jóvenes, los dos ricos, los dos mozos; hubiera sido difícil escojer entre Juan y Diego.

Una noche, según se cuenta, noche hermosa de Enero con luna clara, se encontraron ambos cerca de la reja de María de la Cruz, y reconociéndose á la luz del astro, se dieron las buenas noches, embozándose en

sus capas y saliendo cada cual por un lado opuesto de la calle. Desde entonces databa la enemiga de los dos hermanos de leche: Juan y Diego separaron sus labores y viviendas y se trataron friamente.

Cuando preguntaban á Cruz de Mayo por Juan ó por Diego, la niña dejaba ver sus dos filas de blancos dientes, y exclamaba:

—¿Juan ó Diego?... No me he decidido todavía.

Un día de la Cruz se regocijaba el pueblo, como hoy, en esta plazuela. María se hallaba en su puerta hablando con Juan, que vestido de fiesta y hecho lo que se llama un majo lujoso y de gracia, parecía haber alcanzado el favor de la niña traviesa y caprichosa. Cuándo más enfrascados estaban en su conversación amorosa, Diego, compuesto también como si anhelara estar de novio, apareció dando la vuelta por la próxima callejuela. Su hermano no lo vió, porque estaba de espaldas al punto por donde venía; pero notando que Cruz de Mayo se ponía pálida como la cera, adivinó que algo extraño pasaba, y al volver la cabeza, vió al compuesto Diego que adelantaba hácia ellos, echando brasas por los ojos y frunciendo las cejas.

—Es Diego, y viene con malas intenciones,—dijo Juan á Cruz de Mayo, echando mano á su faja bordada con movimiento convulsivo é inconsciente.

—¡Por Dios, Juan!...—gritó la niña, queriendo en vano que disimulara aquel agresivo movimiento.

Pero era ya tarde: Diego se había apercebido de la intención de su hermano, y llevóse también la mano á la faja; dos navajas de afilada punta y mango de negra asta brillaron al mismo tiempo en las diestras de aquellos dos guapos.

No se cruzó ni una palabra; parecía que el crujido espeluznante de aquellas armas traidoras lo había dicho todo; en una mano el marsellés, que llevaban según moda, colgado al hombro, y en la otra las afiladas puntas, se acometieron como tigres celosos en el mismo dintel de la casa de su ídolo y hallándose ella á pocos pasos de sus amadores.

Qué es lo que pasó en el alma de aquella mujer, no ha podido saberse: el caso fué que en el breve intervalo que dieron los furiosos saltos y acometidas que con las navajas se hicieron, la duda y el terror se pintaron en su semblante, y se lanzó, ya al uno ya al otro mozo, como si quisiera salvarlos simultáneamente.

De pronto se separó de ambos algunos pasos, y todo en un momento, en menos tiempo del que es necesario para decirlo, se quitó su magnífico mantón de Manila, dejándolo al descubierto sus formas correctas y abultadas, y dirigiéndose á Juan, se lo arrojó al rostro con tal fortuna, que le tapó los

ojos y le imposibilitó con los flecos de seda el brazo derecho.

Sin defensa el joven, bajo aquella red suave, pero fuerte y embarazosa, dió un terrible rugido que repercutió en las casas cercanas, y cayó, partido el corazón por la navaja de su hermano. Había terminado el terrible duelo, gracias á la intervención de Cruz de Mayo. En la arena de la plaza estaba el cadáver palpitante de Juan, cubierto aun con el rico sudario, á cuyas flores bordadas habian dado rojo más vivo los borbotones de sangre que salían del corazón del muerto...

—¿Y ella? — pregunté yo á mi interlocutor, ávido de conocer el final de aquel drama terrible.

— ¡Ella! recibió el premio de su bárbara acción con otra puñalada en la garganta, antes de que pudiesen favorecerla los vecinos que acudieron presurosos al ver aquel cuadro de sangre y lágrimas. Diego, en un raptó de rabia y desesperación tomó así venganza de aquella mujer inconstante y perversa, degollándola de un solo navajazo.

Desde entonces continuó el labriego— el vecindario, recordando que en esta plazuela se había presenciado tan horrible catástrofe, mandó como promesa, y en desagravio de las culpas de esos infelices, adornar con un mantón de Manila rojo los brazos de la cruz, situada en el mismo lugar en que

cayeron Juan y Cruz de Mayo. También en medio de esta plaza se levantó el patíbulo en que Diego expió su crimen; hoy sólo queda de ellos un triste y lejano recuerdo.





## LOS CARROS DEL CORPUS

### I

Todos saben que esta célebre fiesta se sancionó por Urbano IV, después de ser revelada en Lieja, en 1220.

De Flandes pasó á España, dándosele toda la importancia de una solemnidad cristiana de primer orden, y decorándola con todo género de incentivos para perpetuarla más fácilmente. Como dice un moderno escritor, la corte de los Reyes Católicos, *que empleaba sus tesoros en tributar al Señor un culto magnífico*, se distinguió siempre prestando á esta festividad inusitada grandeza.

La fiesta del Córpus es la fiesta del triunfo de la fé cristiana, y de este modo se presenta desde los primeros tiempos; en efecto, el dragón vencido, símbolo de las religiones paganas y á la vez mito astronómico, ha sido

siempre llevado en las procesiones de este día; un antiguo cronicón de la Colombina dice que en la procesión del Córpus ván *la tarasca y otras figuras diversas, representación de los vicios que huyen del Sacramento, que sale triunfante*; y en Granada se ven aun caminar, rompiendo la marcha, los *gigantones* moros, que recuerdan los árabes, vencidos, como el dragón infernal, por Isabel y Fernando.

Buscando el origen de las tarascas, veremos confirmada esta opinión cumplidamente. La tarasca y el dragón se confunden y se completan, como suele acontecer con todos los mitos de este género cuando no están definidos y grabados de un modo indeleble en la imaginación de los pueblos.

Sea que la fábula de Andrómeda y Perseo, fábula esencialmente astronómica, se multiplicase y extendiese; sea que el espíritu hierático del Egipto encarnase en las demás religiones; sea, en fin, que las tradiciones orientales, mezcladas y combinadas de mil modos, vinieran á recibirse en Occidente por medio de esas narraciones maravillosas que produjeron los libros de caballerías y los cuentos de *Las mil y una noches*, el caso es que hallamos al dragón y á la tarasca figurando en infinidad de leyendas religiosas.

Dícese que Santa Marta, en el siglo I de nuestra era, ató con su liga é hizo morir al mónstruo de Tarascón, en memoria de cuyo milagroso vencimiento sacábase en las pro-

cesiones de rogativas la figura de la Tarasca; San Bertrán, San Román y San Marcelo también vencieron espantosos dragones.

Estos dragones, que siempre son vencidos por las santas y santos cristianos, son los mismos que se reverenciaban en Babilonia, Egipto, Italia, Bercia, el Epiro y otros muchos puntos diversos: en la Edad Media cada iglesia tuvo su tarasca ó dragón sumiso y encadenado, el cual iba en las procesiones á la manera de aquellos esclavos que precedían al carro del vencedor en las procesiones cívicas de los romanos.

El carácter triunfal de la procesión del Córpus hizo que se unieran á ella danzas y figuras simbólicas, de las cuales no se ha purgado todavía, y que, modificadas ó maleadas por la ignorancia de los unos, ó la dañada intención de los otros, dieron motivos á que tomase un tinte profano no muy en armonía con el espíritu del cristianismo.

Hojeando antiguas memorias del Córpus, encontramos con predilección empleados en las danzas los asuntos triunfales, sacados casi siempre de las leyendas de los santos y de los textos bíblicos. La danza de los ángeles y los demonios, los siete pecados y los siete vicios, Sansón y los filisteos, el triunfo de David, la conquista de las Indias, y otros muchos de este jaez, dicen bien á las claras la tendencia de la solemnidad que nos ocupa.

Recordaban algunas veces al politeísmo

greco-romano vencido por el cristianismo otras danzas mitológicas, notas desafinadas en el concierto de la fiesta católica. Eran éstas el diós Pan, el diós Júpiter, el diós Cupido y otras más revoltosas, trasunto de las luchas de centáuros y lapitas y de los pasajes homéricos más universalmente conocidos.

En Valencia estas danzas simbólicas conservaron por mucho tiempo su primitivo carácter. El baile de los Pecados Mortales vencidos por la Virtud era, en el primer tercio de este siglo, uno de los grandes acontecimientos de las vísperas. Siete *pecados*, caprichosamente vestidos y con máscara negra, recorrían las calles bailando en determinados puntos; la Virtud, que había de vencerlos al cabo, vestía traje regio y llevaba máscara blanca, cetro y corona.

Hay un dato curioso en las memorias del Córpus de Sevilla: «En el año de gracia de 1588 se abonaron veinte reales á José de Antuner por ir en la procesión *cantando todas las diferencias de pájaros*, y en 1595 se dieron 36.606 maravedises al gigante don Juan por hacer de San Cristóbal en dicha procesión; 20.000 maravedises por la molestia de salir, y los 15.000 maravedises restantes por el corte de catorce varas y media de tafetan encarnado para el manto y dos varas para las mangas, á más de cuarentiocho reales para los borceguíes y cinto argentado

que llevó, y seis ducados por el peso y hechura de la diadema de plata.» (1).

No parecen haberse consignado en papeles particularidades de este Goliat ó Cristóbal con Don, que así consumía el tafetan por varas, y del cual pudo nacer el conocido refran de: A buena hora, mangas verdes; pero debía de ser, sin duda, principalísimo personaje, ó por lo menos digno de alcanzar preclaro nombre, como lo famosos sevillanos Fígaro, Amaro y Manolito Gazquez.

Dos siglos despues aun conservaban gran predicamento muy extraños personajes. En 1839 salian en Valencia las figuras ó máscaras siguientes: David, tocando el arpa delante del Arca de la Alianza; Judit, con la espada en alto, y mostrando la cabeza de Holofernes; los doce Apósteles, con los instrumentos del martirio; un águila colosal, con piés de hombre y en el pico esta inscripción: *In principio erat verbum*; el jóven Tobias, con el pez; otra águila llevando en el pico una paloma, una cabeza de león, otra de toro y un ángel que debía servirles de guía.

En la misma época salian en Sevilla con la feróz Tarasca de siete cabezas y su tarasquillo, que recordaba las dos caras del Dios

---

(1) Búsqueda de mi amigo el señor Sánchez Arjona, para una obra inédita, en el Archivo Municipal de Sevilla.

Jano, el *padre Pando y la madre Papa Huevos, con sus hijillos y Pandillos*, conociéndose con tan extraños nombres cuatro figuras estrafalarias con cabezas descomunales, soportadas por hombres que miraban por sus bocas. Los Pandillos llevaban juguetes; y la madre Papa Huevos una varita, un látigo y un abanico; tres parejas de gigantes, de cuatro varas y media de alto, *con peinados á la última moda*; gaiteros y tamborilero, y dos arlequines ó majarrillas, armados de palos con vejigas hinchadas, completaban el gracioso cortejo del mónstruo de Tarascón,

Las danzas de cabezudos y gigantones son las que más se han resistido á la acción del tiempo, llegando casi incólumes hasta nosotros. En Granada y Valencia estas danzas forman aun las delicias del público, y tambien recorren, con la Tarasca al frente, la carrera que han de llevar las procesiones. Los famosos seises de la Catedral de Sevilla son otra reminiscencia de las danzas antiguas que aun podemos estudiar en nuestros días.

Prolijas búsquedas de mi buen amigo Escudero y Peroso, entendido archivero del municipio de Sevilla, me permiten hallar el rastro de las danzas y representaciones en lo que á la ciudad del Bétis se refiere. A él debo también la copia del documento relativo al celebrado Lope de Rueda, que trasladaré despues en estas columnas.

Siendo la fiesta del Córpus una solemni-

dad popular, supuesto que las virtuosas mujeres de Lieja que la revelaron al obispo Roberto, quisieron que en ella tomaran parte todos sus hermanos en el Señor, pronto los gremios y oficios de las ciudades cuidaron de su mayor auge y lucimiento, y á cargo de ellos estuvo el orden y arreglo de las danzas, farsas y figuras simbólicas, asistiendo ellos mismos á las procesiones con sus enseñas y estandartes.

Según datos del referido archivo, las danzas y farsas llegaron á ser tan costosas en Sevilla, que en 1554 hubieron de solicitar los gremios que se les relevase de semejantes gastos y ministerios, mandándose por el alcalde de casa y corte, licenciado Villagomez, *que si la ciudad quería hacer juegos y danzas lo pagara de los Propios y rentas que la ciudad tiene, y no se molestase á los vecinos.*

Desde esta época el cabildo preparó y arregló la gran fiesta por medio de sus diputados, y se introdujeron algunas reformas en lo que á las danzas y farsas se refería. De este tiempo data tambien la llegada á Sevilla de célebres farsantes y autores de carros, entre los cuales se distinguieron muy principalmente el italiano Gamassa y el famoso Lope de Rueda.



## II

Parecerá anómalo y anacrónico, aun dado el caso de admitir las danzas y personajes simbólicos, el que en la solemnidad del Córpus, salieran los carros de histriones y comediantes que habian de hacer sus farsas y trabajos ridículos en los descansos de la procesión más brillante de la cristiandad.

La Historia, gran sibila del pasado, explica estas aparentes antinomias de un modo satisfactorio. Sentado el precedente de que la fiesta que nos ocupa era solo un alarde de los triunfos alcanzados por la religión cristiana sobre las demás religiones, no ha de admirarnos el que cupieran en ella todos aquellos detalles que recordasen á los vencidos la pesadumbre del vencimiento.

Los hunos y otros pueblos del Norte, vivían en carros, y en estas movibles viviendas entraban triunfantes en las ciudades; dramas enteros de familia pasaban en aquellos carros, en donde se entregaban á los placeres y á la bárbara orgía, y muchas veces sus pesadas ruedas trituraron las carnes impuras de la cortesana de Sibaris, ó salpicaron de sangre y lodo la amplia estola de la matrona romana.

Si, como es dable deducir de los antece-

dentes históricos, estos extraños carros de la victoria, ó del vencimiento, fueron parte integrante de los grandes triunfos de la antigüedad, explícate perfectamente el lugar que se les asignó en la gran fiesta de Lieja, y la fama de que gozaron despues en todas partes.

Las colosales rocas ó carros simbólicos conservados en algunas ciudades de España, y de los cuales, como hemos dicho en otra ocasión, parecen haber nacido los pasos ó misterios de Semana Santa, son formas nuevas de aquel antiguo uso, y así se esplica el que, en determinados puntos, estos carros fuesen ocupados por mujeres que hacen resonar flautas, sonajas y tamboriles, gladiadores, volteadores, titiriteros y jugadores de manos, vestales ceñidas de blancos velos, y otras representaciones análogas.

Las rocas ó carros de Valencia, tan altos que llegan á los segundos pisos de las casas, poblados de figuras que se pulen y remuevan todos los años, tienen ya á comienzos de este siglo un carácter más en armonía con la solemnidad cristiana. Ván en ellos la Santísima Trinidad, el Padre anciano, el Hijo con sus atributos, y el Espíritu Santo en forma de paloma; la Inmaculada, con su corte de jóvenes vestidas de blanco, representando la Inocencia; San Miguel vencedor del dragón infernal, y la roca endemoniada con Plutón ó Mahoma, al que dán feróz cortejo los Siete Pecados Capitales.

La roca endemoniada ó Tarasca de Sevilla era, según nos dicen, una máquina de madera y pasta, que figuraba un monte, en el cual había un mónstruo al lado con siete horrorosas cabezas, símbolo de los pecados que huían ante el Sacramento. Sobre la espalda del mónstruo iba un tarasquillo con dos caras, el cual se componía de un palo vestido, que nacían girar por debajo de las andas los que conducian el paso ó roca de la Tarasca.

Es ingeniosa la reforma hecha hace tres años en Granada, en lo que al paso de la Tarasca toca. Sobre un colosal dragón, cuyas escamas y aletas están flamantes, vá una figura de mujer bastante bien hecha, con balitas imperiales y peinado al uso, como para recordar la antigua costumbre de dar pauta á los tocados de las damas en los *monigotes* del Córpus. El colosal dragón, que mueve la cola y arroja por sus grandes fauces flores y bombones durante el tránsito parece el símbolo de la disipación moderna, sumisa bajo el delicado pié de una vengadora.

Al verla moverse para todos, á un lado y otro, con la regularidad del tarasquillo de Sevilla, no pude menos de exclamar admirado: ¡Hé aquí la apoteosis de Nana!

¡Vade retro....!

Eran los carros de farsantes el mejor adorno de las referidas procesiones.

Del siglo XVI al XVII se hicieron en

ellas grandes reformas, y en lo que á Sevilla se refiere, hay noticias de que estos carros, trasunto de la famosa carreta de Tespis, llegaron á ser los generadores de los corrales de más fama.

En estos carros representaron Gamassa, Lope de Rueda y otros comediantes de fuste. Preciosamente adornados y entoldados, marchaban formando á trechos con las demás rocas ó pasos simbólicos, y al llegar ante las tabladas de los cabildos, deteníanse, organizábanse, y comenzaban las representaciones.

No estaban, por cierto, los asuntos de estas farsas ó autos primitivos en consonancia con los misterios del día, ni trataban de exteriorizar los misterios eucarísticos; el desterrar las inmoralidades politeistas costó gran trabajo á los escritores del siglo XVII, que fueron los verdaderos regeneradores de estos divertimientos puramente gremiales en sus asomos.

Los asuntos bíblicos siguieron inmediatamente á los mitológicos, porque en ellos se encontraba algo maravilloso y atrevido, apropósito para despertar la curiosidad del populacho. Fué asunto preferente, y de él se conservan en las procesiones de muchos pueblos notabilísimas reminiscencias, la caída del primer hombre, y las fantásticas escenas del Paraiso. Asunto dramático por excelencia, y en el que el pecado tomaba osten-

siblemente forma tan horrorosa como el tarascon de Santa Marta; las farsas y autos de Adán y Eva eran recibidos con gran aplauso del público, y los gremios encargados de preparar los carros del Corpus procuraban presentarlos todos los años con infinitas variantes.

Hay un auto sacramental de nuestro don Pedro Calderón, que es un verdadero prodigio en estas variantes del pasaje del Génesis. Este auto, titulado Andrómeda y Perseo, parece haberse hecho con el solo objeto de satisfacer todas las aficiones populares consagradas por una tradición constante, y contiene en originalísimo embrión la forma mitológica, que es, como hemos dicho, la primera forma de estas farsas paganas en su origen; el espíritu bíblico, que va encarnándose poco á poco y borrando las imágenes sensuales de las historias de los dioses; la tendencia teológica, en fin, suprema forma de la filosofía cristiana no despojada aun de sus *ergos* y de sus *distingos*.

Leyendo atentamente este auto pueden señalarse las distintas etapas que estas representaciones recorrieron, desde que se sacrificó por primera vez el cabri o de Baco, hasta que se regalaron á los sábados las demasías de las dionisiacas. Andrómeda es Eva; el monstruo que quiere devorarla, y á quien Perseo mata, es la serpiente del Paraíso; Medusa, la furia clásica, que conserva sus

ojos de basilisco y su cabellera de áspides, es la personificación de la Culpa; las Gracias, las Virtudes y los Elementos no son, en suma, más que hieródulas y bacantes desnudas.

Sorprende cómo Calderon ha logrado reunir en este auto, hecho espresamente para los carros del Córpus, todos esos elementos antagónicos, procurando satisfacer las exigencias cultas y halagar la imaginación del pueblo, para cuyo soláz escribía.

Al lado de Perseo y Andrómeda, cerca de Medusa y el Dragón alado, está el delicioso bobo de nuestro teatro antiguo, personificado en el libre albedrío humano, que impele á gustar del fruto prohibido á esta Eva, que pudiéramos llamar culti-clásica, y cuyos melindres y espasmos, más que bíblicos y genesiacos, son palaciegos y cortesanos.

El bobo, que en el auto toma á broma cosa tan grave como la perdición del género humano, tiene verdaderas genialidades, que debieron de ser muy del gusto de los espectadores de aquel tiempo, y que acaso provocaron la risa de algun grave familiar del Santo Oficio. Hé aquí una muestra del diálogo;

Andr. Venid conmigo cantando  
 Por esta orilla del mar,  
 Que pretendo desvelar  
 Mis altiveces, notando  
 Esta playa, que con suma

- Soberbia el cielo retrata.  
 Y apenas monte es de plata.  
 Cuando aun no es selva de espuma.
- Gra. Razón tiene tu atención  
 De mirar tu maravilla.
- Mo. Sí, y en ser desde la orilla  
 Tiene mucha más razón.
- Virt. ¿Porqué?
- Alo. Por aquel vulgar  
 Refran de hablar de la caza  
 Y comprarla en la plaza:  
 Hablar de la guerra  
 Y ni oirla ni verla;  
 Hablar de las Indias  
 Y ni verlas ni oirlas,  
 Y hablar de la mar  
 Y en ella no entrar. *etc.*

Basta examinar este auto de Calderón para comprender cuál era el gusto dominante en esta clase de divertimientos escénicos, que habían de participar de las libertades profanas y de los entusiasmos místicos.

Presenciaban los cabildos eclesiásticos las fiestas de los carros, y era preciso darlas una finalidad teológica elevada; pero como al mismo tiempo el auto había de ser para el pueblo, y este recordaba con fruición las escenas libres de las farsas primitivas, en que tanto abundaban las desnudeces mitológicas, no podía el autor borrarlas de una plumada.

Entre las acotaciones de Andrómeda y

Perseo, hay algunas tan significativas como esta:

«Suenan cajas destempladas y salen por una parte el Centro de la Tierra y los Elementos, y por la otra Andrómeda, cubierta con un velo negro y *medio desnuda*, y las Virtudes y los dos coros de músicas cantando.»

También hay alusiones á los antiguos modos mitológicos, tan transparentes como esta:

No sé de qué especie ó qué  
 Género son tus ahogos,  
 Que los oigo como ajenos  
 Y los siento como propios;  
 Júpiter, dios de los dioses  
 (Y á la metáfora torno,  
 Pues ya de otros empezada  
 Fuerza es seguirla nosotros:)  
 Júpiter, dios de los dioses, etc.

En este auto hay dragones montados por diablos, mujeres medio desnudas, danzas de Gracias y virtudes, espejos mágicos como los de los de los cuentos orientales, y conocidos personajes mitológicos.

Los carros se abren, según otra curiosa acotación, bailando la Gracia, la Ciencia, la Inocencia, la Voluntad y los Cuatro Elementos; las figuras llevan un espejo, un airón de plumas, un manto imperial y un azafite de frutos y flores. Andrómeda aparece vistiéndose.

Este auto se estrenó en Valladolid ante el cabildo eclesiástico, el de la Ciudad y el Santo Tribunal de la Inquisición. La loa de costumbre terminaba así:

Y pues á tan grande asunto  
Es fuerza que haga festejos  
Hoy la gran Valladolid,  
Como córte del supremo  
Monarca, á quien dió la fé  
El alto renombre escelso  
De Católico, devotas  
Representaciones quiéro  
Llevarle una, que á su santa  
Iglesia y su Real Consejo,  
Damas, noblezas y plebe  
Sirva de divertimento.

### III

La disposición de los carros de comediantes puede deducirse de las notas que nos han dejado los cronistas de aquella época, y muy principalmente de las acotaciones de las mismas piezas que andan manuscritas y en letras de molde.

En los primeros tiempos, en que el arte estaba en mantillas, un carro de comediantes estaba completo con tres ó cuatro carátulas, un manto de belludo tomado de talco, seis ú ocho rebocillos y toneletes y un traje de

arlequín ó payaso con diferentes monteras. En el carro iba toda la maquinaria precisa para hacer las tarsas, tronos de nubes, árboles y rocas, portales y castillos, y *la mar y los barcos*. A veces los comediantes, vestidos como para las fiestas, montaban en sus carros y caminaban de pueblo en pueblo; así nos los pinta graciosamente Cervantes en uno de los capítulos más celebrados de su *Quijote*.

En el segundo tercio del siglo XVI ya los carros de representación eran verdaderos artefactos de teatro. Dícese que Gamessa fué el primero que intentó la reforma de los que salían en la procesión del Córpus de Sevilla, haciendo que la ciudad construyese por su cuenta los que sirvieron en 1575; estos carros, que sin duda fueron muy costosos, se guardaban, despues de pasada la representación, en el corral de los alcaldes.

En las representaciones de autos sacramentales ya perfectos, los carros se colocaban en los tablados ó cerca de ellos, de manera que sirvieran como de tramoya y decoración de las piezas, siendo, por lo tanto, una cosa el tablado y otra el carro, el cual se abría ó cerraba según las necesidades del juego escénico. Aunque ni Maldonado ni don Gabriel de Aranda, que escribieron acerca de los carros de representaciones en Sevilla, nos dicen en qué forma se combinaban los carros y los tablados en las gradas de la Catedral, es fácil presumir que aque-

llos sirvieron siempre de foro y de bastidores, toda vez que dentro de ellos habia escotillones y otras máquinas propias para la presentación de figuras y objetos diversos.

En todos los autos de Calderón, y principalmente en los titulados *Lirio y Azucena* y *El Santo Rey San Fernando*, hay curiosas acotaciones que pueden esclarecer el asunto. Hé aquí dos de ellas:

1.<sup>a</sup> «Con salva de música, cajas, y trompetas, bajan de la nave la Gracia y el Rey primero, y de la carroza la Esposa y el Rey segundo, hasta partir el *tablado* de la representación, donde se reciben abrazándose, bajando del carro á la mano izquierda la Esposa.»

2.<sup>a</sup> «Con salva de cajas, clarines, chirimías y voces, llegan todos al carro del Moro, y sale Avenincapo, con una fuente y en ella unas llaves doradas, cógenle enmedio, y atravesando otra vez el *tablado*, llegan al carro de la primera tienda de campaña, donde se verá el Rey con manto imperial, corona y cetro; á sus lados, los dos preladados y el Príncipe.»

Esta manera original de servirse de los carros, acaso importada por el reformador Gamassa, explica no solo la costumbre de preparar todos los años en Sevilla ocho de estos escenarios ambulantes, sino también el aumento de precio pedido por los autores ú organizadores de los autos del Córpus.

Pagaban por carro los grémios poco mas de veinte ducados, y acabaron costeando á la municipalidad más de 350. Además de estos precios dábanse ciertos premios á los autores para provocar la emulación y hacer que los autos fueran más lucidos, originales y variados.

En los búsquedes del Archivo ya referido hallamos la siguiente curiosísima nota; «En el año 1594, á Juan Suarez del Aguila, premio por su auto *El Grado de Cristo*, diez ducados.—A Alonso Diaz, por el suyo *Santa María Egipciaca* diez id.—En 1595, á Miguel Diaz por *La Visitación de Santa Isabel*, veinte ducados.—A Juan Suarez, por *La Blanca de la Carne* diez id.» (1.)

A esta original costumbre se refiere también el curioso autógrafo hallado por mi amigo el Señor Escudero y Peroso y que se conserva como oro en paño en las Casas Consistoriales de Sevilla. Dicho autógrafo, que es del celebrado Lope de Rueda, dice así:

«Yo, el Licenciado Lope de León, del Consejo de S. M., juez de residencia é asistente en esta ciudad de Sevilla é su tierra por S. M. y los diputados nombrados por el M. I. Cabildo é Regimiento desta dicha ciudad, para lo tocante á la fiesta de Córpus Cristi, deste presente año, que aquí firmamos nuestros nombres, mandamos á vos

---

(1) Sánchez Arjona.

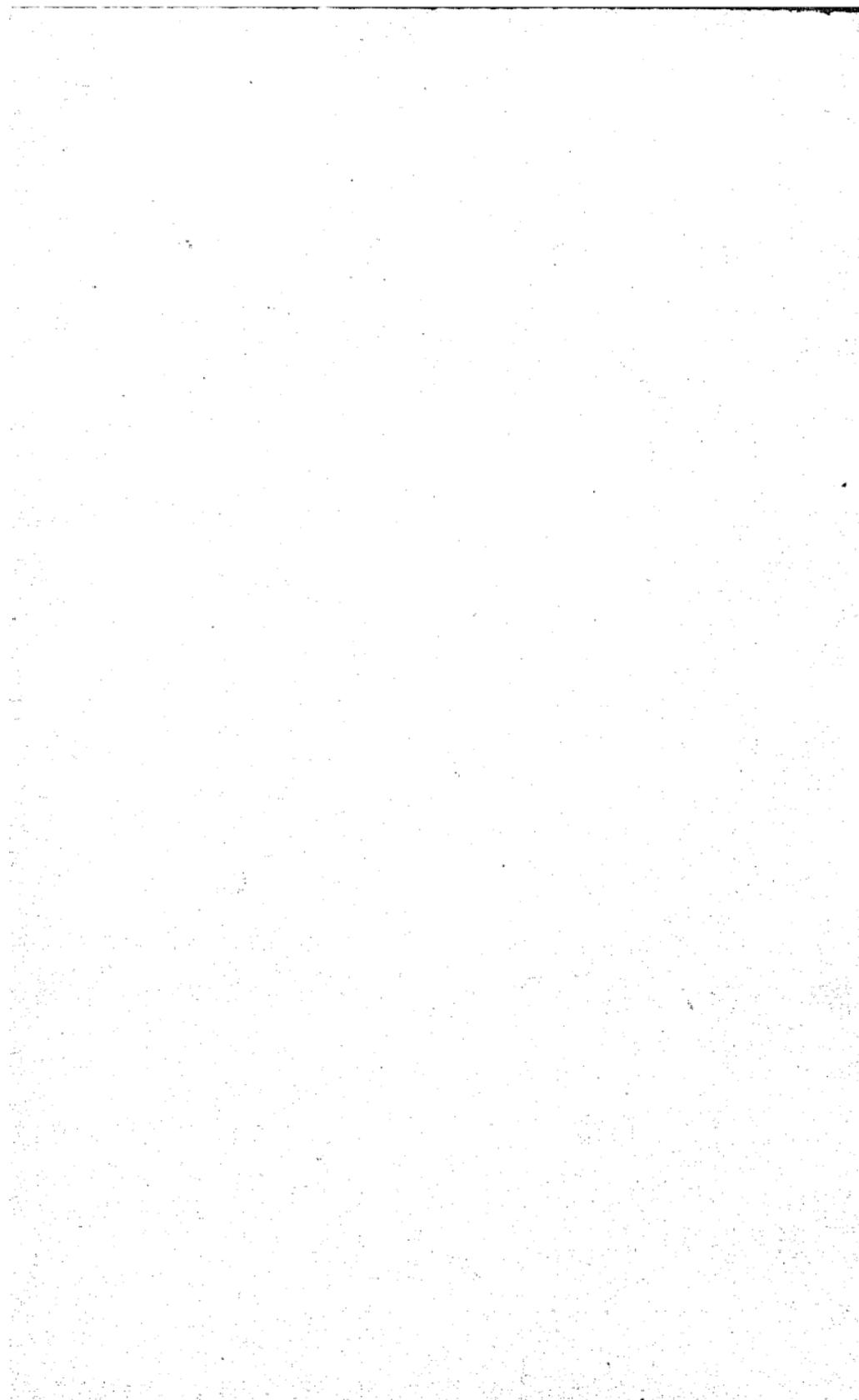
Juan de Coronado, Mayordomo de los Próprios y Rentas, desta dicha Ciudad, que de los maravedís de vuestro cargo, deste presente año de mil é quinientos é cinquenta y nueve años, deyo é pagueyo á Lope de Rueda vecino desta dicha Ciudad ocho ducados que son, nos les mandamos dar ya de aber del premio que por nos, le fué prometido á la persona que mejor representación sacase en los carros el dicho día de la fiesta del Córpus Cristi, las cuales dichas representaciones habiéndose representado ante nos, una que sacó el dicho Lope de Rueda que fué de la figura de Navalcarmelo con las demás figuras á ella pertenecientes nos pareció por la representación dello habersele de dar los dichos ocho ducados de premio, los cuales le dad á pagad, tomando su carta de pago, con la cual y con este nuevo libramiento mandamos á los contadores desta dicha Ciudad, no pasen é reciban en cuenta los dichos ocho ducados. Fecho en Sevilla, Martes 30 del mes de Mayo, de mil é quinientos é cinquenta é nueve años. —Don Sandro Padilla.—El Licenciado Lope de León.—Antonio Vergara —Diego Ortiz Melgarejos — Marmolejo —García Gomez.»

Al dorso se lee lo siguiente: «En 15 de Junio de mil é quinientos é nueve años recibí yo Lope de Rueda los ocho ducados contenidos en el libramiento desta otra parte y la firmé de mi nombre.—Lope de Rueda.»

Cuando consideramos lo que eran esas representaciones populares, y dejamos los carros del Córpus de Sevilla para penetrar en el Corral de la Montería ó en el antiguo Coliseo; cuando abandonamos tambien aquellos decantados corrales donde las damas del siglo pasado se acurrucaban en oscuras tribunas como pjaras de mansas ovejas separadas de los lobos con pantalones; cuando venimos, en fin, á nuestros actuales teatros, tan hermosos, tan amplios, tan llenos de luz y de preciosidades artísticas, no hay duda de que se ensancha el ánimo y se siente algo semejante al carro deslumbrador de la civilización, que pasa; pero ¿ha cambiado la escena? ¿ha dejado de verse bajo nuestras gigantescas bambalinas y sobre nuestros tablados sin linderos, al hombre caído y ávido de levantarse limpio de mancha, á Eva caprichosa y desnuda y al terrible tarascón de Santa Marta?

Hablen Zorrilla, Echegaray, Gounod y Zola.







## NOCHES DE VERBENA

---

### I

Las noches andaluzas tienen encantos de que no pueden nunca hacer gala los países situados al norte de la Península.

Después de un caluroso día de estío, el andaluz se solaza tomando el fresco, y pasa la noche, como los antiguos caldeos, mirando las estrellas. Las veladas estivales son en la Bética, como en el Tadmor, lugar en que los asiáticos colocaban el Paraíso; no á otra cosa se deben las mil ocasiones que los habitantes de esta región buscaron siempre para pasarlas *al raso* en agradables entretenimientos.

Ya lo he dicho en otra ocasión:

Diz que hay noches en el Bósforo  
Melancólicas, serenas;  
Diz que son color de nacar

Las de Nápoles y Atenas;  
Diz que las noches veladas  
Por las brumas escocesas,  
Como el arpa de Ossian  
Tienen misteriosa esencia;  
Pero ni la noche itálica,  
Ni la clara noche griega,  
Ni las veladas del Bósforo,  
Ni las noches escocesas  
Podrán jamás competir  
En luz, misterio y belleza  
Con las noches andaluzas,  
Con las noches de mi tierra,

Aun conservan los romances moriscos las descripciones de aquellas veladas del Guadalquivir en las cuales los súbditos de Al-Motamid y de Hixem II, abandonados en frágiles barquillas, se dejaban querer por la corriente y aguardaban la luz de la aurora escanciando el néctar prohibido y oyendo lanzar á la cantarina, medio desnuda, sus graciosos gorgoros; aún nos refieren las crónicas cuáles eran los divertimientos de los hombres de armas durante los ocios de la tienda en los valles del Genil y en las orillas del Guadalete; aún, en las veladas de San Juan, San Pedro, Santa Ana y Santiago, podemos ver cómo el pueblo pierde las horas gustosamente, punteando acá y allá la guitarra, haciendo resonar el adufe y dejando el corro al nacer el día, como el antiguo libertino romano, *cansado pero no satisfecho*.

Los llanos andaluces, tan anchos y pintorescos, no se prestan, como los del Norte, al sombrío aquelarre ni á las reuniones de brujas; por eso entre nosotros jamás hicieron fortuna esas asambleas nocturnas presididas por el gran Diablo, alumbradas por antorchas de resina; y ricas penumbras y fantásticas claridades. Durante la época de la trilla ó de la siega, la campiña, semejante á un gran mosaico dorado y brillante, parece demandar, no figuras escuálidas y huesosas, sino cuerpos gentiles y exuberantes de vida y de forma.

Sólo el que haya pasado una noche de estío en nuestros campos puede comprender el valor de estas afirmaciones. No parece sino que se besan y abrazan el cielo y la tierra, teniendo el espacio por lecho y la inmensidad por almohada. Suaves alturas, que bien pudieran ser los gigantescos pechos de Titania, reciben los besos estelares de un celaje completamente azul, en cuyo confín asoma la luna llena como una volcada capa de plata. Renegrean á uno y otro lado las hazas de olivar, semejándose á inmóviles ejércitos que velan el sueño de amor de Belo y Myr-Myllitta; y los álamos con hojas de dos colores convidan á los espíritus del río á que se despierten y dejen las aguas.

En el cortijo ó en el molino ladra el perro, canta el gallo ó reina el silencio; pero en la era, ó en el melonar, las risas, los cantares,

el rumor de los palillos y el roce del pié humano sobre el rastrojo, indican que el campesino aprovecha las primeras horas de la noche estival para olvidar el penoso trabajo del día, realizado bajo flechazos de fuego. Yá está vacía la gran fuente de ajo blanco, y las alcarrazas de barro, y los aceiteros de cuerno arrinconados, bajo el cobertizo; las muchachas saltan y brincan sobre la parva para hacer la digestión del frugal y excitante alimento, y pronto dormirán á pierna suelta, teniendo sobre su frente las más bellas constelaciones de la canícula.

En el melonar es otra cosa; sobre una alfombra de anchas y verdes hojas, en las cuales se enredan los piés y se vacila casi siempre, caen y levantan los trasnochadores. Siéntanse en corro despues de haber hecho una pirámide de fruta semejante á los montones de proyectiles de los parques de artillería, y comienza la *terrible* faena de abrir el vientre á los melones. La navaja penetra en los obesos frutos produciendo un seco cric-crác, y levantando el primer corte sale á plaza la tripa de sangre blanca y melosa, salpicada de pepitas de oro. Las tajadas se reparten por turno, dando la preferencia á las muchachas, que parecen tajada en mano, un coro de sacerdotisas de Diana que ostentan el símbolo de la diosa de la noche, en el que clavan sus dientes menudos y refrescan sus lábios color de rosa; las pepitas se secarán

después exponiéndolas á los rayos perpendiculares del sol, y se regalarán como bombones ó golosinas de bolsillos á los aficionados á crujirlas ó á saborear su pulpa lechosa.

En las razzias del melonar no suelen tomar parte los trabajadores; frecuentemente es el mismo dueño el que convida á sus amigos á la fiesta nocturna, ó son los aficionados á este género de excursiones campestres quienes ajustan por un tanto alzado el *destrozo* que pueden hacer durante el *hueco* de la velada. En general las excursiones á los melonares se llevan á efecto por familias enteras ó por tandas numerosas; habiendo muchas que pasan temporadas en las fincas próximas durante la época de la recolección, y consideran estas temporadas como indispensables días de asueto, cual suele acontecer en las vendimias y cojidas de aceitunas.

¡Vamos á melones,  
Verás como paso  
Las siestas durmiendo  
Y la noche al raso!

De las veladas estivales son verdaderamente clásicas y merecen detenido estudio las que se conocen en toda España con el nombre de *verbena*s y se celebran en días señalados ó festivos. Si la noche andaluza por su apacibilidad, brillantez y hermosura convida á la alegre, al enamorado y al trasnochador impenitente, á buscar pretextos de todo para no entregarse al sueño, la de Junio

en que se verifica el solsticio, y las que inmediatamente la siguen, tienen además, por antigua tradición, alicientes que les harían ser las más propias para el caso, una cuando no lo consignase así el calendario.

Las veladas de San Juan llenas de misteriosas supersticiones, con sus flores de agua y sus mancebos aparecidos, con sus hogueras simbólicas y sus paseos matinales, ofrecen ancho campo á la observación, y conservan, aun en estos tiempos de realismo artístico y duda filosófica, algo que se insinúa en el ánimo y que resuena dulcemente en el corazón como el chisporroteo del hogar y la algarabía de las golondrinas en nuestro tejado. Todos convenimos en que tales cosas son una inocente antigualla, y todos sentimos algo que nos dice que en estas inocencias radican las más dulces impresiones de nuestra edad primera.

Cuando comíamos las avellanas y los garbanzos tostados de la velada; cuando escuchábamos admirados el toque melancólico de las calendas de San Pedro; cuando sembrábamos el helecho y la albahaca para que reverdecieran al nacer el día; cuando apurábamos con ansiedad inocente el vaso de agua cojido en el pozo y expuesto á la luz de la luna en la noche solsticial, había algo que nos hacía sonreír y suspirar al mismo tiempo: ese algo era la indecisión del porvenir; el ovillo de la vida aún no devanado; la realización de

los audaces proyecto, de la adolescencia, que contruidos como castillos de naipes sobre planicies imaginarias, están expuestos á desplomarse sin dejar rastro con el primer soplo de viento.

## II

Atribúyese el nacimiento de la fiesta de San Juan al siglo IX, y no vacilamos en asegurar que esta celebración del solsticio de verano trae más antigua fecha. El carácter maravilloso atribuido á la noche y la mañana de San Juan tiene patentes caldeas y asiáticas, y la supersticiones que aun hoy existen en todas partes, traen á la memoria antiguas prácticas de magos y adivinos, y preocupaciones y costumbres que arrancan del Talmud, de la Cábala y del Zend Aresta.

Los acontecimientos y los prodigios son tan propios de la mañana y la noche de este día, que hay quien cree á *piés juntillas* que se verifican actualmente. He visto bañarse en el Genil á muchas personas creyendo que los tales baños equivalían á los que los cruzados se daban en el Jordán durante la misma época, y los cuales tenían el poder, no solo de lavar las culpas, sino de dar completa salud al cuerpo. Para efectuar el baño con provecho, era preciso entrar en el

agua á las doce en punto de la noche y hacer intención de salir sano y salvo de entre las ondas. Las jóvenes soñan bañarse en sitios retirados y lejanos; y así no era extraño ver á un grupo de hermosas astigitanas, semejantes á náyades y ondinas, y á varios mancebos curiosos atisbándolas entre los árboles. Si se tiene en cuenta que este género de purificaciones es esencialmente oriental y que muchas sectas heréticas tomaron el baño por bautismo, tendremos un dato más para inducir que la noche de San Juan era noche de ceremonias y purificaciones. En el Tíbet, al comenzar la siega, se levantaban tiendas y chozas cerca de las márgenes de los ríos, y se bañaban hombres y mujeres para purificarse y apartar las plagas funestas.

Como el agua del Jordán, toda el agua es santa y milagrosa en la noche del Bautista: la del pozo sacada á las doce de la noche tiene virtudes medicinales y permite conocer el porvenir y evocar los seres queridos: regadas las plantas con ellas florecen doblemente y no se pierden con los hielos: los amuletos metidos en el aljibe no pueden dejar de ser eficaces, y habrá de llegar necesariamente á princesa la doncella que la coja en una jarrita de oro.

Son curiosas las variantes que existen entre las prácticas de la noche y día de San Juan en Andalucía, y las que se verifican en

el norte de España. Aquí la hoguera y la verbena es el distintivo de esta solemnidad, mientras que en la Bética apenas se contraen los usos generales á andar velando toda la noche para recoger flores al amanecer, acudir á los pozos y fuentes públicas con objeto de buscar novios, y beber el agua encantada y bañarse en ella.

Esta diferencia es fácil de explicar teniendo presentes algunos datos referentes á los orígenes de tal fiesta. Las fogatas de San Juan ó las hogueras del solsticio han venido á España por varios caminos: con los vándalos adoradores de Freya, que las llevaron á Galicia y Castilla la vieja: con los visigodos que las conservaban en sus ceremoniales de la Escandinavia, y con los usos germanos. Si, como afirma un folk-lorista portugués, la fiesta del solsticio fué llevada por los vándalos á Cartago y ya en el concilio de Agda, en el siglo VI, las hogueras de Freya se decían hechas en honor de San Juan, es muy posible que los africanos, apoderándose de esta solemnidad y dotándola de variantes orientales, la trajesen de nuevo á Andalucía completamente transformada.

Que la fiesta de San Juan ha sido señaladísima en los fastos de la España mora, nos lo dicen claramente nuestros antiguos cronicones. Ginés Perez de Hita, que se jactó vanamente de copiar los escritos del árabe Abenhamin, trae llenas las páginas de su li-

bro con los raros sucesos que en día tan señalado acontecen en Granada: basta abrir la colección de Durán para hallarse un sinnúmero de relatos curiosos de moros y cristianos, de princesas é infantinas, que ora salían á cojer flores, por valles y collados al nacer la aurora, ora eran arrebatadas á los castillos y casas fuertes por mancebos dádivosos y enamorados.

Vienen á confirmar mi creencia de que las hogueras del solsticio son propias del Norte y el agua y la flor del agua (acaso una reminiscencia del loto), detalle casi exclusivo del San Juan de los andaluces y africanos, algunas rimas populares que en su colección de romances viejos que se cantan en Asturias acaba de dar á luz recientemente el señor Menendez Pidal. Háblase en los titulados *Mañanitas de San Juan*, de Sevilla y de su famoso convento de Santa Clara fundado por el rey San Fernando, y en cuya huerta se halla la histórica torre de don Fadrique: esto me hace considerarlos derivados de otros de nuestra región, que seguramente se han perdido.

Hé aquí el más corto, con permiso del señor Menendez:

Mañanitas de San Juan  
Cuando el árbol floreaba  
Iba la Virgen Maria  
Por una fuente sagrada,  
Más hermosa que una estrella,

Mas que una estrella galana,  
Lavando sus pies y manos  
Y su pulidita cara:  
Con un libro en las sus manos  
Dió la bendición al agua.  
—Bien venida la doncella  
Que vienes aquí por agua;  
Que si del agua bebieses,  
Muy pronto serás casada. —  
Oyóla la hija del rey  
De la celda donde estaba,  
Muy de prisa se vestía,  
Más deprisa se calzaba;  
Bajóse de almena á almena,  
Bajóse de sala á sala;  
Cojió su jarrita de oro  
Y á la fuente vá por agua.  
En el médio del camino  
Con la Virgen encontrára:  
—¿Ha decirme la señora  
Si tengo de ser casada?  
—Casadita, si por cierto;  
Serás bien aventurada:  
Has de tener siete hijos,  
Todos ceñirán espada;  
Uno ha de ser rey en Sevilla,  
Otro serálo en Granada;  
Y has de tener una hija  
Para monja en Santa Clara.

Dada la nota general, diremos que hay tambien pueblos en Andalucía, donde son usuales las candelas y fogatas, como los hay

en el Norte dados á visitar los manantiales en que las ondinas y las ranas custodian la flor del agua. Se hallan en Occidente mezcladas de tal modo las supersticiones y las mitologías, que no sería posible localizar ni circunscribir ninguna de esas prácticas que sobrevivieron á la fusión de las distintas razas y que se transformaron y renacieron hasta hacerse universales. Las aguas milagrosas, como la del Jordán, y el fuego sagrado ó infernal, como el de Vesta y Myr-Mylitta, son elementos de todas las creencias y de todas las religiones; la predilección por este ó aquel, solo marca una derivación ó una tendencia popular.

El tinte soñador y oriental dado por los moriscos á la fiesta de San Juan en Andalucía palpita aun en nuestras veladas, donde el crótalo, la guitarra y el pandero repiten aquellos aires vivos y sensuales que fueron el distintivo de sus ruidosas zambras. No se baila aquí como en el Norte en torno de la hoguera, haciendo rueda á la manera demoníaca, sino al modo asiático, reclinados en el tapiz de musgo, dejando á la bailarina en medio del corro y deleitándose en sus actitudes plásticas y estatuarias. En vez de enramar las rejas con verbena y romero, se ofrece á la novia el precioso *selam* formado de flores simbólicas, y cuyo lenguaje puede traducirse fácilmente. Las mañanas de este día se dedican á cojer flores por valles y co-

llados, y las noches trascurren en alegre velada.

Valera describe así nuestras veladas en su *Pepita Jimenez*, que es esencialmente andaluza. «La noche y la mañanita de San Juan, aunque fiesta católica, conservan no sé que resabios del paganismo y naturalismo antiguos. Tal vez sea por la coincidencia aproximada de esta fiesta con el solsticio de verano. Ello es que todo era profano y nó religioso. Todo era amor y galanteo. En nuestros viejos romances y leyendas, siempre roba el moro á la linda infantina cristiana, y siempre el caballero cristiano logra su anhelo con la princesa mora en la noche ó en la mañanita de San Juan.»

En efecto, dice el Romancero:

Busco triste á Julianera,  
La fija del Emperante;  
Pues me l'han tomado moros,  
Mañanica de San Joane,  
Cogiendo rosas é flores  
En el jardin de su padre.

### III

La histórica Alameda de Hércules es en la capital de Andalucía, desde el siglo XVII, el lugar escogido para las verbenas de San Juan y San Pedro.

A sus fuentes bajaban las muchachas del barrio á la media noche á coger el agua milagrosa, y allí bajo sus calles de árboles, hoy tísicos y desgajados, se representaban al vivo esas escenas de galanteos recogidas en las comedias de capa y espada, y en las cuales la tapada y el galán solían burlar al padre y al marido celoso, con la proverbial travesura de nuestra tierra.

Ya en aquel tiempo las verbenas habían perdido un tanto sus misteriosas idealidades, y las niñas casaderas fiaban más de sus gracias naturales que de los filtros y zahumerios mágicos. Dos bonitas mejillas dejándose ver bajo el fondo de un rebocillo de terciopelo, ó dos ojos provocadores abriéndose de par en par entre las penumbras de un manto, tenían más poder que la *flor del agua* y los granos de la ruda propinados diestramente. En vez de *meter á San Antonio en el pozo*, preferían citar á los galanes junto al brocal, para tener la seguridad de encontrar pareja. Oían con más gusto á las Celestinas que á las ranas, y eran tan aficionadas á la bulla y al jaleo, que justificaban la burlesca despedida que daba en la misma época Lope de Vega á las verbenas de la corte:

Pero, Juan quedaos con Dios  
Que deste valle se juntan,  
A celebrar vuestra noche,  
Entre verbenas y murtas,  
Los panderos de Madrid,

Las sonajas de Setúbar.  
 Los cascabeles de Yepes,  
 Las gaitas de la Coruña,  
 Los adufes de Guinea,  
 Las castañetas de Murcia,  
 Los relinchos de la Sagra,  
 Los tamboriles de Asturias,  
 Los salterios de Valencia,  
 Las flautas de Cataluña,  
 Y en las calles de Sevilla  
 Pandorgas y gatatumbas.

La costumbre de acudir las jóvenes sevillanas á la Alameda durante las noches de velada convirtió aquel sitio en una especie de bazar de hermosas, asequibles á todo galanteador en tanto cuanto les exijiese tan sólo tomar rosquetes, pasear del brazo hasta el punto ocupado por los célebres monolitos que mandó elevar el Conde de Barajas, charlar á la sombra del árbol grande para esquivar las miradas de los curiosos, ó acercarse á las celosías de cualquier barbero para deleitarse oyendo el hábil pespunteo de la guitarra.

Pocas veces se dió el caso — aunque yo no meteré como Scévola, la mano en el fuego — de que las graciosas hamadriadas de la Alameda escapasen con sus parejas de aquel circuito como aves ingratas. Al amanecer, siguiendo la costumbre de las amigas de los gnomos, cada cual dormía en su nido, tranquila, sonriente, *con el pico bajo el ala.*

Desde la época de Carlos IV las veladas se trocaron en fenomenales *jolgorios*, que daban principio á las primeras horas de la tarde y solían terminar á las oraciones. Las majas y los toreros hacían rueda en las botillerías al aire libre, ó en las tiendas de buñuelos y en las barracas de alfajores y mazapanes, *azotándose* lindamente; hasta el lego del convento cercano solía asomar su rapada cabeza por entre las esterillas de la cantina, dar cuatro zapatatetas en el aire y avanzar al jarro, si se lo permitía la munificencia del concurso. Antes de oscurecer escapaba como un relámpago, que:

A las oraciones  
Cierran los conventos  
Y los probeticos frailes  
Se quedan dentro. (1.)

Por la Alameda paseaba el currutaco con chupa ó casaquin, dirigiendo sus lentes á las damiselas, que mostraban el arranque de sus redondos cuellos, y lucían sus medias caladas y sus trages de medio paso. En algun que otro portal, varios vecinos, de cara á un altarillo lleno de pequeñas candelas y adornado de guirnaldas de flores, rezaban pausadamente el rosario, guiados por una beata repantigada cómodamente en un sillón de baqueta; entre tanto los chicuelos jugaban al toro, ó encendían pajuelas ó triquitra-

---

(1) Copla popular.

ques, que culebreaban por los corros próximos, ó hacían estornudar á los escasos hombres serios que no usaban la indispensable caja de cornerina para el polvo del tabaco.

Hoy las verbenas han perdido casi todos sus encantos en nuestras ciudades, y se reducen á meros pretextos de paseo. Las pequeñas veladas ó noches de santos, durante las cuales se levantaba el altarillo de la Hermandad, en la plazuela, se iluminaban balcones y ventanas, se formaban bóvedas de álamos y manzanilla y se figuraban arcos de triunfo, bajo los cuales paseaban los novios asidos del brazo, abundan poco y carecen de animación y color local. Las pujas y rifas en las que se solían subastar desde la cadena de oro del contrabandista hasta el abrazo de la más bella moza del barrio, han caído por completo en desuso; sólo en los lugares y aldeas quedan algunos restos de esas creencias y preocupaciones que han llenado tan deliciosas páginas, y han inspirado tan graciosas rimas.

En la actualidad hay en Sevilla una verbenas que ofrece aun lineamientos especiales y es digna de estudio por todos conceptos: me refiero á la velada de Santa Ana, que se celebra en la márgen izquierda del Guadalquivir y en el celebrado barrio de Triana.

Es este barrio conocido en toda España, por la gracia de sus hijas y por sus fábricas de azulejos. El puente de hierro que une á

Sevilla con este arrabal, ofrece una de las perspectivas más animadas y típicas, y basta detenerse en él algunos minutos para apreciar la viveza de ingenio del pueblo andaluz y el *salero* proverbial de la mujer sevillana.

Por allí van y vienen la airosa cigarrera, que toma ó deja su tarea en la Fábrica de Tabacos; la modista, que siempre calza botitas crujientes; la gitana morena y fosca, pero viva y punzante como un epigrama que alienta; el operario de las fundiciones de hierro y el obrero de la Cartuja; el esquilador y el cambalachero, el corredor de cuatropneas y el vendedor de barquillos, los tenorios de esquina, los desocupados del muelle y los que desean tomar el fresco en alto y tienen ocupado desde media tarde su larga fila de asientos.

Relatar las ocurrencias que provoca el paso de una deidad de falda crujiente y alta peineta; referir el tiroteo de frases, trinos y piropos que se cambian entre *ellas* y *ellos*, sería motivo justo de largas divagaciones: basta decir que el Puente de Hierro en Triana, como el Puente Nuevo en París y otros puntos de espera hechos notables por la tradición y la leyenda, dará siempre asunto á la pluma y á los pinceles.

Durante el día y la noche de Santa Ana el expresado sitio se llena de acera á acera, hasta el punto de impedir el paso á los vehí-

culos, que hacen estremecer frecuentemente sus yá cansadas estribaciones. Visto de lejos, aseméjase á aquel estrecho paso de Cinerad, por el que apenas podían caber las almas de los creyentes. La multitud que llega de la ciudad lo cruza en toda su extensión y baja por ancha escalinata á la calle llamada del Bétis, en cuyo plano se coloca todo lo necesario para la velada.

El panorama que se ofrece desde el Puente no puede ser más fantástico ni delirioso. Colocadas en ordenada fila las tiendas, puestos, mesillas, aguaduchos, chozas, cafetines y demás instalaciones que constituyen el núcleo del mercado, y viéndose la calle casi á vista de pájaro desde el centro del Puente, preséntase á la derecha Triana, tomada por una ancha franja de luz y dejando en las aguas rojizas reverberaciones; á la izquierda, la Giralda, la Torre del Oro y el muelle cubierto por un tupido bosque de arboladuras: bajo los piés, el río que se rompe con fuerza en los estribos de piedra; y al frente, cerrando los términos, San Telmo y los jardines de las Delicias, cuyo alumbrado, semejante á una larga constelación formada de estrellas que se alejan, vá desvaneciéndose poco á poco, hasta ocultarse en un fondo oscuro y diluido, como el de un paisaje al carbon.

A un lado del río, bulla, movimiento, vida, resplandor; al otro, quietud, reposo, inmovilidad, silencio; de esta parte, los humo-

sos candilones de los buñoleros, que reflejan sus llamas en las ondas; de la otra, el farol del marino, que oscila colgado en un palo ó se mueve de acá para allá sobre cubierta; del Puente á Triana, un apretado haz de seres vivientes que ostentan sus mejores galas; del muelle á San Telmo, tal ó cual sombra que se escurre por los malecones como un trago y se pierde al fin en las arboledas cercanas. En el rio, ráfagas irisadas, mansos rumores, voces que se lleva el viento; en el cielo, la serenidad de la noche andaluza y el problema medroso de la eternidad con todas sus halagadoras claridades.

Distingue principalmente á la velada que nos ocupa, no la diferencia de prácticas ni la mayor suma de divertimientos, sino el poético detalle de los paseos por el Guadalquivir, que nos recuerdan la época del Emirato. Preciosas parejas de embarcaciones iluminadas á la veneciana pasan como delfines fantásticos bajo los arcos del Puente de Hierro, iluminando los tirantes cruzados con sus farolillos de colores, dejando músicas en el aire y estelas fosforescentes en las aguas.

Hay en Triana ventanas y azoteas que dan al rio. En la noche de Santa Ana suelen verse en ellas, á la luz de la luna, muchas figuras interesantes y soñadoras que, reclinadas en los antepechos, cubiertos de rosales, dejan vagar sus ávidas miradas por ambas orillas; acaso no cortaron la verbena al ama-

necer, ni cojieron en la noche de San Juan la jarrita del agua encantada; pero aguardan sin duda algo misterioso y desconocido, y ven destacarse distintamente sobre las inquietas ondas del Guadalquivir una miriada de barquichuelos con velámen color de esperanza.







# LA PRIMERA FANTASIA DE ESTIO

## LOS BAÑOS

### I.

Ya os veo tender la mirada á los cuatro vientos y detenerla en el Norte de España ó de Francia, buscando las lontananzas azules del mar y el manso murmullo de las olas que van y vienen.

Huele á marisco; la brisa de la costa refresca nuestra piel, y parece que la sangre corre más tibia por las arterias; el paisaje tiene otros tonos, el horizonte se ensancha, las constelaciones se cuentan, el sol se despide más tarde de nosotros, y antes de acostarse dá su función de fuegos artificiales sobre las aguas.

¡Con qué placer se saca del cofre el primitivo traje de baños! Muchas veces me he puesto á reflexionar acerca del encanto que tiene para el bañista el calarse esa espe-

cie de atavio salvaje que el pudor oficial preceptúa para la vida pública en la playa, y he encontrado trascendentales enseñanzas.

La civilización nos abruma, nos carga, nos encanija; es un monstruoso titán cuyos grillos no podemos romper sin buscar pretextos serios y de gran pesadumbre; nuestro afán por volver al delicioso Tadmor, á la sencilla vida paradisiaca nos lleva como de la mano á Biarritz ó á las costas cantábricas. El mar es hoy lo que era ayer; en su seno no han progresado ni la indumentaria ni la arquitectura; los mismos habitantes, los mismos trages de escamas, que son la ropa interior de la tierra, los mismos pueblos de esponjas y de ostras lavadas, los mismos alcázares de coral, los mismos bancos de perlas.

Siguen reinando en él Tétis y Neptuno, el elegante salmonete vistiendo de púrpura, la sabia tenca usando bigote y ejerciendo la medicina, el pez espada pinchando á la ballena, y la ballena comiéndose á las muchedumbres del gran charco.

La Naturaleza nos acerca al mar, y el mar nos acerca á Dios, porque en el mar hay exuberancia de Naturaleza; todo es pequeño comparado con él, menos el cielo que le cubre y le *abruma*; sin embargo, como los grandes tiranos, es víctima de sus pasiones y suelen aprisionarle algunos granos de arena.

Grilo escribió su oda *Al Mar* sin haberlo visto, y no le resultó rana; lo que demuestra que bien puede caber el mar en el cerebro: el hecho es incuestionable. ¡En qué cabeza, aunque no sea la del simpático poeta cordobés, no hay la mar de pensamientos, como se dice en Andalucía! A ser posible que Andrés Vesal hubiese hecho la autopsia á Colón ántes de su primer viage á América, hubiera encontrado meciéndose en las soberbias olas de su masa encefálica la isla de San Salvador.

Pero hoy donde se encuentra el mar con playas y hoteles y aun con billetes de primera clase para dar el viage, es en esas cabecitas de contornos rafaélicos, en las que se pierden todos los días las manos perfumadas de las peinadoras y los peluqueros *comm' il faut*. A las retinas de unos ojos azules, grandes como un puerto de esperanza y tranquilos como una baja marea, ví asomarse el otro día el Cantábrico con barcos y todo.

—¿Vá usted á San Sebastian?—la dije después de observar aquel fenómeno de óptica imaginaria, con objeto de convencerme de este descubrimiento que puede, si quiere, aprovechar la ciencia.

—¡No voy, estoy allí!—me dijo con una sonrisa que me hizo viajar á mí por las costas de Golconda y por las islas madreporicas.

Y, en efecto, allá había volado su espíritu

antes que su cuerpo, navegando por ese silencioso oceano más incomprensible aun que su otro hermano de la tierra.

Y ¡cómo no ha de ser así! Los días del Edén renacen en las playas de moda, y la vida nueva, traida por las aguas del Jordán, viene á regenerar y á refrescar nuestra monotonía existencia con el bautismo de agua salada. Quien esté familiarizado con el aspecto de nuestras playas, ¿no recuerda las felices alboradas del valle de Tadmor, y los castos idilios de Adan y Eva?

¿Qué falta allí para que no se crea uno trasportado á los felices tiempos del Génesis, y quién cree que Milton, antes de escribir *El Paraiso*, no fué aficionado á visitar las playas pintorescas de Inglaterra? Id á la hora matinal á la Concha ó al Sardinero, y discurreid por todas las demás hasta que encontréis un punto de vista que os haga abarcar las perspectivas completas.

Ved la elegante desnudez que recuerda la clásica hoja de parra, ampliada y perfeccionada por los tiempos; contemplad con qué cándida inocencia Evas y Adanes, yá en su traje de baño, se saludan afablemente, como si despues hubieran de realizar juntos el banquete de las manzanas; ved á un lado y otro las serpientes, es decir, las suegras; los pavos reales, ó como si dijéramos, los Tenorios y pretendientes; las golondrinas ó aves de paso, á las que mejor pudiéramos llamar

jóvenes en estado de merecer ó palomas caseras, y en fin, otra porción de ejemplares de historia natural paradisiaca, entre los que habían de figurar los solterones, á quienes podia titularse bueyes sueltos; los maridos celosos, que harian de leones ó elefantes, y, por último, los viudos, los primos y las jamonas, entre los que buscaríamos los saltamontes, el cuco y el martin-pescador.

Para comprender que la semejanza del Paraiso y de la playa es indudable, aunque no tuviera la P, basta fijarse en que la caída del hombre y de la mujer se verifica en ellos sin interrupción. Tarde ó temprano todo el mundo cae al agua.

Me dirán ustedes acaso que dónde está despues el Jordan salvador y que cómo nos hemos de regenerar de esas constantes caidas que buscamos por nuestro gusto y que se repiten con general deleite en las estaciones calurosas. Pero yo os diré que esas caidas suelen llevarse á veces la felicidad y á veces la inocencia, á veces las esperanzas más halagueñas, y en su caso, el remedio es facil: siempre tenemos á nuestra disposición el amargo Jordán de las lágrimas.

## II

Que Eva se bañó en el Eden, es una cosa indudable, aunque no se consigna en ningún versículo del Génesis ó del Exodo.

Y el hecho lo refieren algunos autores judíos que lo leyeron en el Talmud primitivo, del modo siguiente:

Era nuestra madre Eva una rubia de *Primo cartello*, como decimos en nuestros días; tenía una mata de pelo abundosa, como lo probó en sus frescos de la capilla Sixtina, Miguel Angel, y en cuanto á curvas y redondeces ya se hubiera vuelto á las espumas del Mediterráneo la misma Venos avergonzada.

Una tarde en que Adan se entretenía en contar las estrellas, que, hermosas y rozagantes, habian salido de manos del Hacedor sin tener soles rivales, Eva se detuvo á la orilla de un pequeño lago, que en lo más bello del Paraiso se parecía, y vió en el haz del cristal aparecer su imagen que se le puso ante las narices sin más miramiento y que la contempló como de soslayo.

Irritada nuestra madre, que yá presentía su poder sobre la tierra, dió con su pié de jazmines sobre la haz del agua, y desapareció la imagen instantáneamente: pero como quiera que ella estaba en sus dominios y ya le habia dicho el espíritu de Dios, que no cediera la menor parte del corazón de Adán á rival ninguna, no se anduvo en dibujos, y, ¡zas! creyendo que la imagen se hallaba en el fondo del lago, se arrojó tras ella.

Las aguas, que por primera vez sentían en su seno las desnudas formas de la compa-

ñera del hombre, agolpáronse para besarla y abrazarla, y refrescaron su piel que habían encendido los celos: Eva las acarició también y puso su boca al nivel del haz para que se recrearan entre sus labios. Las aguas le dijeron al oído, cuidando de no traspasar aquel abismo de rosa: «Mira, hermosa Eva: en nuestra superficie está el espejo; tal como eres, te reproducirás en él.»

Desde aquel día Eva tuvo el baño y tuvo el espejo, y no quiero decir á ustedes cómo se le fueron las horas, ya entretenida en trenzarse el cabello, ya solazándose en el seno de las juguetonas aguas. En los largos días del ostracismo, Eva zambulló á Adán; el chapuzón monstruo fué el Diluvio, del que no escaparon más que los recogidos en el Arca.

El baño en la antigüedad es una necesidad reconocida. David se enamora de Betsabé en el baño: Rut antes de acostarse á los pies de Booz sobre la parva, se baña y se unge con bálsamos y esencias: el conflicto en que se halló la casta Susana es conocido de todos, y tanto Esther como Semíramis, lo mismo Cleopatra que Elena, antes de vestir la blanca túnica ó la clámide empapada en púrpura, se entregaban á sus esclavas para que las bañasen y cubrieran de unguentos y pomadas orientales.

Roma no había de permanecer indiferente á tales ejemplos; y aunque las Virgínias y Lucrecias de la República no fueron muy

aficionadas á estos deleites, pronto sus descendientes pisaron las termas del Imperio, que llegaron á ser los sitios de reunión de la sociedad elegante, ni más ni menos que nuestros modernos balnearios. Allí se reía, se charlaba, se murmuraba, se proyectaban jiras ó excursiones á los templos y villas vecinas, se concertaban citas y matrimonios, se recitaban versos y se hacía política, leyendo y comentando el *Acta Diurna*, como en Biarritz y Mondariz.

Los elegantes del tiempo de Caracalla esperaban en los anchos pórticos de las termas, ni más ni menos que nuestros *sports-foots* del día, á las hermosas matronas y á las doncellas envueltas en sus finos *hymatíones*, con objeto de piroppearlas á la salida de aquellos grandiosos establecimientos; y cuando bajaba de una litera, como puede bajar hoy de un *hooper* ó de una victoria, alguna dama de campanillas, que dejaba ver sus piés calzados con elegante sandalia, como hoy se muestra con zapatito francés ó botita inglesa, descalzábanla á su sabor y aun la desnudaban con el pensamiento, ni más ni menos que hace el bañista moderno, que atisba en la playa las excelencias de un hombro curvo, ó de un pié de almendra.

Las delicias de la variedad de inmersiones, también las gozaron los habitantes de Roma y Pompeya antes que nosotros: de ellos nos dan testimonio los distintos y múltiples

apuestos que usaban, y las diversas temperaturas á que solían procurárselas. Del *baptisterium* pasaban al *frigidarium*, de este al *terpidarium*, y algunos al *sudatorium* para gozar de todos los grados. Las damas casi siempre hacían estación en el *vestiario ó apodycterio*, donde se entregaban á los esclavos para que las vistiesen sus finas túnicas de lino. Otras eran ungidas, perfumadas y raspadas con espátulas de plata al salir del baño templado, habiendo también servidores llamados *alipilis*, que tenían la misión de depilar y cortar las uñas.

Nosotros hemos simplificado un poco la operación, multiplicando los balnearios y buscando, según la prescripción médica, ya el baño termal ó mineral, ya el gustoso y reconstituyente baño de agua salada. Este último, es el verdadero baño de placer de la Edad moderna; y aunque los medicinales suelen estar adornados con las galas de la Naturaleza y del arte, como acontece en Cauterets, Caldas y Urberuaga, es el caso que á los organismos jóvenes y sanos los solicita principalmente la sirena de la playa.

Los antiguos no conocieron este lugar de delicias, en que hubieran podido hallar, como nosotros, el Eden y el Olimpo, todo en una pieza. Si Apeles tuvo la fortuna de ver una que otra vez á Trinea sumergir sus formas nevadas en las aguas azules del Mediterráneo, es indudable que solo en alguna que

otra *cocotte* de Atenas tuvo imitadoras. Las mujeres griegas se bañaban en el ginéceo, y las sacerdotisas solían permitirse tan solo la libertad de hacerlo en las piscinas del bosque sagrado. La playa á cielo abierto, á plena luz, con sus encantos y pictóricos detalles, pertenece á la Edad moderna.

En una de las misteriosas noches de la Historia, el Mar se rebeló contra las deidades politeistas, y sacudiendo su inmenso lomo cubierto de espuma, hizo pedazos el tridente á Neptuno y rompióle contra un acantilado la cabeza. A la hermosa Tétis no le valieron sus nacaradas formas ni su ropaje verde esmeralda; el Titán con cabellera de olas la estrujó entre sus brazos, y la arrojó sin vida sobre el promontorio. Los Tritones, Nereidas, Ondinas y demás súbditos del dios estrellado, comprendieron que correrían igual suerte, y abandonaron sus lechos de algas y sus palacios de coral, y tomaron la del humo, más que de prisa. Desde entonces fueron libres el Delfín, la Foca y el Caballo marino; dejaron las Sirenas de entonar sus melífluos cantos, y quedaron las playas desiertas y silenciosas.

No existían aún San Juan de Luz, Biarritz, San Sebastián, ni otros renombrados balnearios.

---

## III.

Dícese, sin embargo, que la soledad espantó al mónstruo, y que al ver estrellarse un día y otro día sus olas azules en los carcomidos peñascos de la costa, gimió como viudo y llamó con la voz de la tempestad á los alegres espíritus de las aguas que animaban con sus juegos sus horas de calma, y cuyos hermosos cuerpos acariciaba con besos de espuma.

Pero las Nereidas permanecieron sordas á sus ruegos, y los Tritones se negaron á descender del signo de Acuario, donde se habían refugiado. El mar, desesperado entonces, se distrajo de su eterna murria, destrozando fragatas y echando á pique buques acorazados.

Mas he aquí que cierto día de la canícula, una caravana de turistas se detiene en una pintoresca playa y planta en ella sus reales, dando origen y ocasión al primer balneario. ¡Con qué placer no recibe el mar á la elegante *troupe* que viene á sustituir sus antiguos mitos y á dar nueva vida á sus riberas solitarias! No es la Nereida de cuerpo impalpable y diáfano como sus olas; no es la Sirena, cuya voz parece copia del ruido que el viento suele hacer en las rocas: es la muger tal como se vió en las mañanas del Eden, de

bulto, de carne, de piel templada por el sol de la tierra, no fría como el pez, no áspera y desapacible como la foca.

El mar, al estrecharla entre sus brazos de cristal, la arrulla dulcemente, como el Cíclope arrulló á Galatea, y le dá toda su sal, toda su espuma y toda su transparencia. Alfombra para ella la orilla de conchas de mil colores y de caprichosos diges que brillan entre la blanca arena; hace que sus olas, de ordinario broncas y murmuradoras, susurren al morir á sus piés un delicioso himno de amor; la atrae dulcemente á su seno y vuelve á llevarla á la margen como si la meciera en una hamaca; juega con sus cabellos, si no están aprisionados en el sombrero de baño, y se entretiene en saltar por encima de sus hombros, besándola de paso en la boca.

¡Ya el mar no está sólo!; aquí del soñador y del poeta; en soberbia síntesis se han reunido dos abismos; el Oceano ha recibido á la muger! Se ha realizado la boda de lo incognoscible y de lo insondable. Ya podemos hablar de la mar..... y de la muger, que es durante la época de los baños, no su opuesto, sino su natural complemento.

Estamos en cualquiera de los balnearios de moda: escojan ustedes: Aix-la Chapelle, Boulogne-sur-Mer, Biarritz, San Juan de Luz, Arcachón, San Sebastian, Dieppe ó las costas Cantábricas; en todas partes plantan sus reales las elegantes Nereidas de nues-

tros días, y los escamados Tritones del siglo XIX.

*Tableau.* El mar, durmiéndose en lecho de fina arena; líneas movibles que se esfuman en el horizonte; al frente el espacio inmenso, que manchan la vela y la gaviota; á la espalda, el pueblecillo encaramado en la colina, colgado del peñasco, ó perdido en la pendiente; entre los álamos, entre los fresnos y entre los alisos, el chalet ó el hotel, de moderna factura, desde cuyos miradores ó desde cuyos terrados pueden contarse las constelaciones y saber *porqué no se bañan las dos Osa*. En el gran llano de arena, grupos de turistas, de ambos sexos, vistiendo los caprichosos trajes de baño y dispuestos á saborear la pérfida caricia de las olas; torsos de Vénus y espaldas de Sátiros; siluetas dignas de eclipsar la de Susana, y caricaturas de Pellicer; curvas correctas y líneas quebradas; grupos de curiosos y de pesquisadores; blanco y azul, rojo y gualda, negro y oro, rosa fané, y rosa vivo; blusas, calzoncillos, sombreritos de paja y gorros de dormir: he aquí la mancha de la playa.

Hagamos ahora destacarse las figuras.

Dos rubias soberbias con las crenchas tendidas, ceñidas las blusas y cojidas del brazo, bajan al mar pausadamente, haciendo que abra tanta boca un señor gordo, diós Término del baño de hombres, que cubierto solo con un cinto de punto rojo y azul y cín-

gulo de vejigas sopladas, vá tambien á entrar en el agua.

—¡Tate! D. Tifon—dice una de ellas mirándole con disimulo por encima del hombro.

—Ya lo veo—contesta la otra;—pero, déjale, que está detrás el que ha-de de llevarme al hotel la pulsera de brillantes.

Tres adolescentes delgadas como espátulas y semejantes á tres Gracias de escayola, se acercan á la orilla al propio tiempo que un triunvirato de jóvenes que las flechan desde léjos.

¡Qué vergüenza!—dice la de enmedio;—Luisito me vá á ver las pantorrillas.

¡Qué tonta eres!—dicen sus compañeras, ¿no ves que las tuyas entran en combinaciòn con las nuestras?

De la fila de elegantes *batingboxes* sale un prodigio de hermosura con marinera escotada, y dos brazos que son, sin duda, los que robaron á la Vénus de Milo. Al tocar el agua con su sandalia mira hácia el baño de hombres, y dice, ahogando un grito de asombro:

—¡Cielos, mi esposo y Pachin! ¡Qué caprichosa dualidad! ¡usan hasta los mismos calzoncillos!

Puede destacarse tambien, en los primeros términos del cuadro *verdemar* de la playa la elegante dama de la *high life*, que al salir de su *bathing boxe* asemeja á Cleopatra ó á la hija de los Faraones por su apostura y por su séquito; la traviesa *horizontal* que nada,

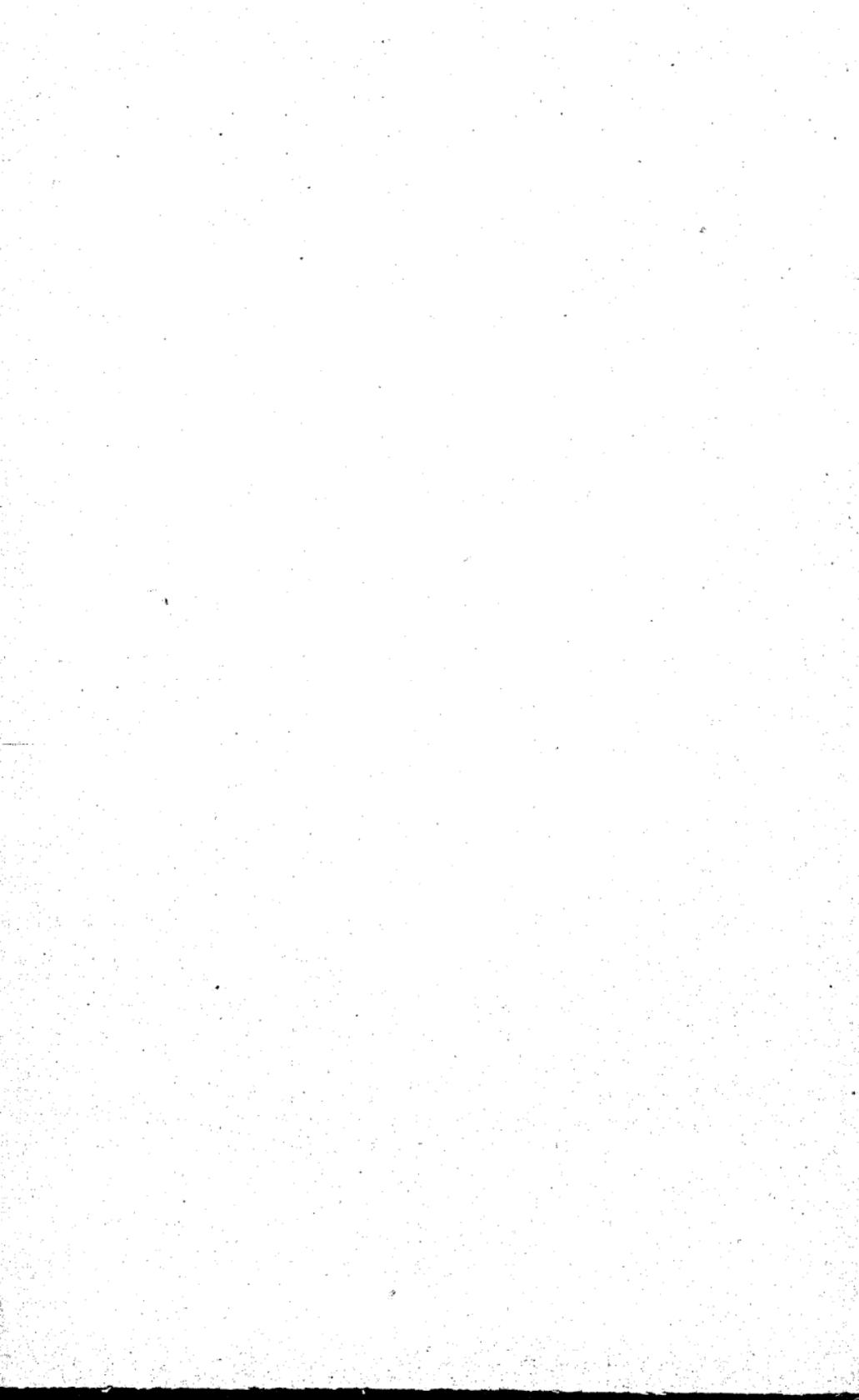
como pez *qu' elle est*, y pugna por copiar entre las olas á la protagonista de *La Mujer de fuego*; la soñolienta recién casada que cierra los ojos aun al borde *del abismo*; por último, la coquetuela adolescente, que separándose de su mamá, señora de pesqui y de peso, dice á su amiguita en voz baja:

— ¡Qué lástima que en las playas no se haya establecido el teléfono! ¡cuántas cosas bonitas nos diríamos Ricardito y yó dentro del agua!....

Aquí vendría de molde una plasta de figuras masculinas; pero son más difíciles de bosquejar y menos simpáticas. La línea y el color que predominan en el campo de las casetas pertenecientes á las Nereidas de nuestro siglo, se apagan ó abigarran de un modo notable, cuando pasamos al dominio de los Tritones, del turismo ó del *sport* moderno.

Los tiradores de palomas y los corredores de javatos, los bliciclistas y triciclistas, los Jokeys de distinción y los *sportsmen* y *leaders* de alto bordo piden un pincel más atrevido y más docto. Por otra parte, dadas las corrientes realistas, tendría que perder el tiempo recordando en Darwin la teoría de la selección; y como en este punto es fácil naufragar en la orilla, y hay páginas tan pardas como las olas, no quiero convertirme en el último mono.

---





## DE GOBANTES Á CARRATRACA

NOTAS VERANIEGAS

### I.

Las relaciones de los turistas que han puesto de moda la crónica del veraneo, sólo alcanzan á los centros ya conocidos de todos: Biarritz, Mondariz, San Juan de Luz, San Sebastian, Aguas Buenas, Cauterets y otros balnearios, cuya enumeración sería prolija, hallan casi siempre plumas que consignan sus excelencias y lápices que se recrean en dar á la estampa sus mejores perspectivas; los balnearios humildes del interior de España son menos afortunados y pasan inadvertidos para el curioso, que encontrará, sin embargo, en ellos detalles y notas dignas de curiosidad y estudio.

Entre los más célebres de este género se encuentra el balneario de Carratraca, situado en la provincia de Málaga, á 876 metros

próximamente de altura sobre el nivel del Mediterráneo. La fama de sus aguas sulfuro-selenhídricas, lleva en los meses de Julio, Agosto y Septiembre, un número de bañistas de Málaga, Córdoba, Sevilla y Granada, y de los pueblos cercanos á la costa mediterránea; unos y otros invaden esta pequeña localidad al mismo tiempo que las golondrinas, que viven allí entre los turistas en amigables bandadas.

Mi estancia en ella hace pocos días me permite dar á los lectores un cuadro de verano que creo les será grato, en la seguridad de que no se parecerá á ninguno de los que puedan ver en los cosmorama estivales, tan fecundos en tipos y costumbres inusitadas.

El 5 de Agosto me embarcaba en Sevilla con billete directo á Gobantes, y al caer el sol nos encajonábamos en dos pesadas diligencias, dispuestos á cruzar los dos eternos kilómetros que del balneario nos separaban. El camino, en el que se invierten cuatro mortales horas, es de lo más accidentado que puede darse, y sólo la costumbre que de cruzarlo tienen mulas y mayores, puede garantizar la vida de los pasajeros. Cruzando valles y colinas bordadas de olivos y de matorrales, las clásicas diligencias aspiellan y se inclinan bamboleando al grito, ya casi de ultratumba, de *¡coronela! ¡general!* que el postillón dá al cruzir el látigo sobre

aquellas avispadas orejas. Acompañábanos un cacique de pueblo, de negra patilla y chaquetón burdo, que se quejaba amargamente del olvido en que tiene el Gobierno estas vías de comunicación y que nos aseguraba que cuando vinieran los suyos pondrían aquello como la palma de la mano. Mientras no vengan—los suyos se entiende—Peñarrubia y Ardales sólo serán nidos de cigüeñas.

Advierto á ustedes que uno y otro pueblo están muy altos, y que los deseos del cacique no podrian cumplirse sin un general terremoto ó un nuevo diluvio de Deucalión.

Uno de los encantos que tiene este viaje es el de hacernos recordar la curiosa etapa de los primeros años de nuestro siglo. Aquella descripción de la diligencia y del coche de postas que nos dejó tan al vivo la pluma de Figaro, parece renovarse durante las cuatro horas y media de vaivenes de Gobantes á Carratraca. Nada falta para una completa ilusión. Las mulas tardas, que costean las pendientes haciendo resonar sus campanillas; el crujir de las llantas que rozan contra los peñascos y cantos rodados; los altos y bajos, que hacen que los viajeros choquen unos con otros como fardos de carne; las series de picachos que se escalonan á lo léjos sombreándose con las nubes, ó destacando sobre el azul del cielo sus caprichosos contornos; el pueblecillo que se duerme bajo el peñon, al abrigo de los vientos traidores de

Levante; los chopos y los pinos que se encaraman por las mederas, semejando acá y allá florestas y laberintos; los llanos cortados de verdura, de los que brotan por raro contraste rocas peladas que parecen torres de gigantes. Hé allí una agrupación de casitas blancas, que parecen garzas que juegan bajo las orejas grises y prolongadas de un colosal elefante: es Peñarrubia, *lugar de pesca* como le llamamos los andaluces, no porque puedan cojerse barbos á 800 metros sobre el nivel del mar, sino porque en ella pernoctaban los célebres contrabandistas que hacían sus correrías por la sierra de Málaga, llevando sus cuatralbos á escape por las alturas y los desfiladeros, burlando á los carabineros y á los migueletes de Marbella y Estepona, escondiendo en las breñas de Mora y en las cuevas de Carratraca sus bultos de lienzos ingleses y de tabaco gibraltareño, con los que solían inundar la comarca.

Tambien acuden á nuestra memoria, al cruzar por estos sitios, los golpes de mano de que eran víctimas nuestros abuelos. Estos montes, infestados de aquellos salteadores que compartian la fama del guapo Francisco Estéban, Diego Corrientes y los Siete Niños de Ecija, daban muy malos ratos á los bañistas del tiempo de Fernando VII que se atrevían á desafiar sus iras para venir á buscar la salud á las primitivas albercas de la ya por entonces célebre Carratraca.

Cuéntanse extraños y terribles lances ocurridos cerca de Alora, Peñarrubia y Ardales y en las ventas de estos caminos, á partir de los cerros próximos á Gobantes; guiados por sus apuestos capitanes, que todavía usaban botín y sombrero de catite, los malhechores de primeros de siglo eran los reyes de estos parajes.

Los bañistas solían prepararse la víspera cristianamente para estas excursiones, y había quien se decidía á comulgar y confesar antes de emprender el viaje. Los escapularios de las Trinitarias, muy recomendados por la circunstancia de usarlos también los ladrones, se rociaban con agua bendita y se prendían al seno de los pasajeros de modo que se vieran por las chorreras y por el escote. Larga fila de parientes y servidores acompañaba á los bañistas hasta el mesón de postas, y cuando la pesada máquina se ponía en marcha y resonaba el crujido de la fusta atronadora, un mar de llantos y una nube de pañuelos completaban el cuadro fatal de la despedida.

Entre los relatos tradicionales que más áuge lograron de estas excursiones al balneario que nos ocupa, se cuenta el de ciertos antepasados de los Condes de Peñaflor, avecindados hasta hace poco en la vetusta ciudad de Ecija, población que siempre tuvo á Carratraca por lugar milagroso y predilecto. Cuéntase que en el año de 179..., y en la tem-

porada de Agosto. los condes prepararon su excursión anual al balneario de Carratraca, llevando criados y capataces armados de escopetas, dos grandes galeras cargadas de vituallas y ropas, y una rotonda familiar de nuevo modelo entonces para viajes largos y peligrosos. Cocineros y hombres de campo, doncellas y mozos de labor completaban la caravana, en la que iba un gran toldo en forma de tienda por si era preciso pernoctar en el camino. En traje de caza, y con atavíos propios para el caso, el Conde y la Condesa, con su hermosa hija menor, que apenas contaría quince primaveras y era ya dechado de estrellas y flores, emprendieron su caminata, siendo despedidos en las afueras de Ecija por sus deudos y amigos, que les desearon feliz término de viaje con lágrimas en los ojos.

No faltó quien dijera al Conde que hacía mal en emprender la ruta á la sazón, porque se hablaba de una banda de malhechores capitaneados por Ojitos, célebre capitán, la cual habia ido á merodear por los caminos de Alora, Gobantes y la Pizarra; pero el Conde y la Condesa buscaban la salud de Florentina, su hermosa niña, y no escucharon otro consejo que el de sus afanes paternales.

Tres dias y horas llevaban de caminar por declives y vericuetos, cuando dieron vista á Peñarubia y divisaron á Ardales, que es como si dejáramos el heraldo de Carratraca.

Todos se alegraron con la presencia de las montañas que abrigan al balneario salvador, en cuyas aguas azuladas había de hallar el crisma de la salud la niña hermosa, blanca y pálida; pero no siempre se cumplen los augurios del corazón, y al llegar á una pequeña venta elevada en una barranquera y rodeada de altos chopos y nopales, se oyó una voz de *¡alto!* y aparecieron, como sombras que surgen de las profundidades, hasta cincuenta apuestos ginetes, montados en soberbios potros y armados de trabucos naranjeros.

El postillón que guiaba la rotonda familiar quiso cruzar el látigo, pero un tiro certero y traidor de la bocacha de uno de los ginetes, le volcó del sillín que montaba, juntamente con la cabalgadura.

— ¡Oh Dios! me han muerto! — dijo arrastrando consigo el corcel, que se tumbó en la zanja rompiendo el rendaje y poniendo en peligro de despeñarse el pesado vehículo; — ¡Me han muerto, y son los de Ojitos! ¡La Virgen mi madre os salve!

En efecto, eran los compañeros de Ojitos, que iban á detener la expedición y que se habían apostado en el desfiladero. Los criados del Conde bajaron sus escopetas, que no podían competir con aquellas armas de ancha boca manejadas por los criminales.

— ¡Favor a! Rey! — gritó el Conde desde su rotonda abrazando estrechamente á su esposa y á Florentina.

Pero su voz se perdió en el espacio sin levantar un eco, y fué á repercutir en las grietas del murallón de Ardales.

Entre tanto, la gente de Ojitos hacía gran cuerda de los criados del Conde, y dejándolos á buen recaudo, atados á las dos galeras, volvían hácia la rotonda para sacar á los viajeros objeto de tal jornada. Eran una presa noble, bocado de cardenal, gente rica y distinguida; el día no podía perderse; ni aun había muerto el postillon, para que el negocio dejara de tener espinas en los tribunales.

Ojitos desmontó de su cuatralbo, que estaba enjaezado á la jerezana y lleno de alamares y borlones de seda desde la atacola hasta los pretales, y mandó abrir la portezuela. Altivo y sereno, aunque ceñudo y pálido, bajó el primogénito de Peñafior, colocándose cortésmente al lado de la portezuela para ofrecer la mano á su esposa y á su hija: el peligro que corría no era obstáculo para que olvidase las prácticas de la galantería española, que eran su segunda naturaleza.

—Y bien, tomad todo mi dinero y dejadnos marchar, ya que habeis logrado cojernos la vez -- dijo el Conde al bandido con gesto avinagrado; — pero ¡yo os juro por Santiago á caballo que habeis de pagar en el palo esta mala pasada!

El capitan Ojitos que se había quitado

su sombrero de catite al ver bajar á las señoras—por unir lo cortés á lo valiente—púso-  
selo otra vez con rábia, y llevándose la mano  
al cinto, en el que brillaban un par de pistolas  
con abrazaderas de plata, sacó una de ellas  
con la diestra mano, y apuntando al conde,  
contestó reposadamente.

—¡Ni Ojitos recibe limosnas, ni los insultos de un noble los paga de otro modo que con un balazo! ¡Mío es ese oro, como vuestra vida, y no hay Condes ni reyes donde está el capitán de los Sietel...

Gran confusión produjo la actitud del capitán, porque se agitaron presos, bandidos, mujeres y domésticos, moviéndose y susurrando como un enjambre de abejas. Dábase por muerto al Conde, y todas las miradas anhelantes y temerosas se fijaban en el grupo compuesto del bandido, del conde y de las dos damas, que, transidas de dolor, parecían imágenes de mártires cristianas adosadas á las ruedas del carruaje y dispuestas á sufrir el martirio más cruento.

De pronto, Florentina, la hermosa niña pálida, que con su sencilla bata de percal blanco recordaba á Santa Catalina, despegóse del costado del carruaje y de los brazos de su madre que la oprimían con fuerza, y se arrojó á las plantas del capitán de bandidos abrazando sus rodillas y dejando caer sobre las palas de sus botines, bordados de sedas de colores, un abundoso raudal de llanto.

—¡Tened compasión de nosotros, señor! ¡No mateis á mi padre!—dijo con voz trémula é insinuante alzando al rostro del bandolero sus hermosos ojos preñados de lágrimas.

Milagro patente —como decía su abuela refiriendo el pasaje:—los ojos de Ojitos se llenaron también de lágrimas: por su espesa patilla negra de boca de hacha corrieron dos, gordas como el fruto de los avellanos de aquel sendero, y levantando á la niña con esmero exquisito, y arrojando al suelo el arma mortífera, exclamó con acento que hubo de conover hasta la más honda de las fibras del corazón del Conde y de la Condesa:

—¡Señó Conde é Peñastor, ha terminao toó; tome usía su dinero, y vaya con Dios, que las lágrimas de esta *maresita* mía valen para mí un tesoro!

—¡Pero, qué es eso, capitán! ¿está usted guillao? exclamó el segundo de Ojitos, cuya boca de tigre torció de rábia al oír estas frases inseperadas.

—¡Si no te callas, te mato como á un perro!—contestó Ojitos mientras enjugaba con su pañuelo el llanto de Florentina.

Y aunque refunfuñó el bandido y los demás pusieron ceño fosco, se recojió al postillón, desatáronse los presos, montaron de nuevo en la rotonda los Condes, y la caravana emprendió otra vez su camino, desapareciendo los bandidos por la quebrada.

—¡De buena hemos escapado, gracias á tu hermosura y á tu llanto! -- dijo la Condesa besando á Fiorentina en la frente.

La niña calló y asomó la cabeza por la ventanilla. Tras las quebradas de Ardales y entre los cipreses del camino se agitaba un pañuelo blanco.

## II

Buena ocasión para filosofías, comparando la raza de los Ojitos, Diego Corrientes, y demás bandidos generosos, con las de los Tropman y Prancini; pero, á más de que el asunto no es de este lugar, solicita nuestra atención el primoroso valle de Ardales, por el que vamos cruzando.

Al abrigo de un inmenso peñón aparece este pueblo escalonado en la falda. Un riachuelo que desciende de la montaña serpeando graciosamente, se extiende por el pequeño valle, en que las huertas y los sembrados comparten el espacio limitado por una corona de riscos pelados y ondulantes. Sin número de graciosas adelfas bordan las márgenes del referido riachuelo, teniendo tal multitud de flores, que no parece sino que nos hallamos al borde del Eliseo ó del Eurotas; el peñón de Ardales sería el templo de Apolo, si no fuera el de Mercurio, dios de

los contrabandistas y de los ladrones. ¡Qué manchas de verdor más primorosas; qué grupos de cipreses y de álamos más característicos y pictóricos; qué rincones de verdura tendidos por las colinas y limitados por festones de rocas! La era, que siempre ama la llanura, se acomoda en el declive, y el verde maizal está separado de ella por calles de árboles frutales; huertas salpicadas aquí y acullá templan los tonos pardos, grises y azulados; el valle de Ardales es un abreviado paraíso.

Pero ¡ay! que siempre está el desencanto cerca de las bellezas naturales ofrecidas al ojo humano, y al abandonar á Ardales y tomar de nuevo los recodos y el zig-zags que ascienden hácia Carratraca, se nos ofrece una nota, grave sí, pero desafinada: cuando el bañista cree encontrarse cerca del Tadmor ó del Elíseo, aparece rígida, severa, una pareja de la Guardia Civil que se clava como la esfinge en un punto dado de lo que debía de ser carretera. Sus tricornios cubiertos de blanca tela, sus anchos correaes y sus bocamangas de paño rojo, juegan bien con las florecillas del vericuetto, y se destacan sobre el fondo gris de las formaciones de pizarra. Al pronto os sentís sobrecojidos: la presencia del benemérito grupo supone la ausencia del bandido y del merodeador, pero supone á la vez su existencia. ¿Hay malhechores en el camino de Ardales? *Ecco il proble-*

*ma.* Hay quien supone que el Bizco y Melgares llegaron hasta aquí: pero la tranquilidad homérica de la pareja amansa el ánimo soliviantado. ¡Qué bien juega el apuesto grupo en la quebrada y en la ladera! La Guardia civil sólo es estética en la campiña y en la montaña; sus tricornos blancos y sus levitas azules tienen el encanto de una promesa de paz y seguridad; si no gastaran mostacho, les llamaríamos ángeles de la Guarda.

Dejando atrás el valle de las adelfas, como yo llamaría al valle de Ardales, las diligencias crujen y las bestias luchán; hay que subir siempre, siempre; no parece sino que se hace un viaje á las nubes arrastrándose por la tierra. Al cabo se costea el peñón de Ardales, donde, según se dice, está el cementerio, limitado en uno de sus costados por restos de un murallón romano, y pronto se presiente á Carratraca: ya el sol en el ocaso, y á la derecha del camino, se recortan picachos de forma extraña que parecen brujas que ván al sábado, y extraños guerreros; dos de estas formas graníticas nos siguen siempre, hasta que el sol se oculta, apareciendo y desapareciendo tras las ventanillas del carruaje.

Con el toque de ánimas se llega al balneario, que, escondido en una cañada entre dos montañas, parece ánade rodeado de cuervos; sin duda por esto llaman los natura-

les á la más alta de sus montañas *el pico del grajo*. Aquí comienza lo característico de la estación.

Las diligencias son recibidas con gran alegría por todos los habitantes del pueblo que ven en ellas el contingente indispensable de la temporada. Entre aquellas tablas viene la carne de cañon, el bañista, que dispuesto á alcanzar la salud á toda costa, debe traer bien provisto el portamonedas. Desde que llegais á la Central de diligencias, un enjambre de servidores de todos sexos y edades os interpela y os agobia, ofreciéndoos sus valiosos servicios. Ya que empezais á sentir las agujetas del camino, os hincan las del favor y las del sablazo; hasta instalaros en la fonda hay que dejar un rastro de pesetas.

El establecimiento de baños se halla colocado en la calle más elevada de la población, y cerca del nacimiento del manantial. Su fachada de piedra arenisca es sencilla, y la abre un pequeño vestíbulo en que los bañistas se citan unos á otros; allí hay asientos y sillas de hierro, en los cuales se espera el turno y se vé venir á las graciosas hijas de Andalucía que frecuentan esta estación balnearia. Cerca de esta calle está la plaza del pueblo, en la que hay dos modestos casinos, y que es punto de reunión de los desocupados. En ella tienen lugar muy variados espectáculos; ya es una pelea de ciegos á escobazos; ya una cucaña en que se rompen la

crisma los chicuelos del lugar; ya una porción de ingeniosos medios para que los Rinconetes y Cortadillos adquieran las piezas de perros chicos, premio de estos trabajos: el más característico es el llamado la *pesca de la perla*, juego que consiste en colgar á la víctima por los pies de dos sogas anudadas y hacerle sostener en el suelo con los brazos, para cojer con la boca la deseada moneda de cinco céntimos, que suele proporcionarle continuados porrazos.

Las diversiones que se ofrecen en estas alturas al turista son, sin embargo, originales y variadas. Enclavado en el corazón de un país monterizo, las excursiones en burro á los alrededores forman la série más interesante, y afectan á veces formas dignas de ser relatadas.

La constitución geognóstica de estas montañas y su forma original pudieran dar motivos á delicado exámen, y en esto se funda la curiosidad del turista al contemplar la soberbia mole llamada Caparain, á cuya falda se reclina el pueblo, que cuenta poco más de doscientas cincuenta casas.

Es el Caparain la primera estribación de esos grandes palacios de titanes que se llaman Sierra Junquera y Sierra Bermeja, y se yergue sobre el balneario, protegiéndole con su espalda gigantesca; está, según cálculos que no he comprobado, á cuatro mil quinientos piés sobre el nivel del mar, y corta

con su *pico de grajos* las nubes atrevidas que logran pasar sobre las otras sierras.

A esta montaña, á sus alegres faldas y á las sierras y lugares próximos á la de los Bérrios, ván á buscar los bañistas carratraqueños lenitivos á la carencia de diversiones que distinguen á esta localidad, y médios de exparcir el ánimo en el seno de una poderosa Naturaleza.

No puedo resistir al deseo de reseñar una de estas excursiones, hecha por varios compañeros, al lugar titulado *Las Minas*, al cual se vá saliendo del pueblo por el camino de Sevilla y atravesando la cadena de sierras y montículos que se apartan poco á poco del Caparain.

El aspecto de este camino es de lo más pintoresco. Sus cuencas y laderas ofrecen en caprichosa sucesión huertas y eriazos, y junto á la falda escueta y pizarrosa se ven amarillear los trigarrales que parece que se nutren del feldespato. El nogal, la higuera, el almendro, la vid y el olivo surgen á cada paso á diferentes alturas, y salpican líneas ondulantes y quebradas; los vientos de Levante saturan la atmósfera con el olor del lentisco, la retama y el tomillo, y el sol poniente abrillanta los vapores sulfurosos de las cañadas.

En la plaza del pueblo, ó en la puertas de las fondas más concurridas se organizan esas cabalgatas. A la que me refiero asistimos

unos cuarenta bañistas de ambos sexos; todos caballeros en asnos, y cada cual provisto de una vela de esperma, que había de encenderse á la entrada de la llamada *Mina de la Candelaria*, primorosa gruta, objeto principal de la excursión, que se enclava en propiedades de la Excmá. señora doña Trinidad Grund de Heredia, vecina de Málaga, y que está próximamente á dos horas de Carratraca.

Las peripecias á que dán lugar estas excursiones se dieron también en la nuestra durante el viaje. Las levantiscas ó pacientes cabalgaduras, al encaramarse por los vericuetos ó al sacudirse las moscas, ponían en duro aprieto á las hermosas que se acomodaban en las altas y clásicas jamugas, resultando escorzos encantadores y provocando chistes propios del caso. Un rucio enamorado dió muy malos ratos á un amigo mío, que montaba una burra de ojo de caramelo y fina oreja. La gruta llamada de la Candelaria vulgarmente, porque hay la costumbre de verla encendiendo fogatas y bengalas, es un precioso capricho de la Naturaleza, de los que tanto abundan en los terrenos calcáreos y volcánicos, y dá tres y raya á las de Ilipari y Gicotencal, por su originalidad y belleza. Socava esta gruta un gran cerro con cúpulas de pizarras arcillosas y rocas al parecer calizas, en cuya falda crecen almendros, madroñeros y aceitunos, donde colosales higueras

ostentan sus robustos brazos y sus hojas en forma de palmatoria.

Dá entrada á ella una profunda rampa casi vertical, y coronan su chata y tenebrosa abertura plantas silvestres que os hacen bajar la cabeza: aquel antro que recuerda el sitio donde velaba el Cerbero, tiene tambien su guardian; un campesino, que, quitándose su sombrero gacho muy cortésmente, os exige, no el óbolo de Caronte, sino cincuenta céntimos de peseta.

Es de lo más característico la entrada en la gruta. Los excursionistas desmontan de sus cabalgaduras y sacan sus velas, asemejándose á aquellos cristianos que encendían sus candilejas de barro para visitar las catacumbas procesionalmente. Hay un detalle verdaderamente pictórico: de la gran higuera que cierra casi la entrada de la rampa, cada excursionista arranca una hoja, lo que le proporciona un candelero color de esmeralda, que contrasta pictóricamente con el blanco mate de las velas de esperma. Cuando todos están provistos de este apéndice para librarse de manchas, el guía que lleva la caña donde se han de izar las bengalas en los grandes salones de la gruta, abre la marcha, y la procesión penetra en el antro lentamente; poco á poco, como si fuésemos ejércitos de luciérnagas, el rosario de luces es tragado por la tierra.

Para que la excursión tuviese más genia-

lidad, formaban parte de ella un sacerdote y una Hermana de la Caridad; él, envuelto en su negra capa, y ella ostentando la toca blanca, que se destacaba como una gran ave entre aquellas medias tinieblas; al llegar al primer salón encendi6se una bengala roja, y un grito de admiraci6n se escap6 de todas las bocas, admirando el arte *inconsciente* de la Naturaleza. Estalactitas y estalacmitas combinándose de distintos modos y haciendo un trabajo ya conocido por la ciencia, habían formado allí un monumento, que en vano la fantasía del hombre pudiera sobrepujar usando escuadras y cinceles.

Maravillosos pilares coronados por hojas de loto y de acanto, como las columnatas de Grecia y de Palmira; cortinajes de gotas de agua bicarbonatadas, con flecos tejidos por una labor de filtraci6n de muchos cientos de a6os; airosos pabellones á la romana, fingiendo bucráneos y guirnaldas simb6licas; guerreros rebozados en sus mantos de piedra, y estátuas yacentes como las que se ofrecen á la luz de las vidrieras en las criptas y en las catedrales de la Edad Media; gri-fos heráldicos y gigantes esqueletos de caprichosos paquidermos, enanos y esfinges escondidos y acurrucados á los piés de monstruos más pequeños; y, en fin, cuanto una imaginaci6n descompuesta ha visto pasar en una de esas grandes danzas macabras del pasado. La Hermana de la Caridad nos hizo no-

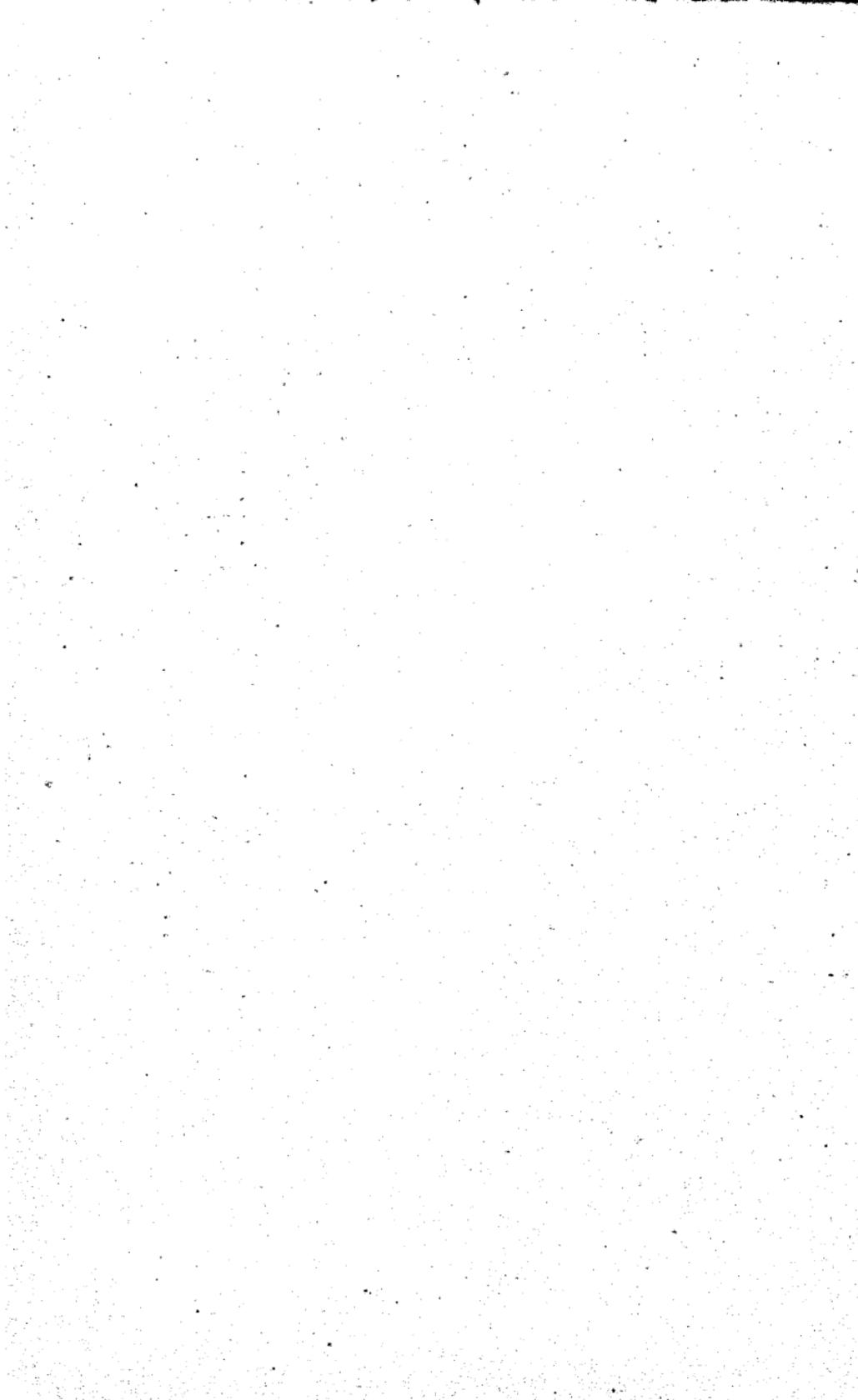
tar un detalle originalísimo; en una de las entradas de la segunda galería que visitamos, y sobre una balaustrada que se asemejaba á un trozo de la escalera de los Gigantes del palacio ducal de Venecia, había un pequeño elefante tan perfectamente diseñado, que se le podían tocar las fauces y los colmillos; caidas las orejas, echado como un animal heráldico sobre sus patas delanteras, parecía la imagen de la meditación, el símbolo del reposo, la viva encarnación del nirvana indio.

La gruta en cuestión tiene varios departamentos, formados, como hemos dicho, de estalactitas y estalacmitas, producto de la filtración de las aguas bicarbonatadas, que van depositando su producto lentamente en aquellas cavidades. Sin embargo, á juzgar por el estado del suelo, se vé la huella del trabajo humano para hacerla habitable, y es opinión general que ha sido en alguna época guarida de bandoleros de aquel contorno. Su especial situación y las condiciones de seguridad que pudo ofrecer en momentos dados, robustecen el aserto.

Luego que recorrimos los principales departamentos de la gruta de la Candelaria, y quemamos las últimas bengalas en sus crujiás, cuevas y laberintos, volvimos por las mismas galerías, rotondas y escaleras, sintiendo sobre nuestras ropas una capa de corpúsculos de agua cernida por aquellos techos, y precedidos por un heraldo de alas

negras y pintiagudas, un soberbio murciélago. Fueron apagándose las velas poco á poco, cerró el rústico cancerbero la enorme reja de hierro de aquel antro, que volvió á quedar oscuro y solitario, y despues, montando en nuestros burros, emprendimos el retorno á Carratraca cuando el sol había ya traspuesto el picacho del Caparain, y las sombras de las cabalgaduras, prolongándose per las laderas, convertían la cabalgata humilde de asnos, en original caravana de zancudos, girafas y camellos.







## EL LEVANTE EN ANDALUCIA

(NOTAS VERANIEGAS)

### I

Uno de los problemas más pavorosos para los que estudian la navegación aérea, es sin duda la doma de los vientos, esos corceles fogosos del espacio que todo lo atropellan, y para los cuales no hay rienda ni freno posible en las llanuras sin límites del cielo, ni en la superficie de la tierra.

Si reinasen siempre vientos alisios ó ecuatoriales, si las corrientes atmosféricas tuviesen la igualdad ó la solidéz de las olas; si el Simoun, el Sirocco, el Solano, el Abrego, el Levante y sus hermanos gemelos los ciclones africanos, no compartieran las regiones altas como un ejército de bárbaros conquistadores del cuadrante universal, el problema sería fácil y hacedero; las águilas del picacho y el orgulloso condor no se burlarían

de la debilidad humana, y el invento de Montgolfier hubiera derribado ya hasta la muralla de porcelana del celeste Imperio, enseñoreándose de las alturas siderales y dando las buenas tardes desde sus baterías de colosales catalejos á las miríadas de mundos, nuestros universales compañeros.

Pero el problema es, al parecer, irresoluble; el mar ofrece siempre calado y resistencia; el viento, rabioso é impalpable, se escapa como un fantasma y no soporta en su seno nada que pese más que él: es Sísifo, que no quiere llevar la roca acuestas.

Los inventores de globos, han pensado en aprovechar las corrientes constantes. Pero fijémonos en los vientos más mansos y continuos, y veremos clara la dificultad; dice cierto físico célebre hablando de los vientos constantes: «Desde los 30° latitud Norte ó Sur hasta el Ecuador hay dos zonas de vientos constantes; por un lado, los vientos alisios del Nordeste y por otro los del Sudoeste; ambos soplan sin interrupción, tan constante en sus direcciones como las corrientes del Missisipí, menos cuando hallan la tierra, que se convierten en brisas. Como estas dos corrientes ván de los Polos al Ecuador, no cabe la menor duda de que el aire debe volver por otra vía á los Polos, á fin de crear nuevamente los vientos alisios; si no fuera así agotarían muy pronto la atmósfera.»

Cualquiera que lea esto, que parece tan sencillo, se creará que es muy fácil encontrar en la atmósfera corrientes constantes que pudieran aprovecharse como se aprovechan los golfos y las costas para guiar los vehículos de la invención humana á través de los mediterráneos y océanos; mas ¡ay! que la atmósfera no es lo que á la presión y á la impresión parece, bóveda inmensa en la cual puede vivir el hombre como viven el ave y la mariposa; desconocemos su densidad y las leyes de su movimiento, sujetas á mil influencias del cosmós, y es imposible saber cuándo podrán aprovecharse esas corrientes constantes, si alguna vez se fijan fuera de las vías ecuatoriales.

Los mismos alisios están sujetos á movimientos heterogéneos y antagónicos; un viajero los describe así: «Las contracorrientes deben circular por la parte superior mientras están sobre los paralelos, y despues moverse sobre una especie de espiral ó curva loxodrónica, con cara al Oeste, cuando soplan de los Polos hácia el Ecuador, y al Este, en caso contrario. Esta inclinación es debida al movimiento de rotación de la Tierra alrededor de su eje.

Si eso pasa con esos encantadores vientos alisios que son á veces las brisas perfumadas de los jardines y los silfos que juegan en la espuma del mar en las noches serenas, ¿qué no serán los vientos cuya nombradía so-

brepuja la de Genserico y sus huestes y las de Atila y sus caballos, que donde plantaban los cascos no volvía á nacer hierba?

## II

Estas reflexiones me hacía yo el 20 del pasado mes de Agosto en el cómodo Hotel de Vista Alegre, durante mi estancia en Chiclana, precioso balneario de la provincia de Cádiz, y ciudad que tiene más viñedos que Jerez y más pirámides de sal que el propio país del Nilo.

Y me las hacía, entre los rumores de una orquesta semejante á la que pudieran organizar en la Exposición de París con todos los trombones y piporros de las orquestas europeas, entre el ruido distinto y claro de una manada de leones de Numidia, oyendo el retumbar, el batir y el redoblar de cien mil tímboles de metal y de una miriada de campanas chinas, cuyo chin chin repetían indistintamente la CH jugándola con las vocales y las ENES, espantándome, en fin, el bronco roncar del Levante que se arrastraba, como inmenso grifo, tarasca descompuesta ó dragón fantástico é infernal, por el pintoresco terreno bordado de viñedos y salinas, de Chiclana, donde yo me hallaba, y de San Fernando, cuyas esbeltas y bonitas casas veía

distintamente, desde el largo balcón de mi sala de estudio.

Pereda ha pintado las diabluras del ábre-go en el bonito libro *El Sabor de la Tierra-ca*. Vivien de San Martín nos ha dado en sus obras el cuadro del Simoun del desierto que envuelve las caravanas y se lleva los odres llenos de agua, como si fueran hojas de rosa, entre la arena rápida y envuelta en traidoras espirales; Milton nos describió la primera tempestad; pues nada es comparable con el fiero Levante andalúz, que parece que trae armados sus poderosos labios de abrasadoras flechas que quemán la piel y que se meten por los ojos.

Ni la arena del Sahara que rompe el pulmón y roba el aliento, ni el Poniente que suele estrellar las naves contra los escollos de la espada de Roldán en la costa de Levante; ni el viento huracanado de Mesopotamia que vuelca los cedros centenarios del Líbano, es tan terrible ni tan persistente; dos días permanecí encerrado en mi hotel sin poder salir á la calle; un sudario de blanquicos átomos velaba los viñedos y las primorosas perspectivas de las marismas; en Egipto resistían las pirámides el Simoun; las pirámides de las salinas de San Fernando y Chiclana iban perdiendo poco á poco sus triangulares cúspides y sus blancas y cristalinas aristas, arruinando de paso á los propietarios de aquellas construcciones sabrosas y originales.

El tercer día quise asistir al espectáculo que nos daba el mónstruo; por no perder el tercer baño, y tomando el coche cerrado que allí se usa para estos casos extremos, tirado por cinco mulas y pesado como una carreta, nos lanzamos por el camino del balneario. En él se notaba un fenómeno natural que llamó mucho mi atención.

A la derecha del sendero, abrigado un tanto por vallados y matorrales plantados artificialmente, se veían los graciosos sarmientos de los viñedos, verdes y hermosos, ostentando los apretados racimos que esperan ya las pisas de Setiembre y dejando brillar sus hojas en primorosos esmaltes de esmeraldas; mas, al lado siniestro por donde soplabá el Levante, estos mismos viñedos separados en el trayecto por el incómodo arrecife que lleva al balneario por declives bien poco suaves, veíanse blancos y parduzcos, desprovistos de hojas y de racimos la mayor parte como si hubieran cernido en ellos los vientos en grandes harneros las menudas arenas del desierto y el fino polvo que se desprende de los grandes pilonos, de la gran Esfinje, y de las colosales techumbres de Karnac.

Los árboles que costeaban el sendero y los troncones aspados que se elevaban entre las pitas, se commovían un punto y se rompían, produciendo el ruido de guerreros armados de duras cotas á los que se arroja

contra el suelo; los remolinos de polvo subían por los costados del carruaje tapando á intervalos las vidrieras y haciendo revolar las hojas secas sobre el cristal como una legión de pájaros moscas colosales; las cinco poderosas mulas que arrastraban el vehículo movían sus largas orejas á un lado con desesperación é inclinando medio sofocadas la cabeza lanzaban espumarajos por sus belfos y hacían sonar sus campanillas sin tón ni són, en concierto incómodo y enfadoso.

Recuerdo que todos los días pasábamos por un molino de viento que se halla en una altura y en cuya falda veíamos una familia pobre agrupada bajo un bonito sestil de ramaje formado de esteras y hojarascas, y donde el hombre arreglaba el lienzo de las aspas y la mujer mecía la cuna de un niño; el molino estaba éscueto: el chozajo ó sestil había desaparecido, restando solo de él un trozo de estera pendiente de un pié derecho á guisa de banderilla ó espanta pájaros, ¡qué más! una de las aspas, partida por la mitad, pendía de la especie de Cruz de San Andrés que formaba el montaje, indicando que el propietario no molería trigo sin que pagase al Levante el usado tributo.

Mi compañero de coche me preguntó lo que habría sido del hombre, de la mujer, de la cuna y del niño. Debemos suponer que no habian ido en las alas sin piedad del Levante á estrellarse contra la cantera abierta

un poco más arriba del molino y de la cual caían de vez en cuando á la cortadura grandes pedruscos; pero bien podía asegurarse que el Levante, que ya llevaba tres días de luchar en sus modestos dominios, no les dejaría cenar el clásico gazpacho á la luz de la luna de Agosto, bajo el que fué cómodo y familiar cobertizo.

Más adelante topamos las estensas marismas en cuyas naves se almacena y forma la sal, y en cuyos estereros y licios se prepara la sabrosa despesca en los meses propicios; los trabajadores metidos en las especies de cuadrado-rectangulares luchaban por hacer reparos y empalizadas para librar estos depósitos del furor del viento, que azotaba el rostro y zumbaba en sus orejas cubiertas por el revuelto y sudoroso cabello; de vez en cuando una ráfaga traía sobre ellos una manga de sal que les cegaba y les apedreaba con sus finas aristas blanquecinas; el tormento se duplicaba con el calor y la humedad que subía hasta sus rótulas metidas en légamo de la marisma, y sin embargo su actividad no cesaba; agrupados, sintiendo la sangre agolparse en su cerebro, se escalonaban en torno de las grandes pirámides de sal como si fueran aquellas multitudes que iban á hacer genuflexiones al rededor del templo que dominaba la gran Esfinje, hoy mutilada y solitaria en las sábanas de arena de donde procede el Levante.

Cuando llegamos al balneario de Fuente Amarga y nos bajamos del coche, cerramos los ojos; nos hallamos á muchos bañistas agrupados al fondo del pátio y como víctimas de conmoción hipnótica; los toldos del departamento principal crujían en sus polos, y un ruido infernal parecía sonar en el puesto en que nacen los manantiales; la voz de los bañeros señalando el turno, parecía repercutir en los depósitos centrales de agua sulfurosa de un modo chillón y particular como el gruñido de una bruja en sábado y la lluvia de hojas secas y de movido polvo alfombraba el átrio de espera y penetraba por los respiraderos de los cuartos de tina y de los familiares.

Cuando salimos del baño, volvimos á tomar el coche y emprendimos de nuevo el camino de Vista Alegre; al Levante había seguido terrible temporal seco y caliginoso de truenos y relámpagos. A intervalos rasgaban el cielo y un sinnúmero de latigazos zig-zag penetraban por los cortinajes y llegaban á nuestra retina, á pesar de cerrar los ojos; el Levante suele tener por compañeros á la chispa y el estridor; parece que no contento con revolver la superficie de esa hermosa región de Andalucía llena de frutas, de arreboles y de nácares, se acompaña con los horrores del rayo para perder el árbol más fácilmente y herir la veleta del campanario.

Tres días, como he dicho, duró el Levante,

durante los cuales hubo muchos compañeros que no emprendieron de nuevo, como yo, el camino de Fuente Amarga; Chiclana estaba consternada á pesar de ser en ellos muy frecuente; y como no teníamos nada que hacer, charlamos de sobremesa sobre esta plaga que sufre casi toda la provincia de Cádiz, llegando también á la de Málaga y haciendo principalmente á los viñedos y á la industria de la sal los mayores perjuicios.

Parece mentira que se olviden tan pronto estas bromas naturales y que los chiclaneros se distraigan de tan buen grado en los hermosos recreos de sus alrededores, sin dar gran importancia al Levante que los azota de continuo; en la naturaleza hay hábitos necesarios, las pingües cosechas que suelen dar los feraces términos de Jerez y Chiclana son una compensación de las molestias del viento africano.

Para terminar este croquis, y ya que más arriba hemos hablado de los vientos alisios y de su transformación, copiaremos una curiosa observación más, que se relaciona con los monzones: «Entre el paralelo 13<sup>o</sup>. y el Ecuador, los vientos alisios del Nordeste se detienen, no soplan en verano ni en otoño por las ardientes llanuras del Africa; en lugar de seguir el usado camino hácia el Ecuador, cesan de soplar y suben hasta los desiertos de arena del continente. Los vientos alisios del Sudeste que llegan al

Ecuador en esa época, no encontrando ya los del Nordeste para impedirles que corten la línea, continúan su marcha y soplan como los monzones del Sudeste en los desiertos donde se elevan convirtiéndose en vientos africanos. Estos vientos, según observaciones recientes, se sabe que llevan al África las lluvias á aquellos oásis y á aquellos arenales y dividen el año en dos estaciones. Dicen Broglia y algunos otros geógrafos, que la región del océano en que soplan estos vientos es un triángulo cuya base toca al África y el vértice los 10°. y 15 de latitud cerca de la desembocadura del río de las Amazonas.

Los vientos alisios, dice este escritor, dan al mar notables perspectivas y hacen de las tardes sobre el océano verdaderos panoramas fantásticos. Puéblanse las brillantes olas de erizos del mar que salen á conversar con los rayos del sol, y convierten la tranquila superficie en un jardín de Hirán que se refleja sobre la extensión marina; los pescados saltones cruzan como aves de plata, por encima de las espumas, y los delfines, asomando su oscuro lomo bronceado, semejan caballeros armados de punta en blanco que ván buscando nereidas y sirenas entre las azules olas.

Del estudio de los vientos alisios se puede coleccionar también que esas dos extensiones desconocidas del globo terráqueo, que se lla-

man, interior del Africa del Sur, y mediodía de América, tienen que ser precisamente la una de entrañas ardientes y flamantes como las caravanas plutonianas en las que el viento adquiere volúmen y expansión ardorosa, produciendo el famoso Levante de Andalucía, que hemos procurado describir en este trabajo, y la otra de lugares pantanosos como las Landas y húmedas soledades donde acaso vagan paquidermos antediluvianos sobre légamos nunca hollados y bajo arboledas seculares.





## EL OASIS DE ELCHE

RECUERDO DE LA COSTA DE LEVANTE

### I.

Hace dos años, el día 10 de Septiembre me hallaba yo á bordo del magnífico vapor de la Compañía Ibarra, el *Cabo Quejo* en aguas de Alicante. Un endiablado Poniente había retardado nuestra llegada, y como día de fiesta, el muelle estaba solitario y triste, y las gabarras y lanchuelas se balanceaban abandonadas sobre las olas levantiscas á la sombra de los pelados riscos que dan al mar y que soportan el fuerte de Santa Bárbara, célebre en los fastos de nuestras contiendas civiles por haber servido de prisión al Obispo de la Seo.

Gran trabajo nos hubiera costado hallar botes para trasladarnos á tierra, y, en unión del capitán, montamos en el de servicio, con un marinero de puños que nos puso en el

desembarcadero en un periquete. El día mediaba y el calor no era sofocante; penetramos en la ciudad, despues de admirar el paseo de la orilla del Mediterráneo, adornado de gruesas y bajas palmeras, y viendo que era allí la animación escasa, entramos en un café á tomar un vaso de *pale-ale*.

Entre sorbo y sorbo, el capitán del *Quejo* díjome con cierto deseo mal velado:

—¿Quereis que tomemos el tren de Santa Pola y visitemos los bosques de palmeras de Elche?

—¿Y qué tienen de particular esas palmeras?—dije yo, que había oido hablar de ellas de un modo vago y que conocía la importancia histórica de aquel pueblo, sin soñar sus preseas naturales.

—¡Pues, que le transportarán á Africa sin dejar á España!—me dijo el franco y paciente marino, que había luchado con el Poniente toda la noche sin exhalar una sola queja ni fruncir el ceño

—¡Bien podiais haber hecho la indicación al pasar el Estrecho!—le dije yo recordando la abrupta perspectiva de las peladas montañas mauritanas, que habíamos dejado hacía pocos días tras de nosotros.

—No ambicioneis las glorias de Stanley —me contestó sonriendo —y contentaos con la excursión modesta que os ofrezco.

—Sea—dije yo resignado á todo. Nos levantamos para dirigirnos á la estación de

Múrcia, y al llegar á su andén, sorprendíme agradablemente. Dicha estación, recientemente construida, honra á Alicante, y á ella debieran parecerse las de muchas capitales de primer orden. No solo posee un amplio y elegante recinto en forma de plazoleta, notables salas de descanso y departamentos cómodos para el tráfico y para el embarque, sino que está construida como se construye en Levante, abusando de la bondad y de la profusión del material en aquellas canteras tan propicias y generosas para la casa del vecino como para el edificio público.

Tomamos billetes de ida y vuelta á Elche por la línea de Santa Pola, y como era viaje pronto y de impresión, como las duchas, nos encajonamos en un vagón de segunda, que estaba en consonancia, *rara avis* en España, con los primores de la estación que abandonábamos.

El tren corría á orillas del mar, ora dejando á la derecha uno de esos pagos de huertas en los que las hortalizas y los árboles frutales forman juegos delicados deslizándose por inclinadas planicies, ó tocando á la izquierda la menuda arena de la playa, en la cual se tendían las rizadas olas; de pronto se interceptaba el paisaje, ya por un vallado en que la pita y la cambronera velaban los manzanos, los nopales y los almendros, ya por un corte de la línea férrea que levantaba ancho muro de pedruscos robándonos las

deliciosas lontananzas marinas. Pronto empezaron á aparecer las palmeras solitarias, siempre al lado de casitas chatas que nos indicaban el gusto morisco, y estas fueron menudeando hasta el punto de pasar á legiones por el ventanillo del vagón, como si el vidrio se hubiese convertido en primorosa linterna mágica.

Para que nada faltase en este viaje relámpago que tan pertinaces recuerdos debía dejar en mi memoria, venían con nosotros unas cuantas jóvenes campiñesas de Santa Pola y Torrevieja, de tipo casi africano, y tan apropiado para llenar aquellos términos, que yo me creía ya transportado á las regiones caliginosas en que se evapora el agua en el cuero y muere el camello de fatiga. Dos de ellas parecían hermanas, y tenían hermosos ojos negros y abundantes matas de pelo; otras dos, aunque morenas y ménos perfectas, dejaban ver bajo sus pañuelos de flores rojas cuellos torneados y hombros curvos, dignos de ser fundidos por Miguel Angel.

Arrinconada en el extremo del vagón y con su blanca toca echada sobre el rostro, iba también hácia Santa Pola una hermana de la Caridad. El contraste que formaba con el resto de los viajeros era notable; allí donde solo había bullicio y vida, su negro hábito y su toca de lino jugaba mal con todo, hasta con las siluetas que pasaban por los ventanillos del tren. Esta observación la hice

acaso yo solo, que pude ver su rostro bello, pero demacrado, y sus ojos tristes y decaídos párpados, que parecían fuentes secas.

Llegamos en muy poco tiempo á Santa Pola, y diez minutos despues estábamos en Elche, viendo con asombro tenderse á un lado y otro de la vía las deseadas palmeras. El afan de visitar aquel delicioso paraje, el efecto mágico que nos habían causado aquellas perspectivas tan paradisiacas, nos hizo prescindir de nuestras compañeras de viaje, las cuales tomaron el camino de la explanada que guía de la estación al pueblo, desapareciendo casi sin despedirse de nosotros.

Sola, por el más estrecho de los senderos, y como si le pesaran un mundo las tocas, caminaba hácia Elche la hermana de la Caridad.

## II

Despues de abarcar el inmenso campo que se ofrecía á nuestros ojos, bajamos tambien hácia Elche.

Pronto se nos ofrecieron en todo su esplendor los bosques de palmeras, que elevándose hasta las nubes, asemejábanse á esos haces de columnas de nuestras catedrales góticas formando ojivas inaccesibles por lo elevadas y graciosas. Las ponderaciones

hechas por mi acompañante durante el camino, me parecieron pálidas comparadas con la realidad. Aquel apretado ejército de árboles, hijos de la zona cálida, deslumbra y suspende, sume al observador en éxtasis voluptuoso, y hace pensar en los *suras* y en los pregones del *muezzin* en los alminares, á la hora en que se alaba á Dios y en que la oración sube al cielo como la palma.

Sus elegantes ástiles, que inclinan los machos hácia las hembras por un movimiento natural, presentándose en ordenada série como un bosque de lanzas, dejan ver en los intersticios, siluetas distantes, y ofrecen el paisaje como á través de la trama de un tapiz de los Gobelinos. Están plantadas próximamente á dos metros una de otra, en líneas paralelas y á lo largo de los canales de riego, que son de agua salobre. En los vanos y proximidades, sin que los perjudiquen sus sombras ni sus raíces, crece el cándido algodón y se siembra la fresca alfalfa, con algunas otras producciones que se dán bien en aquella feráz campiña.

La altura de estas palmeras es prodigiosa, y sus elegantes coronas, que tienen todos los matices, desde el verde veronés, hasta el pajizo y el gualdo, se ofrecen en desiguales plastras de color en los transparentes lienzos del horizonte. Aquellos brazos, que tienen la elegante curva del alfanje de un nazarita, se separan del extremo del ástil como los

chorros de un saltador de la Alhambra, y forman elegantes cabelleras movibles, que cuando reina el viento del Este, susurran cadenciosamente. «*Las palmas sueñan*,— dicen las africanas de Elche;—hay que desocupar el terrado.» Y se ven entonces coronar las azoteillas morunas á las ágiles y tostadas huertanas para quitar los trapos que han puesto á orear ó para tapar las pilas de mazorcas que se amontonan en los ángulos.

Lo primero que se ocurre al ver aquellos troncos tan elevados y aquellas coronas que parecen perderse en las nubes, es preguntar de qué modo se desmochan los conos y se cojen los frutos de este árbol gigante. Lo que á vosotros se os antoja un grave problema de aerostática, es, sin embargo, para los huertanos de Elche un simple juego de gimnasia. Ciñen á las ásperas cortezas, al propio tiempo que á sus cinturas, un cingulo de sogas y van apoyándose en el ástil con los piés hasta llegar á la corona, donde cabalgan triunfalmente; otras veces arrojan sobre la cruz del árbol una cuerda á modo de polea, y allá van como *marionettes* balanceándose en el abismo. Cuando están arriba, practican con la mayor serenidad la operación de cortar los brazos inútiles y asegurar el fruto de las inclemencias de los vientos. De ver es, cómo se bambolean sobre el ástil y cómo colocan pequeñas escalerillas, en las cuales se encaraman como el más ágil funámbulo, apoyándo-

las en el centro: parecen desde abajo geniecillos que tienen su morada en las frondas y que han de desaparecer llevados por el ciclón ó por la tormenta.

Viendo muchas de aquellas palmeras con las cabelleras ó brazos recojidos sobre la coronilla del tronco, como si fueran señoras chinas peinadas al tupé, aunque sin agujetas, preguntamos á nuestro guía qué pecado habían cometido para someterlas á tal tormento, y él nos contestó victoriosamente.

Aquellas palmeras atadas en forma tan extraña son urnas cónicas de verdura que guardan de año en año una de las más poéticas ofrendas de la Iglesia Cristiana: la palma blanca y sin mancha que trenza la púdica novicia en el convento, adornándola de lazos y campanillas azules, y que sirve el Domingo de Ramos para los Santos Oficios.

El modo de obtener esos bellos ejemplares ofrece grandes peligros y cuidados. Cuando yo veía estas palmas llenas de pomposos farolillos y flores contrahechas en los balcones y cierrros de Andalucía, donde abundan mucho, no me podía dar cuenta del modo cómo podían tomar esa finura de seda y esos tonos canario y gualdo.

Para conseguir la palma en ese estado de originalidad y esplendor, se atan, como ya hemos dicho, los brazos que forman la corona de las palmeras, de modo que queden reservadas del sol y de la luz las frondas cen-

trales. Gran práctica se necesita para realizar esta operación, que ha de hacerse en lo alto del árbol: resistiéndose el cogollo ó la penca á la dirección vertical por su natural tendencia, hay que dar verdadero tormento á la corona; pero como son tan ágiles los que la llevan á efecto, siempre resulta feliz. Empiezan á hacerse los conos en los primeros días del equinoccio de primavera, y no se cierran del todo hasta Agosto, para no perjudicar los brotes nuevos.

Como llegamos á Elche el 10 de Septiembre, ya casi todos los conos del inmenso bosque estaban cerrados, y hacian raro contraste con los demás árboles adornados de curvas y flotantes cabelleras. Las que se hallaban de aquel modo parecian obeliscos colocados en una basílica de verdura por una mano anónima y profana; pero contribuian á romper las líneas un poco monotonas de sus melenudas vecinas.

En mi cartera de viaje escribía yo entonces lo siguiente:

«Si como nosotros somos dueños de Elche lo fueran los ingleses ó los yankeés, ya este sitio sería una especie de Meca de Europa. Los *chalets* y los *hoteles* abundarian aquí, y una excursión á este raro y original paraje sería la cosa más cacareada del mundo. Pero no es así, desgraciadamente; apenas hay una mala posada, y cuando se vé penetrar una de aquellas descendientes de los

osmandinos, con el cántaro de Rebeca terciado al costado, ó suelto sobre la cabeza, en las huertas del término, cuya forma de paredón chato con atalaya recuerda la perspectiva de las aldeas africanas, no puede uno menos de deplorar que todo esto, tan típico, tan especial, haya de desaparecer poco á poco sin dejar rastro.»

Un amigo mio me aseguraba que podian pasarse los inviernos en Elche mejor que en Niza, Sevilla ó Málaga; yo no me atreveré á decir otro tanto; pero es cierto que esos bosques de palmeras, únicos en España; que esos llanos salpicados de casitas con muros, semejantes á los pilonos de los templos egipcios; que esas lontananzas que se pierden en las del mar, ó en las de la sierra de Santa Pola, tienen para mí un especial encanto, y que si me legara Wanderbit ó algunos de sus émulos uná buena cantidad de libras inglesas, me haría una residencia particular en aquel abreviado oasis, aunque me tuviesen por loco, como á Luis de Baviera.

### III

Pero entremos en la villa, ya que hemos de darle todos sus honores.

Dejando los bosques de palmeras, que son más bellos á medida que se pierden en el

horizonte, se halla el viajero á la puerta de la antigua Ilici, donde huele el romano y el gótico, como dice un *amateur* á quien conocí visitando la necrópolis descubierta recientemente en Carmona.

Elche es una población estacionaria, y conserva todas las variantes que las civilizaciones sucesivas han amontonado sobre ella. La Albarrana y la casa de la Edad media parecen aguardar allí que revivan aquellas gentes vestidas de acero y armadas de todas armas, que las ocuparon en otras épocas á despecho de los primitivos dueños; los barrios extremos y los huertos de las cercanías tienen todo el carácter de las viviendas de los pueblos de Africa, y aun parecen sarracenos y almoravides sus habitantes.

A donde quiera que volvais los ojos hallareis grandes escudos señoriales, balconajes góticos, ventanas orladas, terrados almenados, murallones chatos, puertas claveteadas y construcciones semejantes á las de Tarragona, en las que las grandes piedras cortadas conservan la obscura pátina de los siglos pasados.

Dado el escaso tiempo que permanecimos en Elche, no pudimos darnos cuenta de los detalles, ni interrogar á ningun *cicerone* entendido; pero lo que solicitó nuestra atención á la primera ojeada, fué una casa fuerte de la época visigótica, labrada sobre cimientos romanos y en notable estado de conser-

vación. Se compone la entrada de un arco perfecto de medio punto, coronado por un escudo señorial, y en vez de ventanas, ostenta en el frente anchas y profundas saeteras.

El cuerpo central se asemeja á esas torres pintadas en los naipes, de ancha base y estrecho y picado coronamiento. Algunas ojivas abiertas posteriormente á la otra parte de la fachada, le dán ese aspecto casi anacrónico de las viviendas del siglo XII, aunque afirmaba el portero—que tomaba el fresco sentado en un escalón—que la casa tenía *diez siglos bien contados*.

Hoy su dueño, segun afirmaba el mismo guardián, ha dedicado aquella casa-torre á museo de antigüedades, que no pudimos visitar porque el sol caía más que de prisa, y deseábamos admirar las palmeras bañadas con las últimas luces de la tarde:

Luego que paseamos por las desiertas plazas de la villa, para admirar algunas de aquellas calles con edificios desiguales y escasas lumbreras, volvimos hácia la estación, hallando de nuevo á nuestros árboles favoritos y deteniéndonos en las cercanías del pantano. Cerca de él, y al pié de los canales de aguas sombreados por las palmeras, lavaban las ropas las hijas de Elche, con sus pañuelos rojos atados a la morisca y sus corpiños abrochados por detrás y cortados por delante en forma de óvalo.

El agua abunda en Elche que es una bendición de Dios, pues el pantano á que nos referimos la reparte pródigamente; esto dá á la campiña algo del aspecto de la vega granadina; el rumor de los canales, y las espadañas y flores silvestres que bordan las márgenes de esos arroyuelos artificiales, hacen que la extensión en que crecen las palmas tenga un rumoroso encanto. Lástima que las aguas sean salobres y no sirvan para contrarrestar las frecuentes sequías que allí se sufren, con perjuicio de las cosechas.

Se acercaba la hora de tomar el tren de Santa Pola, y echábamos nuestra última mirada á las palmeras, brillantadas y llenas de tonos de púrpura con los rayos del sol poniente, cuando percibimos una cabaña, también de palmera, que se alzaba al borde de un canal y ya casi al final de la explanada.

Estas cabañas están formadas con troncos y frondas secas de palma. Varios ástiles, poco medrados, forman su techo de tijera, y restos de árboles caducos, que parecen columnas de templos griegos, y que no se comprende cómo se hayan rebajado, porque allí no hay sieras mecánicas, sirven de quicios y umbrales, formando un conjunto bárbaro y al mismo tiempo agradable. Los asientos de que estas chozas verdaderamente africanas están dotadas en su portal y en su centro, son también de palmera, y basta solo entrar allí para creerse transportado á los oasis del

Sahara y pedir el odre restaurador, nunca negado al pasajero.

Los idilios de Dafnis y Cloe, Pablo y Virginia, y Matilde y Malek-Adel, parecen revivir allí bajo aquellas frescas bóvedas asentadas sobre ásperos dinteles: y como desde la puerta se vé el bosque, y á lo lejos los huertos con sus palmas guardianas al costado, con sus azoteillas coronadas por atalayas moras, con sus paredes cortadas casi en forma de rectángulo irregular, la imaginación vuela sin trabas y se cree transportada al país del simoun y del beduino, de la gacela y del camello, de las antiguas cantarinas y de los cuentos orientales.

Felizmente, el son de la campanilla de la estación próxima, que hacía la señal de la llegada del tren de Santa Pola, nos separó de nuestras imaginaciones, y salimos de la cabaña sin despertar á un pobre chicuelo que dormía medio desnudo sobre un lecho de follicos y palmas secas; el sol se había ocultado del todo, y empezaban á coronarse de negros crespones las cabelleras de aquellos titanes de la explanada.

El capitán del *Quejo* y yo empezamos á andar lentamente, subiendo el pequeño plano inclinado que guía á la estación, como apesadumbrados por dejar aquellos sitios, y sintiendo que las pocas horas que habíamos pasado en ellos no hubieran sido bastantes para penetrar en el centro de la célebre villa

y sorprender sus antiguallas y sus secretos: el limitado espacio del bosque de palmeras que habíamos recorrido, y las primeras calles que se nos ofrecieron al paso, no eran todo Elche, y al dejarla, para siempre acaso, sentimos al par, aunque nada nos comunicamos, una sombra de melancolía.

Pero esto no era todo; cuando ya divisábamos la modesta estación, y se veían las palmeras menos apretadas y más débiles, un espectáculo por demás triste y misterioso se presentó en el sendero opuesto al que nos hallábamos. Aunque entre aquel lugar y el plano donde sentábamos la planta se interponían dos filas de ástiles, pudimos abarcar perfectamente lo que por allí pasaba.

Era un entierro, sin otro acompañamiento, al parecer, que los que conducían un pobre féretro, y un zagalillo que lloraba amargamente, tapándose el rostro con un pañuelo, delante de los conductores. El cadáver parecía cubierto, á falta de paño de ánimas, con una capa desgarrada, y llena de agujeros, y no se veía en torno de él ni un sólo sacerdote, ni un sólo amago de duelo ó cortejo.

Aquel espectáculo, visto en las fantásticas condiciones de luz crepuscular en que se nos ofrecía, y á través de la red de negros troncos de las palmeras, nos habría hecho cerrar los ojos y apretar el paso; mas se nos impuso un detalle que nos hizo pensar en nuestras compañeras de viaje.

Seguía al féretro, llevando un cirio en la diestra y en la siniestra una palma de Domingo de Ramos, trenzada primorosamente, la hermana de la Caridad que nos había acompañado desde Alicante, y en cuyos ojos había yo sorprendido más de una vez la huella de las lágrimas.

No he logrado saber quién era el muerto.





## LAS LEYENDAS DEL EQUINOCIO

OTOÑO.

I.

No he podido sustraerme nunca á la impresión que me produce la fecha en que la Tierra, siguiendo su revolución anual, toca los puntos equinocciales. Hojear el Almanaque y leer: *Sol en Aries ó sol en Libra*, me ha hecho siempre un efecto que no puedo explicarme claramente. Meditando yo este fenómeno y sin acudir al *Libro del Sino*, tan usado por nuestros abuelos en el siglo XVIII ni á *Los Oráculos de Napoleón*, que aun ruedan por mi estante adornados con su portada astronómica, he creído comprender que esta impresión mia es comun á muchos otros de los que aprendieron en globos de cartón lo que significa la carrera del Sol por el Zodiaco.

Y, en efecto, la primavera y el Otoño,

tan opuestos entre sí como los puntos equinocciales que en la esfera los representa, simbolizan la vida y la muerte; la plenitud de luz y la obscuridad, el reposo y el renacimiento.

¡Qué alegre la Primavera! el Otoño ¡qué triste! ¡Cómo en esos cuadros muestra la variedad de sus tintas la gran paleta de la Naturaleza! En el primero deslumbra la viveza de los colores; en el segundo encantan y amilanan á la vez la riqueza de las medias tintas y el terrible poder de las sombras. Entre el campo de trigo que nace y el rastrojo que se quema, hay una escala entera de amarillos y verdes: entre la flor que abre y la hoja que se seca, hay degradaciones y gradaciones, desde el blanco plata hasta el negro humo; desde el rosa al rojo, desde el azul celeste al color de violeta.

Estos juegos de colores y luces, no son más que el juego de la vida: todo muere y renace, todo se agosta y reverdece. La Naturaleza se viste de gala en la Primavera y celebra sus nupcias con el sol, que la cubre de suaves caricias y que la besa con el amor que un recién casado á su casta mitad, temiendo marchitar con el desenfreno de los rayos del estío, las primeras rosas y las primeras mieses; pero la misteriosa conjunción ha de cumplirse, el enlace sideral y terrestre ha de realizarse, la fecundación ha de llevarse á cabo, y la tierra, rendida á las cari-

cias del sol, sintiendo en sus entrañas sus fructificantes rayos, le hace gracia de toda su herniosura, se agosta dando durante el verano todos sus ópimos frutos, y en el equinoccio de Otoño, ya rendida, cansada, exhausta, muerta para la sensación, se encierra en sí misma, deja que palidezcan las plantas y las flores, que las arboledas se despojen de sus trages de hojas, y que el prado parezca cubierto de cenizas, que el rastrojo arda, que la colina amarillee, que el valle, en fin, se presente al caer la tarde salpicado de descarnados troncos sin más adornos de colores que la cinta azulada del río, que parece llorar tristemente la ausencia de las golondrinas y de las rosas.

Y hé aquí la causa de la misteriosa impresión que causó el Equinoccio á los primeros habitantes de la tierra, que fundaron en él las leyendas más curiosas.

La primera que llega á nuestra noticia es la griega, no tan sólo porque se presenta de un modo curioso y artístico, sino también porque las reminiscencias de la dominación greco-romana se van infiltrando lentamente en Europa y los libros griegos y romanos, vulgarizados casi por los alejandrinos, nos familiarizan con sus relatos mitológicos. Basta anunciar la leyenda griega, para conocer su procedencia sideral ó astronómica; pero al través del naturalismo helénico, el relato se embellece, los tipos adquieren cierta existen-

cia real, y la pasión humana parece encarnar en los protagonistas.

La leyenda griega del equinoccio es la de Vénus y Adonis; y Ovidio en sus *Metamorfosis*, y otros mitólogos, la refieren del siguiente modo:

Pigmalión, rey de Chipre, era tan amante de la estética, que no encontraba muger alguna cuyas formas le entusiasmaran. Dedicado en sus ratos de ocio al arte escultórico, se había hecho una estatua de marfil de tan prodigiosas proporciones que llegó á enamorarse de ella perdidamente. Desesperado al ver que sus espasmos y caricias se estrellaban en la fria epidermis de marfil de su portentosa obra, recurrió á Vénus Afrodita en ardiente plegaria pidiéndole que animara aquella materia insensible, que había recibido de sus manos los encantos de la forma carnal, haciéndole de este modo el más señalado obsequio.

Accedió Vénus á las súplicas de Pigmalión, y este vió cumplidos sus deseos haciendo su esposa á la estatua animada y teniendo de ella dos hijos llamados Pafos y Sinaras. No dice la mitología si despues del casamiento pidió de nuevo Pigmalión que su cara esposa volviese á la prixtina forma, pero pueden suponerlo los lectores.

Sinaras, que llegó andando el tiempo á ser rey de Asiria, casó con la hermosa Cencyda, de la que nació Mirra. Esta fué la

madre de Adonis, protagonista de las leyendas del equinoccio.

La historia de Mirra trae á la memoria los crímenes y aberraciones del primitivo ciclo griego. Clitemmestra, Pelopea, Biblis, Semíramis, Cleopatra y otras atrevidas damas, son verdaderas niñas cándidas comparadas con ella. Enamorada de Sinaras, y comprendiendo la dificultad de satisfacer su pasión, quiso ahorcarse de una escarpia en la soledad de su alcoba; lo que hubiese efectuado á no impedírselo su nodriza, que por lo visto daba tres y raya á la madre Cláudia de Mesonero Romanos; y perdonen ustedes el anacronismo.

La nodriza, pues, trajo á la memoria de Mirra las demasías que se permitian los habitantes del Olimpo y las ilustraciones contemporáneas de aquella época, fértil en deslices y enormidades; y como se acercaban las fiestas dedicadas á Vénus, durante cuyo período abandonaban bonitamente los maridos á sus mugeres por precepto olímpico y celestial, halló el medio de colocar en el tálamo de Sinaras á la enamorada Mirra.

Un indiscreto rayo de sol puso de manifiesto el horrible engaño, y Sinaras, montando en cólera, quiso matar á la jóven, que huyó del hogar paterno llevando sobre su frente el estigma del pecado y de la deshonra.

Atravesó la Arabia, detúvose en el país de los Sabeos—propicios á Mirra—y pi-

dió á los dioses, arrepentida de su horrible crimen, que la convirtiesen en algo que ni viviese ni muriese, para que no pudiera contaminar á los que se hallasen en su compañía. Júpiter, conmovido de su hermosura y de sus duelos, la transformó en el árbol que vierte de continuo un raudal de lágrimas perfumadas.

Lope de Vega dijo:

El bálsamo del Líbano cogido,  
La mirra que sudó con los dolores  
De Adonis bello el árbol atrevido.

Mirra fué madre de Adonis; Lucina—la luna—ayudó al difícil alumbramiento del árbol del llanto, rompiendo, como maestra en el arte, la dura corteza. Adonis vino al mundo pasando á manos de las Ninfas, Náyades y Napeas que le bañaron en las lágrimas de su madre y que pusieron en sus ojos todos los rayos del día.

Tan hermoso nació Adonis que, adolescente aun, era el encanto de cuantos le miraban; un día que jugueteaba con una Ninfa en un campo de amapolas blancas, hubo de verlo la diosa Vénus, que era por demás enamoradiza y andariega, y bajando de su coche, robólo, metiéndolo en una caja para que nadie lo viese, ni más ni menos que si se tratase de un *bebé* comprado en uno de nuestros modernos bazares. Creyendo que nadie mejor que la diosa del bártro podía guardárselo entre sus tinieblas, se lo entre-

gó muy recomendado: mas Proserpina, que no era corta ni lerdá, quiso aprovecharse tambien del hallazgo, y entablándose dura querella entre ambas diosas, tuvo que mediar Júpiter, disponiendo que pasara con cada una la mitad del año. Aquí, como se vé, la fábula solar ó astronómica, está patente. Adonis, como Apolo; de quien solo es una derivación, tenía gran afición á la caza y se perdía con frecuencia por las selvas del Líbano persiguiendo á las bestias feroces. Un dia, sea que se cumplieran los deseos vengativos de Proserpina, sea que así estuviera dispuesto por el padre de los dioses, Adonis hirió á un jabalí, y éste se vino furioso hácia él dándole en la ingle mortal dentellada; á sus lamentos acudió Vénus, que al ver á su amante moribundo, hizo retemblar la celeste esfera con sus quejas, denostó á los dioses y se mesó sin piedad los cabellos de oro. Era el equinoccio de otoño, y Adonis había de morir forzosamente.

Teócrito, Ovidio y otros muchos poetas idílicos y elegiacos ponderan el dolor de Vénus al ver desangrarse aquel cuerpo dotado de todas las perfecciones de la forma humana. Nuestros poetas tampoco pudieron permanecer indiferentes á este pasage de la leyenda del Equinoccio; Garcilaso de la Vega acaba la pintura del triste cuadro mitológico de la manera siguiente, en la égloga III.

Con el cabello de oro desparcido

Barriendo el suelo miserablemente;  
Boca con boca, coje la postera  
Parte del aire que solía dar vida  
Al cuerpo por quien ella en este suelo  
Aborrecido tuvo al alto Cielo.

Vénus misma cerró aquellos ojos en que se había mirado tantas veces, y limpió de sangre aquel cuerpo adorado, restañando las heridas con rosas blancas, que desde aquel punto tomaron el color que hoy tienen, y cubriendo el cadáver con frescas hojas de lechuga silvestre, planta imágen de la esterilidad y de la continencia.

Ayudada por las Ninfas, que lloran á coro, conducen el cadáver en larga procesion á las faldas del Líbano, donde lo colocan en una gruta; las gotas de sangre que deja por las quebradas van convirtiéndose en amapolas, y todos los hombres del contorno vienen á llorar sobre el cuerpo del jóven muerto. Desde entonces quedan establecidas las fiestas lúgubres del Otoño, y se prolongan bajo el nombre vulgar de Adonias.

En el Africa celébrase la muerte de Adonis arrojando al mar la imágen del dios muerto, despues de estar velado en su sepulcro por tiempo determinado. Estas sepulturas se abrían en el campo formando pequeños cementerios adornados de flores del tiempo, colocadas en primorosas cestillas de juncos y mimbres. Quemaban incienso en recuerdo de Mirra, madre del amante de Vé-

nus, y encendian por la noche antorchas y fogatas. En los jardines de Adonis, las mujeres griegas se entregaban á toda clase de excesos. Mesábanse los cabellos, rasgábanse las túnicas y los hymationes, y caian, llorando, en brazos de los extranjeros que por allí pasaban. Despues de arrojar á las olas la imagen del dios, vagaban como fúrias por las riberas, gritando, gesticulando, con el cabello suelto y el seno desnudo, hasta caer transidas de cansancio y de dolor sobre la arena.

Uno de los escritores que pinta con más vivos colores el cuadro de Vénus hallando á Adonis mortalmente herido, en las faldas del Líbano, es Luciano: de él tomaron Juan Boccacio y Petrarca sus animadas descripciones de la leyenda del Equinoccio.

## II.

Veamos ahora cómo llega á formarse la leyenda astronómica primitiva, antes de ser adoptada por los pueblos greco-romanos.

La raza semítica adoraba á la Naturaleza divinizada: los distintos aspectos de la tierra y del cielo eran para ellos fuentes inagotables de mitos y de creencias: solo el hebreo y el árabe llegaron á tener la noción de un Dios único. Baal, Molok y Mir Militta, no son más que la personificación de esos aspectos múl-

tiples. El sol, la luna, la tierra y el mar, la sucesión del día y la noche, la vuelta de las estaciones, todo tenía para ellos un sentido antropomórfico en el cual veían personificaciones diversas: á su juicio, los cambios atmosféricos, las esterilidades y las cosechas abundantes, todo obedecía al influjo de los mitos que ellos habían imaginado. Cuando Astarté ó Mir-Militta estaban en brazos de Baal ó Belo, la tierra reverdecía, y valles y collados se cubrían de frutos y flores; cuando Molok, el terrible monarca de las fauces de fuego, salía de sus antros precedido del rabioso can, se agostaban las plantas, crujía el cedro oprimido por su abrasador aliento, se evaporaban los lagos, secábanse las fuentes y se velaba el cielo por caliginosos vapores.

Entonces los habitantes de Byblos y de Frigia trataban de calmar las iras del monstruo, rodeando de presentes la estatua de metal ardiente que se ostentaba en su templo, arrojando á ella pequeñuelos vivos, manjar para el cual era el dios muy delicado. Los yástagos más hermosos y de carne más blanca y turgente, escojíanse con refinado esmero para hacer tan bárbara ofrenda.

La leyenda del Equinoccio se presenta en estos sus orígenes con escasas variantes. Adón, una de las personificaciones del sol nuevo, es amado por Balaath, personificación de la tierra, y mientras gozan de las delicias de su mútua unión, reina en todo su poder

germinante Primavera; pero el ardiente Molok, que está celoso de Adón y que desea tener á Balaath entre sus brazos de llama, lo acecha en el Líbano, lugar en que caza el jóven frecuentemente, y convirtiéndose en terrible Pantera—símbolo del Estío—le destroza y le condena á la esterilidad.

Balaath, sabedora del caso, corre bajo aquellos cedros donde tantas veces ha gozado con Adón de las delicias conyugales, y encuentra á su amado esposo moribundo; entonces gime, se desespera y vierte copiosas lágrimas—primeras lluvias del otoño.—En lúgubre procesión es llevado el cadáver á la gruta del Líbano en donde se le labra un sepulcro digno de un dios, y el llanto fecundante que Balaath derrama, prepara la resurrección de Adón en el nuevo Equinoccio. A poco que se medite, se vé que toda esa leyenda es puramente sideral, y que nada tiene de tradición humana; sin embargo, los pueblos antiguos la recojian cariñosamente, y se esparció por todas partes hasta llegar á España, en cuyas fiestas populares quedan aún vestigios de las prácticas usadas en las Adonias fenicias, griegas y romanas.

Los griegos hicieron de Adón su Adonis y le enamoraron de la más fecunda de sus diosas: la historia del nacimiento de Adonis griego, revela la tendencia de los mitólogos á personificarlo todo. Smirna ó Mirra, madre del amante de Afrodita, no es más que la jus-

tificación del uso del incienso, que también tomaron de Siria.

En Byblos, en la ciudad santa, como era llamada, es adonde las fiestas de Adonis, alcanzaron en la antigüedad toda su ostentación y magnificencia. La situación que ocupaba al borde oriental del Mediterráneo, la fertilidad de sus contornos, el contraste supremo que presentaban en aquella tierra las dos estaciones - Primavera y Otoño—la hacían ser el centro buscado por los pueblos comarcanos, que, como los Cananeos situados al Norte, querían visitar el sagrado templo del Líbano, célebre en todo el mundo.

Los escritores cristianos hablan de las grandes peregrinaciones que se llevaban á cabo dos veces al año al monte Líbano, en cuya cumbre se elevaba el gran templo de Adón, que coronaba una esttua misteriosa, cubierto el rostro con un manto semejante al que usaban las plañideras griegas, y con la mano en la mejilla en actitud meditabunda. San Agustín refiere que este falso culto se hallaba extendido entre los griegos y entre los hebreos, recordando que Ezequiel, cuando fué llamado desde tierra de asirios, donde estaba cautivo, hasta Jerusalén, en espíritu profético, vió á los judíos profanar el templo, entregándose á prácticas licenciosas y llorando la muerte de Adonis.

Posteriormente, búsquedas de arqueólogos y escritores modernos, nos han dado la

descripción del célebre templo de Adonis en Byblos, si bien hay que convenir en que recuerda de algún modo el fantástico santuario del Monte Salvage, donde guardaban á San Graal, los caballeros de la Edad Media. Aunque aquel tiene carácter histórico, y este solo legendario y tradicional, no hay por eso entre ambos ménos reminiscencias y afinidades, como puede ver el que quiera profundizar este asunto extraño.

El templo de Adonis en Byblos, se alzaba en la cima de una alta montaña, mirando hácia el mar y viendo herida su fachada por el sol naciente. Su forma era la de una pirámide truncada, y de su patio sagrado pueden darnos idea las reconstrucciones hechas modernamente por los egiptólogos en Menfis y Tebas: este patio se prolongaba en rampa por las vertientes del Líbano. Daba acceso al templo una puerta de oro, y á los lados de los pilones se elevaban dos enormes columnas fállicas de mármol, de gran altura. A un lado y otro del cuerpo central del edificio, y en la forma que ya hemos indicado, veíanse el bosque sagrado de laureles y el gran estanque donde se mantenían los peces, símbolo de la actividad natural y de la reproducción.

En el interior se hallaba el santuario de la Diosa cubierto con cortinas de púrpura, y donde no podían penetrar los profanos. Un camarín de extraña forma, al cual se subía por estrecha escalera y que estaba terminado

por una especie de templete ú hornacina, sostenida por columnas, guardaba el símbolo supremo; una enorme esmeralda labrada de modo particular é intencionado, que tenía el color verde, reflejo de la vejetación, y los irisados del mar en calma. Era un expresivo anagrama de Astarté, Balaath, Zirbonit, Vé-nus ó Mir-Militta.

El recinto del santuario ostentaba por todas partes el lujo más refinado, y las más rui-nosas ofrendas. Aquella raza que comercia-ba con todo el mundo conocido, había logra-do reunir en átrios, salas, santuarios y gale-rías, todas las preciosidades de Occidente y Oriente. Quemábanse en incensarios y pebe-teros los perfumes más exquisitos, y las plan-tas más raras rodeaban en vasos y macetas de fina arenilla y de costoso metal, los diferentes pisos del santuario.

En los primeros días de primavera la gran escalinata que daba acceso al templo de By-blos, se cubría de peregrinos de ambos sexos, que dejaban en los escalones cestillas llenas de flores nuevas, celebrando con Sistros, Laudes y Salterios la resurrección de Ado-nis. Los sacerdotes ornados de alta tiara siria, abrían la áurea puerta, por la que se desbor-daba la muchedumbre llenando todos los ám-bitos del templo. Luego que terminaban sus promesas y oraciones descendían por las colo-sales graderías de mármol hasta el bosque sa-grado, y se entregaban á toda clase de orgías.

La peregrinación volvía á repetirse en Otoño del modo más lúgubre y doloroso. El cadáver de Adonis, que ya había sufrido la dentellada de la feroz Pantera, se colocaba en el átrio del templo, cuya dorada puerta permanecía cerrada para todos los fieles.

Los devotos, en vez de flores del tiempo, llevaban consigo plantas secas, ramos de adormideras y braserillos de distintas formas que colocaban en la gradería después de proveerlos de brasas é inciensos. No se permitía otro instrumento que la melancólica flauta frigia y el tamboril sordo que precedía al Sacerdote, y la mayor parte de los que acudían se flagelaban sin piedad ó se mutilaban torpemente.

Colocado el cadáver de Adonis en la gruta del Líbano, á muchos metros bajo el templo de la Diosa, y después de algunos días de loca desesperación, en que las mujeres corrian desaladas por la orilla del mar, y los hombres tomaban las túnicas blancas de las hembras, terminábase la fiesta y comenzaba el ayuno y la abstinencia. Entonces cubriase el camarín de Astarté, se atizaban las hogueras que encendian el horrible estómago de la estatua de Molok y se esperaba con ansiedad el sol nuevo. Al nacer las primeras rosas, desaparecía el sarcófago de la gruta, se descubría la esmeralda, y volvian las fiestas de primavera, durante las cuales era Byblos, como lo fueron después Grecia y

Roma, un lupanar inmenso. La leyenda sideral había contaminado la tierra.

No hay duda, como decía hace poco, de que no podía el hombre primitivo eximirse al efecto que le produjo el brusco cambio del estado señalado por el antagonismo de los equinoccios. De la luz á la sombra, de la actividad á la pasividad, de la esterilidad á la superabundancia, de la muerte á la vida, hay tales diferencias que hubiera sido preciso para evitar tan erróneas y falaces deducciones, que los pueblos antiguos hubieran encontrado antes la noción del Ser supremo y único, revelada al pueblo elegido, y conservada en él como depósito sagrado. Tan fuerte es la sollicitación de la Naturaleza, y de tal modo se apodera lo tangible de la imaginación del ser humano, que aun aquel mismo pueblo elegido, ofrece holocaustos á Molok, adora el becerro de oro, y cae en la prevaricación celebrando las fiestas profanas del equinoccio. La irritabilidad nerviosa, la debilidad relativa á nuestros órganos, acaso las deficiencias de educación, son causa de que seamos contante presa de muchas preocupaciones. Siempre nos conmueve lo visible y lo externo, y se necesita una educación especial para que logremos soportar ciertos cambios naturales, y determinadas manifestaciones. La luz del relámpago, el estampido del trueno, la sombra inesperada del eclipse, el aspecto horrible del reptil, todas estas vis-

tas del natural, renuevan en nosotros extraña impresión, si no estamos educados para sobrellevarlas. Algo semejante ocurre aun al hombre moderno en lo que toca al cambio de estaciones, para notar la honda y distinta impresión que su llegada ó huida les ha causado. La vuelta de las golondrinas, y las primeras hojas secas; he aquí el tema favorito de los líricos más ó menos llorones ó románticos.

¡Oh Primavera, juventud, del año!

¡Oh Juventud primera de la vida!

decía uno de los infinitos que han templado su laud al día que el sol entraba en el signo del borrego.

Volverán las obscuras golondrinas

De tu balcón sus nidos á colgar.....

decía otro que llevaba lleno de nieblas prematuras el cerebro.

Yo siento algo extraño, como he dicho antes de ahora, cuando el otoño se acerca y cuando Afrodita derrama en el Líbano las primeras lágrimas y el Almanaque señala con imperturbable serenidad el equinoccio, y lo confieso ingénuamente, no puedo sustraerme al dominio que ejerce sobre mí la estación de las hojas secas.

Las tardes del Otoño tienen para el soñador algo que no está escrito aun, algo que se adivina y no puede explicar la palabra rebelde, algo, en fin, como la última caricia de la muger que enamora al calavera cansa-

do, como el último acorde de un arpa cuya cuerda saltó para no reanudarse más, como el postrer adios que nos dá el amigo querido, ó el postrer abrazo del soldado á su compañero de armas y fatigas; las tardes de otoño, con sus tonos grises y rojos, con sus brumas y sus nieblas, con sus siluetas fantásticas y sus recortados horizontes, imprimen en nuestro ánimo cierta grata tristeza, ciertas remembranzas—que decían nuestros abuelos—cuyas vaguedades no podemos explicar. Cosa rara; mientras más ricas y exhuberantes son las localidades y las campiñas, más melancólico y desolador aparece el sol del segundo equinoccio. Como Byblos, Andalucía tiene una primavera exceso de vegetación, de luz, de palpitations orgánicas; por eso las amarilleces del estío son en ella más profundas, las nieblas más tristes que en el Norte ó en el Levante. Yo he paseado en otoño por las pintorescas cercanías del monasterio de Pedralbes, por los bosques de palmeras de Elche y por los valles gallegos, y he visto aun la hoja verde y en tensión perfecta, el prado cubierto de pintadas florecillas y los términos limitados por verdores y frondosidades.

Por eso tambien en Andalucía, donde el rigor del otoño se extrema y en cuyos risueños valles parecé que Molok prepara con el equinoccio sus devastadores colmillos, hay jóvenes que sienten la melancolía de la grie-

ga y de la romana, y bien puede ser que al cruzar por la majada á esa hora en que la yunta de bueyes camina hácia el tinaón haciendo resonar sus cencerros, se tope el viajero con una pobre aldeana de rostro pálido y triste, sentada al borde del arroyo y golpeando con su puño cerrado — como las doncellas del Byblos, — la roja flor, anagrama de la pasión y de los sueños.....







## EN NOVIEMBRE

---

### LA CAIDA DE LAS HOJAS.

Para el indiferente, la caída de las hojas es un efecto natural, más ó menos pictórico que trueca el paisaje en monotonía de exposición de esqueletos de árboles y plantas, y con el cual se indica que se acercan los charrones de Noviembre.

Mas como no todos los seres humanos son indiferentes, el fenómeno de la efoliación tiene para el que medita ó fantaséa, sus analogías y sus íntimas afinidades.

Decíame cierto amigo, muy apurado porque veía acercarse *la caída de la pámpana*, que le entristecía tanto una viña sin hojas, como un tonel sin vino, y que cuando entraba en un jardín donde se habían agostado las flores, se acordaba siempre del convento de monjas de su pueblo, en el cual

quedaban la priora y tres apergaminadas profesas, y habian desaparecido las novicias.

Y no le faltaba razón á mi amigo en ambos puntos. La hoja alegre como el mosto, y una alameda desnuda no puede ser nido de palomas torcaces.

Cuando las hojas caen, huyen las aves á climas extraños; las damas envuelven sus formas en pieles, transformándose en seres dúplices que tanto tienen de nútria, de armiño y de zorra, como de hermosas hijas de Eva, y los tísicos se van con las golondrinas, rubricando las cuentas galanas de primavera con un esputo de sangre.

Recuerdo una alameda sin hojas.

El leñador con el hacha en alto, cortaba un álamo blanco, á cuya sombra había descansado yo con mi tierna amiga la pobre Trini. Cerca de aquél árbol estaba el arroyuelo vestido de juncos y espadañas, en cuyas márgenes hicimos barcos de corcho, pajaritas de papel y castillos en el aire.

El arroyo se había convertido en ronca avenida y el árbol que nos prestó su sombra estaba destinado á tenderse sobre las embravecidas aguas. Por aquel puente, estrecho como el Cíneral, podía pasarse á la huerta próxima, en donde aun se veían verdear las hortalizas de Otoño y ostentaban orgullosamente algunos árboles frutales cuatro harapos de hojas amarillentas.

Trini había saltado hacia tres meses el

arroyo aquél como una cabritilla, enseñándome un pié menudo y una pierna con medias color rosa, más redonda de lo que podía esperarse de su constitución flaca y enfermiza. A los pocos días saltó un arroyo más ancho y más profundo; el arrollo del cementerio: también recuerdo que ví sus piés rectos y menudos, aprisionados en botitas azules, separados en forma de V y sobresaliendo de la caja algunos centímetros.

El primero fué un verdadero salto de amor que la trajo á mis brazos; el segundo fué un salto mortal que la alejó de mí para siempre.

Cuando yo visité la alameda en su compañía había muchos pájaros, muchas abejas, muchas mariposas y muchas flores. ¿Dónde diablos han ido tantos seres como hacían ruidos en torno nuestro? ¿De qué le sirvió tanto trinar, tanto zumbar, tanto revolotear entre las matas?

Una pobre mariposa blanca giraba con pertinacia cerca de nosotros, entrando y saliendo por entre el varillaje del quitasol de mi amiga Trini: enfurecida, cogióla en un descuido con el pico de su pañuelo y la clavó en un imperdible viéndola espirar sin lástima. Sé que nadie—ni yo mismo—ha llorado cuando murió la rubia Trini, la atormentadora de mariposas; si las mariposas son almas, es justa la compensación.

Pero, ¿qué es esto?...

Cae sobre mi libro de memorias una hoja seca. ¿De dónde vendrá?

En el cierro de enfrente hay rosales. Las brisas de Octubre, furiosas porque no encuentran flores en ellos, roban las hojas y viendo que ni brillan ni perfuman, las dejan en cualquier parte. No sé qué parece esta hoja arrugada y amarilla que casi se me ha puesto bajo los puntos de la pluma; pero es el caso que yo he visto algo que se le parece. ¡Ah, ya caigo!... el corazón de una coqueta arrojado desde el balcón al primero que pasa por la calle.

La verdad es que la naturaleza ha sido más previsora con la planta que con el hombre. La floresta se viste todos los años con un traje nuevo, flamante, primorosamente cortado, sin tener que sujetarse á los caprichos de la moda ni pagar la cuenta del sastre. La lluvia y el viento cuidan de lavarle la ropa y de cepillarle el polvo. Hay naranjo que se pone todas las mañanas camisa limpia; es decir, que se cubre diariamente de azahares.

El primer hombre quiso imitar servilmente al vegetal robándole un trozo de vestido y se colocó la hoja de parra: esta creció, poco á poco, al abrigo del pudor femenino, y extendiéndose como hiedra por el tronco del género humano acabó por vestirle y encarcelarle. Hoy que el lujo, el bienestar, la suave molicie, van haciendo de la tierra un Eden y

nos acercan al primitivo Paraiso en tren relámpago, la hoja se encoge y vuelve á sus primitivas dimensiones.

Entrad en el baile y notad cómo se delata el traje paradisiaco en esos pedazos de raso y terciopelo que apenas cubren los hombros y que se escurren por los piés de las hermosas desnudándolas suavemente. La hoja del eden se halla en pleno renacimiento.

Las ilusiones perdidas  
son ¡ay! hojas desprendidas  
del árbol del corazón,

dijo Espronceda, que, como buen romántico, hallaba el punto de contacto de los árboles con los corazones y sabía encontrar íntimas analogías entre un huevo y una castaña.

Nada más cierto, sin embargo, que la frase del popular poeta. En los periodos otoñales de la vida subjetiva, el viento huracanado de la ambición, del deseo ó del entusiasmo se lleva unas cuantas hojas del músculo carnoso que convirtió en árbol Espronceda y todo se vé negro y descarnado. El paisaje externo y el interno se asemejan como dos gotas de tinta; las hojas no pueden sufrir el peso de la lluvia, los ojos no pueden sufrir la pesadumbre de las lágrimas.

Es curioso seguir el proceso del crecimiento y desmembración de esas hojas invisibles, que suelen volar por los ojos, por la boca y hasta por la punta de los dedos, se-

gun las sollicitaciones de la vista, del gusto ó del tacto

La primera hoja que vuela es la de la amistad, porque no hay niño á quien otro no haya robado un juguete: la segunda es la del amor, porque no hay adolescente que haya dejado de sufrir las genialidades de una vendedora de afectos; la tercera es la de la fé, porque son pocos los que buscando la verdad no tropezaron con las hipocresías y las injusticias de la tierra.

Explícase claramente cómo un árbol desmochado vuelve á cubrirse de hojas; mas no se concibe del mismo modo cómo los corazones hechos pedazos retoñan y reverdecen. Un amigo engañado que busca otro amigo; un amante burlado que busca otra amada; un viudo que vá de nuevo á la vicaría, son tres troncos pelados que se cubren de hojas artificiales: tres plantas muertas que ostentan flores de trapo.

Hay una frase vulgar que tiene analogía con el pensamiento culto de Espronceda y que expresa á las mil maravillas el difícil estado del hombre que ha perdido las ilusiones. *A ese—dicen—se le han caído los palos del sombrero.*

Este *sombrero* es, á veces, símbolo del techo del hogar, que desaparece.

No hay conjunto más lúgubre, más otoñal, que esas ferias de trastos viejos, *de hojarascas del hogar*, que ruedan en el pol-

vo del *Rastro* de Madrid ó del Juéves de Sevilla, y que suelen cruzar bajo los piés del transeunte como los despojos de las selvas.

Tálamos y cunas vacías; muebles rotos y desvencijados; vajillas dañadas é incompletas; retratos y recuerdos de familia, hacinados en montón y barridos en el suelo.

¿Dónde están sus dueños? Cayeron también como la hiedra pegada al muro ruinoso y se sepultaron en los escombros. Una inicial perdida entre la desgarrada tapicería, una trenza de pelo encuadrada en un marco súcio y sin cristales; tres cintas mugrosas y algun medallón abollado y sin muelles, guardan, como los geroglíficos de Tebas, la historia del poseedor de esos efectos, que acaso los veneró hasta su muerte entre sus lares y penates.

Hoy el transeunte desalmado hace burla del peinado de cocas de la dama de los pensamientos del muerto, del extraño peluquin de estopa del autor de sus dias, y del corazón atravesado por flechas que bordó derramando lágrimas aquella celestial doncella del siglo pasado. Un cofrecillo de sándalo pintado de almagra por manos profanas, y que un rebuscador de antigüedades *sacara por el olor*, comprándolo *por tres perros grandes*, guarda aun las hojas secas de cierta flor, prólogo de una historia rancia de amores, que se tradujo en una suegra, tres cuñadas, un primo y siete pequeñuelos revoltosos.

También hay hojas que caen, léjos del bosque y de la alameda. Estos despojos que van al hornillo ó al pudridero despues de haber provocado el llanto, la risa ó la indiferencia de dos ó tres generaciones, tienen algo de terrible y de sarcástico.

He visto dos retratos de amantes adúlteros entre los trastos viejos de un puesto de féria: la fotografía medio borrada del esposo engañado presenciaba impávida aquella apotheosis postrera. Los culpables estaban unidos en su presencia; cuando el ropavejero guardaba los cachivaches, solía colocarlos juntos en un ángulo, boca con boca y cuerpo con cuerpo.

No sé porqué recordé á Paolo y Francesca, condenados por Dante á estar unidos en los círculos de su Infierno. El gran poeta florentino los vió pasar abrazados estrechamente, sufriendo el atroz castigo en una especie de éxtasis infernal, mientras que el desdichado Ganciotto, el hermano engañado, se mordía las uñas de rábía en un solitario extremo.

Como las hojas secas, llevábalos el viento huracanado de acá para allá, por aquellas profundidades. Ahora bien, pregunto yó: ¿se escribió para ellos el terrible: *Lasciate ogni speranza?*





## EL PUEBLO EN EL CAMPO SANTO

---

La musa popular canta cuando ríe y cuando llora, pero se inspira de mejor y más intensa manera con las lágrimas que con las carcajadas. El sentir de los cantos flamencos es generalmente triste, y si los celos y la desesperación han informado los más fogosos, los más melancólicos y bellos los ha inspirado la muerte.

Hay seguramente en las circunstancias que acompañan á la enfermedad mortal y á los últimos instantes de la vida, cierto género de sublime que está al alcance de la inteligencia más ruda, y que salta á la vista, como la amargura del líquido contenido en un lacrimatorio.

El pueblo, todo fantasía, se estremece y se exalta con el triste espectáculo que le ofre-

ce la vista del cadáver de la madre, de la esposa, ó del hermano; siente que se hincha su corazón, y tiene que desahogarse cantando. Y esto, que parece una anomalía, es, sin embargo, el resultado de su particular idiosincrasia, y suele hacerlo con facilidad suma: sería curiosa, en esto y en otros órdenes de ideas, la explicación del refran castellano que dice:

«Cuando el español canta, ó rábia ó no tiene blanca.»

Rábia el hijo del pueblo, al propio tiempo que canta, porque llega á conocer la impotencia del hombre ante la ley de la naturaleza. La imprecación del Satanás de Milton tiene mucho de humana, porque es la protexta de la voluntad ante el hecho inflexible y sin entrañas. Tras la imprecación viene la queja, tras el reproche la lágrima: aquella es el nubarrón oscuro y apretado, que como el escudo colosal del ángel rebelde, tapa el disco del sol; este es la fecundante lluvia que reciben las flores alborozadas.

Las quejas del pueblo, á la puerta del hospital donde se extingue la existencia de un sér querido; en el sendero costado de cipreses que guía al cementerio; cerca de la capilla donde resuena el espeluznante choque del grillete del que ván á ajusticiar, revisten un carácter particularísimo, tienen un sello de terrible realismo que eriza el cabello; coplas he oido á las puertas de la cárcel que no olvidaré nunca:

A la reja de la cárcel  
no me vengas á llorar, etc.....

Cómo quedan vivos en estos cantares hasta los más nimios detalles de esos acontecimientos que para el hijo del pueblo tienen más trascendencias que para los elegidos del gran mundo los que le son similares, se vé palpablemente recorriendo las colecciones de cantares recogidos por los folk-loristas.

El hospital es como la primera instancia de la fosa comun; el pueblo lo sabe y canta:

Al Hospital me voy,  
¡por Dios, compañera,  
que no te separes de la vera mía  
hasta que me muera!

¡Y cuando me muera,  
mira que te encargo  
que con la cinta de tu enagua blanca  
me ates la mano!

---

¡N<sup>o</sup> el l'hospitalito  
á la mano erecha,  
allí tiene la mare é mi alma  
la camita jecha!

---

A estas primeras impresiones siguen otras más intensas y dolorosas.

---

¡Jincarse é roiyas,  
que ya viene Dios,  
que vá recibirlo la madre é mi alma  
de mi corazón!

Ya vienen los frailes,  
ya vienen los curas,  
pá llevarse á la mi compañera,  
á la sepultura.

---

¡Yo ya me voy á morir,  
gitanillos é la Cava,  
vení á llorar por mí!

La impresión causada por estos lúgubres preliminares, encarnan de tal modo en la musa popular, que se manifiesta á través de otros sentimientos, sirviéndoles de envoltura y transformándose á veces en ingeniosas metáforas:

---

El corazón de mi amante  
lo van á sacramentar,  
y el mío se está muriendo  
de la propia enfermedad.

Cuando pases por la Iglesia,  
díle al sacristán que doble  
y ponga cortinas negras  
porque *yá* murió *aquel hombre*.

Hay una luz que agoniza  
en el templo del Olvío,  
donde están los restos, madre,  
del flamenco que he querío

---

Si oyés doblar las campanas  
no preguntes quién ha muerto,

que te lo habrá de decir  
tu mismo remordimiento.

El cementerio de aldea con sus cruces de  
madera y sus planteles de rosas del tiempo;  
el de la ciudad de segundo orden, con sus  
nichos en fila y sus cuadros de adelfas y de  
romero; el de la capital de provincia, con  
sus calles de cipreses, sus mausoleos de már-  
mol de Carrara y sus sepulturas de ladrillo  
cortado, causan en el pueblo impresiones  
distintas y levantan esas brumas de melan-  
colías que flotan en sus cantares.

¡Mira cuánta cruz é pino!  
¡mira cuánta piedra blanca!  
¡mira cuánta florecita!  
¡mira cuánta luminaria!

—  
Yo no sé que tienen, madre,  
las flores del campo santo,  
que cuando las mueve el viento  
parecen que están llorando.

—  
Las lucitas, que brillan  
de noche en el cementerio,  
están diciendo á los vivos  
que se acuerden de los muertos.

Y, en efecto, el pueblo se acuerda de  
ellos. Acaso la costumbre de pasar en los  
cementérios las tardes y las noches de No-  
viembre tiene por origen un exagerado cul-  
to tributado á los sepulcros. Las veladas  
fúnebres animadas casi siempre por el vino

y los manjares, trajeron esas extrañas orgías que recuerdan las orgías de las necrópolis romanas y que acabaron por llevar el escándalo á la mansión de la paz y el reposo. ¡Horrible contraste! ¡cerca de la tumba, en la que las larvas de la tierra rofan la carne putrefacta de un sér querido el corro impenitente apuraba el vino generoso y masticaba con inconsiderada gula el magro tasajo; las carcajadas, y alguna vez los cantares, se unían á esos extraños ruidos de las tumbas, y los fuegos fátuos, volando acá y allá como mariposas fosfóricas, hacian cerrar los ojos de vez en cuando al supersticioso beodo, que los atisbaba desde el círculo y que empuñaba el blandon mal oliente, haciéndole girar rápidamente sobre su cabeza, para no distinguir su imperceptible llama voladora.

Hoy, afortunadamente, cesaron las veladas de Baco en el cementerio; los bandos de buen gobierno han impedido en muchas partes que el pueblo de don Juan Tenorio vaya á danzar y á emborracharse ante la estatua del Comendador, y no se permite que convide á cenar á los muertos. Las veladas fúnebres se reducen en las aldeas al grupo de mujeres piadosas que depositan su ofrenda de flores en el hueco del nicho y rezan piadosamente el rosario á la luz de la luna; y en las grandes capitales á los mayordomos con librea que decoran, inmóviles como las plañideras de piedra de los mausoleos, las

grandes explanadas cubiertas de flores de trapo y de colosales blandones.

La multitud se complace recorriendo la ciudad de los muertos, suspirando tristemente cuando ve á una madre arrodillarse ante la tumba de su hijo, y riéndose con toda la boca de los lloriqueos de los viudos recientes: al oscurecer desfila silenciosa por el camino poco trillado y se cura de espanto en los ventorrillos.

El recuerdo del cementerio persiste, sin embargo, como se vé en estos cantares:

En el cementerio entré,  
le dije al sepulturero  
si hay un sitio señalao  
para el que muere queriendo.

---

Cada vez que paso y miro  
la puerta del Campo Santo,  
le digo á mi cuerpecito:  
aquí tendrás tu descanso.

---

Toito el cementerio,  
lo tengo yo andao;  
la sepultura de mi compañera  
yo no la he encontrao.

---

Sepulturero  
te lo pío llorando,  
que me enseñes la sepulturita  
donde está mi hermano.

---

Si supiera er sitio  
á onde la enterraron  
yo sacaría tós sus huesecitos  
para embarsamarlos.

---

Sin queré pisé una fló  
que en tu sepultura estaba;  
de tu cuerpo salió un ¡ay!  
que se me clavó en el alma.

---

Echaba la tierra  
er sepulturero,  
y las lagrimitas que yo derramaba  
se quedaron dentro.

En los anteriores cantares, el pueblo canta lo que vé, y expresa los sentimientos sin velos retóricos; en los siguientes entra la metáfora y la hipérbole con esa manera graciosa é intencionada que es la cualidad principal del canto andaluz, sin que el asunto pierda nada de su terrible realismo:

Una nohecita é luna  
he visto al sepulturero  
cavando mi sepultura.

---

Diez años despues de muerto  
y de gusanos roío,  
letreros tendrán mis huesos  
diciendo que te he querío.

---

En el cementerio entré,  
levanté una losa fría,

me encontré con tu queré.

---

De los huesos de mi cuerpo  
tengo de hacer una cruz,  
y me he de enclavar en ella  
pá que Dios te dé salú.

---

El que se tenga por grande  
que se vaya al cementerio,  
verá que tóo el mundo cabe  
en un palmo de terreno.

---

Mi cuerpo es un cementerio  
que no tiene más que un nicho,  
el día en que tú te mueras  
ya sabes cuál es tu sitio.

Hay entre la innumerable série de coplas que á la muerte y sus preliminares se refieren, algunas que espeluznan por su fiereza; muchas que conmueven por la amargura en que aparecen bañadas, y varias que tienen la propiedad de conservar la imágen como un objetivo fotográfico.

Los celos, llevados al mayor extremo concebible, se expresan en esta copla con la voz exterminadora de la venganza:

He de vengarme  
en vida ó en muerte;  
¡como andaré toas las sepulturitas  
hasta que te encuentre!

La soledad, el vacío hecho en torno del enfermo grave por la proximidad de la muer-

te, esa emoción producida por el abandono de los vivos, que expresó Bécquer con su inimitable frase. «¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!» palpita en este cantar:

Llenita de penas muero  
vueltecita á la pared;  
las duquitas que yo paso  
¿á quién se las contaré?

La frase, vueltecita á la pared, es todo un poema.

Quien haya pasado en el lecho esas terribles horas de angustia en que la fiebre sube de punto y la vista recorre inquieta todos los ángulos del dormitorio; quien haya contado una y otra vez las flores de la colgadura, seguido el dibujo del papel que decora los muros, y detenido los ojos sin objeto, en los desniveles de la mampostería; quien haya, en fin, realizado esos actos inconscientes que la enfermedad provoca, comprenderá todo el valor de esa frase, cuya trascendencia apunta el irónico Espronceda cuando dice:

Que habla con su mujer el que se casa,  
y yo, con las paredes de mi casa.

No ménos elocuente es la siguiente queja de la esposa que ha visto morir al hombre que adoraba, y que recuerda los dulces coloquios de tiempos ya pasados para siempre:

Ya se murió mi queré,  
ya se acabó mi consuelo;

ya no tengo quien me diga,  
ojitos de terciopelo,

También encierra amarga melancolía el  
siguiente mandato póstumo:

Toitica mi ropa  
llévala á la tienda,  
pero la chaquetita de alamares negros,  
¡por Dios no la vendas!

Esa chaquetita de los alamares negros sirvió acaso en la primera entrevista; se lució en las romerías al lado del pañolón de Manila bordado de vivas flores, sintió el dulce calor de un torneado brazo y fué el único muro insensible que separó dos corazones; por eso la flamenca no la venderá ni la empeñará hasta que el alcanfor sea insuficiente para preservarla de la polilla y los alamares se le caigan á pedazos; es la única prenda que quedará en el arca en las épocas del hambre y del frío.

Decía que alguno de estos originalísimos cantares queda estereotipado de un modo que hiere la imaginación como una punta de acero, y voy á dar una muestra:

Allá, en Puerta de tierra,  
en aquer rincon,  
están los huesos de la maresita  
que á mí me parió.

A las dos é la noche  
pasaban los carros,  
como llevaba la manita fuera

yo la he pincharao.

—  
¡Muertécita la encontré,  
con un pañolito blanco  
la carita le tapé!

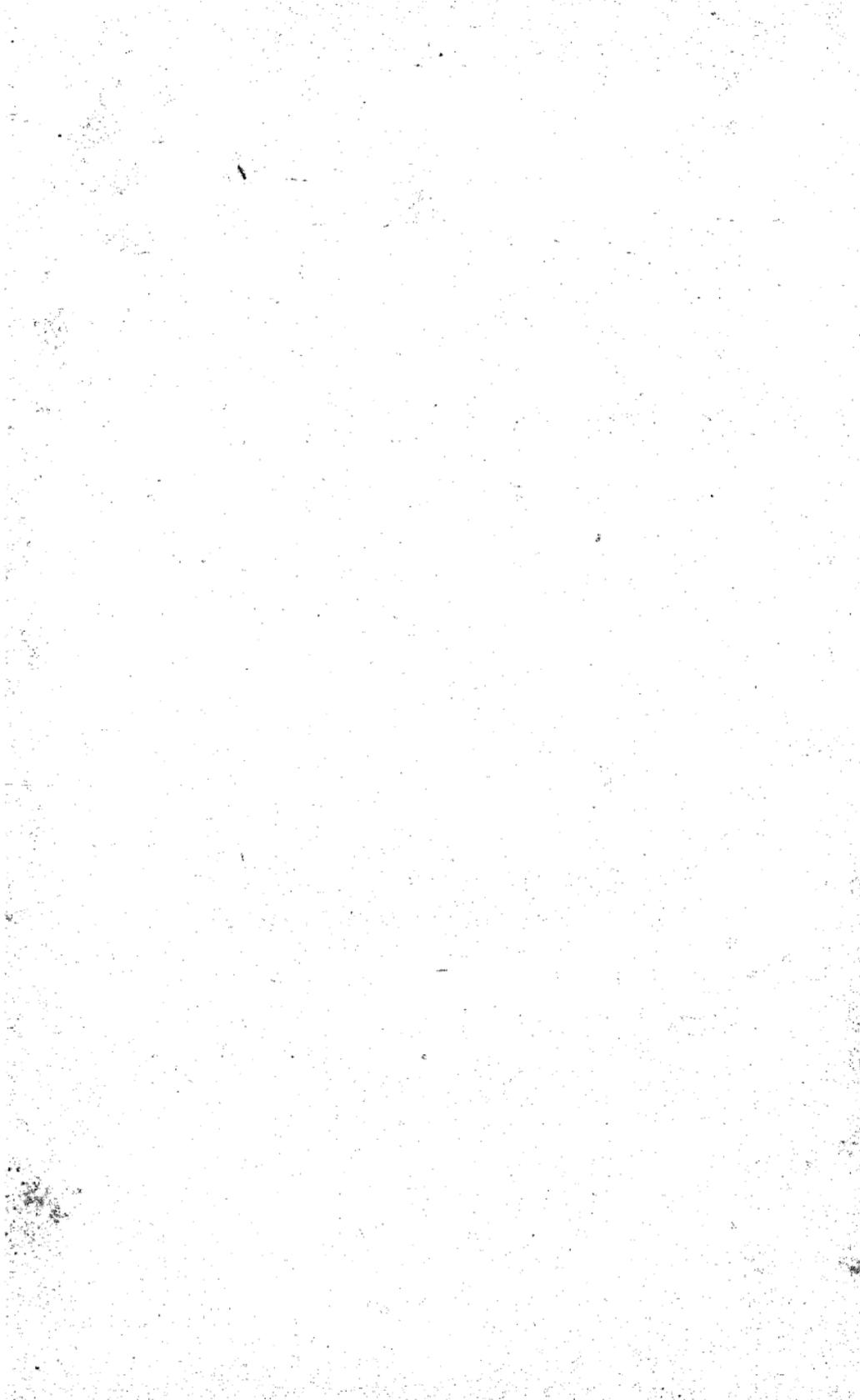
Interminables serían la citas que pudiera hacer de estos distintos sentidos: la musa popular derrocha la inspiración y el sentimiento. Cuando las brisas de Octubre comienzan á pelar las ramas de los árboles, saltan las castañas asadas en los anafes, y se envuelve el andaluz en la airosa capa para pelar la pava cabe la reja, estos tristes cantares aparecen rodeados de su verdadera aureola.

En primavera y en estío se empapan en luz y en colores, y no estrictecen; es un fenómeno extraño, pero no por eso menos cierto. Ocurrió con esto, lo que con los trovos y saetas de la Pasión; comueven más profundamente en Semana Santa, que en otras épocas.

Yo he cruzado por el triste camino de San Lázaro, que conduce al cementerio de San Fernando de Sevilla en los risueños días del mes de Abril, cuando los árboles estaban cargados de frutos, el viento henchido de aromas y los campos cubiertos de espigas; la aparición de uno de esos cortejos fúnebres, que con tanta frecuencia huellan aquellos lugares, me ha parecido una nota desafinada en el concierto de la naturaleza, y he estado á punto de creerme víctima de un importuno ensueño.

Y es que cuando se desborda el vaso de la vida, se halla el ánimo dispuesto á negar la muerte.







# LA NOCHE BUENA EN EL CONVENTO

UNA SILUETA DE DICIEMBRE

## I.

¡Tan, tan, tan! La madre campanera se deshace, se abisma en la espadaña tocando á maitines. ¡Tan, tan, tan! Allá en las celosías se percibe su sombra fantástica recor-tándose por obscuro en el vano del arco, y el movimiento de su escapulario negro, con el que juguetea el viento frío de Diciembre.

El convento, al que todavía no se le ven los escudos de la Orden que adorna su portada ojival, está alumbrado por fuera por dos farolillos que penden de dos pescantes figurando espantables grifos; otros ojos encendidos se ven más allá: las lamparillas del retablo del átrio, que anuncian, chisporroteando, que van muriendo las horas del silencio y que se acerca la madrugada.

Acerquémonos al cancel, que tiene rose-

tones de cedro labrado con vidrios de colores, y levantemos discretamente uno de los cortinones que cubren sus opuestos ángulos, hechos de guttapercha rellena de crin vegetal; las obscuridades de la calle desaparecerán como por encanto; una miriada de rayos luminosos vendrán como abejas de oro á aposentarse en nuestras retinas; la iglesia, colgada y vestida de rojo damasco, nos hace creer que estamos en la antesala del cielo; los cirios y las lamparillas, unos chispeando con orgullo en los plateados candeleros, y las otras ardiendo modestamente en sus cucuruchos de cristal llenos de santo óleo, nos dirán á voces que se alegra el convento, que las novicias saltan como corderillas, que apacéntase el Divino Pastor, que las profesas y las madres viejas se esparcen pensando en que despues del ayuno van á halagar sus lenguas, siempre bañadas en la plegaria y el salmo, las golosinas de Pascua y las confituras que la hermana esperta, que tiene el secreto de encontrar en las cacerolas el oro del huevo en dulce y el granate del jamón, como hallaba la piedra filosofal el Papa Silvestre II en sus retortas, les ha de ofrecer en el abirragado refectorio, dándose tono de cocinera de la casa de Dios.

Como es temprano, no está todavía la iglesia con todos los moños y arandeles. El sacristán, cuyo ancho cerviguillo se estira al levantar la caña, empínase sobre el último

escalón del presbiterio para alcanzar las velas más altas, y pega á los importunos mocos de los cirios con el cono del apaga velas, olvidándose de la frialdad que produce en su nariz el vientecillo que se cuele por las rendijas del camarín de Santa Teresa; los ángeles de pasta que sostienen las lámparas bizantinas que caen bajo los púlpitos parece que con sus boquitas de carmin se rien de sus apuros al levantar la caña, y que le señalan con el dedo.

¡Tan, tan, tan! dicen las esquilillas del campanario, maitines tenemos. Ya baja el vecindario por la estrecha calle á la plazuela, con objeto de apiñarse en el recinto sagrado. Todos vienen alegres y decidores; las muchachas rien, se balancean por las aceras y pellizcan á Juan y á Pedro. Los amigos hacen corro para apurar una copa de vino y probar los alfajores que confeccionó para la venta la célebre cocinera del mismo convento; unos cantan villancicos, otros molestan la pequeña oreja rosada de su novia diciéndole consejitos, y recordándole que en tal *noche nace el niño, Salvador del mundo* y protector de sus amoríos; á este le pisan un callo al subir el primer escalón del porche, al de más allá le desgarran el vestido; esta siente el ric-ric que produce su mantilla tejida, que se rompe; la otra se deja atrás, por haber un moscón pisado la cinta, un zapatillo de charol enano y pulido.

Sin embargo, al crujir la puerta, que lucha por cerrarse y abrirse, haciendo ladrar como pequeños gozques á sus enmohecidos goznes, el mar viviente vá colocando sus olas, como en serena playa de arena; en el santo asilo, los rumores no son yá ruido de oleages azotados por los caballos del dios de las aguas, sino hervir de espumas que se truecan en suaves y misteriosos cuchicheos; diríase que es zumbar de abejas en inmensa colmena, cuya montera parece ser la esbelta cúpula de la iglesia.

Todos esperan que el órgano despierte como leon furioso, repartiendo resoplidos por sus infinitas bocas ó trompetas; todos desean que los cantores tomen plaza en las obscuridades del coro alto, y que resuenen las panderetas, las zambombas y las castañuelas; en su mollera se despiertan los recuerdos de los villancicos clásicos que se cantan en los respectivos hogares al volver de los maitines, y hay quien tararea villancicos por lo bajo, metiendo el hocico en los vacíos confesonarios, para evitar que el Sacristan les corte el tarareo.

## II

Entretanto, ¿qué hacen las madres en el convento? ¡Tan, tan, tan!..... Van entrando

en el oratorio para después bajar al coro. ¡Qué perfiladas vienen y qué bonitas, envueltas en la blanca estameña! ¡Qué caritas de risa traen las que hace poco que han entrado en el convento! ¡Qué redondos y sonrosados son los rostros de las que ya tomaron hábito! ¡Cómo disimulan la edad con sus cabellos de plata y sus rubicundeces las más viejas! ¡Cuánta monja! Una, dos, tres, cuatro, cinco, veinte, treinta: pueden contarse como contó el gaitero de Roncesvalles á los que iban cayendo en el desfiladero envueltos en sus cotas brillantes; la coraza de estas fuertes amazonas de Cristo es el santo escapulario, bajo el cual ocultan sus manos nacaradas.

He allí la Priora que debe presidirlas. Delante van las cándidas novicias cubiertas con sus velos blancos; detrás las profesas, ostentando sus hábitos severos ceñidos á las caderas.

Como marca la regla descalza, se colocan de dos en dos en ondulante fila: parecen parejas de palomas de pluma negra y blanca. Al atravesar el claustro lleno de retablos y lamparillas, se copian en los muros sus amables siluetas. En los alfarjes de la techumbre y en las claves de las bóvedas resuenan sus atipladas notas, que siguen repitiendo el salmo *Letatum sum*, uno de los más bellos del Profeta, que han de terminar necesariamente antes de traspasar el arco apuntado del coro. Suenan á lo lejos en el campanario los to-

ques á maitines; es que también las campanas se deshacen alabando al que vá á nacer, con sus gárrulas lenguas.

Aquella tarde el coro, en que van á entrar ahora, se ha puesto de gala para recibir al niño Dios que nace todos los años, desde el primer año cristiano, y que seguirá naciendo hasta la consumación de los siglos. Nace en invierno, tendrá frío; ha sido preciso prepararle las envolturas más ricas, las preseas más primorosas. En esta operación se ha ido todo el mes que acaba; en el convento, cada celda ha sido una especie de simbólico hogar en que se esperaba al ser bendecido.

¡Qué primores ha hecho la madre Agueda para el Jesús que ha de colocarse en el Nacimiento en la pequeña cunita de gimeos! ¡Qué encajitos ha tejido con su ágil agujita de marfil la hermana Tornera! Pero la que se luce es sor Teresa de la Caridad, la monja blanca, como la llaman sus hermanas, porque tiene unas manos diminutas que parecen flor de cera. Esta, que ha visto los tejidos que hacen en sus nidos de América los pájaros-moscas—porque la novicia es cubana—ha sido la que ha hecho el colchoncito relleno de plumas de *cardenal*, pájaro de su país que tiene suavísimas plumas rojas. Envidiosa la hermana Fuensanta, que es una andaluza que lo mismo se terciaba la capa del hábito, que se terciaba el mantón de Manila de la tierra, ha hecho una almohada de plumas de

jilguercs, que es digna compañera del colchón; los encajes es preciso verlos con microscópio.

Pero no crean ustedes que el Jesús del Nacimiento que se ha colocado en el refectorio para hacer la fiesta despues de los mañines, y ya en plena Pascua, es el único Jesús del monasterio; muy al contrario, en un convento de Teresas que he podido visitar hace poco, ví seis ú ocho diferentes, distribuidos en celdas y comedores, todos colocados en nichos de cristal ó en floridas hornacinas; todos primorosamente vestidos, incluso los desnudos, que lucían pellicas riquísimas de seda, ó sudarios, tomados de piedras preciosas, y potencias de oro y plata.

El efecto que me hicieron esos divinos niños rodeados de flores naturales y contrahechas, y pareciendo que clavaban sus inmóviles ojitos de cristal en las madres que con tal amor los cuidaban, me trajo á la memoria una relación antinómica, que es la imaginación mensajera de relaciones extrañas.

¿Perteneían los éxtasis de las monjas ante los niños de Dios única y exclusivamente á los recuerdos y tradiciones de la religión, ó había en ellos algo de las reminiscencias de sus propios hogares?

El nacimiento del niño Dios es en todos los conventos motivo para grandes fiestas, principalmente en los días de Pascua y en la Noche buena. Las estrecheces de la re-

gla se olvidan un poco, y las novicias tienen esos momentos de expansión que aun en la soledad del ermitorio suele producir la primera tentación de San Antonio, y las vacilaciones de Teresa de Jesús, á las que siempre seguía el vencimiento.

Con motivo de esta costumbre de adornar los niños en los conventos, cuéntase un lance ocurrido á una novicia, hermana de la célebre escultora, *la Roldana*.

Era ésta novicia de un convento de monjas de Sevilla, y quiso hacer á sus compañeras y al convento en que se hallaba un regalo de Pascuas, como solía ser costumbre cuando estas novicias tenían dote y no eran pobres recojidas á espensas de la nobleza, ó reclusas por padres sin fortuna. Consultando con su hermana la celebrada escultora, que esculpía entonces un coro de ángeles para un paso de cierta cofradía sevillana, esta le propuso que le llevase un niño desnudo hecho con la propiedad y el realismo de la época del renacimiento, y cuyos modelos dió primero Rafael y sancionó despues el mismo pintor del cielo.

Muy bien pareció á la hermana el ofrecimiento; y en efecto, la hija del celebrado Pedro Roldán dió á su hermana un precioso Jesús, desnudo, rollizo, bello, con las líneas túrgidas que dá la materia al bello reciennacido; joya del arte que valía mucho más que si fuera de oro fundido.

En paños de raso blanco envolvió la novicia al precioso niño que le dieron por el turno; con objeto de que preparase á la comunidad agradable sorpresa en la noche del Nacimiento. Ella le recató misteriosamente en su celda, y yá reunidas todas sus compañeras en la sala del paso, antes de bajar á maitines, la jóven novicia pidió vénia á la Superiora para traer su preseña de Páscoa, y presentó la primorosa escultura, que á la débil luz de los cirios y de las lámparas hizo lanzar á las madres un grito desolador de espanto.

En efecto, aquel prodigio del cincel de la Roldana, parecía un niño vivo. Sus ojos se movían; sus pestañas daban sombra; sus cabellos se encaracolaban graciosamente sobre una frente tersa y curva como una concha de nacar; sus lábios sonreían de un modo dulce y suave enseñando el primer diente.

Las monjas se quedaron atónitas, y la más vieja, que usaba gafas verdes y estaba en segundo término, no pudo menos de lanzar un gangoso grito diciendo:

— ¡Pero qué escándalo es éste, madre Superiora! ¡Cómo permitís abuso tan carnal y tan superbo!

Estas frases las dijo signándose y persiguiéndose nerviosamente.

La jóven novicia lanzó una carcajada, y levantando al niño Jesús en sus brazos y acercándose casi á las narices de la madre

de los espejuelos, la convenció de que era un niño de talla y no de carne: todas las demás hermanas, hasta las profesas, prorrumpieron en risas y palmadas.

—¡Oh! es monísimo! —dijeron unas, besando su rostro rosado.

—¡Oh! debemos ponerle en el mejor y más bonito sitio del claústro —añadieron otras.

—¡Callen las locas! dijo la Priora poniendo su huesosa mano sobre la escultura;—lo primero es vestir al desnudo.

—Pero, ¿porqué nos lo ha traído sin ropas?

—Porque según las profecías, no las debió tener el Dios niño en el pesebre, y no pasó esto á humo de pajas.

— ¡Miren la leída! dijo la hermana Clara.

—Más claro — dijo entonces la graciosa novicia; — así ha nacido del cincel de mi hermana.

La monja de los anteojos verdes huyó á un ángulo de la crujía, reclinándose en un mascarón y haciéndose la avergonzada.

### III.

Pero nos hemos olvidado, al referir estos detalles, de que está la iglesia llena y de que la concurrencia espera que salgan los oficiantes.

Ya las monjas han penetrado en el coro y se han distribuido cerca de las rejas grilladas de doble fondo y armadas de puntas, dejando á algunos curiosos de los que han podido acercarse á aquel sitio, que atisben, al través de aquella punzante labor, el cuadro misterioso y rico en penumbras, en cuyos términos brilla acá y acullá, una miriada de brillantes lucecillas.

Comienza al fin la misa, y, al llegar al *Credo*, despiertan, á la sollicitación de las flautas del órgano, los alegres panderos, los gárrulos crotalos y las rimbombantes zambombas; los villancicos repetidos por niños cantores, rebotan por los techos ensamblados del templo, y salen á veces á la calle por los rosetones del cancel; los cantos se repiten en muchas partes de la misa, y á cada una de las coplas, la multitud de fieles se agita como si respondiera á aquellos cantos pastoriles, tan inocentes como expansivos. Como todo acaba en el mundo, la ceremonia religiosa acabó tambien, sonando en el coro al to los últimos resoplidos del órgano, que semejante á un Leon que ruje en las obscuridades de su caverna, y que dá con la cabeza en el techo, en alegres saltos, atruena las que ván siendo poco á poco soledades de la iglesia. Aun resuena el postrer villancico con un turbión de sonajas, mientras se atropellan en el cancel los devotos, encontrándose de cara con la luz del dia. Las mon-

jas también á este punto vuelven por el mismo camino al cuerpo interior del convento, ya en fila desordenada, y como turbión de cabritillas que esperan el fresco pasto en flor en el refectorio. Por los portaluces del claustro penetran los primeros arreboles; cumplido el primer misterio, la Naturaleza se regocija, y el nacimiento del Salvador del mundo trae aparejada la época más alegre del Calendario. Después de conocido el acontecimiento, los Reyes Magos, amigos de las estrellas, preparan sus caballos para cumplir las profecías, y recorrerán los mercados de Siria y Palestina para repartir á los demás niños del mundo las más preciosas preseas y confituras. En este reparto, como siempre, saldrán ganando los ricos que pongan sus platos y canastitos en acristalados y blasonados balcones: los pobres que pongan el desgarrado zapatillo en la ventana mezquina y de rotos cristales, por donde se cuele el viento de Diciembre, frío como punta de alfiler, hasta su pobre lecho sin cobertor ni aun sábana, acaso no cojerán ni una almendra, ni un dátil meloso de las palmeras de Getsemaní.

Las novicias han anticipado la Pascua de Reyes, porque tienen ya á Gaspar, Melchor y Baltasar en el Nacimiento que adorna el refectorio como preciosidad de ocasión y que parece un áscua ardiendo. Tampoco necesitan de los regalitos de los

Monarcas ubícuos ó turistas universales, porque ellas tienen yá preparadas sus gustosas confituras.

En la larga mesa del refectorio, que está lleno de guirnaldas, colgaduras y estampitas de santos y santas, se ven distribuidos, y á la luz de los candeleros que palidecen yá con los albores del día, una porción de apetitosos caprichos que delatan claramente las aficiones monjiles.

Con verdadera delicadeza y monería, sobre papeles picados con lacitos de colores, sobre manteles más blancos que el lino de sus velos, de toma de hábito, están colocados los confites y las fruslerías propias de Pascua, en las que tienen tanta fama los conventos en todas partes. Aquí se ven los ricos bizcochos de los marroquies de Ecija, las perrunillas de Osuna y las tortillas de las antiguas Salesas, que iban hasta el alcázar de Felipe IV y que hacían el deleite de su régia mesa; la sabrosa aguamiel que solía beber en el locutorio, servido por ella; las ricas empanadas andaluzas llenas de plateados boquerones y de sabrosas especias; los cucuruchos de Santa Inés, que entre los anises ocultaban artificiales presas; las peras en dulce, envueltas en cubiertas de talco, que brillaban asemejándose á lás de oro que servían al Rey Midas, allá en los tiempos mitológicos de Grecia; las pastillas de caramelos y la sabrosa miel blanca, que habían labrado espre-

samente para este día las laboriosas abejas del huerto, y que al tocar á sus bocas les hacía relamerse.

Después de pasar algunas horas, la comunidad rezaba en coro un salmo en acción de gracias, y se repartía por el claustro; si era buen día de sol, se decidían á bajar á los cenadores de la huerta. Allí, el monjero, que era siempre un cazurro con más malicia que medias, les daba una copita de rosolí y las mecía en columpio, cuidando de que la priora no lo supiera. Después subían corriendo por la alta y estrecha escalera de la espadaña y hacían rabiar, tocando el badajo de las esquilas, á la hermana campanera, con el ruido que hacían en la explanada del campanario; asomándose á las celosías para ver, como decían ellas, *el mundo por un agujero*, asemejábase al que hace una bandada de golondrinas. Un entierro, según supe, pasó en este momento, y produjo una explosión de risa en las novicias.

Morirse en Pascua, era una cosa que no podían comprenderla ellas.

Al cabo de tales inocentes expansiones, y después de aquel día de asueto, el convento vuelve á entrar en su existencia monótona y medida como el deslizarse de un reloj de arena. A las esplendideces de la Pascua con sus rientes desahogos y sus sabrosos regalos, sigue la encapuzada Cuaresma con sus cilicios, sus ayunos y sus abstinencias. Entonces el

exceso de vida representado por las novicias en estos santuarios donde todo es ascetismo y oración, se esteriliza como el ave que oculta la cabeza bajo el ala, y como la flor de invierno que levanta en vano la cabeza para encontrar el rayo de sol que busca con ansia siempre. "

Y la madre campanera, en vez de tocar á gloria en la espadaña, toca á muerto.







# PÁSCUAS ANDALUZAS

---

## I.

### SE HIELAN LOS PÁJAROS.

Los inviernos son cortos y benignos en Andalucía, si se les compara con los del Norte; pero, como observa una locución popular, en los últimos días de Diciembre siempre *se hielan los pájaros*.

La niña andaluza, acostumbrada á estar de bruces en su balcón, á pleno sol y á plena brisa, se aburre por las tardes tras el cierro, que asemeja torre encantada de cristales, y triste, porque vé morir ó languidear sus plantas favoritas, habla con el canario ó con la cotorra, ya que no puede hablar con su novio como en las pasadas tardes de estío.

La poca familiaridad que suele tener con el carámbano y con la racha helada le hacen ver con mayor disgusto las invasiones de esos poéticos copos blancos como el algodón

y blancos como ellos mismos, que alguna que otra vez invaden sus terrados y talan los tiestos de flores escalonados sobres las balaustradas. Años pasados, la Giralda, esa coqueta acostumbrada á sufrir los ardientes besos de nuestro sol, se cubrió de festones de hielo y dejó reposar bajo sus axaracas y calados africanos á los geniecillos del Norte, que vinieron, sin duda por curiosidad, á preguntarle por Morayma la esclava de Al-Motamid y por María Padilla, á quien la fama popular tachó de bruja de alto copete.

Mas ni una sola de nuestras bellas, estoy seguro de ello, entreabrió el *portier* de su alcoba para disfrutar de aquel delicioso espectáculo, ni levantó la cabeza de la almohada, á pesar de no ser aquí muy comun este capricho atmosférico; sus ojos, que abiertos de par en par hubiesen derretido la nieve, permanecieron indolentemente entreabiertos hasta que el primer rayo de sol, penetrando de modo alevoso por las rendijas, fué á juguetear en sus retinas dilatadas.

A la andaluza le incomoda el frio, no sólo porque es áscua de fuego, sino porque no sabe acomodar á sus formas, como la rusa ó la holandesa, la nútria, el gato ni el armiño. Su cuerpo, esencialmente estatuario, soporta apenas el raso y el terciopelo y se adapta mal á las pesadeces del abrigo. Está acostumbrada al aire de la tierra; como la cierva y la gacela, no consiente sobre su piel pesados

paños. Manila bordó para ellas sus mantones aeriformes, sembrados de flores ideales, que ni cubren ni pesan; y la batista y el percal que suelen afean y empequeñecer á las mujeres del Norte, dan á sus cuerpos, que no tocan la tierra, ese sello de raza que las distingue y avalora.

No es tan pueril como á primera ojeada parece la antipatía de las andaluzas á las importunas rachas de viento, porque la pulmonía reina entre nosotros en los meses crudos y hace víctimas por todas partes; sin embargo, el pueblo miente; tengo la seguridad de que *no se hielan los pájaros*.

—Aduciré mis pruebas.

Viendo yo hace algunos años cerca de una de esas casas-palacios que, como el llamado de las Dueñas y otros muchos, han venido á convertirse en la capital de Andalucía en casas de vecindad destinadas á las clases que pudiéramos llamar distinguidas, más cuyo individuos no pueden sostener por sí solos escaleras monumentales, patios soberbios, ámplios jardines ni blasonadas antecorredores, sentí al amanecer de un día de Diciembre grandes lamentos, que me hicieron, en unión de varios amigos, acudir al solar donde resonaban.

Penetrando por sus patios adornados de preciosas columnas, en cuyos capiteles campean aún los escudos heráldicos de sus antiguos moradores, y ascendiendo por la pesa-

da escalera, cuyo pasamano termina en un horrible monstruo de piedra, llegamos á un pequeño *partido*, formado por la subdivisión de una de aquellas inmensas cuadras, y abordamos la pequeña habitación, con vistas al jardín, en la cual se había dado cita la vecindad entera.

Un rayo de sol de la mañana rompiendo las hiedras salpicadas de campanillas azules que bordaban la parte exterior del muro y se encaramaban hasta los cristales de una ventana de arco apuntado, caía dulcemente sobre el cuerpo de una joven como de diez y ocho años de edad, que espiraba entre los brazos de una anciana desolada. El médico acababa de retirarse moviendo tristemente la cabeza y recomendando ese silencio necesario en todos esos lugares que ha de visitar irremisiblemente la muerte.

Pregunté á una de las muchas comadres que dominaban el corro, alzándose sobre los piés y apoyándose sobre los hombros de las que habian tenido la suerte de colocarse las primeras, y me contó de pe á pa lo que allí había acontecido.

La cosa no podía ser más sencilla.

Natalia, la moribunda, acababa de oír la Misa del Gallo, y destrenzaba su hermosa madeja de cabellos rubios contemplándose al espejo. Sin chambra, con sus redondos hombros descubiertos, mal ajustado el corsé, mostrando bajo la punta bordada de la ena-

gua la media celeste y el zapatillo microscópico, pensaba acaso en Fernando, con quien acababa de oír en Santa Inés los indispensables y clásicos villancicos.

Partía ya Natalia sobre su frente aquellas dos hermosas cantidades de cabellos que hubieran hecho la delicia de una *demi-mondaine* pelona, cuando un desconsolador ¡pi, pi, pi, pi! resonó tras los cristales y las hiedras, solicitando su atención y llenándola de asombro.

¿Quién llamaba á tan intempestiva hora á su ventana? ¿Qué importuno venía á profanar su dormitorio y á separarla de la operación más grata á la mujer hermosa, la de contemplar sus propias gracias al espejo?

Natalia subióse inconscientemente el escote de la camisa y extendió su mano pequeña y blanca sobre la parte más turgente de su cuello; despues volvió el rostro hácia la ventana que daba al jardín, y al conocer que era un ave la que pugnaba por romper el vidrio y refugiarse en su aposento, se acordó de la salida del convento de Santa Inés, y pensó que hacía un frio por allá fuera que *se helaban los pájaros*.

El pobre hijo del viento, que había trepado hasta allí por las hiedras, piaba entre tanto con acento tan desgarrador *que partía los corazones*. Natalia dudó un momento si daría ó no daría asilo al ave pedigüeña. No tenía jaula donde meterla, ni el helado pajarillo se

acomodaría á pasar las horas que restaban de aquella noche de Diciembre con el pico bajo el ala. El tiempo apremiaba, porque el piar del verderón — era un verderón seguramente — podía despertar á las aguilillas que reposaban en los mechinales cercanos. Natalia no pudo resistir más; sin descolgar el abrigo que había acomodado en los percheros, sin cubrir con la chambrá sus brazos torneados y esculturales, sin apretar el corsé, en el que se desbordaba el casto seno, acercóse de puntillas á la ventana y entreabrió las maderas para que el pájaro pasase. En efecto, la atolondradaavecilla entróse por la rendija, y al sentir el grato calor de aquel perfumado aposento, gorjeó dulcemente sacudiéndose las alas.

Pero con el verderón había entrado una corriente de aire frío, semejante á aguda saeta que penetrando en el mal defendido costado de Natalia, le produjo mortal accidente; mientras el pajarillo secaba su plumaje mojado por la escarcha entre los limpios encajes del lecho, su salvadora caía sobre la alfombra pidiendo socorro y derramando anchas bocanadas de sangre.

Quando acudió la anciana madre, que dormía en la habitación del lado, su hija espiraba, y el afortunado verderón, aprovechándose de la primera luz del día, escapaba por la roseta de un ventilador sin guardar memoria de aquel gran sacrificio.

Ligeras gotas de rubíes brillaban en sus alas de esmeralda.

## II

## ESTA NOCHE NACE EL NIÑO

La Noche Buena en Andalucía conserva aun trazos característicos de los antiguos tiempos. Uno de ellos es la cena familiar, de que apenas queda rastro en las modernas ciudades.

La cena fué en sus primeros tiempos la consagración de la fraternidad cristiana y renació en las obscuridades de las catacumbas; despues, cuando el hogar se puso bajo el amparo de la cruz, santificó el padre aquel piadoso recuerdo, y fué la consagración de la familia. Hoy es apenas la nota de una noche en la humilde vivienda.

Difícil sería que en los grandes centros modernos, el abuelo, lleno de virtudes y de años congregase á sus nietos como solía acontecer aún en el siglo pasado. La moda prescinde de tradiciones y de creencias, y la educación que hoy se dá á los jóvenes no permite tales excesos. El club, el teatro, las reuniones, las cenas íntimas tienen justamente la primacía; pasó aquel tiempo en que el hogar, semejante al nido, congregaba á toda la prole al cerrar la noche; en nuestras casas

modernas vuelven los amos al rayar el alba y se acuestan con sol los *señoritos*.

*La noche en que nace el niño*, los andaluces, fieles á aquella antigua tradición, cenan en familia, con muy escasas excepciones. En la referida noche ha de congregarse la parentela en el domicilio del pariente de más respeto; allí acuden todos, y previos los preparativos de ordenanza, se organiza el banquete familiar, de que forman principal parte la batata con azúcar, el fresco boquerón y el clásico *soldado de Pavía*.

*Como aquella noche nace el Niño*, los de la casa no duermen; por eso el sonido de panderos, zambombas, almireces y platillos, no cesa un instante desde que el sol se oculta hasta la hora de maitines ó *Misa del Gallo*. Cuando la mesa está colocada, figurando en el centro el gran plato pintarrajado de Triana, en cuyos gruesos bordes se reclinan las esponjadas batatas que mojan sus vientres en el azucarado caldo, tómalas por asalto la tropa menuda, y van sentándose en ancho círculo abuelos y nietos, padres é hijos, sobrinos y tios, cuñadas y deudos más ó menos lejanos.

Entremeses y aperitivos de este banquete son las orondas aceitunas, las almendras y las castañas que están todavía saltando, y tal ó cual empanada ó torta casera, que viene como de perlas para cerrar la jornada. Durante la cena se cuentan cuentos, se celebran

los villancicos de Santa Inés, aún cuando no toque el órgano el maestro Perez que inmortalizó nuestro Gustavo Adolfo; se murmura de la vecina de arriba y de la del lado, y se pone á prueba la paciencia de los más quisquillosos, convirtiendo las almendras y las aceitunas en proyectiles certeros.

Entre tanto, la calle resuena con alegres rumores. Son los impacientes que aguardan cantando y bailando al aire libre el primer toque de la celebrada *Misa del Gallo*. Repiquetean las castañuelas, suenan las zambombas, chocan sus estridentes sonajas los panderos, retiemblan los platillos y suben los cantares al cielo. De vez en cuando todo aquel barullo se apaga como si una batuta fantástica diese á los músicos rápido compás de espera: es que corre la botella del aguardiente de mano en mano, y los gatzates se remojan para atacar las notas con mayor brío. Una música apaga la otra; esta ronda arrolla aquella; los que van y vienen se confunden en un mismo punto formando atronador remolino; la luz de los faroles rompe de vez en cuando aquel montón de oscuras siluetas, y sus insuficientes rayos destacan por grados líneas originales y formas graciosas, que se pierden de nuevo en la penumbra de las callejuelas.

Allá arriba se han levantado los manteles; los cerebros, calientes con el anisado ó la manzanilla, piden un rato de solaz, y se or-

ganiza la fiesta íntima. Allí es de ver cómo la airosa jóven coloca la zambomba entre sus faldas y fatiga al carrizo para que el ánfora cubierta de piel lance sus ronquidos ásperos y desapacibles, como los del sátiro griego; allí es de ver cómo la anciana, recordando sus antiguos tiempos, desentierra la canción del *caracol que lavaba á la orilla del agua*, y lleva la voz cantante del clásico villancico que corean cuantos alrededor se hallan; allí es de ver, en fin, la ágil moza que repica las castañuelas, el vejete fauno que se ha fabricado un ruidoso instrumento de cañas, las jóvenes que charlan con sus novios recatándose tras los muros de pergaminos de los adufes, y las Quintañonas que dormitan en los rincones ó acarician al gato que se estira junto al fuego.

La zambomba es la reina de la fiesta y es la que presta á las nocturnas veladas de Páscoa y Noche Buena su carácter propio. Instrumento esencialmente casero, está al alcance de todas las fortunas, y lo mismo levanta la voz en el tugurio que en la limpia cocina del labrador acomodado. Un canjilón de noria, una maceta cuyas plantas secaron los vientos traidores de Diciembre, una talla de Triana que lució sus asas pintadas en el alcarracero, cualquier trozo de piel ó de pergamino, sirven en estos casos á maravilla. El seco carrizo, que ya no recuerda aquellas hermosas tardes de estío en las que miraba

correr el agua y hacerse el amor á los verdones y á los jilgueros, hállase coronado de sonajas, lazos de cinta y dorados cascabelles, y sembrado sin saber cómo ni cuando en algun privilegio de don Pedro *el Cruel* que escapó de las manos de los anticuarios rebuscadores.

La empresa de hacer resonar estos instrumentos es por demás difícil, pues se dá el caso de que la zambomba alcance desmesuradas proporciones; por esto durante el vértigo de sus ronquidos, toman fuerza tocadores y tocadoras, consumiendo sendos pedazos de pasta con su aditamento de aguardiente. Por eso dice la copla:

La zambomba tiene un diente  
Y el carrizo tiene dos,  
Y la niña que la toca  
Come torta y alfajor.

La mayor parte de los villancicos y cantares repetidos *en la noche en que nace el Niño* son diálogos, y parecen proceder de los antiguos juegos pastoriles ó de los autos sacramentales que se componian para representarse en conventos é iglesias durante las Pascuas. Hé aquí algunos de los más usuales en la provincia de Sevilla:

Madre, en la puerta hay un niño  
Más hermoso que el sol bello:  
Yo digo que tendrá frío  
Porque el pobre viene en cueros.  
—Pues, dile que entre

Se calentará,  
Porque en esta tierra  
Ya no hay caridad.  
Entró el niño y se sentó,  
Y apenas se calentaba,  
Le preguntó la patrona  
De qué tierra, de qué pátria.  
—Mi padre es del cielo,  
Mi madre tambien,  
Yo bajé á la tierra  
Para padecer.

Estas coplas se suelen interrumpir para dar lugar á otras ménos apropiadas. No es fácil detener los deseos ni poner linderos á las propensiones. El tema religioso es el principal, pero tambien entran en el coro las tonadillas profanas antiguas y modernas. A veces, la musa popular se insubordina; la mundana incredulidad, encarnada en el cuerpo de algun palurdo Mefistófeles, responde inconscientemente á la fé que anima la garganta de las hermosas; el tiroteo empieza y suelen escucharse estos ó parecidos conceptos, que recuerdan los diálogos de Satan y del hombre en los *autos* de Calderón:

—Esta noche nace el niño  
—Es mentira, que no nace,  
Que esas son las ceremonias  
Que todos los años hacen.

## III.

## LA MISA DEL GALLO

La Misa del Gallo se llama así porque se celebra al mediar la noche, es decir, á la hora en que canta el vigilante tirano del gallinero. Su institución es antiquísima, y como quiera que tiene el encanto de lo desusado y de lo extraordinario, ha tenido siempre más devotos que la clásica misa del Alba, tan grata á los cazadores.

Es la Misa del Gallo en Andalucía ceremonia simpática por excelencia, y si los que celebran el natalicio del Redentor no terminaran en la iglesia los festejos comenzados en sus hogares á prima noche, no quedarían satisfechos.

Al sonar el primer toque, cesan el canto y el baile y callan los gárrulos instrumentos:

- ¡A misa, á misa todo el mundo!

Y las niñas van á buscar sus airosas mantillas, y los jóvenes se envuelven en sus capas para acompañarlas á la iglesia.

En tanto que resuena el segundo toque, se discute qué templo ha de ser el favorecido. Unos prefieren la capilla de San Antonio, porque el altar mayor está hecho un áscua de oro todos los años, y los villancicos están acompañados, á más del órgano, con panderos, zambombas, carrasquiñas y castañuelas;

otros dan la preferencia á San Alberto, porque los maitines son más cortos, y los cantores tienen vocesitas de ángel; estos creen que debe darse la primacía á las monjas de Santa Inés, porque las madres susodichas fueron siempre muy entendidas en el arte de preparar portalitos y nacimientos; aquellos se deciden por la Catedral, porque las ceremonias revisten mayor encanto y el espíritu se espacia bajo sus góticas arcadas.

Casi siempre son las capillas y pequeños templos los que se ven más favorecidos; en ellos reina cierta fraternidad que recuerda las primitivas fiestas cristianas; los fieles hablan unos con otros, y más de una vez fué preciso que las autoridades cerrasen las puertas é impusieran silencio.

En esas noches es cuando puede decirse que tras la cruz está el diablo. Las capillas en que se celebra la Misa del Gallo, engalanadas con sus más bellas preseas, en vez de llevar el ánimo á los graves misterios de la Pasión y Muerte, los hacen mecerse en ese tierno episodio del nacimiento del Dios-Niño. En los altares aparece el grupo comovedor y gracioso que tantas veces copió el pincel de Murillo, ó al que dió relieve el génio de Pedro Roldán y de Cornejo. Cercado de una miriada de lámparas y de candelas, se vé el portal de Belen, rodeado de guirnaldas de flores y coronado por la radiante estrella que solo se deja ver cada trescientos doce años.

Todo es color, todo es luz; el santuario está colgado de ricos paños: las imágenes cubiertas de sus joyas más costosas; ante cada hornacina brilla reluciente candelaria de metal, y la mesa eucarística luce sus más limpios y calados manteles. Todo convida al contento y á la esperanza; todo ríe y alegra: si alguna vez los ojos se alzan al crucifijo colocado en lo alto del retablo, y á cuyos brazos macerados y sangrientos llegan apenas las pálidas luces de los cirios, vuelven á bajarse temerosos, empápandose de nuevo en el Niño que sonríe en la cuna, en la Virgen que vela su sueño, en los ángeles con vestes color de rosa que guardan la entrada del portal.

No son impíos ni profanos, las más de las veces, los pensamientos de los concurrentes á la Misa de Gallo, aun cuando luchen con las sollicitaciones del aguardiente ó de la manzanilla; aquel tierno cuadro del hogar representado por el Nacimiento lleva la memoria de los que han de ser padres á las dulzuras de un porvenir cercano, y levanta en las almas enamoradas aspiraciones tier-nas; si el diablo del deseo logra penetrar en el santuario, huye pronto con las primeras coplas, y espera recatado tras el cancel á que desaparezca aquella perspectiva de paz doméstica y de amor materno.

El aspecto del templo durante la célebre Misa no puede ser más pictórico. En él se

confunden todas las clases sociales, á las que anima la expansión natural de una ceremonia simpática por excelencia. Cerca de la rica mantilla de blondas negras se ostentan el pañuelo de algodón de vivos colores y el mantón humilde echado á la cara, de la hija del pueblo; junto al traje de raso, que cruje al menor movimiento de su piadosa dueña, se mira el traje de percal que, aderezado con almidón de manera prolija, cruje también, de limpio, cuando se arrodilla la cigarrera. En las naves la capa domina y se enseorea; esta prenda nacional por excelencia y en sus airosos plieges lo mismo se oculta el obrero que el aristócrata. A ciertas horas y en ciertas ocasiones la capa reina sin rival en el Mediodía de España, y su imperio es indiscutible. Si un nuevo Esquilache quisiera robar á los andaluces el privilegio de usar la clásica é indispensable *toreira*, provocaría no un motin, sino un verdadero Roncesvalles.

Bajo la capa suelen ir las botellas, y no es la primera vez que se interrumpió la Epístola ó el Evangelio con el estruendo de vidrios rotos. Difícil por demás sería en una noche de fiesta y de jarana hacer que los asistentes al Oficio divino dejarán atrás tan constante compañera. Recuerdo que en la iglesia de Santa María de Ecija ví á un hombre arrodillado al pié de un confesonario durante la celebración de los maitines. Su inmovilidad y compostura llamaron mi aten-

ción tanto, que quise observarlo de cerca. ¡Cuál no sería mi sorpresa al ver que, con el mayor disimulo, recataba la botella contra la rejilla, tomándose sendos tragos!

En el siglo pasado, y aún en los comienzos del presente, los escándalos de los que asistían á maitines fueron tales, que alcaldes y correjidores tuvieron, que dictar severas providencias.

El siguiente cuento dá idea de los abusos que se han cometido en todo tiempo:

Un zapatero muy aficionado al mosto, solía colocarse bajo el púlpito todos los años, interrumpiendo con sus chuscadas las ceremonias de la misa.

Subióse uno de los celebrantes á cantar el Evangelio, y nuestro hombre, que estaba bajo el mismo paño de la tribuna, se apercebíó de ello y se propuso burlarlo.

El Padre tocó al registro de colores, abrió el misal, y dijo reposadamente:

*Sequentia Sancti Evangelii secundum.....*

El zapatero, que sólo aguardaba ésta ocasión, se puso la mano en la boca á guisa de bocina y respondió con voz estentórea:

—¡Lo mismo que el año pasado!

Escandalizóse el auditorio, y el clérigo, que quiso dominar aquella situación embarazosa, siguió impertérrito su lectura, añadiendo:

—*In illo tempore...*

—¡Lo mismo que el año pasado!—repi-

tió con idéntico torrente el beodo, dirigiéndose á sus hermanos en Jesucristo.

El desenlace no sé hizo esperar; una pareja de guardias, que se hallaba en el templo para precaver estos y otros hechos profanos, se apoderó de nuestro hombre, que gritaba como un energúmeno, y mientras que le empujaban hácia el porche del templo, calentándole las espaldas, repetía todo confuso:

—¡Lo mismo, lo mismo que el año pasado!

En efecto; el año anterior había ido á la cárcel por la misma causa y del mismo modo.

Hoy van perdiendo su carácter levantisco estas veladas religiosas, y se guarda alguna más compostura. Se han prohibido del todo tales desahogos, y por lo tanto, las demasías son muy escasas.

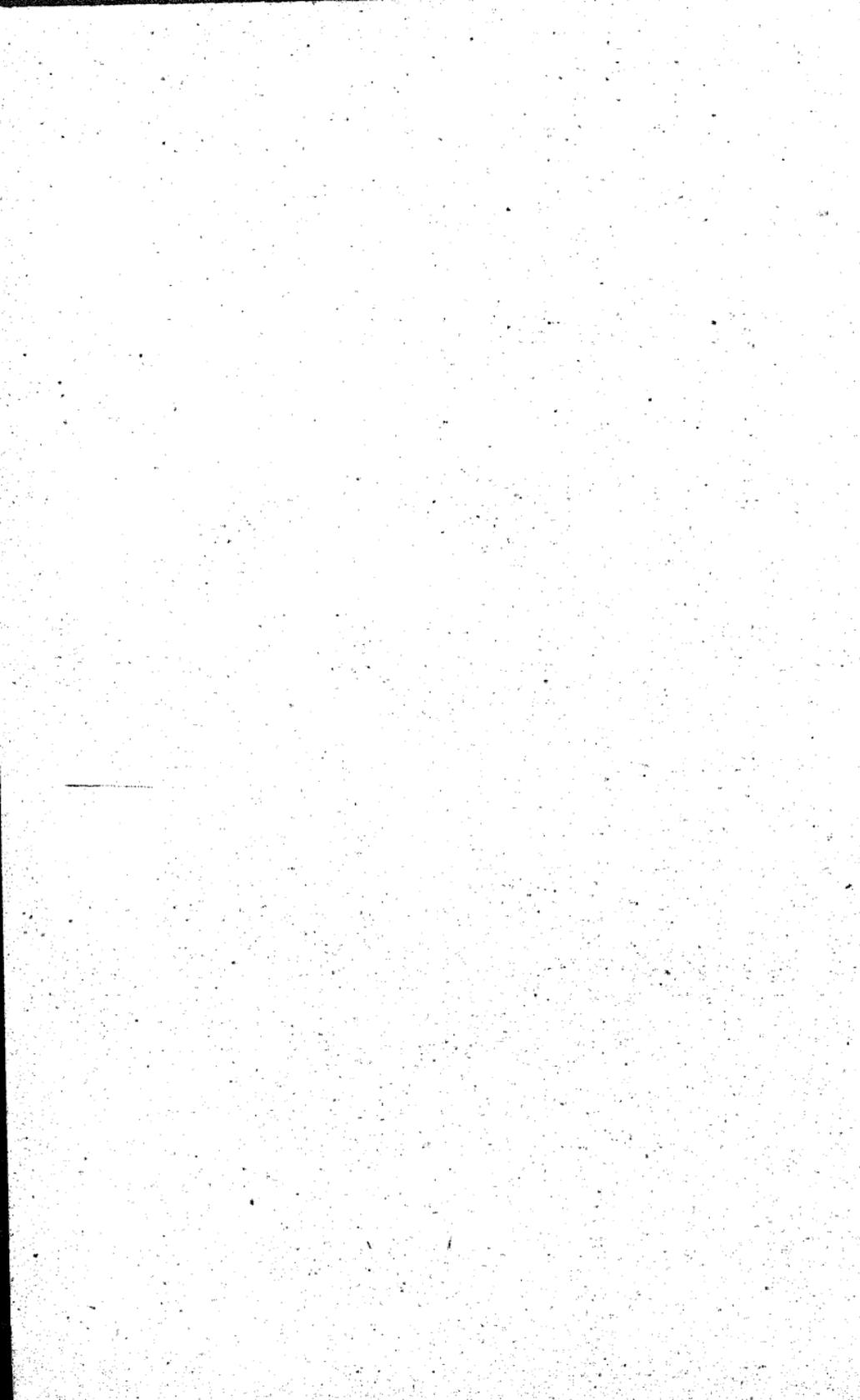
Los maitines comienzan con sus intervalos de zambombeos, y las coplas y músicas se repiten durante la misa, entre la Epístola y el Evangelio, en el Ofertorio y los *Agnus*. Antes, en los *Sanctus*, suele meterse un bonito motete que deleita á la concurrencia y prepara el ánimo para consumir la santa obligación impuesta á todo fiel cristiano. Cuando termina la misa, se corona la alegre solemnidad con uno de esos toques celebrados que tanto entusiasman á las muchedumbres, la gallegada, ó una marcha patriótica cualquiera.

La multitud, que se empuja en el porche,

no sin que haya algun pequeño conflicto entre unos y otros, ni sin que choquen guitarras, catrecillos y bastones, al separarse, cual rio de muchos brazos, para tomar las embocaduras de las calles próximas, recobra la posesión completa de su voluntad y vuelve á tocar la guitarra, á fatigar la zambomba y á repicar las castañuelas. Entonces el templo, cuyas puertas menores cierra un sacristan mal humorado, queda solo, solo con sus lamparillas de plata, su Nacimiento alumbrado por tres ó cuatro candelas, sus santos perdidos en los altares, sus tinieblas rotas acá y allá por leves reflejos, sus confesonarios con rejillas, que parecen encerrar los fantasmas del pecado; y mientras por el pavimento hay cada vez más frialdad y más sombras, allá por arriba, partiendo de la última ojiva del ábside, un rayo de luz rosada, la del alba acaso, ilumina dulcemente, cómo si hubiese un rompimiento de gloria, la imágen del Crucificado, cuyas manos maceradas y cuyos brazos rígidos parecen decir á los que se van:

—*Venid á mí cuando esteis padeciendo!*







# SILUETAS DE PÁSCUA

## EL COLUMPIO

### I.

El cano invierno tiene también sus risas, sus alegrías y sus esplendores. La noche buena, la Pascua, el primer día del año, Reyes y otra porción de festividades clásicas, son como el oasis donde reposa el ánimo y se alegran los corazones. En esta época casi siempre el horizonte deja su tabardo de nubes y se viste la túnica del sol del Mediodía. Es la sazón de las escursiones campesinas y de las giras á los palmares: en los Molinos y Haciendas de la región andaluza, se organiza el tiro de gallo y de palomas, y en los pequeñuelos pueblos y colonias de Córdoba y Sevilla, deja el vecindario, al nacer el sol, sus casas de tapia y rama, y se pierde en grupos por las vegas y cañadas, cuando aún la escarcha ó la helada

cubre de brillantes corpúsculos las pitas de los vallados, ó las flexibles ramas de la oliva, libres ya del peso del fruto, amontonado en los trojes.

Por este tiempo empieza el columpio, á que tan aficionadas se muestran las hijas de la campiña, y que se prolonga hasta el carnaval, con todo su cortejo de genialidades. Columpiarse al sol en la gran puerta del Molino aceitero, mientras la panzuda bota corre por los poyos laterales, llenos de mozos y mozas, oír los cantos delicados de la que está en la cuerda, y vá y viene al impulso de los brazos de los que la bambolean, mostrando muchas veces el arranque de la redonda pantorrilla ó las puntas bordadas de sus enaguas; ver, en fin, cómo se encienden sus mejillas y cómo palidece de susto cuando la mecida traspasa los límites ordinarios, por la redomada intención de los columpiadores; todo esto tiene para el artista tan especial encanto, que bien puede dar asunto para uno de esos cuadros llenos de verdad y de color, que son el ideal de nuestras escuelas pictóricas modernas.

¿Y qué es el columpio? Pues hoy todavía no necesita descripción, porque todos hemos disfrutado de sus vagos y aéreos placeres: una cuerda suspendida entre dos árboles, ó colgada de un travesaño del techo, y que se presta á copiar el movimiento del péndulo, trazando una trayectoria rápida y des-

compasada: un entretenimiento inocente y primitivo, pero del cual se han ocupado hombres tan sesudos como Plutarco, Virgilio, Macrobio y Adriano Turnevo.

Es por demás curiosa la leyenda del columpio, encontrada por el erudito Rodrigo Caro, y voy á referirla á modo de cuento: Erase que se era un tal Icaro, natural de Atenas, padre de una hermosa doncella llamada Erigone, y gran protegido del dios Baco. Era una juerga seguramente, y para demostrar su cariño, el dios de las uvas confió á Icaro el secreto de preparar el mosto: mas éste, que por lo visto era un tarambana, y no apreció en lo que valía don tan divino, divulgó el secreto entre sus camaradas. Conocido por Baco el abuso de confianza, y queriendo dar á Icaro su merecido, emborrachó, sin duda con *amílico*, á los compradores, y creyendo estos que Icaro los había envenenado, aunque el líquido era de Chío, y no Barcelonés, lo dejaron muerto á garrotazos.

Tenía Icaro por guardian á un perro, que al ver muerto á su amo volvió á su casa con el rabo entre piernas y dando muestras de que había acontecido alguna desgracia, cosa que puso á Erigone sobre áscuas, y la hizo salir precipitadamente en busca de su padre. En efecto, sus temores tuvieron inmediata confirmación; porque, ayudada del fiel can, encontró al cabo los destrozados restos de

Icaro. ¿Qué hizo entonces la desdichada Erigone? Pues nada; asíó una cuerda, la puso en un árbol á guisa de columpio, y se ahorcó bonitamente en ella.

Los dioses que vieron aquel exceso de amor filial, y que divisaron desde lo alto aquel hermoso cuerpo de doncella columpiarse entre los álamos, compadecidos de tanto infortunio, la subieron al cielo y la convirtieron en estrella. Tambien el perro alcanzó la inmortalidad por su fidelidad canina, pues siguió por el espacio á Erigone, convirtiéndose en el cán menor, y hallando celeste perrera.

No paró aquí la trascendencia del columpio de la hija de Icaro, sino que el pasó de Erigone trajo más cola.

Las doncellas de Atenas, viendo que su amiga había alcanzado la inmortalidad, dieron en ahorcarse, confesando el Oráculo que no acabaría aquella epidemia mientras no parecieran los cuerpos de Icaro y de su hija. Para buscarlos á la vez por el cielo y por la tierra, se establecieron columpios en las florestas sagradas, y en los pórticos y columnatas de los Templos, costumbre que quedó ya establecida para siempre.

Mucho se extiende el erudito Caro, probando con textos latinos y griegos este origen mitológico, y haciendo excursiones filológicas para inquirir el origen de la palabra columpio, del que hablaron además Tertuliano y Avicena; pero á mi juicio, este juego

pudo nacer espontáneamente de la observación de la Naturaleza, sin meterse en tales profundidades.

El mirlo y la oropéndola se columpian en las flexibles ramas de los álamos, y los insectos hacen bambas y hamacas, colgando de los arbustos sus delicadas urdimbres. ¿Qué extraño que en los ócios del gineceo la mujer griega colgara el himatyon entre dos columnas para mecer su cuerpo medio desnudo, ó columpiara á sus pequeñuelos suspendiendo de los chapiteles pareados una bamba de cuerdas?

## II.

Es el caso que existe el columpio y en Páscuas y en Carnestolendas forma una de las más clásicas distracciones de las mozas de nuestras campiñas.

La temporada de invierno en el Molino, como ya hemos apuntado, pide ante todo, la cuerda de Erigone, sin que por esto deje de usarse en las ciudades, en las épocas propicias para ello. La casa de vecindad goza también de este privilegio, porque tiene excelentes vigas y amplios corredores.

En la campiña, el columpio es más estético, porque suele estar en armonía con sus orígenes arcádicos. De dos árboles fuertes despojados de ramas, y que se inclinan el

uno hácia el otro convenientemente, se suspende el columpio ó la bamba donde ha de colocarse el cuerpo bueno que ha de subir á las nubes. Una multitud decidora y alegre rodea aquella especie de horca florida y se agrupa en torno, dispuesta á saber de qué color tiene las ligas la agraciada. Al cabo esta sube entre la alegre gritería del concurso. Si es una hermosa muchacha de veinte abridores, de pié pequeño, aunque de pierna escultural, seno redondo y brazo torneado, todos los mozos de la campiña se atropellan para columpiarla. Uno alega sus grandes fuerzas, y muestra sus duros puños y nervudos antebrazos; otro hace gala de su agilidad, dando saltos de carnero por el vallado; este prueba, como dos y dos son cuatro, que le dará cien mecidas con una sola mano; aquél afirma que la hará conversar sin peligro con las estrellas; y como se establece inmediatamente un pugilato de cortesía para ver quién ha de ser dueño por algunos minutos de aquella carga de carne deliciosa, hay que apelar al recurso supremo de *echar la china*, estableciendo la primacía por este medio, y quedándose el último *á quien le toca*, con tan sabroso privilegio.

Entre tanto, la que está en el columpio toma sus precauciones y arregla sus perfiles, para que los mozos se engrían, y las mozas rabien de envidia y de celos. Asegura bien las horquillas de su tocado, y procura que

no se le descomponga la mata de pelo como la endrina, que ha salpicado de florecillas campestres: cruza bien sobre su torneado pecho el pañuelo de espuma, con cuyas puntas bordadas han de jugar las corrientes violentas del aire de la bamba; coje entre sus piernas, con delicioso arte, los pliegues de la falda, y tiende sobre ellos el delantal, que ha de hacer por el aire el efecto de bandera de parlamento, y después de arreglar sus bajos de modo que con el rápido vaiven sólo se vean los encages y las puntas de las enaguas, vuelve el rostro encendido de temor y de deseo, y afianzándose bien á las cuerdas, exclama á voz en grito:

—¡A la una!....

Suele acontecer que á pesar de haberse echado *la china*, este grito de guerra entusiasmo á los competidores, y se arrojan todos hácia el columpio como ansiosa jauría de galgos sobre la liebre encamada. Pero entonces las demás mozas castigan aquel alarde, agolpándose á su vez al trono aéreo ocupado por su compañera, y queda el corro convertido en dos círculos concéntricos.

A las voces de *¡fuera! ¡fuera! ¡que ya tiene la china!*, sepáranse todos; algunos chuscos dán al columpio *tocino*, para marear á la hermosura que le ocupa, hasta que, por último, el mecedor impele aquella masa carnal sobre los importunos, que, tambaleándose y haciendo cosquillas en el calcañar á los que

atropellan, vuelven á formar fila al lado de los álamos, dejando el columpio ir y venir libremente por el espacio, con el mismo respeto que si fuera el botafumeiro de la Catedral de Santiago, ó la gran péndola del reloj antiguo de Strasburgo.

La falda vuela, produciendo un ruido semejante á los aleteos de un bando de palomas: el delantal ondula, como si fuera la enseña vencedora del deseo, que se insinúa y se hace lengua de misterios y de encantos: los flecos del pañuelo del talle se mueven con suave pestañeo, tocando las curvas del seno, que se ensanchan y deprimen á la manera de la ola llevada y traída por el viento: crujen los cañamos, tiemblan los árboles que soportan la carga; la columpiada se desvanece un poco, y deja ver en uno de esos descuidos el color de sus medias y el arranque de su pantorrilla: el concurso vitorea, el mecedor suda, el sol se deleita en dar tonos de fuego y rosa á aquella fisonomía interesante, y las palmas y los bravos acompañan por un momento, aquel ir y venir de una belleza humana entre la tierra y el cielo.

Pasado el primer momento de sensación y de entusiasmo, se organiza la canción. La canción del columpio es pesada y monotoná, pero las cantadoras apenas la usan, y en vez de sus estrofas, que recuerdan las coplas monosílabas con que se duermen los niños, cantan las coplas de la tierra, acomodadas á la

diversión campestre que nos ocupa. La sevillana, la malagueña y el fandango son los sones que más se usan; aunque suele, como hemos dicho, haber una canturria especial para el columpio y la bamba; estos últimos suelen ser los más espresivos y salerosos, he aquí algunos de muestra:

El columpio es un rosal,  
La que está dentro una rosa,  
El que la mece un capullo:  
Un jardín entre dos rosas.

—  
La que está en el columpio  
Si se cayera,  
¡Que buena mortajita  
Que yo le hiciera.

—  
Si quieres ver las estrellas  
Yo te daré una mecía,  
Pa que subas á las nubes  
Y no bajes en tu vía.

—  
La niña que está en la bamba  
Del cielo le caigan rosas;  
Diga usted, moza é gracia,  
Si se le ofrece otra cosa.

—  
Pa ahorcarme dame la cuerda,  
La cuerdá de tu columpio,  
Una mecía, y adiós,  
Que me vóy al otro mundo.  
Tantas son las coplas como las peripecias

que ocurren en el entretenimiento; porque como corre el *montilla* ó el *peleón* y á veces el vino fino de Sanlúcar, la gente se alegra, y pasan del columpio al poyo, y del poyo al columpio todas las hembras del corro, sin que escapen del zarandeo, ni viudas tristes, ni propectas setentonas.

Para entonces son las coplas incisivas y las coplas de pullas aguzadas por el ingenio de los cantaores. Al ver que dos ancianas de salientes pómulos y secas zancas, meten en la bamba á una mocita desprovista de las formas redondeadas que tanto abundan en la reunión, el *cantao*r se temple por fandango ó seguidillas y dice con cierta flemma:

La niña que está en la bamba  
Parece una candileja,  
Y las dos que están meciendo  
Son dos arcusillas viejas.

—  
La que está en el columpio  
Tiene unos piés  
Que parecen escobas  
De montañés.  
Tiene unos ojos  
Que parecen ochavos  
Yenos de mojo.

Estas pullas suelen dar lugar á escenas graciosísimas, porque entra el pique en la reunión y hay un tiroteo de frases que, como dice el pueblo, *hacen la barba*.

Se habrá advertido que en estas coplas

se habla de la bamba como sinónimo de columpio. La bamba es una tabla suspendida de dos cuerdas que se balancea como el columpio, y en la cual pueden sentarse dos ó tres personas.

Rodrigo Caro no nos habla de las bambas; pero sí de otro género de columpio, que llama *petauro*. Por la descripción de él se viene en conocimiento de que es de tabla atravesada sobre un tronco, á cuyos extremos se montan los chicuelos, subiendo como en un balancín por el aire en acompasado movimiento. Aquí encontramos otra curiosa analogía. En los ritos indios hay un método de oración activa, que consiste en estar horas y horas en esa especie de balancín que Rodrigo Caro llama *petauro*. El prolijo escritor, refiriéndose á la antigüedad pagana, dice que hay quien asegura que los columpios se inventaron para limpiarse de pecados, puesto que si las culpas se purgaban con el agua y el fuego, no habia motivo para que no sirviese el aire del mismo modo, siendo tan sutil elemento.

En los cuentos originales se citan tambien los columpios, y en los del Norte se vé á los silfos y á las ranas mecerse dulcemente en delicados columpios de niebla y rayos de luna. La voluptuosa hamaca tropical no es otra cosa que una aplicación de las formas ideales del columpio: figuraos una criolla de tostado cútis, rodeada de heliotro-

pos, begonias, hierbas de las pampas y pajarracos de colores, durmiendo la siesta en una hamaca suspendida de plátanos ó cocoteros, y tendréis la Odalisca, el Sifo ó la Xana.

### III

Voy á recordar un episodio en que el columpio dió la nota dramática. Contóme el suceso una pobre anciana, testigo presencial de él, y que despues de tanto tiempo lo contaba todavía con las lágrimas en los ojos.

En el pequeño pueblo de la Luisiana, que solo tiene una calle ancha y varias callejuelas, una plazuela donde está la Iglesia y varios grupos de casas de tapia y rama, vivía hace algunos años una hermosa niña, ídolo de los mozos del pueblo, y desesperación de sus amadores, que se llamaba Trini y que bien hubiera podido llamarse trinidad de bellezas sobrehumanas.

Su rostro, fresco y aterciopelado como la película del melocotón; sus ojos vivos y sombreados por largas pestañas; su seno redondo y levantado; su andar gracioso, y su talle flexible y ligero como el junco, parecían hechos expresamente por las Gracias. Cantaba como un ruiseñor, bailaba como una ardilla y se mecía en la bamba y en el columpio con la gracia de una oropéndola.

La fiesta en que no se hallaba Trini, no podía tener ni atractivos ni alegrías: Trini era la nota de vida y de animación de todas ellas: tan hermosa como voltaria y caprichosa, era semejante á aquellas damas de las córtés de amor, rodeadas siempre de caballeros y trovadores.

Cierto que sus caballeros gastaban navaja en vez de espada, y botines respunteados de cuero en vez de calzas y pantuflas acuchilladas; pero para ella eran tan rendidos y decidores como aquellos otros, porque una sola de sus sonrisas equivalía á una lluvia de corales y perlas.

Había en el pueblo un pobre chico que era víctima de sus genialidades hasta un punto asombroso. Lázaro, el hijo del Alcalde, con el cual la Naturaleza había hecho una de las suyas, pues dándole un rostro verdaderamente bello como el de un Apolo campesino, le había cargado sin compasión la espalda con una muy regular joroba.

Lázaro, sentado en su silla, levantando un poco la cabeza y mostrando su tersa frente y su rizada cabellera que hermo­seaba coquetuella raya; luciendo como mozo rico su fina camisa adornada con holanes y botones de oro, y oprimido el busto con faja de Manila y chaquetilla jerezana, daba un palo, como suele decirse: pero cuando se levantaba para bailar un fandango, ó para requebrar una moza, la maldita joroba lo echaba todo á per-

der, porque su espina dorsal se asomaba descaradamente, y su nuca erizada, semejante á la del Rinoceronte, provocaba la hilaridad de la concurrencia.

A pesar de esto, todos creían que Lázaro sería al fin y al cabo marido de Trini, porque el jóven había sacrificado por ella todo cuanto tenía, hasta la fortuna de un tío canónigo que le había llamado en vano á la carrera de la Iglesia. Véase con frecuencia á Trini y á Lázaro charlando por los codos en un ángulo de los portales donde se celebraban las fiestas, y ella se reía de él que se las pelaba, pero le distinguía y le daba esperanza de ser suya.

Como he dicho, Lázaro estaba de pié pocas veces en las *juergas*; sentado cantaba, tocaba la guitarra y piropeaba á las mozas: era una especie de cariátide, siempre pegada á la columna para evitar las pullas de los graciosos. Solo en las fiestas en que había columpio se levantaba para mecer á la jóven Trini; entonces sufría con valor las diatribas de los compañeros, solo por sentir el peso de aquella hermosura entre sus brazos.

El año á que se refiere este suceso, había llegado á los olivares de aquel término un jóven flamenco, cantador de profesión, que tenía juventud, habilidad y gracia, y que se llevaba de calle á las mozuelas. Fígaro avisado, que lo mismo tañía la vihuela, que cantaba una seguidilla por todo lo hondo,

estaba rifado en las fiestas y había eclipsado á nuestro jorobadito, que en punto á cante y toque daba ya tres y raya á los maestros.

Trini no pudo verlo con indiferencia. Ella, que era el más codiciado pimpollo entre las chavalas, la estrella mayor entre los luceros, la perla entre las perlas, ¿cómo podía dejar de mostrar su poder atrayendo á su órbita aquel astro de sombrerillo redondo y talle ceñido? ¡Qué si quieres! A la segunda vez que le puso el señuelo de sus ojos lo dejó más preso que un Chorlito; y Lázaro lo supo, y rabió, y tascó, y juró por los ojos de su madre que Trini se las pagaría todas juntas el día menos pensado.

Sin embargo, todas estas cosas se le olvidaban, cuando la niña, siguiendo su sistema, le decía que veía visiones y que todo aquello eran murmuraciones de las gentes. ¡El pobre jorobado la quería tanto!

Vino la Pascua, y con ella los juegos, los bailes y los columpios. A la puerta del caserío se organizó una tarde la juerga, y se colgó el columpio de la gran puerta del pátio que se asemejaba á la de un templo egipcio, por lo despejada y por lo alta. Allá á lo lejos se veían las trojes llenas del obscuro y verdense fruto: por la parte de afuera, el olivar, con sus hojas menudas como si las picaran los silfos, y sus troncos grises y agarrotados que semejan fantasmás á la luz de la luna. ¡Cuánta gente había!.... El pueblo ente-

ro se había dado cita en aquel lugar. ¡Cómo que habian de tocar y cantar por turno Lázaro y el Flamenco!

Cuando todos se hubieron colocádo y se llenaron los bancos de pino, y los asientos de piton, y las sillas desvencijadas del ajuar de la casera; cuando corrió el vino y se mulló el asiento del columpio, y templaron las guitarras, varias voces gritaron á coro:

- ¡Que cante Lázaro!...
- ¡Que cante Flamenco!
- ¡Que toquen!
- ¡Que canten!

Lázaro, temeroso acaso del éxito, no quiso cantar el primero, y dejó al Flamenco que empezara las coplas; pero éste aprovechándose de la ocasión para dirigir al jorobado una saeta punzante, toda vez que estaba allí Trini, templóse por malagueñas y soltó esta copla:

Agujeta de tu pelo,  
Trini, quisiera ser yo;  
Las arcayatas no clavan  
Ni tocan al corazon.

Lázaro, sintiéndose herido por aquella copla, dió un salto de la silla; pero viendo que reían los concurrentes, echóse á reir también, y dirigió á Trini una mirada en la que expresaba todo lo que sentía de pena y vergüenza; pero Trini no pudo resistir tampoco al picante encanto de la copla y prorumpió en una ruidosa carcajada.

El concurso supuso que Lázaro contestaría á su rival, y así fué, en efecto, porque templando el jorobado su guitarrillo, punteó este otro cantar:

No desprecies la arcayata  
Que se agarra á la paré,  
Y la agujeta en el pelo  
Es mu fácil de movér

Todos se rieron mucho de la ingeniosa contestación de Lázaro; pero comprendiendo que la cosa podía picar en historia, cortaron el tiroteo de los cantaores, lanzándose al columpio.

— ¡Trini, al columpio! Trini, al columpio!  
¡que la mezca Lázaro! digeron muchos de los que sabian que éste había de hacer, como de costumbre, las delicias de la concurrencia.

Lázaro se resistió á dejar su silla, pero entonces el flamenco, azuzado por algunos se llegó á él á suplicárselo con esa socaronería propia de la presunción y de la superioridad probada. Lázaro se levantó entonces con presteza, y haciendo un movimiento de rotación que dejó ver todo lo fenomenal de su joroba, se dirigió á Trini y la acompañó al columpio en medio de los bravos y rechifla de los concurrentes.

Aquel cuadro era delicioso: Trini, la hermosa niña de las formas aéreas y delicadas, mostrando las perfecciones de la Naturaleza, hacía resaltar aquél cuerpo cargado y jiboso

que se inclinaba con trabajo y que hacía ridículas contorsiones: sin embargo, el columpio iba y venía como si lo moviera un ciclope ó un titán, y las vigas del dintel crujían fuertemente al rozar con los cáñamos.

. . . . .

De pronto, cuando mayor era la broma y el barullo, sonó un grito desgarrador: vióse á Trini soltar las manos, y desprenderse de las cuerdas, y su cuerpo, semejante al de la Erigone del cuento griego, rodó por tierra, chocando contra las piedras de aquella especie de átrio.

—¡Pícaro, la ha matado!—la ha matado! gritaron las comadres oficiosas, acercándose á la pobre niña, cuyas mejillas pálidas y cuyos labios sin color, daban muestras de que había sido víctima de intento eficaz y pronto;—miradle — es él, es él; bien lo dijo en la copla!

En efecto, al examinar el pecho de la joven, vióse una de sus agujetas de acero, adornada de brillantes cabezas sobredoradas, introducida hábil y bárbaramente hasta el remate en el lado izquierdo.

Sobre el corpiño de raso no se notaba el menor rastro de sangre.





## COMO MUERE UN AÑO

---

Entre el primer día del año y el último hay un período entero hacia el cual se vuelven siempre los ojos. Puede representarse por doce hojas llenas de garrapatos, tachones y patas de moscas.

Los doce meses del año.

Y en efecto, ¿qué es un año? Un libro de memoria en el que vamos sentando día por día, y á pesar nuestro, cierto número de ideas, hechos, arrepentimientos y resoluciones.

De la misma manera que el que escribe mancha la hoja de papel cada vez que logra sentar en ella la pluma, el que piensa, gasta una série de instantes ó de minutos que están perdidos para siempre.

La palabra que ahora trazo, ocupa una parte de la línea é inutiliza un poco de pa-

piel; el pensamiento que desenvuelvo mata y absorbe un espacio de tiempo.

Solo tachando ó borrando, es decir, buscando lugar á la palabra, puede volverse sobre lo escrito; sólo obrando y viviendo, es decir, anulando con nuevos actos los actos realizados anteriormente, puede volverse sobre lo vivido.

Lo escrito, escrito está en el tiempo, aunque se borre ó se olvide; lo hecho, se perpetúa á veces con la destrucción; el nudo del carro de Gordio no pudo deshacerse ni aun con la cuchilla de Alejandro.

Sobre doce cuartillas decoradas á guisa de membrete con los extravagantes signos del zodiaco, vá el pobre mortal dejando sus impresiones y señalando las efemérides de su existencia.

Unos las escriben con pluma de cisne, otros con pluma de ganso, vários con pluma de acero. Hay quien usa indistintamente tinta azul, tinta negra y tinta roja.

Suelen escribirse con lágrimas.

Al cerrar el inútil cuaderno que vá á colocarse en los armarios del pasado, biblioteca en la cual no hay volúmen que se mezcle ni se extravíe, á pesar de las fullerías del cronista y del erudito, todos sienten un estremecimiento incomprensible y extraño.

Parece que nos arrancan las hojas del corazón y que se encuadernan con nuestra piel; las agujas y las cuchillas de las en-

cuadernadoras, suelen penetrar hasta el tú-tano.

Yo hé hojeado muchas veces mi libreojo antes de darlo al olvido; su vista me ha hecho gozar y sufrir al propio tiempo; sin embargo, hay que confesar que los goces apenas ocupan el lugar de las letras iniciales. ¡En cambio, qué largos periodos de dolor, qué interminables páginas de sufrimientos!

Y, ¿creen ustedes que es mi cuaderno solo el que terminaba de tan ruin manera? No tal; los de los demás mortales, que pude ver cerca del mio, á orillas del Leteo, comenzaban y terminaban del mismo modo.

Hé aquí el de un poeta:

«He visto caer las hojas, en ese triste periodo de la efoliacion en que los árboles se quedan á la vergüenza y pugnan en vano por cubrir su esqueleto con las retorcidas ramas; he visto romperse las olas coronadas de espuma como tropel de ilusiones que se deshacen al contacto de la realidad mundana; he visto desaparecer las estrellas una á una como almas en pena que dejan el azul visible por el azul soñado; he visto la flor marchita y la hoja seca: ¿cómo no he podido ver el cielo risueño, alegre el sol y la tierra cubierta de flores?»

El de un enamorado:

—«Un dia solo se ha vestido por mí de gala la Naturaleza; un solo dia del año: el dia en que la ví por vez primera.

«Sentí lo que sintió Dante al saludar a la *bella creatura de bianco vestita*; lo que sintió Bécquer cuando *llegó al fondo de su alma el sol, y vió que le sonreían los cielos y la tierra*.

«Ese día ha perfumado los trescientos sesenta y cuatro restantes; ha sido para mí, grano de almizcle, astilla de sándalo y lágrima de esencia de rosa.»

El de una dama del *demi-monde*

«Durante todo el año, he sufrido inútilmente la opresión del corsé, la pesantéz del peinado, y el tormento de mis botitas francesas; otros senos, otras cabezas y otras plantas han brillado al par en los salones, provocando mi envidia y mis celos.

«Tan solo una noche pude vencer á mis rivales: cubrí mi seno de joyas y mis hombros de encajes, y pude presentarme más hermosa y más desnuda que ellas.

«Llevaba encima todo el precio de mi honra.»

Estos cuadernos y otros muchos se desarrollan durante la vida del individuo formando un tomo mal compaginado: Atropos, una de las tres viejas parcas que cuidan de la mañana de nuestra existencia, según los mitólogos, cortando el hilo de un tijeretazo, pone el *finis coronat* á la obra y la entrega al anciano bibliotecario.

El último día del año y el último día del hombre, tienen siempre un lado común que

solo puede explicarse por el prestigio que ejerce en nosotros lo que vá á dejar de ser ó lo que ha sido. En ambas ocasiones se acercan al mortal las Flores y las Hadas, llevando en sus manos la lámpara de los recuerdos y el libro de las memorias.

Oigo en este momento sus voces que se confunden con los tañidos de la campana y con el ruido del péndulo; he aquí lo que dicen al mortal en su misterioso lenguaje:

Hada 1.<sup>a</sup>—Soy la Primavera: ¿te acuerdas? Soplaban las primeras brisas y abrían las primeras flores: el cielo estaba azul y la tarde hermosa. ¿Qué sentiste al ver aquella elegante niña, cuyo bonito tonelete azul y blanco la hacía asemejarse á una mariposa grande con penachos de oro? ¿Por qué la seguiste sonriendo, y la ofreciste la mano para saltar la barda de la huerta?

¡Desdichado! Recuerdas su menudo pié, y comprendes á Tíbulo haciendo elejias al de su amada.

¡A tus años preocuparse por dos almen-  
dras!

Hada 2.<sup>a</sup>—Soy el Estío: ¿me tienes en memoria? La tendida era estaba llena de mies dorada. El labriego, sentado sobre el trillo, era la viva imágen del travieso Faeton; tú veías saltar el grano de oro bajo los cascos de los corceles, y sonreías al hallar en tal punto la cosecha.

¿Qué sentiste al multiplicar imaginaria-

mente aquellos granos que iban á llenar tus arcas?

Hada 3.<sup>a</sup> — Soy el Otoño: ¿me has olvidado? El cielo estaba plomizo; tu esposa sonreía melancólicamente; sus labios húmedos como el lirio besado por la niebla, te decían algo incomprensible como un enigma de amor. Desde el balcón en que os encontrábais se divisaban el mar y el cielo lleno de constelaciones.

¿Qué pasó por tí, cuando, contemplando el cuadrado de Pegaso y el seno de Andrómeda, la hermosa constelación de las tres estrellas, te pidió que le alcanzaras la más grande?

Hada 4.<sup>a</sup> — Soy el Invierno: ¿qué sientes? Caen la nieve; el viento de la noche hace temblar los cristales de la marquesina y azota los árboles del jardín cercano. El pobre mendigo que pasa cerca de tu morada, se guarece, si se lo permite el rabioso can, en el estiércol del establo. Tú, celebras la clásica fiesta de Diciembre, cabe la chimenea encendida, rodeado de tus amigos ó de tus deudos, cerca de la amante ó de la esposa. ¿Qué dices del témpano y de la escarcha? ¿qué del chispeante noche—bueno y del pobre que tiritita á tu puerta?

Yo diría que la injusticia cruza por la tierra embozada en una racha de viento.

Pero digan lo que quieran las Hadas y

las Flores, preciso es no hacerlas caso, cuando hablan á soñadores poetas.

Un año para un hombre que ni sueña ni poetiza es un poco de tiempo en el que pueden realizarse muchas cosas de provecho.

Para un comerciante, se traduce en trescientos sesenta y cinco negocios, por lo ménos; para un político, en cuarenta y ocho cambios de gabinete; para un bolsista, en una série determinada de negociaciones cabalísticas.

Un hombre de mundo vé en él un periodo de entretenimientos; un filósofo un espacio de tiempo como otro cualquiera; un desheredado una larga suma de privaciones y trabajos.

Unos cuentan los días del año por los negocios que hicieron; otros por las horas de poder que lograron; estos por los aplausos; aquellos por las monedas; todos por los sufrimientos.

Para estos y para aquellos, el pesar del año que huye es puramente relativo y transitorio. Y, en efecto; un año que huye no es más que el heraldo del año que llega.

Ola tras ola vá rompiéndose el mar en las playas; año tras año vá rompiéndose en el tiempo nuestra existencia.

Alguien ha dicho que en la cara está la edad. Esa es una verdad como un templo. ¿Qué importancia tendría para nosotros el tránsito de los años, si no dejaran sobre nues-

tro rostro cabellos blancos y señales negras?

Una de las cosas más difíciles es determinar la edad de las mujeres.

Desde Lupercio Argensola hasta nuestros días, no ha habido fisiónomo que lea en el rostro de una mujer que no quiere pasar de los treinta y cinco, la verdadera edad que cuenta.

He preguntado á una entretenida el por qué le entristecía el fin del año, y me ha contestado; que porque un año más siempre supone un amante inénos; á una viudita reciente le hacía llorar el año nuevo porque veía desaparecer poco á poco el dolor que la acompañaba y se iba sintiendo cada vez más viuda y más sola.

Sé por experiencia que hay algo más triste que la última camañada del año que huye.

El sonido del último duro que sacamos de la faltriquera.

Con el último día del año suelen irse las alegrías y los placeres.

Con el último duro se van siempre los admiradores y los amigos.

Dicen los ingleses que el tiempo es oro. Si esto es cierto, el metálico de la humanidad se ha reducido en este momento á trescientas sesenta y cinco unidades.

Hé aquí la razón de la crisis monetaria por que atraviesa España. Los años que gastamos inútilmente.

---

## ÍNDICE.

	<i>Págs.</i>
Al que leyere. . . . .	5
Cómo nace un año. . . . .	7
De Enero á Enero (Mi Reja). . . . .	15
Siluetas de Carnaval. . . . .	23
La Madrugada del Miércoles de Ceniza. . . . .	37
Memento Homo. . . . .	55
La Leyenda del Equinoccio (Primavera.) . . . . .	63
Las Primeras Rosas. . . . .	77
Flor de Azahar. . . . .	87
Semana Santa en Sevilla. . . . .	99
La Feria de Sevilla (Cartas de un turista.) . . . . .	119
Cruz de Mayo. . . . .	139
Los Carros del Córpus.. . . .	153
Noches de Verbena. . . . .	175
La Primera Fantasía de Estío (Los Baños.) . . . . .	197
De Gobantes á Carratraca (Notas Veraniegas.) . . . . .	213

	<i>Págs.</i>
El Levante en Andalucía. . . . .	234
El Oasis de Elche (Recuerdo de la Costa de Levante). . . . .	247
Las Leyendas del Equinoccio (Oto- ño). . . . .	263
En Noviembre (La Caída de las Ho- jas). . . . .	283
El Pueblo en el Campo Santo. . . . .	291
La Noche Buena en el Convento . . . . .	305
Páscuas Andaluzas. . . . .	322
Siluetas de Páscua (El Columpio.) . . . . .	341
Cómo Muere un Año. . . . .	359



